ANA ALONSO

Los COLORES del TIEMPO



ESPASA



Una luchadora por la libertad atrapada en la España sin horizontes de la posguerra.
Un misterioso libro que, a pesar de la censura, evoca la atmósfera revolucionaria de 1936.
Tres hombres enamorados de la misma mujer… Y una búsqueda que termina transformándolos a todos.

Para Adela, encajar en la sociedad provinciana de León, en el ambiente cerrado y asfixiante de un pueblo de montaña o en el Madrid gris de escombro resulta doloroso. No se adapta a vivir en la sospecha, a que la miren de reojo o a mantenerse siempre en guardia frente a los delatores mientras los suyos se consumen en la guerrilla o se colocan la máscara del Régimen y piden «té especial» en las cafeterías de moda. Para ella, que nació obrera en Barcelona y luchó en la defensa de la ciudad por un mundo más justo e igualitario, lo peor es la impostura, y a eso no se acostumbra. El deseo de revolución late en la maestra, en la lectora compulsiva, en la costurera, en la madre imperfecta, en la mujer cuya vida se truncó en el Pirineo un día del año aciago en el que se perdió la guerra.

Adela nunca llegó a comprender lo ocurrido ese día. Hasta que empieza a encontrar respuestas en el lugar más insospechado: las páginas de la novela romántica *Una mancha de carmín*. Las claves ocultas en la historia parecen contener una invitación para recuperar los colores de aquella revolución soñada. Pero ¿qué margen le queda a una maestra represaliada para luchar por una sociedad mejor?

A través de Adela, de Carmen, de Mercedes, de Federica Montseny o de Gloria Fuertes, Ana Alonso nos lleva al mundo encorsetado de las mujeres de la primera posguerra y a la España en blanco y negro de los años cuarenta, llena de «secretos, máscaras, mentiras que se exhiben y verdades que se ocultan».

Ana Alonso

Los colores del tiempo



A mi madre, que me prestó sus recuerdos para devolver el color a los años en blanco y negro de la posguerra española.

Nota aclaratoria

Aunque adopten nombres de personas que realmente existieron, todos los personajes de este libro son ficticios.

Primera parte

1

El olor del papel viejo era casi comestible, y no muy diferente para Adela del de un pastel de hojaldre recién salido del horno: la misma promesa de placer, el mismo poder para evocar momentos deliciosos del pasado, la anticipación del goce mezclada con la melancolía de la memoria… Las novelas y los milhojas de crema tenían eso en común: se podían saborear hasta en las peores circunstancias.

Aunque, por otro lado, el aroma punzante de la tinta recién salida de imprenta le revolvía un poco el estómago. Le recordaba la época en que recibía los nuevos números de La Novela Ideal antes incluso de que llegaran al quiosco. Se los mandaban directamente desde la redacción de La Revista Blanca. Aunque eran tiempos convulsos y ya en el horizonte se intuía lo peor, Adela se escapaba en cuanto podía al descuidado jardín que había un par de manzanas más arriba de la sede de la CNT y se sentaba a leer bajo los tilos. Se sumergía en la historia y se olvidaba de todo lo demás. Veía en su imaginación el vaporoso vestido azul oscuro de la protagonista, sus manos delicadas cosiendo una insignia heroica en un uniforme, tecleando en una máquina de escribir las palabras que salvarían a todo un pueblo, acariciando al hombre que acababa de plantar los explosivos bajo el puente para impedir el paso del enemigo… Y todo en medio de una escandalosa quietud, como si la guerra fuese solo el decorado de aquellos amores novelescos, algo que no podía pasar realmente, que no estaba pasando.

Recordaba con asombro aquella inocencia en medio del desastre. Quizá por eso la descomponía un poco el olor de los libros recién publicados, por aquel perfume de irrealidad atolondrada. Aun así, ¿quién podía resistirse? La Mari le tenía bien tomada la medida y siempre le guardaba alguna novela casi nueva. Sabía que, más allá del argumento y del estilo del escritor, Adela apreciaba la brillantez de los colores recién impresos, las hojas todavía lisas, el misterio intacto de una historia que nadie había leído todavía.

Nunca se había pasado por el quiosco antes de abrir la escuela, pero ese martes decidió desviarse un momento porque la Mari la había enviado a buscar a través de su hija, que era una de sus alumnas. Por la mañana temprano, Teresina se había presentado en su casa para decirle que su madre acababa de recibir de Madrid una remesa de

novelas sin estrenar y que podía ir a echar un vistazo antes de que abrieran. A Adela le sorprendió el detalle. Lo interpretó como un gesto de amistad.

Más tarde, sin embargo, llegó a pensar que la iniciativa no había partido de la Mari. A lo mejor la inspectora andaba intentando reunir evidencias contra ella y había sobornado a la librera para que le tendiera una trampa. Sonaba rebuscado, pero era posible. En el nuevo orden, ni siquiera estaba mal visto aceptar esa clase de «colaboraciones». Por desgracia, la idea se le ocurrió unos cuantos días después; mientras estaba en la librería, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

Como no le sobraba el tiempo, dejó encima del mostrador las tres novelas que había tomado prestadas la última vez y revisó deprisa el montón de libros nuevos. Escogió tres cuyas cubiertas le llamaron la atención. No por casualidad, todas tenían algo en común: en sus ilustraciones de portada se combinaban el negro y el rojo.

Pagó a la Mari con monedas sueltas. Hablaron un momento del mal tiempo y del reparto de carbón que habría al día siguiente en la plaza Mayor. La Mari iba a enviar a Teresina, pero temía que no pudiera con el peso de la cesta. Adela no quería enviar a su hija, y no sabía aún como se las iba a arreglar, porque si se acercaba después de las clases, seguramente ya no quedaría nada. Oportunidades como aquella se presentaban pocas, y lo más probable era que la gente formase colas desde las cinco de la mañana.

Cuando salió del quiosco, oyó las campanas de la iglesia de Renueva y apresuró el paso. Se le había hecho tarde. Se envolvió bien en su bufanda y se obligó a respirar por la nariz a pesar de la prisa, porque aquel frío de León entraba a cuchillo en los pulmones y ella no estaba acostumbrada. No se acostumbraría nunca.

Llevaba las tres novelas sujetas contra el abrigo de lana gris a la altura del pecho, tan apretadas que casi le hacían daño. Por eso, cuando don Marcos se las arrebató de un gesto brusco al pasar por delante de la escalera de la iglesia, se sobresaltó como si le hubiese arrancado la ropa.

—Pero ¿qué hace? —no pudo menos de preguntar.

—¿Qué haces tú, loca? —le susurró don Marcos.

La agarró con firmeza del antebrazo por encima del codo y prácticamente la arrastró al interior del templo. Un par de beatas levantaron la cabeza al oír el forcejeo en el umbral de la iglesia, junto a la pila del agua bendita. Lo que vieron no debió de chocarles, porque ni siquiera llegaron a perder el ritmo de sus monótonos rezos.

El cura olía a loción de afeitado y a sotana limpia. Sus ojos, fríos y

claros, le parecieron a Adela tan azules como el reflejo del cielo en un charco. No era la primera vez que se fijaba en ellos.

—¿Es que ya no puede una ni leer? —susurró zafándose de él, indignada—. Devuélvamelas, que no son mías.

—Estoy intentando ayudarte. Pero ¿tú qué quieres, terminar en Alhucemas o en un sitio peor? Hoy vas a tener visita de la inspectora. Imagina que se encuentra con esto.

—Ni que fuera el *Manifiesto comunista*.

El cura la miró entre divertido y escandalizado.

—Tú sigue diciendo esas cosas y verás cómo terminas. Las novelas me las quedo yo. Anda a la escuela, tienes el tiempo justo para arreglar… lo que tengas que arreglar. Y nada, no hace falta que me des las gracias.

Se las dio apresuradamente, con palabras torpes, porque no tenía claro cómo hablarle a aquel cura amable e irónico que nunca le había dicho ninguna inconveniencia y que, a diferencia de otros, sabía mantener las distancias. Lo que acababa de hacer demostraba que se preocupaba por ella; pero, con qué propósito, era algo que a Adela le costaba trabajo imaginar.

Podía estar buscando la manera de ganarse su confianza para, más adelante, tratar de seducirla. Una mujer sola con una hija, un pasado oscuro y sin conocidos en la ciudad… O quizá para él no fuese más que un alma descarriada, una madre viuda o soltera a la que había que ayudar por caridad cristiana. Aunque tampoco quería pecar de ingenua, que de los curas se fiaba poco, y de cómo la miraba don Marcos algunas veces, menos que nada. Sus ojos removían cosas que ella habría preferido que se mantuviesen quietas, reposando en el fondo de la memoria: no quería volver a sentir la mordedura de las palabras dulces, ni aquella curiosidad apasionada hacia lo que se oculta en la mirada de otro.

En todo caso, por el aviso al menos le tenía que estar agradecida. Eso sí: llegaba un poco tarde para serle de alguna utilidad.

Apretó el paso, cruzó la calle y en cinco minutos estaba ya delante de la escuela. Subió a toda prisa la trapa metálica y entró en el gran recinto helado. La luz lechosa de la mañana otoñal se filtraba a través de la galería de cristales que daba al prado donde las vecinas tendían la ropa. Apenas disponía de tiempo para ordenar un poco la clase, y no sabía por dónde empezar.

Se acordó del Sagrado Corazón que había guardado en la carbonera; lo sacó, lo colocó encima del armario de los mapas y le pasó un trapo que no llegó a quitarle del todo la capa de hollín que lo cubría. Estaba terminando de limpiarlo cuando le vino a la cabeza el cuaderno donde había estado escribiendo los últimos días. ¿Dónde lo había dejado? Se volvió hacia su mesa y lo vio allí, debajo de uno de los ejemplares del

Quijote para niños que solían leer en corro por las tardes.

Rápidamente cogió el cuaderno, le arrancó todas las páginas escritas y las arrugó entre las manos. Envolvió con ellas unas cuantas astillas, las metió en la estufa y, por debajo, colocó unas piedras de carbón. Echó dentro una cerilla prendida que cayó entre los papeles arrugados, y utilizó el fuelle para tratar de avivar la llama. Qué mal tiraba aquella estufa; antes de sacarle una brasa le llenaba la escuela de humo…

Las alumnas empezaron a llegar y a saludarla con las fórmulas ceremoniosas que les habían enseñado las señoritas de la Sección Femenina. Para ellas, niñas pobres de barrio, suponían el colmo del refinamiento. Arrodillada ante la estufa abierta, Adela respondía con un «buenos días» distraído a cada una. Necesitaba toda su concentración para manejar el fuelle a un ritmo sostenido, suministrándole al fuego el aire que necesitaba. Las llamas, en forma de finas lenguas anaranjadas, iban cogiendo fuerza poco a poco, pero seguían desprendiendo demasiado humo.

Su hija Lucía llegó con la hija de la vecina que les tenía alquilado un cuarto en el entresuelo, una niña que se llamaba Milagros y a la que su madre le peinaba los rizos como si fuera Shirley Temple. Le tranquilizó verlas allí, con las otras. A Lucía le tocaba fregar el encerado.

Estaba en ello cuando llamaron al timbre y, sin esperar a que le dieran paso, entró la inspectora, doña Mercedes.

Era la primera vez que Adela la veía en persona, porque la acababan de nombrar. Se trataba de una mujer alta, con el cabello castaño peinado en ondas y facciones algo masculinas. El conjunto granate que llevaba era de corte muy moderno, como los que se veían en las películas americanas más recientes. Caminaba y gesticulaba con desenvoltura.

—Adela Cruz. Ya tenía yo ganas de conocerla —saludó, estrechándole brevemente la mano—. Me han hablado mucho de usted. Niñas, siéntense mientras hablo con su maestra. Saquen todas el libro y los cuadernos y pónganse a repasar.

Las niñas se miraron unas a otras. Lucía dejó la pizarra y corrió a su pupitre.

—Es que no tienen libro —explicó Adela—. Como es un barrio humilde, cuesta mucho que las familias se gasten el dinero, así que utilizamos otros métodos.

—La escuela sin libros. —La inspectora la miró frunciendo levemente sus finas cejas—. Una metodología muy moderna.

—Usamos mucho los libros, de todas formas —se justificó Adela, y guio a la mujer hacia el armario con cristalera que hacía las veces de biblioteca—. Todos los días leemos en voz alta.

—¿Y qué leen?
—Un poco de todo. El *Quijote*, fábulas…
Mientras Adela hablaba, doña Mercedes abrió el armario de los libros y comenzó a examinarlos.
—El Catecismo también, supongo.
—Por supuesto. Todos los días.
La inspectora levantó la vista hacia Adela. Sus largas pestañas oscuras le otorgaban a su mirada una intensidad aterciopelada. Adela le calculaba unos cuarenta años.
—¿Ese color de pelo es natural?
Instintivamente, Adela se llevó una mano a la horquilla que le sujetaba la media melena cobriza por detrás de la oreja izquierda. Estaba en su sitio.
—Es natural, sí. Mi madre lo tenía como yo.
—¿Es extranjera su madre? ¿Inglesa?
—No. De padres asturianos, pero nació en Barcelona.
—¿Vive en Barcelona?
—Murió cuando yo era una niña. Y mi padre también, poco antes de la guerra.
La inspectora se santiguó.
—Descansen en paz. Pues con ese pelo parece extranjera. Se lo habrán dicho muchas veces. Para una española resulta demasiado llamativo.
Siguió paseando por la clase, despacio, mirándolo todo. Sus tacones resonaban contra el ennegrecido suelo de madera.
—Lo tiene bastante limpio —observó.
—Las niñas barren la escuela con serrín todos los días. Y los pupitres los fregamos una vez al mes. A no ser que caiga alguna mancha de tinta. Entonces, procuramos limpiarla enseguida.
Adela caminaba detrás de doña Mercedes, pendiente de sus movimientos. La inspectora se detuvo ante uno de los carteles con muestras caligráficas que decoraban las columnas.
—¿Los ha hecho usted?
—Sí. Distintos tipos de caligrafía, para que las niñas practiquen.
La inspectora asintió con una mueca aprobadora que casi llegaba a ser una sonrisa.
—¿Y tiene material? ¿Le hace falta algo? No he visto en su mesa la palmeta.
—Se cayó un día a la estufa —contestó una de las niñas.
Se oyó un coro de risas ahogadas, que murieron en cuanto la inspectora se giró para mirar hacia los pupitres.
—¿Quién ha dicho eso? Que se ponga de pie.
Todas las niñas permanecieron quietas, esforzándose por no mover ni un músculo. Por fortuna, doña Mercedes no parecía demasiado

interesada en desenmascarar a la culpable. Nuevamente se volvió hacia Adela.

—¿Es verdad? —preguntó con una sonrisa irónica—. ¿Quemó la palmeta?

Adela le sostuvo la mirada.

—Pues sí. Debió de ser un día que no tiraba la estufa y no teníamos nada más para quemar. Ya sabe que algunas veces nos mandan bastante escaso el carbón. Hay que aprovechar lo que se pueda.

La respuesta sonó a mofa, y Adela intentó suavizarla con una sonrisa. No entendía por qué había dicho aquello; le había salido así, sin pensar. Debería haberse limitado a asentir, sin dar ninguna explicación.

La inspectora le clavó sus expresivos ojos oscuros, pero no dijo nada. Con pasos decididos, regresó a la mesa del profesor y se sentó en el borde. Llevaba medias de seda y unos zapatos negros de tacón con la puntera afilada, a la última moda. Más que una funcionaria pública, parecía una artista. Las niñas la observaban muy quietas, debatiéndose entre el miedo y la fascinación que les producía.

—¿Sabe que aquí se instalaron los soldados de la Legión Cóndor durante la guerra? —preguntó doña Mercedes.

—Me lo han contado, sí —contestó Adela—. Algunas alumnas de las mayores se acuerdan.

—Eran encantadores. Los niños los adoraban. Les regalaban las cajas de lata de sus cigarrillos. Muy bonitas, con un camello pintado en la tapa. Dejaron muy buen recuerdo aquí.

Adela apretó imperceptiblemente el puño derecho. Se preguntó si la inspectora intentaba provocarla.

—Yo no estaba en León todavía por entonces —se limitó a decir.

—¿Y dónde pasó la guerra?

—En Valladolid, con la familia de mi marido, que en paz descanse.

—¿Murió en el frente?

De nuevo la estaba observando. Adela asintió con la cabeza. Mejor no dar detalles que pudieran suscitar más preguntas. La inspectora, esta vez, no se santiguó.

—Bueno, ahora quiero ver a las niñas. Por favor, todas en pie.

Las niñas armaron un poco de jaleo al levantarse. Algunas se pusieron firmes como soldados a punto de pasar revista. Doña Mercedes avanzó entre los pupitres. Delante de cada pareja de alumnas, se detenía un momento.

—Ese pelo está demasiado largo para llevarlo suelto —le dijo a Luisa, una de las mayores—. Dígale a su madre que se lo corte.

A Encarna, que era de las medianas, la agarró con brusquedad de una trenza.

—Está congelada —murmuró—. Qué manía de peinar a las niñas

mojándoles el pelo, con estos fríos… Anda, hija, siéntate un rato al lado de la estufa, que te vas a poner mala.

Aquel gesto agradó a Adela, que se apresuró a llevar su silla junto a la estufa para que Encarna se sentase allí. La inspectora cogió a la niña de la mano y la condujo ella misma hasta el asiento. Fue entonces cuando notó que la estufa humeaba.

—Vaya por Dios, qué mal tiran estos trastos —dijo—. ¿La acaba de encender? Es mejor dejar la puerta abierta hasta que se caliente el tubo.

Se inclinó sobre el armatoste de hierro y abrió la puerta. Una bocanada de humo gris brotó del interior enrojecido por las llamas. Doña Mercedes tosió.

—Pero, hija de mi vida, ¿es que no sabe usted encender una estufa? ¿Qué es lo que ha echado ahí?

Estaba mirando las hojas arrugadas del cuaderno de Adela. El fuego no había acabado de consumirlas.

—Son trabajos del curso pasado —contestó Adela con aplomo—. El papel anda escaso y hay que aprovecharlo.

—Igual que con la palmeta, ¿no? No desperdicia nada. Pero qué lástima ese trabajo, da pena que se queme. Debía de ser de una alumna muy buena. Tiene una caligrafía preciosa. Muy parecida a la suya.

Adela notó que la sangre le afluía a las mejillas.

—Era una niña muy trabajadora, sí —mintió—. Ahora está en el instituto.

La inspectora se irguió de nuevo. Una sonrisa irónica afloró a sus labios pintados de rojo coral.

—Y de estas niñas, ¿cuál es su hija? Porque me han dicho que tiene una hija pequeña. La traerá aquí con usted…

—Sí. Se llama Lucía. Es la primera de la izquierda, la que va de blanco.

La inspectora se acercó a Lucía y le pellizcó la barbilla, ensanchando su sonrisa.

—Menos mal que no ha heredado su pelo —dijo, echándole hacia atrás una de las trenzas rubias—. ¿Y este vestido? ¿Por qué lo lleva tan corto?

—Se lo hice yo, pero ha crecido mucho… Y es que ahora no se encuentran telas así como así.

—Sí, ya me habían dicho que antes de ser maestra cosía. Pues mire lo que le digo, saque una tela de donde sea y vista a esta niña como Dios manda. La hija de una maestra tiene que dar ejemplo, no puede andar por ahí con las rodillas al aire. Se lo digo en serio. La próxima vez que venga a verla le traeré una palmeta, que falta le hará, supongo; y, para entonces, espero que esta criatura lleve un vestido


que le tape las piernas.

2

Adela amaba el ruido de su máquina de coser. Aquel fragor mecánico que la envolvía mientras deslizaba la tela bajo la aguja era lo más parecido que tenía a un hogar. Empujaba el pedal con el pie descalzo sin perder nunca el ritmo, adelante y atrás, adelante y atrás, y sentía que bailaba al compás de la biela y la correa. Las puntadas se disparaban sobre el tejido basto de flores blancas y azules en ráfagas de ametralladora lejana. Como en la guerra. Cada ráfaga dejaba una costura perfecta de hilo blanco sobre la tela.

El vestido no iba a quedar bonito; lo estaba haciendo con una funda de colchón, que era lo único que había podido conseguir. Pero, al menos, ya nadie le podría reprochar que su hija iba enseñando las rodillas. Si la inspectora recordaba sus amenazas, no tendría excusa para cumplirlas. Disponía de tela suficiente para hacer dos prendas iguales, de quita y pon. Pensó en Lucía vestida con aquel estampado azul y blanco día tras día durante meses, a lo mejor años, y se le endureció una piedra en la boca del estómago.

Descansó un momento la pierna. Levantó la vista hacia la cristalera de la galería y contempló distraída el prado envuelto en sombras, las siluetas de las casas contra el cielo púrpura del crepúsculo.

Se obligó a volver a la realidad y se concentró una vez más en su labor. Con gestos precisos, ajustó el tejido azul bajo el sujetatelas. Luego, giró con decisión el volante, pero, antes de que el pie volviese a empujar el pedal, llamaron al timbre.

Supuso que se trataría de alguna vecina. Siempre tenían algo que pedir o que contar. Un poco de sal, un vasito de aceite, unas tijeras, el último chismorreo del barrio… Se estiró el elástico del jersey con un gesto inconsciente, se calzó las zapatillas y atravesó la galería para abrir. Como había poca luz, no vio la muñeca y los cacharros de hojalata que Lucía había dejado en el suelo. Resbaló al pisar una de las cazuelitas y estuvo a punto de caerse. Lucía tenía la mala costumbre de no recoger nunca… Con el pie, empujó los juguetes bajo la mesa camilla.

—Ya voy —dijo en voz alta.

Cruzó el pequeño recibidor, abrió con brusquedad y se encontró en el umbral a don Marcos.

—Buenas tardes. Siento la molestia a estas horas… ¿Puedo pasar?

—preguntó.

Adela se hizo a un lado y le invitó a entrar con un gesto. Antes de cerrar la puerta, echó una mirada al descansillo. Esperaba que nadie lo hubiera visto. Era lo que le faltaba, dar que hablar con el cura.

Don Marcos miraba hacia el fondo del pasillo con curiosidad.

—Será solo un momento —dijo—. Es que tengo que comentarte una cosa.

Adela le hizo un gesto para que la siguiera y lo condujo a la galería. La penumbra envolvía los muebles y creaba una turbadora sensación de intimidad. Para romperla, encendió la luz. Don Marcos alzó la vista hacia la lámpara con interés. Era de latón dorado y tenía una pantalla de flecos rojos alrededor de la bombilla.

—¿Dónde la has conseguido? Es bonita —dijo.

De nuevo la trataba de tú, igual que por la mañana, cuando le arrebató las novelas. Aquello redobló la inquietud de Adela. No le gustaba que se tomase tantas confianzas. ¿Qué le hacía pensar que podía meterse en su casa y tutearla así, sin más? Sobre todo, ¿qué hacía allí?

No había en el cuarto ni sofá ni sillones, así que lo invitó a sentarse en una de las sillas de cocina que rodeaban la camilla. El hule que la cubría tenía dibujado el mapa de la Península Ibérica, pero los reflejos de la luz eléctrica sobre su superficie borraban provincias enteras. Don Marcos dejó en el suelo su cartera de piel y se acodó sobre la mesa. Le echó una larga mirada pensativa a su anfitriona.

Adela no supo cómo interpretarla. Para aplacar su malestar, decidió refugiarse en las formalidades habituales.

—Voy a traer una botella de vino dulce que me regaló una alumna. ¿Le apetece?

—Pues sí, gracias.

Fue a la cocina a por la botella. No tenía vasos de vino, solo uno de cristal grueso para el agua que habitualmente compartía con su hija. Lo cogió también y regresó a la galería.

Don Marcos sostenía en las manos la muñeca que ella acababa de empujar bajo la mesa. Olía a quemado, y uno de sus zapatos de cartón se había chamuscado. El cura la dejó encima del hule.

—Me olió raro y me dio por mirar. Suerte que no ha llegado a prenderse.

—El brasero —murmuró Adela—. Pensé que estaba apagado.

—Pues espera, que aquí hay más cosas.

El cura se agachó para mirar bajo las faldas del hule y fue sacando una a una las cazuelitas de latón. También encontró un libro de Celia, el primero de la colección. Era el preferido de Lucía. Lo había leído cientos de veces y, al final, Adela se lo había comprado en una edición antigua, ya usada, para que lo tuviera. ¿Cómo habría terminado

debajo de la camilla? Era un milagro que no se hubiese quemado.

—Buenos libros para las niñas, estos de Elena Fortún —observó don Marcos.

Adela desenroscó el tapón de la botella, dejó el vaso en la mesa y lo llenó casi hasta la mitad.

—¿Los ha leído? —preguntó.

—Los dos primeros. Alguien los donó a la parroquia en Navidad y aproveché antes de regalarlos. Me gusta Celia; parece una niña de verdad, con toda esa imaginación, esos líos que arma…

—Sí. No es como las heroínas perfectas de los cuentos de ahora —observó Adela, y se sentó con aire cansado frente a don Marcos—. A mi hija la aburren.

—¿No me acompañas? —preguntó el cura señalando la botella.

—No, gracias. No bebo.

No iba a explicarle que solo tenía un vaso en toda la casa. De todos modos, don Marcos la miró con una imperceptible sonrisa, como si no la creyera.

—Lo siento, no puedo ofrecerle rosquillas ni dulces. No suelo hacer.

El cura no respondió. Sus ojos claros seguían fijos en el rostro de Adela, indagadores, imprudentes.

—¿A qué ha venido?

—Tu vecino don Pablo me está haciendo unas curas en la rodilla. Una mala caída de la moto, ya ves qué torpe. Así que no te preocupes por las vecinas, no tendrán nada que decir.

—Sí me preocupo. Y, además, no me ha contestado…

—¿Lucía no está?

—De sobra sabe que no —contestó Adela, áspera—. A estas horas está jugando en la calle con todas las otras.

—Pues ya va siendo tarde… ¿Todavía no has empezado a hacer la cena?

«¿Y a ti qué te importa?», le habría contestado Adela de buena gana. Pero se contuvo.

—Estaba cosiéndole un vestido a Lucía. La inspectora opina que el que lleva es demasiado corto.

—Ah.

Agradeció que no añadiese ningún comentario. Don Marcos se inclinó sobre su cartera, la abrió y sacó una caja marrón con un lazo amarillo pálido.

—Pues yo le había traído esto. Son bombones. A mí no me sientan bien y pensé que le gustarían. Es una niña muy sensible. La catequista está encantada con ella.

Dejó los bombones sobre la mesa. Adela no sabía qué decir. Se quedó mirando la caja en silencio.

—A ti no te hará ninguna gracia que esté tan ilusionada con la

primera comunión —apuntó don Marcos.

Adela alzó la mirada. Sus ojos se encontraron con los del cura.

—Lo que le haga ilusión a ella me hace ilusión a mí. Aunque no sé cómo voy a pagar la tela del vestido…, pero bueno, falta casi un año.

—Pues, hablando de dinero y de precios… Mira, por eso he venido. Sé que antes te dedicabas a coser y a bordar y como el sueldo de maestra da para lo que da… Hay dos hermanas que son benefactoras de la parroquia. Una de ellas ha hecho una promesa, por algo de una hija. Total, que va a encargar un manto nuevo para la Virgen. Yo les dije que conocía a una bordadora que podía hacer el trabajo mejor que ninguna… pensando en ti. Espero que no te parezca mal.

Adela arqueó las cejas, divertida.

—¿Mejor que ninguna? ¿De dónde ha sacado eso? Yo cortaba y cosía muy bien, pero como bordadora siempre fui del montón. Si acepto el trabajo, esas benefactoras le van a pedir muchas explicaciones.

—Que me las pidan.

El cura bebió un sorbo del vino dulce. Lo saboreó un momento con los ojos cerrados.

—No está mal. Es una lástima que no quieras acompañarme.

—¿Por qué ha pensado en mí para lo del manto? No me diga que en la parroquia no tiene feligresas más necesitadas…

—Pero no que sepan bordar.

—¡Alguna habrá!

—No sé. Puede que sí. Pero a ti te vendrá bien el trabajo para hacer méritos. Ya me entiendes.

Adela apoyó el mentón en la palma de la mano derecha y estudió las facciones serenas de don Marcos.

—No, no le entiendo. No sé por qué tengo que hacer más méritos de los que hago. Nadie me puede echar nada en cara. Y el único que conoce un poco de mi pasado es usted.

—Hablando de eso, hace tiempo que no vienes a confesarte.

Adela notó el ardor de la sangre en sus mejillas. No se ruborizaba con facilidad, pero aquel hombre…

—No creo que me confiese más en su parroquia —le espetó, irritada.

—Pues no sé por qué. Creo que nadie te va a poner penitencias más indulgentes que las mías. Además, conmigo tus secretos están a salvo.

—No sé cómo pude ser tan tonta como para contarle… Me ha tomado por lo que no soy.

—No. Te he tomado por lo que eres: una mujer joven, con dificultades para dominar sus instintos… Y con ganas de provocar al cura.

Adela se levantó de la silla, indignada.

—Yo no le he provocado. Si a usted le perturba escuchar los problemas íntimos de una mujer, es asunto suyo.

—La mayoría de las mujeres no hablan de esa clase de problemas en el confesionario. Puede que los tengan, no te digo que no, pero no los comentan.

—Pues sí que creen entonces en el sacramento de la confesión.

—Creen más que tú, que no crees en nada. Vienes a confesarte por pura obligación. Y me cuentas lo que te da la gana. Por eso te digo que podrías haber elegido… otros problemas. Pero el daño está hecho… y en una cosa tienes razón. Lo que haga yo con lo que tú me cuentas es asunto mío.

Adela lo miró desafiante.

—No tiene que hacer nada. Solo guardarse para usted lo que le haya contado y rezarle a Dios para que me perdone.

—Ya lo hago —contestó don Marcos sonriendo.

Adela lo observó con la cabeza ladeada.

—No sé. Si le digo la verdad, no creo que usted rece mucho.

El cura, todavía con una leve sonrisa en los labios, asintió.

—Tienes razón. No rezo todo lo que debería. Pero hago mi papel. Igual que tú haces el tuyo.

—Eso es casi una confesión —murmuró Adela.

—Casi. Cuando me siento a gusto tiendo a hablar un poco más de la cuenta.

Se puso en pie y, sin soltar el vaso, se dirigió a la mesilla que había a la derecha del mirador para ver de cerca la única planta que adornaba la estancia. Junto a la maceta había una pila de cuadernos y, sobre ellos, Adela había dejado media docena de cupones de la cartilla de racionamiento. El cura los cogió para examinarlos.

—¿De tercera? Pensaba yo que a una maestra le correspondería otra cosa…

—No me diga que usted tiene cartilla de segunda.

—No solo eso. Tengo parroquianos muy amables que me traen de todo aparte de la cartilla. Yo se lo pago, no pienses mal. De esa manera les ayudo también.

—O sea, que compra en el estraperlo.

Don Marcos sonrió y se encogió de hombros.

—Me gusta el pan blanco. Si alguna vez quieres… Porque, el pan de tercera, dicen que es de lo peor. Ya habrás oído la canción:

Una casa de tres pisos
quiere hacer Paco Aguilera,
y en vez de poner cemento
pone barras de tercera.

Adela no pudo contener la risa. El cura había cantado aquello con toda el alma. Él también se echó a reír al terminar. Dejando los cupones junto a la planta, cogió uno de los cuadernos y lo abrió.

—Mucho que corregir, por lo que veo.

Adela le arrebató el cuaderno antes de que le diese tiempo a leer nada.

—Perdone. Esto no es de las niñas. Es mío —se justificó.

Don Marcos la miró con curiosidad.

—O sea, que escribes. ¿Poemas?

—No. Historias. Novelas.

—De amor, me imagino.

—Un poco de todo. De misterio, de aventuras… y también hay amor.

—¿Y nunca has pensado en publicar?

—Pensarlo, sí. Pero no he llegado a intentarlo. No debe de ser fácil, y no sé si estoy preparada.

Con deliberación, dejó el cuaderno encima de los otros. Empezaba a impacientarse, porque aquel hombre no encontraba el momento de despedirse. ¿A qué estaba esperando?

Él parecía ajeno a su incomodidad. Se le veía relajado, completamente a sus anchas.

—Qué color tiene esta begonia, no lo había visto nunca —comentó —. Parece coral…

—Me la dio doña Lola, la casera. Es verdad que las flores son preciosas. Animan toda la habitación.

—Se nota que está bien cuidada. A mí me encantan las plantas. Son mi pasatiempo principal, ¿a que no lo sabías? Venga, pregúntame lo que quieras sobre ellas. Verás como te sorprendo.

Adela sonrió.

—A veces, no me parece usted un cura —dijo a media voz.

—A veces, yo tampoco me lo parezco. Pero es lo que soy.

—¿Y no le da miedo comprometerse viniendo aquí? La gente es muy chismosa.

—Qué tontería. Ya que tenía que subir adonde don Pablo, he aprovechado para decirte lo del manto. No tiene nada de raro, y por mi reputación no tienes que preocuparte. ¿O crees que yo soy de esos sacerdotes que se dejan comprometer?

A Adela, aquello último le sonó a advertencia.

—Yo tampoco quiero meterme en problemas —replicó con aspereza —. Es lo último que quiero.

Don Marcos regresó a la mesa y se sentó en una silla distinta de la que había ocupado antes. Se quedó así, con los codos apoyados sobre la costa de Portugal, mirándola.

—Pues entonces estamos de acuerdo. Yo no te comprometo y tú no

me comprometes a mí.

—Si me sigue mirando de esa manera…

—No es el mejor camino, ¿verdad?

Por fin se puso en pie. Cogió su cartera del suelo para irse.

—Se me olvidaba, te he traído las novelas. ¿Qué tal te fue con la inspectora? Tengo entendido que es de la Sección Femenina.

—Sí, tiene esa pinta. Muy elegante, las niñas quedaron impresionadas… Conmigo estuvo bastante seca, pero correcta.

Por un instante le vino a la mente la imagen de la estufa abierta, las hojas de su cuaderno medio roídas por las llamas, la mirada suspicaz de doña Mercedes. Tendría que haber sabido cómo reaccionar… Procuraría darle una impresión mejor en su siguiente visita.

Don Marcos abrió la cartera sobre una silla y extrajo las tres novelas nuevas. Antes de dárselas, se quedó mirando la portada de la que había quedado encima.

—Las he estado hojeando un poco. No soy aficionado a leer estas cosas, pero me han parecido flojas.

—Eso es porque no es nada romántico.

—Estás muy equivocada. Soy un sentimental sin remedio. Pero esas historias me parecen insulsas. Prefiero las del Oeste.

—¿Lee novelas del Oeste? No le pega nada.

—Tengo una docena o más en un armario de la sacristía. Para que veas que confío en ti: te he contado mi mayor secreto.

—No creo que ese sea el mayor.

Don Marcos le sonrió con los ojos. A continuación, hizo algo inesperado: alargó la mano, le apartó a Adela un tirabuzón de la frente y se lo sujetó por detrás de la oreja. Al retirar la mano, le rozó el pómulo con el dorso. Ella se estremeció como si se tratase de una caricia. Le pareció que el cura observaba con interés su expresión turbada. Disfrutaba de su desconcierto.

—Tienes razón. Tengo secretos mayores —dijo a media voz.

Cerró la cartera y se dirigió sin prisas hacia la puerta del piso. Tenía ya la mano en el pomo, cuando Adela, que había ido tras él, lo retuvo sujetándolo por el brazo.

—No juegue conmigo —le advirtió—. No le conviene.

Él le retiró la mano con suavidad.

—Yo no estoy jugando —contestó en voz baja—. No juegues tú. Y anda con cuidado: aquí la gente no confía en los que vienen de fuera, y tú, con ese pelo y esa forma de mirar, no eres lo que se espera en una maestra. Deberías intentar pasar desapercibida. Te lo digo como amigo.

Adela asintió.

—Tendré cuidado —dijo—. No se preocupe por mí.

3

Hacía rato que los últimos rescoldos se habían apagado en el brasero, pero Adela seguía leyendo. Acodada sobre la costa del Cantábrico —su lado favorito del hule—, devoraba a toda velocidad las líneas en relieve sobre las páginas de papel barato de *Una mancha de carmín*. Llevaba cuatro capítulos y sabía que no se levantaría de la mesa hasta terminarlo. Aunque ya conocía el final.

Lo sabía todo de aquella historia. Sabía que Estrella, la protagonista, se equivocaba, y que Irene, la florista rubia que supuestamente le estaba robando el amor de su marido, acabaría convirtiéndose en su mejor amiga. Recordaba cada detalle de aquella trama de solidaridad entre dos mujeres de distinto origen y estatus: la excusa de Estrella para entrar en la floristería buscando una clase especial de camelias, la irrupción del hijo pequeño de Irene en la tienda mientras las dos mujeres hablaban, la sequedad esquiva del marido… Hasta la descripción del abrigo color crema de Estrella. Solo que, en la versión que ella había leído, Estrella se llamaba Julia e Irene se llamaba… Adela.

Al llegar al final del capítulo cinco, cerró los ojos y dejó el libro sobre la mesa. Intentó concentrarse para recordar la cubierta de la novela original. El título se le había olvidado, pero le vino a la mente una ilustración en la que aparecían dos mujeres enfrentadas. La más alta llevaba un abrigo de pieles y miraba con agresividad a una joven frágil y rubia que mantenía la cabeza gacha y un ramo de claveles apretado contra el pecho.

No estaba segura de que se tratase de aquel mismo libro. Quizá la ilustración era de otra historia. Había leído decenas, a lo mejor cientos de ellas: todas las que se publicaban en la colección La Novela Ideal.

La primera se la había regalado Carmen al principio de su relación, una vez que fue al taller a probarse un abrigo que le estaban arreglando. Traía varios ejemplares iguales en el regazo y a Adela le extrañó. No pudo menos de preguntar… Carmen sonrió con timidez antes de darle una respuesta.

—Si quiere una, se la doy. Son mías. Las he escrito yo —explicó.

Entonces todavía no se tuteaban. Adela se puso nerviosísima cuando supo que su clienta era escritora. Se le cayó el alfiler que estaba clavando en el dobladillo y, al recogerlo del suelo, tuvo que luchar

contra el temblor de sus dedos.

Hasta entonces, siempre se había imaginado a los escritores como personas importantes que vivían en un mundo de grandes mansiones y maravillosos jardines con árboles y fuentes, igual que las heroínas de sus libros. Pero Carmen era una mujer muy sencilla, aunque se le notaban la elegancia y el saber estar en cada gesto. Debía de andar por los veintisiete o veintiocho años cuando se conocieron. Adela tenía veinte.

Su amistad evolucionó deprisa. Cuando Carmen se enteró de que Adela estaba preparando Ingreso de Magisterio por libre, se mostró impresionada. Empezó a traerle libros de problemas de matemáticas, de experimentos de química, y luego otros sobre pedagogías avanzadas que a Adela le abrieron un mundo nuevo.

Hablaban mucho. Mejor dicho, Carmen hablaba y Adela escuchaba sin cansarse. Jamás dejaba de sorprenderla aquella voz insegura que poco a poco iba ganando aplomo y enardeciéndose, y cómo resonaban en ella las grandes palabras que antes nunca había oído pronunciar: igualdad, lucha contra la opresión, feminismo, movilización, comité…

Más que entender las ideas de Carmen, Adela dejaba que la empapasen. Le calaban la ropa como una lluvia fina y le lavaban el cuerpo y el espíritu. Cada vez que la escuchaba, se sentía más lista, más segura; sobre todo, más valiente.

Una tarde se atrevió a pedirle que la llevara a una de las asambleas, y partir de entonces se fue involucrando cada vez más en la lucha política. Se afilió a la CNT, comenzó a colaborar en campañas de concienciación dirigidas a las obreras de las textiles, ayudaba a Carmen a corregir las pruebas de sus novelas para muchachas proletarias, y participaba en todas las manifestaciones convocadas por los anarquistas en Barcelona. Un año después, Carmen y ella empezaron a viajar a Madrid para coordinarse con los compañeros de la capital. Recordaba con viveza la primera reunión a la que asistió en un local clandestino de Malasaña. A Adela se le quedaron grabados los colores violentos de un cartel extranjero en la pared y el olor a sudor que lo impregnaba todo, porque era verano y las cincuenta o sesenta personas que abarrotaban el recinto habían acudido directamente al mitin al salir de las fábricas.

Poco después, allá por el año 31, se celebró en el Teatro Conservatorio de Madrid la clausura del Congreso Internacional de la CNT. Estaba lleno a reventar. Encontraron sitio en la primera fila de uno de los palcos, pero la gente empujaba desde atrás y el calor se hacía insoportable, tanto que un joven periodista alemán o ruso se desmayó. Carmen llevaba un abanico de nácar con un dibujo muy bonito de colibríes. Era uno de los muchos que tenía. Por los abanicos y por los zapatos buenos y los géneros de sus vestidos, Adela había

deducido que pertenecía a una familia con dinero, pero nunca llegó a preguntarle. En una ocasión, Carmen le había dicho que su padre era médico forense y que entendía mejor a los vivos que a los muertos. No se hablaban.

—Mamá… ¿Qué haces?

La voz de Lucía la sobresaltó. Se encontraba de pie a la entrada de la galería, descalza y en camisa. Iba a resfriarse, con el frío que hacía.

—Vuelve a la cama, hija. Yo iré cuando acabe esto.

—¿Cuando acabes el libro? Pero es que hace frío en la cama si tú no estás. ¡No puedo dormir!

—Acuéstate, que yo voy enseguida.

Lucía no parecía tener ninguna intención de hacerle caso. Avanzó unos pasos, rodeó la camilla y, al hacerlo, pasó junto a la máquina de coser. Se quedó mirando la tela gruesa de colchón.

—¿Este es mi vestido nuevo? —preguntó, espantada—. No me lo voy a poner.

Adela tomó aire hasta el fondo de los pulmones. Necesitaba cargarse de paciencia.

—Es una tela muy buena, muy resistente. Te durará mucho y estarás abrigada.

—Pues llévala tú entonces. ¿A que tú no te vas a hacer un vestido con eso?

—Es lo que hay —zanjó Adela, áspera—. Y tuve suerte de poder quedármela; la gente se mataba por conseguir lo que fuera. Dos mujeres se tiraron de los pelos.

Creyó que la imagen haría reír a Lucía, pero se equivocó.

—Pues Angelines la de Ceremonias ha estrenado un vestido y es de una tela azul preciosa —insistió la niña, en cambio—. Y nueva.

—Esa gente tiene dinero. Habrán comprado la tela de estraperlo. Ya te he dicho que no te mezcles con ellos; no vas a sacar nada bueno de ahí.

—Sí saco. A Anita un día le dejaron entrar en su jardín y le dieron chocolate con churros.

—Pues qué bien. —Adela miró a la niña con hostilidad. No podía evitarlo—. Ahora vete a la cama.

—Es que tengo hambre. Estoy harta de cenar solo arroz con leche. Quiero un huevo con patatas fritas.

—No tenemos huevos. Compraré un par de ellos si puede ser para el domingo. Sabes lo que cuestan.

—Es que yo no puedo dormirme así. Me rugen las tripas.

Adela se acordó de los bombones que le había dado don Marcos. Los había guardado en uno de los cajones del chinero. Pensaba reservarlos para una ocasión especial, pero no tenía otra cosa que darle a la niña, así que se levantó y fue a por ellos. A Lucía le brillaron los ojos

cuando vio el envoltorio de papel marrón con el nombre de la confitería.

—¿Son bombones? ¿Desde cuándo los tienes?

—Desde esta tarde. Los trajo don Marcos. Dijo que eran para ti. Parece que están muy contentos contigo en catequesis.

—Me gusta mucho la catequista, es muy guapa y muy amable. Y nos enseña unas canciones preciosas. Ahora estamos ensayando villancicos. Si quieres te puedo enseñar alguno.

—Pues sí. Me vendrán bien para la escuela.

Mientras hablaban, Lucía había deshecho con cuidado el lazo dorado y había retirado el papel sin rasgarlo. La caja era de cartón y tenía en la tapa una estampa de la Virgen. Dentro había por lo menos dos docenas de bombones. Algunos eran de licor y venían envueltos en papeles metalizados de distintos colores. Lucía escogió uno con el envoltorio rojo.

—¿Puedo comerme este? ¿Cuántos puedo comer?

—Tres, pero de licor solo uno. Dame a mí otro, el dorado. Y los papeles me los quedo yo para las manualidades de la escuela, que siempre se pueden aprovechar.

La niña se sentó frente a Adela y alisó los envoltorios de los dos bombones sobre la costa mediterránea del hule antes de saborear el suyo. Después, lo paladeó despacio, con los ojos cerrados. Adela creyó reconocer en su expresión de placer aquella capacidad para disfrutar del momento que tanto admiraba Carmen en ella al principio de su amistad. Claro que, entonces, era tan joven…

Cuando terminó el de licor, Lucía eligió otro bombón cuadrado.

—Este sabe a café —declaró con la boca llena—. Está todavía mejor que el primero.

Adela sonrió. Le gustaba ver contenta a la niña. No era algo habitual.

—Mamá, ¿y por qué no me haces un vestido con uno de los tuyos que no te pones nunca? El azul, que es tan bonito… ¿No me lo puedes arreglar para mí?

—No es un género para un vestido de niña.

—Pues el estampado, el de color crema.

—Hija, yo no puedo quedarme sin ropa para hacerte a ti un vestido nuevo. Esos vestidos los guardo porque los puedo necesitar en cualquier momento.

—¿Para qué? Son vestidos de salir, no de ir a dar clase a la escuela. Y no te los pones nunca. Tú no vas al cine ni a ningún lado. Ni siquiera te los pones para ir a misa.

—El azul me lo pondré el día que hagas la primera comunión. Una maestra tiene que tener por lo menos dos vestidos presentables, Lucía. Qué menos. Y, además, ya te digo que el género no es para hacer

vestidos de calle. No quedarían bien.

Lucía remoloneó un rato más cotorreando sobre la catequesis y sobre las niñas que iban con ella a prepararse para la comunión. Al final le entró sueño y volvió a la cama. Los bombones la habían tranquilizado.

Adela retomó las aventuras de Estrella e Irene en la página donde las había dejado, pero su mente no tardó en divagar una vez más. Regresó a aquel congreso de la CNT. Los hombres se pasaban unos a otros un botijo blanco en el palco de butacas. Habló un orador alemán que, a diferencia de la mayoría de los presentes, llevaba corbata. Después, se dirigió a los asistentes un francés con gafas de montura dorada. Otro militante moreno y alto, con el pelo peinado hacia atrás, tradujo como pudo los discursos. La gente aplaudió a rabiar. Y una de las que más aplaudía era Carmen. Le parecía estar viéndola en aquel momento: un poco despeinada por el calor, con un rizo oscuro sobre la frente, los ojos brillantes, su boca alegre y sensual entreabierta… Era la viva imagen del entusiasmo.

Nunca había llegado a entender del todo cómo se habían hecho tan amigas. Carmen era una escritora, una intelectual. Conocía a todo el mundo, a los dirigentes de las distintas federaciones, a los sindicalistas, a muchos de los reporteros que habían acudido a cubrir el evento. Y, sin embargo, estaba con Adela; con una costurera. Porque en aquella sala todos eran iguales, y los que trabajaban con las manos no valían menos que los que trabajaban con la mente.

Fue en la puerta del teatro, al terminar el acto de clausura, cuando un periodista amigo de Carmen les presentó a Enrique Aldara. Y, a partir de aquel momento, ya nada volvió a ser como antes para ninguna de las dos.

4

Caminaban deprisa, unos junto a otros, en hileras que se habían ido formando espontáneamente, y eran miles, una riada de hombres y mujeres que inundaba el bulevar agitando banderas rojas y negras mientras otros miraban desde los balcones. Adela avanzaba del brazo de Enrique; no se miraban. Miraban los dos hacia delante y sonreían.

Adela daba dos pasos por cada uno de él, pero no le importaba. Tenía pasos de sobra para llegar adonde fuera, hasta el fin del mundo si hacía falta. Olía a primavera, y se mezclaban las consignas y las canciones. Entre todos formaban un coro formidable, indisciplinado, caótico. Protestaban con una energía festiva, ilusionados, porque todo parecía posible.

Entonces cayó la primera bomba.

Rasgó la multitud estallando en una nube de humo negro, arrancó el brazo a una mujer que llevaba un vestido de flores, hizo pedazos a su compañero. La riada de militantes se convirtió en un remolino indeciso, extrañamente silencioso. Adela quería chillar, pero no podía. Tenía rota la garganta. Cayó la segunda: ella la oyó silbar, sintió su sombra como la de un pájaro y luego la explosión, la piel que de repente se le volvió fuego…

Se despertó con aquella sensación de ardor; apenas podía respirar. Lucía la estaba sacudiendo por un brazo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué te pasa?

Bajo la franela gruesa del camisón, cada latido le dolía. Se sucedían demasiado rápido.

—Una pesadilla. No es nada.

Le revolvió el pelo a la niña y forzó una sonrisa. La mandó al cuarto de baño a lavarse, y ella se levantó para preparar el desayuno. Se echó la toquilla de lana malva sobre los hombros y fue a la cocina a moler el café. Al atravesar la galería, vio encima de la mesa la cubierta en rojo y negro de *Una mancha de carmín*. Rojo y negro… ¿Sería casualidad?

A lo largo de la mañana, mientras daba clase, aquella ilustración le volvió varias veces a la mente. Surgía de cuando en cuando, enigmática, como una invitación a pensar… Pero no podía prestarle atención, no mientras corregía en voz alta los errores en la conjugación de las medianas, ni cuando ayudaba a las pequeñas con

los ejercicios de restas. Más tarde lidiaría con ello. Intentaría entender lo que había ocurrido con aquel libro: cómo era posible que una novela anarquista de los primeros años de la guerra se hubiese colado en aquel tiempo al que no pertenecía y donde ya no significaba nada.

La idea de ir a la centralita de telefónica se le ocurrió de camino a casa, cuando regresaba con Lucía después de las clases.

—Tengo que hacer unos recados —le dijo a la niña—. ¿Te quedas jugando en la calle con las otras?

—Solo si me dejas ir a la casa de las Ceremonias. ¿Sabes que les dan chocolate con churros para merendar? Lo toman en el jardín, pero el olor llega hasta la calle. A lo mejor me invitan, como a Anita el otro día.

—En esa casa no se te ha perdido nada. Mejor llama a las hijas de don Pablo el practicante. Seguro que alguna baja a jugar contigo.

—¿Y adónde vas tú?

—A recados, ya te lo he dicho.

Dejó a Lucía pensando qué hacer junto al portal y empezó a caminar en dirección a la plaza de Santo Domingo. Iba deprisa, porque no conocía los horarios de la Telefónica y temía que le cerraran. Al cruzar Padre Isla en diagonal, le salió por la izquierda la camioneta roja y destartalada del carbonero, que tuvo que frenar con un largo chirrido para no atropellarla. Sin aminorar la marcha, el hombre se disculpó con un gesto de las manos.

La centralita se encontraba en la esquina de Padre Isla con la calle de la Torre. Al abrir la puerta, Adela se sumergió en el zumbido de voces que hablaban todas a la vez, cada una desde el interior de su cabina, y recordó lo grande que era el mundo, los millones de personas que lo habitaban, las distancias. Sus problemas le parecieron insignificantes en medio de aquella polifonía de conversaciones anónimas.

Detrás del mostrador había diez o doce personas trabajando en sus escritorios, pero solo tres atendían al público. Adela cogió número en la máquina y se sentó a esperar. Cuando le tocó el turno, pidió el listín telefónico de Madrid.

Tardó casi cinco minutos en encontrar la entrada de la editorial Pueyo, donde se había publicado *Una mancha de carmín*. Cogió uno de los lápices sujetos con finas cadenas a la madera del mostrador y, en el reverso de un recibo de la renta que llevaba en el bolso, apuntó el número de teléfono y la dirección. Después, pidió la conferencia.

Se vio obligada a coger turno de nuevo y a sentarse una vez más en el banco que había frente al mostrador. Todas las cabinas estaban ocupadas, y tenía delante seis o siete personas. Mientras aguardaba, intentó reconstruir mentalmente los detalles del argumento de la novela. No sabía muy bien lo que le iba a decir al editor. Solo quería

entender de dónde había salido la historia y averiguar, si era posible, quién se había atrevido a robarla.

—Número 57, a la cabina ocho —avisó una de las empleadas con la voz hastiada de quien lleva demasiadas horas trabajando.

Era su conferencia. Se metió en la cabina, cogió el auricular y saludó.

—Perdone, ¿la editorial Pueyo?

—Es la editorial Pueyo. ¿Qué desea?

—Soy… soy una lectora —contestó Adela alzando un poco la voz, temerosa de que no se oyera bien a través de tantos kilómetros de cables—. Quiero hablar con el editor.

—Los editores no atienden al público. —La voz de la mujer sonaba joven y dinámica. Adela se la imaginó con el cabello oscuro y una diadema verde de lunares a juego con el vestido—. Pero nos puede escribir al apartado de correos 154…

—No, no voy a escribir a ningún apartado de correos. Este es un asunto privado.

—Le había entendido que era una lectora. ¿Cuál es su problema exactamente?

—Yo no tengo ningún problema. Lo tienen ustedes. Es por un libro que han publicado, *Una mancha de carmín.*

—Sí, en la colección de mujeres —confirmó la voz—. ¿Y cuál es el problema? Si es por alguna errata, le diré adónde puede escribir: al apartado…

—No se trata de eso. Es algo que tengo que hablar directamente con el editor. Esto es conferencia desde León, así que le agradecería que fuese a buscarlo lo antes posible.

Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea.

—Lo siento. Tenemos órdenes de no pasar ninguna llamada del público a los editores. Si quiere dejarme algún recado…

—Muy bien. Dígale a ese señor tan ocupado que, como los de la censura se enteren de que ha publicado una novela anarquista de antes de la guerra, va a tener que dar muchas explicaciones. Y dígale que, si quiere hablar de ello, volveré a llamar dentro de una semana. Me parece a mí que va a estar interesado.

—Oiga, ¿quién es usted? No quisiera tener que avisar a la policía…

—Quién soy no es importante. Ya se lo he dicho, alguien que quiere descubrir la verdad sobre *Una macha de carmín*. Y lo de la policía no se lo recomiendo. A lo mejor los terminan deteniendo a todos ustedes.

—¿Es una amenaza?

Adela intentó calmarse. Se estaba dejando llevar por la frustración, y así no iba a conseguir que la tomaran en serio.

—No, claro que no. Yo solo soy una lectora. Pero da la casualidad de que conozco a la verdadera escritora de esa novela que han

publicado. Y de eso es de lo que quiero hablar con el editor. ¿Cómo se llama?

—Antonio Rejas.

—¿Le dará mi recado? Y no deje de decirle que le llamaré el viernes que viene sin falta. Ya verá como sí querrá hablar conmigo.

—Le daré el recado. Lo demás no depende de mí.

La mujer colgó sin despedirse. Adela no estaba segura de que fuese a transmitir su mensaje. Se le notaba en la voz que era muy joven; ni siquiera había entendido de qué le estaba hablando. Se había gastado una fortuna en la conferencia para nada…

Salió de la centralita sofocada, con el abrigo desabrochado. Agradeció el aire otoñal en las mejillas. Estaban a principios de octubre, pero aquel frío venía del norte, de los montes nevados que se veían desde la galería de su casa a lo lejos, más allá de los prados.

Comenzó a andar deprisa, sin pensar en nada, enfadada consigo misma por el dinero que acababa de malgastar en la llamada. Bajo el tejido resbaladizo de las medias, en la planta del pie izquierdo, sentía la aspereza del cartón que llevaba metido en el zapato. Se le había agujereado unos días antes, pero no podía permitirse un par nuevo. Aquel le tenía que durar como mínimo hasta la primavera.

Cuando se quiso dar cuenta, había llegado a Santo Domingo. Bordeó la plaza y cruzó la avenida de José Antonio para acercarse al escaparate de Ciríaco y echar un vistazo a las últimas telas que habían recibido. Allí sí que tenían tejidos buenos, pero esos no se podían comprar con los cupones del racionamiento. Había uno azul con un motivo geométrico de rombos blancos que habría quedado precioso en un vestido de niña. Poniéndole un cuello blanco y unos botones de madreperla… Adela se imaginó a Lucía vestida así. Sonreía poco su hija, pero aquel vestido le habría arrancado una sonrisa.

Al otro lado de la plaza, el estanco aún no había cerrado. Cruzó para entrar. El hombre que tenía delante pidió «caldo de gallina», y la estanquera le puso sobre el mostrador un paquete de Ideales. Parecía que la mujer no veía bien; tal vez por eso tardó un buen rato en contar el cambio y, cuando terminó, el cliente ya se había ido. Adela le pidió un sobre, cuartillas y un sello para Madrid. Como no quería esperar, pagó con las monedas justas.

Necesitaba tranquilidad para escribir aquella carta, así que decidió permitirse un último derroche y se encaminó hacia la cafetería Victoria, al principio de la avenida del Generalísimo. Dejó que un camarero uniformado de blanco le ayudase a quitarse el abrigo y ocupó una mesita de mármol al fondo, lejos de los cristales que daban a la calle.

Mientras el hombre aguardaba a que hiciera su pedido, apoyó todo el peso de su espalda en el respaldo de la silla y miró alrededor. Olía

bien a café fuerte y a buñuelos… Aunque lo que más le gustaba de aquel sitio era la «leche helada»: así llamaban a una leche merengada que se servía en copa de cristal con un barquillo y una voluta de nata. La tenían incluso en invierno, pero era demasiado cara…, de modo que pidió un café con leche.

En cuanto el camarero se fue, sacó del bolso las cuartillas y la pluma verde que le había regalado don Avelino cuando le dieron el título de Maestra. Dudó un momento antes de empezar a escribir. Se había propuesto comenzar hablando de su amistad con Carmen Valdés para explicar a continuación que Carmen era la verdadera autora del libro, pero eso suponía revelar demasiado sobre sí misma. Además, el editor probablemente no tendría ningún interés en buscar a Carmen para contarle que habían plagiado su obra. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella no estaba en condiciones de reclamar nada, teniendo en cuenta que la versión original de la novela se había publicado en una editorial anarquista… ¿Qué peligro podía suponer para la editorial? Ninguno. No iban a hacer el menor caso.

En cambio, si aludía a la censura… Si destacaba que la historia de *Una mancha de carmín* estaba sacada de una novela roja y que, por lo tanto, era inadecuada para los nuevos tiempos… Eso les metería el miedo en el cuerpo y no se atreverían a ignorarla. Eso sí, debía explicarlo de un modo ambiguo, que solo se entendiera en el contexto de la conversación que acababa de mantener con la secretaria de la editorial. De esa forma, si la carta terminaba cayendo en manos equivocadas, no encontrarían en ella ningún dato preciso que la delatase.

Esperó a que le trajeran el café para arriesgar la punta de su vieja estilográfica contra el papel áspero que acababa de comprar. Escribía con fluidez, sin pararse a pensar, porque ya lo había pensado todo de antemano. Paraba de tanto en tanto para llevarse la taza a los labios (ya que iba a gastarse el dinero en aquel lujo imprevisto, lo menos que podía hacer era disfrutarlo antes de que se enfriara), y enseguida volvía a la cuartilla. Llenó una cara entera y firmó al final con una rúbrica ilegible que no podía comprometerla. Cuando terminó, releyó muy concentrada lo que había escrito:

> Estimado don Antonio:
>
> Soy una lectora curiosa, y me gustaría compartir con usted algunas observaciones sobre la novela *Una mancha de carmín,* recientemente publicada en su editorial. ¿Es usted consciente de que el color del título impregna toda la historia? Aunque estaríamos hablando de un carmín tirando a rojo, como el que se llevaba antes de la guerra. En fin, yo no sé mucho de maquillaje, pero esa tonalidad roja la distingo en cada página. Quizá sea un reflejo del libro original; porque este que han editado ustedes es una copia maquillada de otro que salió allá por el año 37. Alguien se ha tomado muchas molestias para suavizar el rojo del colorete y añadirle unas sombras azules aquí y allá. Aun así, sigue siendo la

misma historia. ¿No le parece que este misterio de la novela maquillada merece algunas respuestas? Si usted las tiene, le ruego que atienda mi llamada la próxima vez. Si no las tiene, quizá podríamos pedírselas a la Policía. Sería una investigación interesante… Pero, francamente, no creo que lleguemos a necesitar su intervención. Yo no soy más que una lectora curiosa, ya se lo he dicho. Lo único que quiero es entender el misterio, y con eso me daré por satisfecha. ¿Le gustan las novelas de Agatha Christie? Piense en mí como en una Miss Marple española (un poco más joven que ella, pero igual de angelical). ¿No le atrae la idea de convertirse en Monsieur Poirot para colaborar conmigo en este extraño caso?

Atentamente,

Una lectora de León.

Mientras esperaba a que la tinta se secara, levantó la cabeza y se dio cuenta de que, en una mesa cercana, estaban hablando de ella. Eran dos mujeres muy bien vestidas, una de ellas con un sombrero de fieltro verde adornado con una pluma, y la otra, bastante obesa, enfundada en negro de la cabeza a los pies, como una viuda. Cuchicheaban observándola. Cuando notaron que las estaba mirando, apartaron rápidamente los ojos y bajaron el tono de voz. ¿Quiénes serían y por qué parecían tan interesadas en ella? Seguramente pertenecerían a la parroquia de Renueva…, a lo mejor las había visto en misa. Era el único lugar donde coincidía con mujeres de esa clase social. Damas aburridas y desocupadas, pensó con irritación. No tenían nada mejor que hacer que cotillear sobre cualquiera que se cruzaba en su camino.

Para cuando la tinta estuvo seca y pidió la cuenta, eran ya casi las nueve de la noche. Fuera había anochecido y acababan de pasar encendiendo las farolas. Cada una de ellas se erguía como un tallo verde coronado por cuatro flores de luz, allá en lo alto.

No debería haberse entretenido tanto. Seguramente Lucía estaría cansada de esperarla y se la encontraría llorando. No la había educado en la represión de las emociones, y tal vez fuese un error. Por su culpa era demasiado blanda, demasiado sensible. Bastaba cualquier tontería para que se le escapasen las lágrimas.

Iba tan deprisa por la acera de Padre Isla que no veía ni con quién se cruzaba. Cuanto más tardase, peor sería la escena con la niña… Cuando llegó al portal, se lo encontró vacío. Lucía no estaba.

Salió a la calle y miró a derecha e izquierda. Solo vio a un par de hombres a la puerta del bar Isla. No quedaban niñas jugando.

Era posible que Lucía la estuviese esperando en casa de don Pablo, el practicante. La hija mayor, Anita, era una de sus mejores amigas. Subió a toda prisa las escaleras y llamó con los nudillos, porque el timbre no funcionaba.

Salió a abrirle la propia Anita. Dijo que Lucía no había estado jugando con ellas, pero que se la había encontrado a última hora de la

tarde, cuando volvía a casa. Por lo visto, estaba llorando.

—Es que las de Ceremonias le gastaron una broma —explicó la niña —. Le dijeron que entrase en su casa, que la invitaban a chocolate con churros, y cuando intentó subir las escaleras la sacaron a escobazos. A mí me lo hicieron una vez también.

Adela apretó los puños. El corazón se le aceleró de tal manera que cada latido le hacía daño.

Toda su vida había luchado contra aquello. Contra aquella gente que se creía con derecho a humillar a una niña de siete años. Y había perdido. Ya ni siquiera era capaz de proteger a su hija.

—¿Sabes adónde fue?

—La vi hablando con la mujer del carrín. Le dio unas pipas para consolarla. ¡Al final tuvo suerte!

—Sí, pero el carrín ya no está y Lucía tampoco… ¿Tú sabes adónde ha podido ir?

La pequeña meneó enérgicamente la cabeza. Era una de sus alumnas más avispadas.

—No lo sé, doña Adela —aseguró—. A lo mejor ha ido a la iglesia. Le oí decir algo de la señorita Blanca. Es la catequista.

Bajó los peldaños de dos en dos hasta llegar de nuevo al portal. Cruzó la calle sin mirar, y estuvo a punto de ser atropellada por un hombre en bicicleta. Subió a toda prisa las escaleras de la iglesia de Renueva. El sacristán estaba echando los cerrojos.

—Perdóneme, ¿ha visto a una niña rubia de unos siete años, con un vestido azul de flores?

—¿Un vestido de tela de colchón? Sí, se marchó con la señorita Blanca. La catequista.

—Pero ¿adónde? ¿Adónde se marchó? No sabrá usted dónde vive…

—No, no sé. Pero, desde aquí, la señorita Blanca va casi todos los días a Coros y Danzas. Es una de las profesoras. Coros y Danzas de la Sección Femenina, ¿sabe dónde es?

—En la casa de la Perrona. Voy para allá. ¡Gracias!

Conocía de paso el edificio, que se encontraba hacia la mitad de la calle Padre Isla, más allá de la estación de Matallana. Había oído en la tienda de Roque que durante la república era la Casa del Pueblo. La llamaban la casa de la Perrona porque decían que cada obrero había puesto una perrona para su construcción. Poco después de empezar la guerra, pasó a depender de la Falange.

Llegó sofocada por los nervios y entró sin llamar. Desde el vestíbulo, a través de una puerta que había a la derecha, le llegó el sonido de una canción popular acompañada de un repiqueteo de castañuelas. Se oían también pasos rápidos, saltos al compás sobre el suelo de madera, y el viento de los giros en las pesadas faldas de los trajes regionales.

Abrió la puerta bruscamente y entró a mirar. Enseguida localizó a

Lucía entre las niñas más pequeñas, que seguían la clase al fondo de la sala. Lucía, al ver a su madre, fue corriendo hacia ella e intentó abrazarla. Pero Adela la agarró por ambos brazos y la sacudió con vehemencia.

—¿Estás boba? ¿A qué has venido aquí? ¿Qué tienes tú que ver con estas tonterías, me lo puedes explicar?

Algunas de las jóvenes dejaron de cantar. El baile se fue desorganizando hasta detenerse.

La niña se dejaba zarandear, pálida. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Una de las monitoras se les acercó.

—Perdone, pero no tiene por qué enfadarse con la niña —intervino, y posó una mano sobre la cabeza de la pequeña—. Me la encontré llorando porque no sabía dónde estaba usted y no podía entrar en casa. En plena noche. Comprenderá que no quisiera dejarla sola, le podía haber pasado cualquier cosa… Así que, como tenía que venir al ensayo, me la traje aquí.

—Usted es Blanca, ¿no? —preguntó Adela en tono desafiante—. Pues no tenía que haberse molestado. Lucía sabe que, si me retraso alguna vez, adonde tiene que ir es a casa de don Pablo el practicante, que son vecinos.

Le temblaba la voz, no podía remediarlo. Sabía que todas en la sala estaban observándola y que necesitaba calmarse, pero no podía. Había pasado miedo.

—Pensé que te habías perdido —añadió, soltando a la pequeña—. Vaya susto me has dado.

Lucía estaba llorando a moco tendido.

—La niña no ha hecho nada malo —dijo otra de las monitoras, acercándose—. Todo lo contrario. La pobre estaba divirtiéndose de lo lindo.

—Lo que pasa es que a esta señora no le parece bien lo que hacemos aquí —replicó otra muchacha joven, una de las que estaban tocando las castañuelas.

Adela empezó a entender el lío en el que se estaba metiendo.

—No es eso —dijo rápidamente—. Me parece muy bien, pero comprenderán que me haya asustado. No la encontraba por ninguna parte.

—La culpa es suya, por dejarla sola. Ande, tómese un vaso de agua, que está congestionada.

Adela levantó los ojos y se encontró con la mirada irónica de doña Mercedes, la inspectora. Sintió una oleada de calor en las mejillas.

—Perdóneme, no la había visto —se disculpó—. No sabía que usted…

—Pues sí. Me paso de vez en cuando para echar una mano a las compañeras. Esto me entretiene y, además, es una labor encomiable,

seguro que está de acuerdo conmigo.

Adela asintió con la cabeza. Lo único que quería era salir de allí. Otras dos alumnas de su clase, poco mayores que Lucía, se habían acercado también.

—Lucía quiere venir a clase —dijo la mayor, Luisina—. ¿La va a dejar?

—Enseguida se ha aprendido los pasos —añadió su hermana Antonia—. Y ella quiere venir, ¿a que sí, Lucía?

La niña miró a su madre con cara de susto, pero no se atrevió a contestar.

—Bueno, eso ya lo hablaré con ella en casa —murmuró Adela—. Gracias por atender a la niña y perdonen la interrupción. Nos vamos.

Por cortesía, se bebió el vaso de agua que le había traído la inspectora. Las alumnas fueron regresando a sus posiciones.

—Y a usted, ¿no le llama la atención esto? —preguntó doña Mercedes en tono malévolo—. No le vendría mal, para hacer méritos…

Adela le sostuvo la mirada.

—Tendré que hacerlos de otra manera —contestó sonriendo—, porque bailar al son que me tocan nunca se me ha dado bien.

5

—Vaya la que liaste el otro día en Coros y Danzas. Se ha enterado todo León.

Sin aflojar el paso, Adela observó de reojo a don Marcos, que caminaba a su lado mirando al frente, con el sombrero en la mano y un aire muy digno.

—¿También se lo han contado a usted? No se imagina lo horrible que fue. Lo que daría por que no hubiera pasado. Y, encima, estaba allí la inspectora.

—Por lo visto, dijiste cosas bastante inapropiadas.

—No sé ni lo que dije. Cuando lleguemos a la casa de esas señoras no me seguirá llamando de tú, ¿verdad?

—Te llamaré doña Adela. No, mejor «señorita Adela», que suena muy bien.

Se estaba burlando de ella, como de costumbre. Aun así, le agradecía que hubiese concertado la cita con las dos hermanas benefactoras de la parroquia. Necesitaba borrar como fuera el incidente que había protagonizado en la sede de la Sección Femenina. Si hacía falta, estaba dispuesta a bordar gratis. Se lo dijo a don Marcos, y él se echó a reír.

—Si no cobras, les quitas todo el mérito a esas pobres mujeres —explicó—. Lo que tienes que hacer es escucharlas y contestar que sí a todo lo que te pidan. Ya sé que no es tu inclinación, pero, por una vez, haz un esfuerzo.

De buena gana le habría replicado, pero no quería montar una escena en plena calle, y más teniendo en cuenta que allí en el barrio todos los conocían. Don Marcos se detuvo al llegar a la altura del chalé de Ceremonias.

—Es aquí —anunció—. ¿Has estado alguna vez?

Adela apretó los dedos sobre el asa del bolso hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—Yo no, pero mi hija sí —contestó—. La invitaron a entrar para reírse de ella y luego la echaron a patadas. Fue cuando la catequista se la encontró llorando y se la llevó a Coros y Danzas.

Don Marcos llamó al timbre. No parecía impresionado por la historia.

—Cosas de niños —dijo—. A veces son muy crueles. Están

consentidos… Qué vamos a hacer.

Antes de que Adela pudiera responder, se abrió la puerta. En el umbral apareció una doncella con delantal y cofia. Al ver al sacerdote, sonrió con timidez.

—Buenas tardes, don Marcos. Las señoras les están esperando en el saloncito de arriba. Los acompaño.

Miró un instante a Adela antes de echar a andar hacia la escalera de mármol. Al fondo se veía un mirador que daba a un jardín bien cuidado, lleno de crisantemos y dalias.

Adela dudó un momento antes de empezar a subir detrás de don Marcos. Le hervía el pecho de rabia. Aquella era la casa donde habían maltratado a su hija hacía apenas una semana, y el cura acababa de disculpar a las niñas malcriadas que habían protagonizado la burla.

Ya en el primer piso, la muchacha les rogó que esperaran mientras entraba a anunciar su llegada.

—Son dos hermanas, doña Felisa y doña Esperanza —explicó don Marcos en voz baja—. Doña Felisa es la más gruesa, le saca unos años a la otra. Su marido dirige una mina en el Bierzo y pasa mucho tiempo fuera de casa… La hermana, doña Esperanza, se quedó viuda hará dos años. Las dos tienen niños pequeños todavía…, bueno, eso ya lo sabes. Déjame que hable yo, tengo confianza con ellas.

Adela no se molestó en contestar. Necesitaba todas sus energías para mantener a raya su furia.

No quería bordar para aquellas mujeres. No quería estar allí, arrastrándose para conseguir un trabajo miserable de la misma gente que había humillado a Lucía. Estuvo a punto de darse la vuelta y bajar corriendo, pero no se decidió.

La doncella regresó para acompañarlos al saloncito. Era una estancia soleada, no demasiado grande, con vistas al jardín. Junto a la ventana había una mesa camilla cubierta por un tapete de ganchillo, y al otro lado, en un sofá tapizado de verde, aguardaban sentadas las dos hermanas. Una de ellas se levantó para recibirlos. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años, pero mal conservada. Llevaba puesta una bata de terciopelo más propia de una corista que de una dama de la alta sociedad, y el pelo recogido en un moño sin gracia. Llamaban la atención sus párpados hinchados. Don Marcos la saludó con una breve reverencia, pero ella se inclinó con torpeza y le besó el dorso de la mano.

—Don Marcos, siempre es una alegría. Y usted debe de ser Adela… Soy Felisa. Y esta es mi hermana Esperanza.

—Perdonen que no me levante. Es que hoy no puedo ni moverme —se excusó la otra con voz quejumbrosa. Su vestido, negro de arriba abajo, contrastaba con las zapatillas rosas que llevaba—. El maldito lumbago no me deja tranquila… Ay, don Marcos, perdone lo que

acabo de decir. Es que los dolores me nublan la cabeza. Pero siéntense, por favor. Rosario, trae el café y las pastas.

La doncella hizo una rápida reverencia y salió apresuradamente. Adela tomó asiento en uno de los sillones que daban la espalda a la ventana. Don Marcos ocupó el otro.

Durante unos segundos permanecieron todos en silencio. Las dos hermanas sonreían tontamente mirando a Adela, como si esperasen que en cualquier momento fuese a declamar un poema o a cantar una canción.

—Ya le he contado a la señorita Adela lo que necesitan —comenzó don Marcos—. Pero yo no entiendo nada de bordados, así que mejor le explican ustedes qué es exactamente lo que quieren.

—Pues es que tenemos una tela preciosa, se la voy a enseñar. Ya verá qué calidad. Me la ha traído mi marido de Italia —explicó doña Felisa—. Regalo de uno de sus clientes. Espere, que voy a por ella.

Entró la criada con un carrito dorado y dejó la puerta abierta mientras servía el café en unas tazas muy finas de porcelana blanca y rosa. Las pastas eran de pastelería, y algunas iban decoradas con confites de colores. Mientras doña Esperanza ayudaba a la doncella a repartir las tazas, su hermana aprovechó para ir a buscar el tejido del que estaba hablando.

Aunque la ventana estaba cerrada, se oían risas y voces en el jardín. Adela se acordó de Lucía. Dejó la pasta que acababa de coger en el platillo de la taza. Le daba igual que la considerasen maleducada: no pensaba comérsela.

—Mire qué preciosidad. Terciopelo de primera clase. —Doña Felisa desenrolló el extremo del tejido y lo extendió frente a Adela—. Y este azul profundo va muy bien para la novena de la Inmaculada y para el mes de las flores. Quedará divino con un bordado en plata, ¿no le parece?

Volvió a enrollar la tela, la posó con cuidado sobre la mesita de centro y fue a sentarse otra vez junto a su hermana, que sostenía delicadamente entre el pulgar y el índice de la mano derecha una de esas pastas que llaman lenguas de gato.

—No sé qué pensará don Marcos, pero yo creo que la Virgen preferiría que le diesen la tela a alguien que la necesite, en lugar de hacerle a ella un manto.

Al oír aquello, a doña Esperanza se le rompió la pasta entre los dedos, llenándole de migas el regazo. Doña Felisa sonrió, desconcertada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó—. Yo pensaba que usted ya sabía cuál era el encargo. Pero, si no le parece bien…

—Claro que le parece bien. Es que la señorita Adela tiene mucho sentido del humor —terció don Marcos en tono relajado—. Le gusta

hacer reír a la gente.

Las dos hermanas sonrieron, aliviadas. Pero Adela no podía contenerse. En ese momento, todo le daba igual.

—¿Saben que a mi hija le he tenido que hacer dos vestidos con tela de colchón? —preguntó—. Imagínense. La pobre parece una pepona. Pero fue lo único que pude conseguir en el racionamiento. Tela de colchón. Dos vestidos iguales… que tendrán que durarle años.

Doña Esperanza y doña Felisa intercambiaron una mirada. Ninguna de las dos sonreía ya.

—¿Qué edad tiene su hija? —preguntó doña Felisa—. Porque a lo mejor le vale alguno de los vestidos que le han quedado pequeños a la mía mayor. Usted, con sus habilidades, se los podrá arreglar y le quedarán como nuevos.

—Gracias, señora, pero yo no acepto limosna. Con que me paguen ustedes de manera justa por el trabajo que voy a hacer, tengo más que suficiente.

Se puso de pie. No iba a sostener aquella pantomima ni un minuto más.

—Buscaré diseños para el bordado y se los enseñaré para que elijan. Según el trabajo que lleve, acordaremos el precio. Y ahora me van a perdonar… Don Marcos, quédese, yo tengo que ir a por mi hija. Muchas gracias por el café.

Las hermanas la observaban estupefactas.

—¿Se va? —preguntó doña Felisa—. Espere, que llamo a Rosario para que la acompañe…

—No se moleste. Recuerdo el camino. Buenas tardes.

Evitando la mirada de don Marcos, caminó muy dignamente hacia la salida.

Bajó las escaleras a toda prisa, eufórica. Ni ella misma se creía lo que acababa de hacer. Cómo les había hablado a aquellas dos brujas, sin miedo, diciéndoles a la cara lo que pensaba… No sabía de dónde había sacado el valor, pero no se arrepentía. «Tenía que pasar antes o después —iba pensando—. No se puede fingir todo el tiempo lo que uno no es. Y, si tenía que pasar, mejor que haya sido ahora. Tenía que pasar…».

Al llegar al vestíbulo, le atrajo la luz verdosa que se filtraba a través de la galería que daba al jardín. Había una niña sentada de espaldas a la puerta de cristal. El aire agitaba con suavidad sus tirabuzones morenos mientras ella, acunando a un muñeco, tarareaba una canción de cuna.

A Adela se le aceleró el corazón. Allí tenía a una de las maltratadoras de Lucía y estaba completamente sola, al parecer. Una buena oportunidad para terminar lo que había empezado.

Sin mirar a derecha ni izquierda, se fue directa hacia la puerta del

jardín y la abrió. La niña, al oír sus pasos, dejó de cantar.

—Vengo a decirte que te andes con cuidado —dijo Adela en voz baja, deliberadamente amenazante—. ¿Te acuerdas de la niña a la que tirasteis por la escalera el otro día tus hermanas y tú? Pues era mi hija. Y no creas que lo voy a dejar pasar. Tengo amigos en la policía. Y en los periódicos. Si le volvéis a tocar un pelo a Lucía…

La niña se giró hacia ella y las palabras murieron en sus labios. No había vida en los ojos de la pequeña. Cada uno miraba hacia un lado… y ninguno de los dos veía.

—Yo no fui, fueron mis primas —dijo la niña—. Ahora están en el colegio. Van a la Asunción.

Adela se le acercó. Con suavidad, le cogió una mano. La pequeña se estremeció. Quizá todavía resonaban en sus oídos las recientes amenazas.

—¿Cómo te llamas?

—Carolina.

—¿Y tú por qué no estás en el colegio?

La niña sonrió con desgana.

—Yo no puedo ir al colegio —explicó—. Me quedé ciega antes de aprender a leer.

6

—A ver si lo he entendido. —Doña Esperanza miraba a Adela con extrañeza—. ¿Dice que puede enseñar a Carolina a leer, aunque sea ciega? Ya he oído hablar de esos libros hechos de puntos. Pero eso no es leer.

—Le aseguro que sí —contestó Adela—. ¿Me permite que se lo explique?

La mujer se lo pensó un momento antes de asentir. Ni ella ni su hermana ni don Marcos se habían movido de su sitio. Cuando Adela entró de nuevo en el saloncito, se los encontró todavía con las tazas en la mano. Don Marcos estaba contando una anécdota sobre el sacristán de su parroquia, que era muy olvidadizo y se dejaba las cosas en los lugares más insólitos. Una vez perdió las llaves de la sacristía y, después de horas buscando, las encontraron dentro de la pila de agua bendita que había a la entrada. Adela llegó a tiempo de oír el final de la historia y las risas de las dos anfitrionas.

Después de la forma en que se había despedido, su regreso los había pillado por sorpresa. Y más aún su cambio de actitud. Había abandonado completamente el tono agresivo y hablaba con suavidad, intentando sonar convincente.

—Es un sistema de celdas con puntos en relieve, organizados en dos columnas y tres filas. Según qué puntos estén en relieve, tenemos una letra o la otra. Es un alfabeto.

—¿Y usted se lo sabe? —preguntó doña Felisa.

—Algo sabía, aunque se me ha olvidado…, pero puedo conseguir libros y volver a aprender.

Doña Esperanza no parecía entenderla.

—¿Quiere aprender eso solo para ayudar a mi hija?

Adela la miró con una chispa de luz en la mirada.

—¿Y no le parece un buen motivo? —dijo—. Imagínese lo que cambiaría la vida de la niña. Podría estudiar como cualquier alumna, hasta podría ir a la universidad si quisiera.

—En esta familia las mujeres no van a la universidad —terció doña Felisa—. Y Carolina está muy bien como está. No le falta de nada, es el ojito derecho de todos en la casa. Siempre va a estar bien atendida.

—Cuando el accidente, todavía no había empezado a ir al colegio, pero era una niña muy curiosa. Le cogía el silabario a su prima Esther

y aprendía mirando los dibujos —contó doña Esperanza—. Habría aprendido a leer enseguida.

—¿Cómo perdió la vista? —preguntó Adela—. Si no le importa que se lo pregunte…

Doña Esperanza y su hermana se miraron. Don Marcos bajó la cabeza.

—¿No lo sabe? —murmuró doña Esperanza—. Pues debe de ser la única del barrio. Claro, a lo mejor todavía no vivía en León. Fue al final de la guerra. Mi marido había mandado traer abono de San Marcos para el huerto. Con tan mala suerte que, entre la porquería, había una bomba. Los niños… ya sabe cómo son. Se pusieron a revolver y la encontraron. Nicolás, mi hijo mayor, era el que la tenía en la mano. No… no se imagina…

No pudo seguir hablando. Se cubrió el rostro con las manos, y todo su cuerpo se estremeció en un sollozo. Los ojos de doña Felisa también estaban llenos de lágrimas.

—Los encontró mi hermana —aclaró con un hilo de voz—. Perdió la cabeza. Había bajado descalza al oír la explosión… y descalza salió corriendo a la calle, y no paró de correr hasta que llegó a San Marcos. Iba rezando a gritos.

—No saben cuánto lo siento —acertó a decir Adela—. No tenía ni idea.

Sin descubrirse la cara, doña Esperanza asintió imperceptiblemente.

—Yo creo… que Nicolás nos está viendo desde el cielo —dijo, con la voz entrecortada por el llanto—. A él le gustaba mucho la Virgen de Renueva, decía que tenía cara de hada. Le gustaban mucho los cuentos.

—Por eso el manto —murmuró don Marcos.

Adela se agachó hasta quedarse en cuclillas delante de doña Esperanza. Le cogió una de sus manos gruesas y frías entre las suyas.

—No sabe cuánto lo lamento —repitió—. Y, después de lo que me ha contado… Razón de más para que quiera ayudar a Carolina. Yo le aseguro que me puedo hacer con libros en braille para ella, y me las arreglaré para enseñarle. Ya verá, le vamos a dar una vida nueva a esa niña.

Doña Esperanza levantó la cabeza.

—Pero ¿usted quiere que vaya a la escuela? ¿A la escuela pública?

—Con el tiempo, podría venir. Así se relacionaría con otras niñas y tendría una vida más normal. Si quieren, puedo empezar dándole clases particulares. Esto no me lo tendrían que pagar, lo haría por gusto —añadió rápidamente—. Y, más adelante, cuando haya aprendido a leer, yo podría venir a recogerla cada día para llevarla a clase.

—A la escuela pública —repitió doña Felisa despectivamente—.

Vaya una idea…

—Pues a mí me parece que es estupenda —intervino don Marcos—. La señorita Adela tiene razón: le cambiaría la vida a la niña. Y, si ella está dispuesta a hacer el esfuerzo…, ¿qué más se puede pedir?

Doña Felisa le tendió a su hermana un pañuelo bordado, y ella se limpió las lágrimas.

—Tendremos que hablarlo con mi cuñado —replicó en tono apagado—. Es el cabeza de familia. Con lo que él decida, ya le diremos.

Se levantó del sofá y doña Felisa hizo lo mismo. Ambas parecían tener prisa por terminar la conversación. Don Marcos también se puso en pie y aprovechó para despedirse.

—Hagan caso a la señorita Adela, ha tenido una gran idea —insistió —. Doña Felisa, si quiere vengo yo a explicárselo a su marido. Entre los tres lo convenceremos.

—Todavía no sé si quiero convencerle —murmuró doña Esperanza —. La niña es feliz así como está. Enfrentarse al mundo solo la hará más desgraciada.

—Yo no lo veo así —dijo don Marcos—. Piense en el futuro, cuando ustedes falten. Con su problema, no es fácil que se case. ¿Y quién va a cuidar de ella?

—Sus primos —dijo doña Felisa—. Abandonada no va a quedar.

—Aun así, cuanto más independiente sea de mayor, mucho mejor —dijo Adela—. Y aprender no le va a hacer daño. Avísenme cuando se hayan decidido.

Doña Felisa hizo sonar la campanilla, y acudió la criada para acompañarlos a la puerta. Bajaron las escaleras en silencio detrás de ella. Ninguno de los dos abrió la boca hasta que salieron de la casa y cruzaron a la otra acera.

—¿En serio crees que puedes enseñarle a leer? —preguntó don Marcos.

—En serio. Mañana mismo iré a informarme, a ver dónde puedo conseguir los materiales. Me sorprende que ni siquiera se lo hubieran planteado antes.

—Si hubiera sido un chico, habría sido distinto. Pero, una niña… No ven la necesidad.

—Pues hay que convencerlas. Porque es un crimen lo que están haciendo con ella.

Siguieron caminando un rato sin decir nada. Don Marcos no parecía consciente de que sus pasos eran demasiado largos y rápidos para que Adela pudiera seguirle el ritmo sin perder el aliento.

—Doña Felisa y doña Esperanza deben de estar preguntándose todavía qué acaba de pasar —dijo al cabo de unos segundos, pensativo —. Primero les contestas de mala manera y luego te ofreces a

enseñarle braille a la niña… Pensarán que no hay quien te entienda.

—¿Es lo que piensas tú?

Le salió el tuteo sin pensar. Don Marcos la miró y ralentizó un poco el paso.

—No, yo te entiendo —contestó con inesperada suavidad—. Te pusiste como una leona por lo de tu hija, pero luego te pudo el buen corazón. Eres un alma generosa.

—Gracias.

Estaban ya aproximándose a la iglesia. Enseguida tendrían que despedirse.

—¿Sabe que el braille, en realidad, lo inventó un militar? —dijo Adela, volviendo al trato de cortesía—. Era un sistema para llevar mensajes de noche a los puestos de avanzada. Para poder leerlos en la oscuridad. Pero, en aquella versión inicial, cada signo tenía ocho puntos. Braille lo adaptó a seis y lo perfeccionó.

—¿Cómo sabes esas cosas? Siempre consigues sorprenderme.

—Más que un alma generosa, soy un alma curiosa —contestó Adela sonriendo.

Don Marcos también sonrió.

—Las dos cosas no están reñidas.

Habían llegado a la altura de la mercería de Toña, que tenía todo el escaparate lleno de bragas de distintas clases. Don Marcos evitó mirarlo.

—No sabes el revuelo que hay en el barrio con esta tienda. Hasta del seminario han protestado, porque en su paseo diario los seminaristas cruzan por delante y al ver todo eso… Imagínate los pobres. Me han pedido que haga de intermediario con la dueña, para que la convenza de que ponga otra cosa.

—Claro…, que ponga lazos y botones. Pobre Toña. Hay que oír cada tontería…

Se despidieron al llegar al cruce de la estación con un breve apretón de manos. Adela atravesó la calle y, desde el otro lado, observó al cura mientras él se alejaba en dirección a la iglesia.

Todavía era media tarde, y había muchos niños jugando en la acera. Justo enfrente de su portal, Lucía y algunas vecinas estaban saltando a la comba. Una de ellas, al ver a Adela, les gritó algo a las demás. Dejaron la comba en el suelo y fueron en tropel hacia ella. En pocos segundos la habían rodeado, y todas hablaban al mismo tiempo.

—¡Justo acaba de venir el cartero!

—Traía un telegrama. Pero, como no estaba…

—Lucía dijo que firmaba ella, pero los niños no pueden firmar.

—También le dije que se lo dejara a doña Anita la del practicante —explicó Lucía—. Pero dijo que no, que tenía que dártelo en mano. Mira… ¡Vuelve hacia aquí!

Era cierto. El cartero, un hombre con bigote canoso y aspecto desaliñado, acababa de dar la vuelta con la bicicleta en el cruce de San Esteban y pedaleaba hacia ellas. Las niñas se apartaron para dejarle paso y él frenó echando un pie a tierra, al tiempo que le tendía a Adela un sobre azul pálido.

—Adela Cruz, ¿verdad? Firme aquí.

Adela firmó rápidamente sobre el formulario y cogió el telegrama. De buena gana habría rasgado el envoltorio en ese momento… Pero ¿y si era la respuesta del editor de Madrid? Mejor abrirlo a salvo de miradas indiscretas, por si acaso.

—Voy a casa a leerlo. Tú sigue jugando —le dijo a Lucía.

—¿Eso es porque es algo malo? ¿Es porque se ha muerto alguien?

—No se ha muerto nadie, no te preocupes.

La niña y sus amigas se quedaron mirándola mientras ella se alejaba resuelta hacia su portal.

Subió las escaleras a toda prisa. En el rellano olía a huevos con patatas, que era lo que cenaban todos los días en casa de don Pablo el practicante. La llave se le encasquilló en la cerradura y tuvo que forcejear girándola a derecha e izquierda hasta que consiguió abrir.

No le había mentido a Lucía. Fuese cual fuese el contenido del telegrama, no podía traer la noticia de una muerte. ¿La muerte de quién? Ni a ella ni a la niña les quedaba nadie. Aunque tampoco cabía esperar que fueran buenas noticias. Las buenas noticias nunca eran tan urgentes como para requerir el uso del telégrafo.

Rompió el papel azul y leyó las escasas palabras mecanografiadas en el interior con los labios entreabiertos de incredulidad:

> Por motivos de reorganización administrativa su plaza ha sido suprimida. Asignada nueva vacante en la localidad de Pardesivil. Acuda a toma de posesión en Ayto. Santa Colomba de Curueño antes del lunes 9 de octubre.

El remite era de la Delegación de Educación, pero no figuraba el nombre de la inspectora.

7

La nieve estrellaba sus copos contra las ventanillas y dejaba festones de encaje helado sobre el paisaje. Pasaban deprisa los árboles, los prados, las casas solitarias junto a los caminos. De cuando en cuando, una gasa de humo negro envolvía el vagón y lo aislaba del mundo. Los copos brillantes de hollín que soltaba la chimenea de la locomotora aleteaban y se fundían con los otros, emborronando cada vez más los cristales.

—Tiene los ojos rojos —observó don Marcos.

Iba sentado frente a Adela, de espaldas a la marcha del tren. A su lado dormitaba una campesina de veinte años como mucho y en avanzado estado de gestación. Había reclinado la cabeza sobre el hombro de su marido. Él miraba al vacío con una sonrisa ausente. En el lado opuesto, Adela compartía asiento con Lucía y con un hombre vestido de marrón que llevaba un maletín cuidadosamente colocado en su regazo. Un viajante de comercio… A saber qué vendería.

—Es por la carbonilla —contestó Adela—. Me pasa de siempre.

Era la primera vez que se subía a un tren desde que había abandonado Valladolid. El vagón se bamboleaba más de lo que ella recordaba. No estaba acostumbrada a los ferrocarriles de vía estrecha.

—Vaya nevada que está cayendo. Y en las fechas que estamos —dijo el campesino—. Si ya lo dice el refrán: «Para el Pilar, fuego en el hogar».

Su mujer entreabrió los ojillos grises, sonrió con expresión aprobadora y volvió a dormirse.

—No es normal en esta época, ¿verdad? —preguntó Adela.

El hombre la miró con curiosidad.

—Depende. Hay años y años. ¿Usted no es de por aquí?

—Es la nueva maestra de Pardesivil —explicó don Marcos—. Vamos a tomar posesión.

—Ah…, ¿y es hermana suya?

—No, señor. Yo tengo que ir a arreglar un asunto con el párroco de Santa Colomba, que es amigo mío.

Adela cruzó con él una mirada. Le parecía inverosímil adentrarse en el destierro acompañada por aquel hombre. Solo iba a estar a su lado durante las primeras horas, pero bastaría para darle un aire de respetabilidad a su llegada al pueblo. Le estaba muy agradecida.

Hablaron poco a lo largo del trayecto. Cada vez que el tren hacía una parada, el aire gélido del exterior se colaba en el vagón. Lucía, para protegerse, se apretaba contra el paño del abrigo de su madre, pero siempre con la cabeza vuelta hacia el pasillo, porque no quería perderse ni un detalle de los viajeros que entraban y salían. Para ella, todo era una aventura. A pesar de las explicaciones que le había dado Adela, aún no había comprendido que estaban dejando atrás su antigua vida.

El campesino y su mujer embarazada se apearon en Pedrún de Torío, y nadie ocupó sus asientos. Entre chirridos y bocanadas de vapor, el tren se puso en marcha de nuevo.

—No dejo de darle vueltas —murmuró Adela—. Ya sé que me tenían en el punto de mira, pero ¿por qué no han esperado al menos a que terminase el curso? No tiene sentido hacer un cambio así en estas fechas.

—Se les presentó una vacante que cubrir —contestó don Marcos con paciencia—. Y el plan de cerrar la escuela ya llevaba un tiempo sobre la mesa, parece. Así han matado dos pájaros de un tiro.

Habían tenido la misma conversación, casi con idénticas palabras, cuando Adela acudió al confesionario a contarle lo que le habían hecho. De aquello hacía menos de cuarenta y ocho horas.

—A quien quieren matar es a mí —replicó Adela, áspera—. Está claro que les sobro.

Don Marcos señaló discretamente a la niña, que se había quedado medio dormida. Arqueando las cejas, le lanzó una advertencia con la mirada.

—Ya sé que no tengo que hablar así. Pero es que no lo entiendo. No tiene ni pies ni cabeza.

—Te voy a dar un consejo. Tú estás acostumbrada a decir lo primero que te pasa por la mente, en este asunto y en otros.

—Eso es lo que usted se cree —le interrumpió Adela, y sonrió irónica—. Por cada cosa que digo me callo cien. O mil.

—Pues a partir de ahora vas a tener que callarte unas pocas más. Nunca has vivido en un pueblo pequeño, ¿no?

Adela negó con la cabeza.

—Mira, en estos pueblos… No voy a decir que la gente sea mala, pero sí desconfiada. No les ha quedado otro remedio. Y más en esta zona. Sufrieron mucho durante la guerra. El frente quedaba muy cerca, se llegaba a través del monte. Es raro el que no tiene algún familiar o conocido en el maquis… Se han acostumbrado al miedo, al silencio. Y a ver secretos y segundas intenciones por todas partes. Así que ten cuidado y no vayas por ahí quejándote de la inspectora ni de tu mala suerte. Lo mejor es que no cuentes nada de tu vida.

—Como si yo contara mucho. Ni siquiera usted sabe nada… y eso,

siendo mi confesor.

—Sé más de lo que crees. Y más de lo que me gustaría saber —dijo don Marcos; y una sonrisa melancólica iluminó fugazmente su rostro.

—¿Por qué conoce tan bien estos pueblos si no es de aquí?

—Por mi amigo, el cura de Santa Colomba. Serafín se llama, ahora te lo presentaré. Y también porque yo crecí en un pueblo parecido, aunque no de aquí.

—¿De dónde?

—De Lugo, en la comarca de Chantada, en la Ribeira Sacra.

—O sea, que es gallego. Pero no tiene acento.

—Me trajeron al seminario de León cuando tenía nueve años, y desde entonces he ido muy poco a mi pueblo.

—¿Le queda familia allí?

—Mi madre murió de parto al nacer yo, y mi padre se casó en segundas nupcias. No me trato mucho con él. Con mis hermanas mayores sí me escribo. Las dos están casadas.

A través del velo gris de la nevada vieron un pueblo apretado contra la falda de la montaña. El tren aminoró la marcha.

—La Vecilla. Aquí nos apeamos.

En el andén los estaba esperando el otro cura con un muchacho. Les ayudaron a bajar las dos maletas que llevaban. Don Serafín abrazó con mucho cariño a don Marcos. A la nueva maestra le dedicó un formal apretón de manos, y a Lucía le pellizcó la mejilla.

Atravesaron la desangelada sala de espera de la estación y salieron a la calle. Allí les estaba aguardando otro hombre con un par de mulas. Se presentó como Damián. Al parecer, era hermano del señor Bernabé, el patrón de la casa donde iban a vivir Adela y Lucía. Lo primero que hizo el hombre fue sacar de las alforjas de la mula más grande unas zapatillas y un par de madreñas para Adela.

—Quítese los zapatos y póngase esto —le dijo—. Que, con la nieve, están los caminos… y son ocho kilómetros. Padre, para usted no he traído, me va a perdonar —añadió dirigiéndose a don Marcos—. Y para la niña tampoco, pero puede ir montada en la Rosana. Las maletas las llevará la Perruca. Chico, ayúdame a atarlas.

El muchacho, que no debía de tener más de trece años, ayudó a Damián con las cuerdas y los nudos mientras Adela y Lucía los observaban calladas. Don Serafín, en cambio, no paraba de hablar.

—Anda, Marcos, ponte el sombrero, que aquí la gente no ve bien a los curas que andan con la cabeza descubierta. Y tengo que decirte que estás más calvo desde la última vez que te vi. Claro, tú siempre tuviste muchas entradas. Y, como los compañeros te lo envidiábamos todo, eso también. —El sacerdote se volvió hacia Adela sonriente. Llevaba unas gafas de montura plateada, y su rostro aniñado, de marcados pómulos, contrastaba con su pesada figura—. Es que, aquí

donde lo ve, era el coco de la clase. El cerebro, quiero decir. Ya me entiende. Todo lo hacía bien, los profesores lo adoraban. Lo mismo pasaba con Francisco Manuel, otro compañero. Que tenía muy marcadas también las entradas. Y en la promoción les dio por decir que los listos siempre tenían así la frente, con esas entradas. Bueno, pues fíjese si los habría ignorantes que un compañero nuestro, el pobre Rómulo, apareció un día en clase con las entradas afeitadas. ¡Para parecer más listo! Imagínese si tendría poca sesera. Lo que nos pudimos reír todos… ¿Eh? ¿Te acuerdas, Marcos?

—No me voy a acordar… ¡Pobre Rómulo! Murió con diecisiete años de una pulmonía. En el seminario se pasaba mucho frío.

Mientras hablaban, Damián y el chico, que por lo visto era hijo suyo y se llamaba Esteban, habían terminado de ajustar el equipaje sobre el lomo de la mula.

—¿La niña no tendrá miedo de montar? —preguntó don Serafín, y miró a la pequeña con simpatía—. Como en las películas de vaqueros, ¿eh? ¿Te atreves?

Lucía dijo que sí. Todos aquellos preparativos en su honor le hacían sentir importante. Se la veía contenta.

Bajaron por una calle embarrada hasta la ribera del río, donde se tomaba la carretera a Pardesivil. En realidad, era un camino sin asfaltar. La nieve había formado una costra gruesa y blanda sobre la tierra. En ese momento caía una lluvia fina y helada. Don Marcos dijo que a aquello en su pueblo lo llamaban *orballo*.

No resultaba fácil avanzar con las madreñas. A Adela le quedaban un poco grandes, y cada vez que los tacos de la planta se hundían en la nieve temía que, al tirar, saliese solo el pie.

—Cuesta acostumbrarse, como pasa con todo al principio —dijo don Serafín—. Pero ya verá que luego no querrá quitárselas.

Él había bajado a La Vecilla en bicicleta, y ahora la llevaba de la mano. Las sotanas de los dos curas iban todo el tiempo rozando la nieve y empapándose poco a poco.

Habrían recorrido un par de kilómetros, cuando Damián se desenganchó un cuerno de metal que llevaba sujeto al cinto y se lo llevó a los labios. Su lamento prolongado y metálico reverberó en todo el valle.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Lucía.

—Es para espantar a los lobos —explicó el hijo—. Por aquí hay muchos.

—Pero tú tranquila, que cuando bajan es por la noche —añadió don Marcos en tono alegre.

Adela caminaba delante de las mulas, entre los dos curas, y no pudo ver la reacción de la pequeña.

El camino seguía el curso del río. Entre las ramas desnudas de los

fresnos se alcanzaba a ver el agua oscura, que sonaba a cristal sobre las piedras. A Adela le parecía todo desangelado y hostil. El monte, los pastos pobres, las siluetas de las peñas contra el cielo invernal… No se adaptaría a aquel mundo antiguo y despoblado. Las dos ciudades donde había sido feliz, Madrid y Barcelona, tenían en común las calles atestadas, el ruido siempre cambiante del tráfico. A su llegada a Valladolid, le costaba trabajo dormirse por las noches porque no estaba acostumbrada al silencio. Y León aún era más silenciosa… Pero, al menos, allí había comercios, cines, matrimonios que salían a pasear cogidos del brazo, charlatanes vendiendo mecheros o navajas suizas en las esquinas.

Entraron en el pueblo por la calle principal. La casa del señor Bernabé y la señora Clara, donde iban a instalarse, se encontraba en una bocacalle estrecha, rodeada de tapias. Se trataba de una recia construcción de piedra, con un corredor de madera en el piso de arriba que se comunicaba con las habitaciones.

La señora Clara era una mujer guapa y enérgica. Tenía la piel bastante estropeada por el sol, pero llevaba el pelo oscuro muy arreglado y conservaba una buena figura. Condujo a su cuñado Damián y al sobrino a la habitación del fondo del corredor para que dejaran las maletas. Adela y Lucía fueron detrás.

A Adela le sorprendió la amplitud del cuarto, que era casi tan grande como su casa alquilada de León. Había una sola cama de matrimonio con postes de madera labrada en las esquinas, un armario de luna y un lavabo antiguo de cerámica blanca. La ventana principal daba al patio, pero también había un ventanuco del lado del monte.

—¿El cuarto de baño? —preguntó Lucía muy educada.

La señora Clara se echó a reír.

—Eso es en las ciudades, hija. Aquí vamos a la cuadra, con las vacas. Olvidín, enséñale dónde es.

Olvido era la hija de la patrona, una niña sonrosada con largas trenzas castañas y los ojos siempre clavados en el suelo. Debía de tener dos o tres años más que Lucía.

Adela bajó a la cocina con la señora Clara. Su marido, el señor Bernabé, acababa de servirles a los dos sacerdotes y a su hermano unos vasitos de vino dulce. La señora Clara fue al aparador y trajo unas pastas de manteca y nueces. Estaba todo muy bueno, pero Adela no quería entretenerse mucho. Se la veía nerviosa. Cuando la patrona se ofreció a cogerle el abrigo para colgarlo junto a los fogones y que se secara, le dio las gracias, pero no quiso quitárselo.

—Si es que es mejor que vaya saliendo ya hacia Santa Colomba, no sea que me cierren el Ayuntamiento y no pueda tomar posesión hoy…

—Hoy ya le digo yo que no merece la pena que vaya, porque no va a resolver nada —dijo el señor Bernabé—. Los caminos están muy

malos y, además, me comentó Julián el panadero que el secretario había ido a pasar el fin de semana a León, a casa de su madre. Déjelo para el lunes, que por un par de días no va a pasar nada.

—Los que sí deberíamos marcharnos somos nosotros —dijo don Serafín—. Marcos tiene que coger el tren de Bilbao, que es el último que para en León. Y luego yo debo volver al pueblo… Así que mejor nos despedimos.

Don Marcos apuró su vasito de mistela y se puso de pie. Le estrechó la mano al señor Bernabé, elogió los dulces de la señora Clara y se despidió de Lucía con una caricia en el pelo. Damián le trajo unas madreñas para el camino de vuelta, pero no se las quiso poner.

—Total, ya tengo los pies empapados, así que no me van a servir de nada —dijo.

—Pues quédese un rato más junto al brasero hasta que se le sequen que, si no, se va a resfriar —le ofreció el señor Bernabé—. Total, el tren de Bilbao siempre llega con retraso…

—Se lo agradezco, pero prefiero no arriesgarme. No se preocupen, de verdad, yo no me resfrío fácilmente.

El otro cura cogió su bicicleta y la hizo rodar sobre el empedrado del patio hacia la entrada. Don Marcos le estrechó la mano a Adela.

—Siento no haber podido acompañarla a la toma de posesión. Pero no se preocupe, irá bien.

Se dio la vuelta y apretó el paso para alcanzar a su amigo. Su fino abrigo de paño negro ondeaba entre los copos de aguanieve que otra vez habían empezado a caer.

Adela salió corriendo detrás.

—Espere —dijo—. Le tengo que dar una cosa.

Era consciente de que la señora Clara y su marido la observaban, pero no podía dejar que don Marcos se fuera así, sin más.

Él se detuvo y le clavó sus ojos fríos, cautos. En su expresión neutra, Adela captó una inquietud soterrada. A lo mejor temía que le montara una escena allí, delante de todo el mundo. Y a lo mejor tenía motivos para temerlo. Quizá se había dado cuenta de que ella estaba a punto de derrumbarse.

Sacó del bolso el monedero de cuero gris y le tendió un billete todo arrugado.

—Es para Mari, la de la librería. Al final no le pude devolver las últimas novelas que me prestó, no tuve tiempo.

—Déjalo. Ya le explicaré yo que se las darás cuando vuelvas a León.

—Ya… ¿Y cuándo será eso?

A través de las lágrimas, vio el rostro alarmado de don Marcos. Para él era importante guardar las apariencias.

—No te desesperes, Adela. Aquí vas a ser muy feliz. Y Lucía va a estar mejor que en León. Más libre, mejor alimentada… Se

acostumbrará enseguida, te lo digo yo.

—Lo llevaría mejor si lo entendiera. Pero es que no lo entiendo. Así, de la noche a la mañana, sin un aviso, sin nada…

—Da gracias por haber venido a parar a esta plaza y no a otra peor, que las hay.

—¿Gracias por qué? ¿Porque hacen lo que quieren con mi vida?

Lucía la llamó desde la puerta de la cocina. La señora Clara le dijo que esperase, que su madre se estaba despidiendo. En su tono había cierto retintín.

Pero a Adela le daba igual. En ese momento le daba todo igual. Lo único que quería era agarrarse del brazo de don Marcos, coger a la niña y volver por la orilla del río a la estación de La Vecilla para subirse al tren.

—Las novelas no las voy a devolver, por eso le pido que se las pague a la Mari de mi parte —explicó atropelladamente—. No sé si una de esas novelas no tendrá la culpa de que me hayan desterrado aquí. Denuncié que era un plagio, ¿sabe? Porque lo era. Yo esa novela la había leído ya. Y a lo mejor no les ha gustado que lo dijera.

—¿Lo denunciaste a las autoridades?

Don Marcos parecía asombrado.

—No. Se lo dije al editor. Le escribí. Lo hice por lealtad. La autora, la del original, quiero decir, era amiga mía. A que no se lo imaginaba, ¿eh? ¿Que yo tuviera amigas escritoras? Parece que fue en otra vida…

—Eres un pozo de sorpresas.

Don Marcos le puso la mano en el antebrazo y su mirada cambió por un instante: se volvió cálida, urgente, triste. Era la mirada de un hombre que no sabe cómo despedirse de una mujer.

Pero duró solo eso, unos segundos. Después, volvió a adoptar su circunspecta expresión de cura.

—No creo que eso de la novela tenga nada que ver. Estás viendo conspiraciones donde no las hay. Cuídate, anda, y cuida a la niña. Le diré a Serafín que se pase de vez en cuando a verte y que me escriba contándome qué tal te va.

Salieron juntos a la calle embarrada, donde estaba esperando el otro sacerdote. Adela se detuvo ante la puerta y los observó mientras caminaban hacia el río. No habían avanzado ni veinte metros, cuando don Marcos se giró por última vez.

—Quién sabe, a lo mejor vuelves a León antes de lo que crees —dijo, alzando la voz para que le oyera.

—Eso sería un milagro.

Una sonrisa misteriosa se dibujó en el rostro del cura.

—Los milagros suceden de cuando en cuando —dijo—. Con la ayuda de Dios.

8

Lo peor eran las noches. Por el día, el ajetreo de la escuela y el esfuerzo continuo para adaptarse a su nueva vida la mantenían ocupada y le impedían hundirse en el desánimo. Pero por las noches, sola en la habitación (porque Lucía, después de la primera semana, se había trasladado al cuarto de Olvido con el visto bueno de la señora Clara), el vacío de la oscuridad se tragaba los recuerdos recientes, las frágiles rutinas de la vida en León, y lo único que le quedaba era la sensación de encontrarse aislada en mitad de algo muy grande y desconocido: el campo áspero y salvaje, el río, los montes, el cielo.

Perdida en aquella geografía medio real, medio imaginada, disfrutaba del vértigo de su desorientación. Al borde del sueño, pensaba en los robledales que rodeaban el pueblo, intentaba recordar dónde estaba la carretera de La Vecilla, dónde la de Santa Colomba, el puente, el lavadero…, pero todo quedaba siempre varado en la indefinición. Ni siquiera era capaz de grabar en su memoria la disposición de su cuarto. Algunas mañanas, justo después de abrir los ojos, se sobresaltaba al notar que la luz del amanecer entraba por lo que ella creía que era una pared maciza, o que, donde ella situaba la ventana grande, se alzaba la mole silenciosa del armario.

A veces encontraba delicioso sentirse tan derrotada por el mundo. En cierto modo, suponía un alivio y un descanso. Ya no tenía que intentar nada, ya no necesitaba luchar ni arriesgarse; había perdido. La vida seguía su curso en las grandes ciudades con alumbrado eléctrico de Europa y América, en los mercados asiáticos, en los puertos comerciales de África. Y ella solo tenía que dejarse arrastrar por la corriente, porque ya no era la protagonista de la película, solo una figurante en el borde del plano. Importaba muy poco lo que hiciera, y, si decidía no hacer nada en absoluto, nadie notaría la diferencia.

Por las mañanas, remoloneaba amoldando su cuerpo a la acogedora calidez del colchón de lana y disfrutaba del contraste entre la tibieza del interior de la cama y la sensación de frío en la nariz. Solo cuando la señora Clara llamaba a la puerta se levantaba para ir a abrir y recoger la jarra de loza blanca llena de agua caliente. Pesaba tanto que tenía que sujetarla con las dos manos.

Vertía la mitad del agua humeante en la palangana del lavabo, se

quitaba el camisón y, exagerando a propósito la tiritona mientras anticipaba el placer de lavarse, humedecía la pastilla de jabón y la hacía rodar entre las manos hasta conseguir un poco de espuma. Con aquellas manos enjabonadas se frotaba todo el cuerpo. Para terminar, metía los pies en la palangana y se aclaraba el jabón echándose el agua sobrante sobre los hombros. Se envolvía en la toalla rasposa, que olía a manzana, y se vestía.

En la casa era costumbre desayunar sopas de ajo, pero, para ella y para las dos niñas, la señora Clara preparaba café con leche y pan tostado a la lumbre. Todavía quedaban en la despensa algunos tarros de confitura de ciruela del verano, y siempre había mantequilla. Lucía, que no estaba acostumbrada a aquellos lujos, paladeaba con los ojos cerrados la combinación de pan crujiente y untuosa dulzura. Aquel placer cotidiano compensaba todas las pérdidas de la mudanza y de la antigua vida.

Olvido y Lucía parloteaban sentadas a la mesa como si se conocieran de siempre. Adela las escuchaba distraída mientras seguía con la mirada los movimientos de la señora Clara, que ya empezaba a preparar el cocido de mediodía. Cada uno de sus gestos, deliberado y preciso, transmitía la sensación de que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Poco a poco, las dos mujeres iban cogiendo confianza. No tanta como para hablar abiertamente, pero sí la suficiente para relajar un poco la vigilancia continua que era la norma de aquellos años. Se fueron acostumbrando a aludir al pasado de forma velada, a decir cosas sin decirlas.

Por ejemplo, cuando Adela se enfadó con Lucía por su empeño en escribir a la catequista de León, no le importó que la señora Clara y Olvido estuvieran presentes. Fue una tarde después de la escuela. Las niñas andaban ayudando a la señora Clara a hacer rosquillas mientras Adela repasaba unas medias bajo la bombilla de la mesa de diario, que era el único lugar de la casa con luz suficiente para aquella delicada labor.

Toda la cocina olía a anís y a manteca de cerdo. La masa había acabado de reposar, y Olvido le estaba enseñando a Lucía a hacerla rodar sobre la piedra de la encimera hasta obtener un cilindro fino y largo que luego se enroscaba y sellaba para formar un anillo.

—Esta receta se la voy a mandar a la señorita Blanca —dijo Lucía—. Le va a encantar. Seguro que las querrá hacer para el mercadillo de Navidad. Iremos a León para el mercadillo, ¿eh, mamá?

—Depende —contestó Adela con los ojos fijos en la aguja—. No sé si vamos a poder seguir pagando la renta de León con los gastos de aquí. Tengo que ver cómo lo soluciono.

—De todas formas, le voy a mandar la receta. ¿Me la dicta luego,

señora Clara?

—Sí, mujer, faltaría más.

Adela levantó la mirada de la labor.

—Tú no vas a escribir a esa metomentodo ni le vas a mandar ninguna receta, ¿está claro, Lucía?

La niña no contestó de momento. Siguió dando forma a las rosquillas, modelando la masa con energía bajo sus manos infantiles.

—No es una metomentodo —dijo al fin, cuando las demás ya estaban pensando en otra cosa—. Siempre me ha ayudado, es muy buena conmigo. ¿Por qué te cae tan mal? Es muy religiosa.

—Lo que es, es una oportunista, como todas esas beatas que se agarran a la religión para prosperar —soltó Adela perdiendo definitivamente la paciencia—. Allá ellas, que hagan lo que quieran. Pero no quiero que tú te mezcles. ¿No lo entiendes?

Lucía la miró con el ultraje pintado en la cara.

—No, no lo entiendo. ¿Por qué no me puedo mezclar si no hace nada malo? ¿No hablas tú con don Marcos? Es lo mismo.

Adela captó la mirada fugaz que le dirigió la señora Clara desde los fogones, donde estaba dando vueltas al caldo de la cena.

—No, no es lo mismo —sostuvo en tono agrio—. A don Marcos le debemos mucho, él nos ayudó a encontrar casa cuando llegamos a León. Y, además, lo que no quiero es que te metan pájaros en la cabeza, que ya bastantes tienes tú.

Dijo aquello con el fin de zanjar la conversación, aunque al oírse a sí misma sintió vergüenza. Ridiculizar la imaginación de la niña para conseguir que se sintiese mal era retorcido y cruel.

En cuanto terminaron de modelar las roscas, Olvido y Sofía salieron a jugar al patio. Las dos mujeres se quedaron solas.

—No debería haberle dicho lo que le ha dicho —dijo la señora Clara, limpiándose las manos con el delantal y sentándose a su lado en la camilla—. Las niñas todo lo cuentan, y por una de estas cosas la puede terminar metiendo en un apuro.

—No tengo nada que esconder —murmuró Adela irritada.

—Todos tenemos algo que esconder. Poco o mucho. Por aquí, casi siempre es mucho. Es rara la familia que no tiene a alguien en el monte. Ya sabe, los maquis que dicen.

—¿Ustedes tienen a alguien?

La señora Clara miró hacia la ventana y hacia la puerta con un gesto que, de tan repetido, parecía natural.

—Sí. Del lado de mi marido. Pero de esto es mejor no hablar. Lo que le quiero decir es que, con los niños, hay que tener cuidado. En la escuela, por ejemplo. A ver si se le va a escapar cualquier cosa y va a terminar llegando a oídos de quien no debe.

—Habla usted con mucho misterio. Como no me dé más detalles…

—Detalles, ni uno. Mejor que esté en guardia con todos, yo no voy a señalar a este o al otro. Aquí no puede una fiarse de nadie.

—De todas formas, mi hija es muy discreta. No va hablando por ahí sin ton ni son. De sobra sabe que es peligroso.

—Sí, ya me he fijado. Por ejemplo, nunca habla del padre. Claro que, a lo mejor, ni se acuerda. Sería muy pequeña cuando falleció… Dios lo tenga en su Gloria.

Adela dejó las medias en su regazo y se quedó mirando la aguja con expresión crispada.

—Lucía nació después de que su padre muriera —dijo, despacio—. Y no pregunta por él porque sabe que a mí me pone triste.

—Pobre hija —murmuró la señora Clara.

A Adela no le quedó claro si se refería a la niña o a ella.

—Siempre pienso que algún día, cuando sea un poco mayor, tendré que agarrar el toro por los cuernos y hablarle de Enrique —continuó, volviendo a su labor—. Pero todavía es pronto.

—¿Era un buen hombre?

Adela se quedó pensando. Hacía mucho tiempo que no se hacía aquella pregunta.

—Era generoso, alegre… Y con mucha fe en sí mismo —contestó—. La gente le adoraba. Se hacía querer.

La señora Clara alzó imperceptiblemente las cejas. No dijo nada, pero Adela adivinó el motivo de su frustración: no había contestado a lo que ella quería saber, que era si la había tratado bien.

—No me imagino qué haría yo si le pasa algo a Bernabé —dijo al cabo de un rato—. Nos casamos por las tierras y porque lo arreglaron los padres, pero luego… Nos fuimos cogiendo ley. Y yo sola con el campo y las vacas no sabría ni por dónde empezar.

—Una se acostumbra a todo —murmuró Adela.

Siguió repasando la media mientras la patrona la observaba pensativa.

—Bueno, usted de todas formas ande con cuidado en la escuela —dijo, después de un breve silencio—. Cuanto menos sepan los chicos de su vida, mejor.

A Adela le impresionaron las palabras de la señora Clara. Al día siguiente, mientras los alumnos iban entrando en la clase, se dio cuenta de que los estaba mirando de otra manera, con recelo. ¿Quiénes tendrían padres afectos a la Falange? ¿Quiénes los tendrían escondidos en el monte? Se iría enterando poco a poco, aunque a su patrona no le faltaba razón: casi era mejor no saberlo, porque, cuando lo supiese, aunque no quisiera, empezaría a hacer distinciones entre los niños.

Resultaba complicado manejar aquella mezcolanza de chicos y chicas de todas las edades. Sumaban cuarenta y cinco en total, y más

de la mitad eran varones, algo a lo que no estaba acostumbrada. Tenía media docena de niños y niñas de más de doce años que apenas sabían leer. Por lo visto, en cuanto empezaba el buen tiempo dejaban de ir a clase para ayudar en casa o en las tierras.

Por las noches, la escuela se convertía en la taberna del pueblo. Los pupitres se usaban como mostradores, y lo primero que tenían que hacer los alumnos mayores al llegar cada mañana era limpiar los círculos de vino que habían dejado los vasos en la madera. Al principio hubo problemas, porque Adela insistió en que limpiasen los chicos y las chicas, y esto, ni unos ni otras lo veían bien. Sin embargo, después de las protestas iniciales, terminaron aceptando aquella rareza de la nueva maestra junto con otras muchas, como la de no usar la palmeta o la de hacerles recitar poemas en clase.

Con tantos alumnos, a Adela le llevó casi dos semanas descubrir las peculiaridades de algunos de ellos. Había, por ejemplo, una familia de cuatro hermanos sordomudos. Ni los mayores ni los pequeños habían aprendido la lengua de signos, y pululaban entre los demás ajenos a todo, pasando desapercibidos muchas veces, precisamente por lo silenciosos que eran. La más pequeña, Eulalia, tenía cinco años. El primer día que Adela le habló en clase, ella le dedicó una luminosa sonrisa. La niña que se sentaba a su lado explicó lo que pasaba:

—No habla, señorita. No sabe.

Adela interpretó que se trataba de una alumna tímida y decidió no presionar. Solo después de intentar infructuosamente hacerse entender por los otros hermanos, se dio cuenta de que realmente no podían hablar, aunque decían los compañeros que eran capaces de leer los labios.

Esa noche, en la cocina, comentó el descubrimiento con sus patrones. La señora Clara y el señor Bernabé conocían bien el caso.

—Si es que los padres no tenían que haberse casado. Son primos —dijo el señor Bernabé.

—Ya que se casaron, por lo menos podían haber ido con cuidado. Si ves que te nace un hijo mal y otro también y otro también…, ¿para qué insistes?

En el colegio había además un niño ciego que se llamaba Tano. Vivía en la última casa del pueblo, que había sido noble y todavía conservaba un escudo medieval en la fachada. Tenía muchos hermanos. De la mayor, Alicia, se contaba a media voz que había nacido hombre y mujer. Era una de las niñas más listas de la clase, pero se la veía siempre triste y muy aislada de las otras.

El segundo domingo después de su llegada, tras la comida, Adela decidió acercarse a la casa del escudo. Quería sondear a los padres de Tano y ver si podía convencerlos de que permitiesen al chico aprender braille. Si le daban permiso, ya tenía pensado lo que iba a hacer:

escribiría a don Marcos y le pediría que fuese a la librería Leopoldo a por los libros que había encargado para Carolina, la niña de los Ceremonias. Al final, la familia había rechazado el plan de enseñarle a leer y nadie había ido a recoger los materiales. Si el librero no los había devuelto, podían llegarle en una semana o menos… Incluso fantaseó con la idea de que, para ganar tiempo, don Marcos se animase a llevárselos en persona.

Por delante de la casa del escudo pasaba la carretera de La Vecilla, casi siempre vacía. Como no había llamador, Adela golpeó la puerta con los nudillos. En vista de que no le abrían, tuvo que repetir la llamada.

Finalmente acudió Alicia. Debía de haber espiado por la ventana antes de bajar a la puerta, porque no se sorprendió al verla.

—Buenas tardes, señorita —saludó, seria—. ¿Qué quería?

—Buenas tardes, Alicia. Quería hablar con tus padres, si puede ser. Es por tu hermano.

—Mi padre ha ido a ver algo de las tierras y mi madre está en la cama. No se encuentra bien. Perdone que no la haga pasar, es que la casa está un poco en desorden. Me puede contar a mí lo que sea, ya se lo digo yo a ellos.

El tono de la niña era seguro e inflexible. Adela comprendió que nunca le permitirían entrar en aquella casa.

—Quería decirles que voy a conseguir un método para enseñar a leer a los ciegos —explicó—. Pero, para aprender, Tano tendría que quedarse un rato por las tardes, después de clase. No puedo enseñarle mientras atiendo a los otros.

—¿Y eso cuánto nos costaría? —preguntó Alicia, suspicaz.

Adela sonrió.

—Nada, mujer. Lo hago yo porque quiero. ¿Se lo dirás a tus padres? ¿Crees que les parecerá bien?

—Si no hay que pagar, sí —dijo Alicia.

Adela asintió. Iba a darse la vuelta para irse cuando sus ojos recayeron en el escudo de piedra sobre la puerta.

—¿Quién es el caballero que representa?

—No es un hombre, es una mujer —replicó Alicia, orgullosa—. La dama de Arintero, ¿no ha oído hablar de ella?

—Pues la verdad es que no… ¿Es famosa?

—Muy famosa. Se llamaba doña Juana García. Como el padre no tenía hijos, ella aprendió a manejar las armas y se fue a la guerra con caballo y armadura. Se hacía pasar por un hombre, el caballero Oliveros. Y se hizo famosa por su valor. Hasta que en una batalla le rasgaron la coraza y le quedó un pecho al aire… Entonces todos supieron que era mujer.

—Bonita historia —dijo Adela sonriendo—. ¿Y qué pasó después?

—Los reyes, en lugar de castigarla, la premiaron. Le dieron a su pueblo muchos privilegios. Pero otros nobles de la zona le cogieron envidia, y en el camino de vuelta a Arintero le tendieron una emboscada y la mataron. En todas las épocas hay traidores. Ahora también. Por eso es casi mejor no saber hablar, o no ver lo que pasa, como Tano. Así te dejan en paz y no te hacen preguntas.

El corolario de la historia de la dama le pareció a Adela un tanto enigmático, pero no quiso presionar a su alumna para que se explicase. Recordó las palabras de la señora Clara: los hombres que todavía seguían escondidos en los montes, el miedo… En aquel rincón de la montaña, la guerra aún seguía viva.

Regresaba por la carretera hacia la casa de la señora Clara cuando oyó el motor de un coche que se acercaba por detrás. Era el taxista de La Vecilla. Le sorprendió que detuviera el vehículo a su lado y que bajase la ventanilla.

—¿No es usted la maestra nueva? —preguntó.

—Sí lo soy, buenas tardes. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque traigo a una persona que viene justamente a verla. Aquí la tiene, señor. Dígame a qué hora quiere que le venga a recoger.

9

Mientras el ocupante del asiento trasero pagaba al taxista y esperaba a que le devolviera el cambio, Adela pensaba solo en salir corriendo. El corazón le latía con fuerza y no era capaz de ordenar sus ideas.

Sin acercarse, intentó sondear el interior en penumbra del taxi. Creyó reconocer aquella silueta desgarbada que aguardaba inclinada hacia delante con los codos apoyados en el respaldo del copiloto. Era él, don Avelino. Era él, estaba casi segura.

Le vinieron a la mente imágenes deslavazadas de su huida de Barcelona en un camión de legumbres. Todo para acabar detenidos en un control nocturno de carretera, ya en Castilla… Recordaba la aspereza del asfalto helado bajo los pies descalzos (le habían robado las alpargatas la primera noche, mientras dormía). Los nervios, el culatazo en la cara a una compañera que se derrumbó en el suelo, las risas de los soldados nacionales, que eran casi unos niños, el momento en el que empezó a chillar porque no podía más y ya no sabía cómo callarse y guardarse dentro todo el terror que sentía, y la reacción de los muchachos, casi respetuosa a partir de entonces, la forma en que se susurraban unos a otros: «La embarazada está loca». Horas más tarde, el trayecto en el furgón policial por las calles semivacías de Valladolid de camino a un hospital para «gente como ella», según le dijeron, y la sensación de que tenía el vientre tan tenso y redondo que en cualquier momento le podía estallar.

Había olvidado cuántos días pasaron hasta que dio a luz, pero no debieron de ser muchos. Una semana, como máximo… Lo que sí recordaba era el olor a yodo y a alcohol del paritorio improvisado. Para soportar los latigazos de las primeras contracciones, mantuvo todo el tiempo los ojos clavados en las rejas de la única ventana que había. Le faltaba un cristal. Con el último empujón, el dolor le nubló la vista, y las rejas se hundieron en una oscuridad cenicienta.

Le dijeron que era por la pérdida de sangre y que necesitaba descansar. Sin embargo, a la mañana siguiente, la oscuridad seguía allí. Ni siquiera había llegado a ver el rostro de su hija. Solo la conocía por el llanto.

Los médicos dejaron de darle explicaciones. Las monjas le traían a la niña a que le diera el pecho y después se la quitaban. Adela se encontraba demasiado débil para protestar. Después de una semana

vino a verla otro médico que se presentó como don Avelino. Su caso no era único, le explicó: sus ojos estaban bien; era su cerebro el que se negaba a ver. Se trataba de un problema relativamente frecuente, especialmente en las mujeres. Podía curarse, pero hacía falta tiempo. Tiempo y tratamiento… Él, por lo visto, estaba en disposición de proporcionarle las dos cosas.

De los años siguientes conservaba recuerdos muy vagos. La mejoría había sido exasperantemente lenta, pero nunca había dejado de progresar. Y aquel hombre, sin mezclarse demasiado en su vida, la había acompañado durante todo el proceso. Habían acordado que ella pagaría la terapia trabajando como sirvienta en su casa. El arreglo les vino bien a los dos. Él la había ayudado a terminar los estudios, a hacer las oposiciones de Magisterio. Solo tenía motivos para estarle agradecida. Y, sin embargo, la sola idea de enfrentarse de nuevo con sus ojos fríos y escrutadores la llenaba de zozobra. Don Avelino era el pasado; un pasado que se había esforzado mucho en dejar atrás.

El polvo de la carretera sin asfaltar había envuelto la carrocería negra del taxi en una fina gasa parda. Las largas piernas del visitante emergieron por el lado derecho y, tras algunas contorsiones para acomodarse al exiguo hueco de la puerta, logró sacar también el resto del cuerpo. Adela respiró hasta el fondo de los pulmones, aliviada.

No era él, no era el viejo psiquiatra. Se trataba de un hombre mucho más joven a quien no había visto en su vida. El desconocido llevaba un traje gris sin cuello duro ni corbata. Los bajos de la chaqueta estaban plegados como acordeones. Tenía la cara bien afeitada y unos ojos grises que miraban con calma tras los cristales de las gafas. Saludó a Adela quitándose el sombrero.

—Lo que me ha costado localizarla. «Una lectora de León…». ¿Usted sabe la cantidad de lectoras que hay en León? Me lo ha puesto difícil. Antonio Rejas, editor.

El hombre le tendió la mano con un brillo de humor en los ojos. Adela, tras una breve vacilación, se la estrechó. Por fin empezaba a atar cabos.

—Pero ¿cómo ha dado conmigo? —acertó a preguntar—. En ningún lado puse mi nombre.

—La llamada. Habló con mi secretaria, ¿recuerda? La amenazó con llamar a la policía… Tengo amistades en Telefónica, no fue difícil recuperar los datos de la centralita de León.

Adela recordó el formulario que había rellenado al pedir la conferencia a Madrid. Se suponía que eran datos confidenciales, pero aquel hombre no había tenido problema para hacerse con ellos.

Intentó organizar sus pensamientos. Su visitante era el tipo a quien había escrito para denunciar el plagio de la novela de Carmen. Se había molestado en identificarla, en dar con su paradero y en ir a

verla desde Madrid. Aquello superaba con creces sus expectativas.

Con el sombrero todavía en la mano, el hombre señaló hacia la carretera por la que acababa de llegar.

—¿Qué le parece si caminamos un rato y charlamos? El paisaje es glorioso, hacía tiempo que no disfrutaba de los colores del otoño. Más adelante, si encontramos algún camino que se adentre un poco en el monte, podríamos tomarlo… Si no tiene inconveniente, claro.

Adela se miró los zapatos gastados. Había dejado las madreñas en casa de la señora Clara.

—Según la cantidad de barro que haya —musitó—. Iremos viendo.

Echaron a andar por la carretera, donde el polvo que había levantado el taxi aún no se había asentado del todo. A la derecha, detrás de las sebes, una pluma de humo violeta llenaba el aire de olor a rastrojos quemados. De cuando en cuando se oía el canto de algún pájaro.

El hombre no parecía tener prisa por reanudar la conversación. Cuando al fin se decidió a hablar, lo hizo con lentitud, enfatizando cada palabra.

—Los susurros largos… de los violines… del otoño… hieren mi corazón… de una languidez… monótona… ¿Cómo seguía?

Adela se olvidó del miedo y lo miró con curiosidad.

—¿Es un poema?

—De Verlaine. ¿Lo conoce? En francés suena mejor:

Les sanglots longs
Des violons
De l’automne
Blessent mon coeur
D’une langueur
Monotone.

Se detuvo y miró a Adela con una sonrisa, aguardando el efecto de su demostración.

—No sé francés. No pertenezco a esa clase social.

«Por no saber francés, se me torció la vida. Por no saber francés, perdí a un hombre», le habría gustado añadir. Sin embargo, no lo hizo.

—Pero es usted maestra. En el instituto estudiaría francés…

—No fui nunca al instituto. Estudié Magisterio por libre y terminé ya después de la guerra. Antes me dedicaba a la costura.

—Entiendo. Y leía novelas.

—Sí. Como *Una mancha de carmín*.

—Una lectora de León. Y una Miss Marple en potencia… Comprenderá que no pudiera resistirme a una combinación tan intrigante. Tenía que conocerla.

Continuaron avanzando en silencio. Oyeron el ladrido lejano de un perro, unas campanas. La carretera estaba desierta.

—¿Escribió usted esa novela? —preguntó el editor a bocajarro.

—No. ¿Por qué me pregunta eso? ¿Es que no conoce a la autora del plagio? Pero es usted el editor…

—Hemos publicado varios libros de ella, pero firma con seudónimo y nunca nos hemos visto. Envía los originales con remite de un apartado de correos. Nosotros le hacemos llegar los cheques de las ventas por el mismo conducto. He hablado por teléfono con ella alguna vez, parece una mujer muy celosa de su intimidad.

—¿Y desde dónde le llamaba? ¿A ella no la ha rastreado como a mí?

—Pues la verdad es que no. Claro que ella no me ha amenazado nunca con mandarme a la policía.

Adela sintió una punzada de culpabilidad.

—Yo… solo dije eso para que me hiciera caso. Su secretaria no paraba de repetir que era un hombre muy ocupado. Pensé que, si decía eso, me escucharía.

Antonio la miró con curiosidad.

—No parece usted peligrosa —afirmó, después de unos segundos de escrutinio—. ¿Lo es?

—¿Para usted? No, creo que no.

—Esperaba una respuesta más categórica. Pero ha dudado… A ver, explíqueme, ¿qué problemas me podría causar todo esto?

—No quiero causar problemas. Quiero saber por qué han publicado esa novela, que es un plagio. Quiero saber quién se ha atrevido a hacerlo y por qué.

—Debió de impresionarle mucho la primera vez que la leyó para que se acuerde tan bien de los detalles.

A Adela no le pasó inadvertido el sarcasmo de la afirmación. Ni la condescendencia.

—Esas novelas me cambiaron la vida —contestó, desafiante—. Me ayudaron a construir una nueva.

—Ya… No estaría donde está si no fuera por ellas.

La sonrisa irónica del editor se ensanchó. Adela reconoció en ella un desprecio antiguo, que venía de antes de la guerra, de antes de la república, quizá de la época de los castillos y los siervos de la gleba, o de más atrás.

—A usted le debe de parecer cómico que me enorgullezca de haber llegado hasta aquí —dijo en tono de aparente indiferencia—. A un pueblo de trescientos habitantes en la montaña, una pobre maestra… Le da la risa. Lo que no entiende es que, para alguien como yo, estar aquí es más de lo que nunca soñé de niña. Mi futuro habría sido trabajar de obrera en una textil de sol a sol cobrando una miseria, y no leer jamás un libro, y no esperar nada ni tener horizontes. Pero ya

ve, aquí estoy. Gracias a esas novelas tontas.

—Yo no he dicho que fueran tontas. Eran… lo que eran. Productos de propaganda para mujeres incultas.

—No. Eran sueños. Ventanas a un mundo que ni siquiera nos habíamos imaginado. Y por ese mundo lo arriesgamos todo. Salió mal… Supongo que no podía salir bien.

Tenía los ojos secos. Como si se le hubiese atascado el mecanismo de las lágrimas.

El editor alargó una mano para agarrarle la suya, se la apretó un instante con suavidad y la retiró.

—He sido un idiota, perdóneme —murmuró—. La verdad es que no llegué a leer ninguna de esas novelas. Mi primer contacto como editor con las novelas femeninas ha sido después de la guerra. Antes… yo también andaba en otras cosas.

—Las de ahora no son como aquellas. Parecen lo mismo, pero no lo son. Los ideales que venden son un novio rico, casas de campo donde los invitados montan a caballo de día y organizan grandes bailes por la noche… Ese es el horizonte que les crean a las chicas.

—¿Y no le parece bien? A veces hay que soñar un poco.Sobre todo cuando la realidad es tan miserable y gris que te asfixia.

Adela se encogió de hombros.

—No me parece mal —admitió—. Reconozco que soy la primera en escaparme a esas grandes mansiones y esas fiestas de disfraces en cuanto tengo ocasión. Al menos, nadie va a arriesgar su vida por esas idioteces. Los otros sueños eran más grandes… y más peligrosos. Yo podía haber acabado muerta en cualquier cuneta. O en el frente. Fue un milagro que sobreviviera.

—¿Dónde pasó la guerra?

—En el lado equivocado. ¿Y usted?

—En Madrid. Era periodista. Me mantuve en mi puesto hasta el final. Y luego…, bueno, los amigos me ayudaron a entrar en la editorial.

Esta vez, fue Adela la que sonrió con ironía.

—Los privilegiados siempre caen de pie —observó—. Estén en el lado que estén.

El editor no la contradijo.

—No debería ir hablando por ahí de esa manera —opinó, en cambio —. Parece que no se da cuenta de en qué país vivimos.

—Me doy perfecta cuenta. No se preocupe por mí, sé callarme cuando hay que callar. Tengo la experiencia suficiente con gente peligrosa para saber que usted no es uno de ellos.

—Vaya, no sé si tomármelo como un cumplido o todo lo contrario.

—No es ni una cosa ni la otra. Es la verdad.

—Tiene razón. Supongo que se nota a la legua que no soy uno de

ellos. Así me va.

—Lo dice con pena. ¿Le habría gustado formar parte de… eso?

—A veces, me gustaría formar parte de algo. Pero de «eso», como usted lo llama…, no, de eso prefiero mantenerme alejado. Aunque tiene su coste, ya se puede imaginar.

Continuaron caminando unos minutos en silencio. El aire traía un olor dulce, a leña y a tierra húmeda. A los lados de la carretera, el amarillo verdoso de los robles se encendía aquí y allá con llamaradas de cobres otoñales. El río era solo un rumor de fondo, lejano.

—Entonces, ¿ha venido aquí solo por mí? —preguntó Adela.

—Quería saber qué se traía entre manos. Y estos asuntos no son para tratarlos por carta… ni por teléfono. No sé ni cómo se atrevió a hablarle como lo hizo a la secretaria.

—Ya. Fue un impulso. Me di cuenta de que no me hacía caso y me salió así.

—Lo que no me ha explicado todavía es por qué era tan importante para usted que le hiciéramos caso. Se lo pregunto en serio. ¿Tanto le gustó esa novela?

—No más que las otras de La Novela Ideal —fue la escueta respuesta de Adela.

Antonio aguardó, pensando que iba a añadir algo, pero no lo hizo.

—Entonces, solo llamó por curiosidad.

—Sí. Quería saber por qué la habían publicado.

—Le confieso que no teníamos ni idea de que fuese una historia de La Novela Ideal reciclada. La autora nos la ha jugado. Le escribiré para pedirle explicaciones y, si no me las da, será lo último que le publique. Es una mujer muy enigmática, ya se lo he dicho. A veces me ha dado por pensar que oculta su identidad porque realmente es un hombre.

—Puede ser. Pero la novela original la escribió una mujer. —Sintió la mirada del editor fija en su perfil y se giró para enfrentarla—. Yo la conocí muy bien. Se llamaba Carmen Valdés. Éramos amigas. Estuvimos juntas hasta el final de la guerra.

—Entiendo. ¿Y luego?

—Luego, todo ardió. Fue la desbandada. No volví a saber nada de Carmen. Ni siquiera sé si está viva, pero, si lo está… podría ser ella misma la que ha retocado la novela para que se la volvieran a publicar. A lo mejor necesita dinero…, qué se yo.

—Podría ser, pero también es posible que su amiga Carmen no sepa nada del asunto. A lo mejor alguien le está copiando sus historias y las envía como propias —apuntó Antonio.

—¿Usted cree? ¿Solo las de Carmen o también las de otras escritoras? Tiene que darme los títulos de todas las novelas que le ha publicado. Yo recuerdo bien las suyas; eran veintidós en total.

—En nuestra colección le hemos publicado seis, hasta ahora.

Antonio miró hacia el oeste, donde el sol tímido de octubre había descendido hasta rozar el círculo de peñas calizas.

—Si quiere, volvemos a Pardesivil —propuso—. El taxista me recogerá en la plaza dentro de media hora.

—¿Se marcha esta noche?

—Cojo el tren de las ocho. Haré noche en León, y mañana vuelvo a Madrid.

Dieron la vuelta y empezaron a caminar en dirección al pueblo.

—Me hace sentir importante que haya hecho usted todo este camino para verme.

El hombre la miró y sonrió.

—No me arrepiento —dijo, con cierta torpeza.

Adela no sintió la necesidad de responder. El aire frío que bajaba de la montaña le había desprendido del pasador un bucle de cobre que ahora revoloteaba sobre su frente. Disfrutaba de aquella sensación del viento en la cara, del pelo medio suelto, de la libertad.

—¿Sabe que yo escribo también? —dijo de pronto—. Desde hace años. Pero nunca he intentado publicar nada.

—Ah… ¿Y son novelas femeninas, del estilo de *Una mancha de carmín*?

—Novelas femeninas… No sé. Son novelas. Historias sencillas. Seguramente a usted le parecerán tonterías infantiles. Es normal, alguien que ve una hoja seca y se pone a recitar en francés…

Antonio sonrió.

—No solo he recitado en francés. Antes, he traducido el poema para usted. Me da igual que le parezca mal. Reivindico mi derecho a recitar a Verlaine en cualquier circunstancia. ¡No me importa lo que piense de mí!

—No me haga caso, es envidia pura —contestó Adela riendo—. Me pareció muy bonito lo que recitó, ¿cómo era?

—Ahora sí se lo voy a repetir directamente en francés:

Les sanglots longs
Des violons
De l'automne
Blessent mon coeur
D'une langueur
Monotone…

La última palabra se fundió con el murmullo del río.

—Qué bien suena —murmuró Adela.

No hablaron mucho más durante el camino de regreso. Adela contó alguna anécdota de la escuela, él comentó las dificultades que estaban

teniendo en la editorial para abastecerse de papel, y lo malo que era. Adela se habría despedido de él a la entrada del pueblo, porque prefería evitar habladurías, pero le pareció descortés dejarlo solo después de las molestias que se había tomado para llegar hasta allí.

En la plaza había algunos hombres jugando a los bolos y un grupo de niños peleándose. Ellos se acercaron a la fuente y bebieron por turnos para refrescase de la caminata.

El editor señaló al lavadero, reluciente y vacío.

—Qué moderno, para un pueblo tan pequeño —observó.

—Ha sido una donación del padre principal de los dominicos, que es de aquí. Para que las mujeres no tengan que bajar al río. La gente le está muy agradecida.

La mirada de Antonio resbaló hacia los chiquillos que jugaban bajo unos soportales. Dos de ellos se habían enzarzado en una pelea que parecía seria, mientras los otros los jaleaban con gritos y palmadas. Los que jugaban a los bolos no les hacían caso.

—Por ahí la cosa se está poniendo fea —dijo Antonio—. Mire cómo se enganchan… Yo creo que voy a ir a separarlos.

—No lo haga. No se están peleando de verdad, es lucha leonesa. Al principio, cuando los veía en el recreo, yo también me asustaba, pero luego me han explicado que no se hacen daño. Todo consiste en agarrar al otro del cinturón y derribarlo. Cuando lo hacen bien, es casi como un baile.

—Parece una variante de la lucha grecorromana. No sería extraño, en esta zona. Me recuerda a las artes marciales de los orientales. ¿Ha visto alguna vez una exhibición de yudo?

—No, pero me suena.

Oyeron el motor del taxi que ya se adentraba en el pueblo por la carretera de La Vecilla.

—Bueno, todavía no me ha dicho qué quiere que haga con el asunto de su amiga —dijo Antonio.

—Me gustaría recuperar el contacto. No nos separamos bien. No creo que ella quiera, pero, si de verdad es Carmen Valdés, usted por lo menos dígamelo y ya pensaré yo qué hacer.

Antonio asintió. El taxi acababa de detenerse en la plaza y aguardaba con el motor en marcha.

—Si quiere plantearse en serio lo de publicar… Aquí tiene mi tarjeta. —Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un rectángulo de color crema con dos líneas de elegante tipografía impresas en el centro —. Es mi teléfono privado. Así no tendrá que vérselas con Inés.

—¿Y si contesta su mujer?

—Mi mujer murió. Soy viudo —contestó Antonio abruptamente.

Enseguida relajó la expresión y sonrió para suavizar su reacción. Le tendió la mano y se la estrechó con firmeza.

—Algo me dice que volveremos a vernos —dijo, mientras se retorcía para acomodar su larga figura en el asiento trasero del taxi.

—¿Algo? Habla como si creyese en brujas.

Antonio ya iba a cerrar la puerta, pero la mantuvo abierta unos segundos más.

—En brujas, no creo. Pero en las mujeres como usted, sí.

10

Entró en la cocina con las mejillas enrojecidas de frío. La señora Clara estaba removiendo la masa para hacer galletas. Olía a manteca y a harina tostada.

—Así que ha tenido visita —fue el saludo de la patrona—. ¿Su novio?

A Adela no le sorprendió que la señora Clara ya estuviera al corriente de todo, aunque no podía imaginar cómo se había enterado.

—No, era un editor de Madrid. Un señor que hace libros —añadió, suponiendo que la aclaración era necesaria.

—Ah, muy bien.

La señora Clara depositó una gran bola de masa sobre el mármol enharinado y, hundiendo las manos en ella, presionó hacia delante para terminar de mezclar los ingredientes. Adela se quitó el abrigo gris y lo colgó de un gancho cerca del fuego.

—¿Es que ha escrito usted un libro? —preguntó la patrona después de un momento.

—No, no. Bueno, estoy en ello. Tengo algunos capítulos. Escribir me ha gustado siempre.

—¿Y de qué trata su libro?

—De un país encantado. Es una historia para niños.

La señora Clara asintió con aire pensativo.

—Aquí libros no tenemos, pero ya ha visto lo que le gusta a mi marido el periódico…

En silencio, siguió apretando la masa bajo sus manos, aplastándola hasta formar un disco de grosor casi uniforme. Luego hizo rodar sobre aquella pasta el rodillo de madera. Adela la observaba.

—Ya me enseñará algún día a hacer galletas. Aunque en León, con lo que nos toca del racionamiento, no da para estos lujos.

—Ya le daré para que las lleve hechas cuando vaya a pasar las navidades. Y también le puedo vender harina, manteca… Lo que necesite.

Adela asintió ambiguamente. Ya vería cómo andaba de dinero cuando llegase el momento.

No acababa de entrar en calor después de la caminata por la carretera, así que se acercó a la cocina de leña y extendió las manos por encima de la chapa.

—Cómo se agradece.

La señora Clara empezó a cortar círculos de masa con el borde de un vaso. Cuando tenía cuatro o cinco, los pasaba con cuidado a la bandeja engrasada del horno.

—¿No está el señor Bernabé?

—Anda atropando las nueces. Mañana hay mercado en Santa María y quiere ver si se las cambian por trigo. Tenemos muchas este año.

—Bueno, pues, si no necesita nada, me voy a subir un rato a mi cuarto a leer…

—Espere un poco, mujer, y hágame compañía. Le voy a poner un vaso de mistela, ¿eh? Y otro para mí, que es domingo. Aguarde a que termine esto.

Con los recortes de masa que habían quedado después de hacer todos los círculos, volvió a formar una pelota y repitió el proceso. Le salieron otras tres galletas más. Las pasó a la bandeja de hierro y las metió en el horno. Después, abrió el aparador y sacó una botella ámbar con una etiqueta mal impresa que representaba un racimo de uvas. Le quitó el tapón, que era de rosca, y llenó dos vasitos de cristal fino con el borde dorado. Cuidando de no verter ni una gota los llevó a la mesa y se sentó junto a Adela.

El vino tenía el color de las hojas de los robles a los lados de la carretera de La Vecilla. Adela paladeó la mezcla de acidez y dulzura con los ojos cerrados. La tarde se reducía a aquel olor de la masa que empezaba apenas a hornearse y al crepitar de las llamas en el corazón de la cocina.

—Entonces, ese hombre, si no es su novio y no va a hacer un libro con usted, ¿a qué ha venido? Porque el taxista le dijo al señor Manolo que había llegado esta mañana directamente de Madrid.

Adela enfrentó la mirada de la patrona. No había solo curiosidad en ella. También preocupación, le pareció.

—Hemos estado manteniendo correspondencia sobre un libro que él ha publicado y andaba con una duda que me quería consultar. Tenía asuntos en León y, de paso, ha venido.

—A estas gentes de la capital, qué poco les cuesta coger un tren y plantarse en cualquier sitio por menos de nada.

La señora Clara bebió un sorbito de su vaso de vino, que antes no había probado.

—Tiene que tener cuidado, Adela.

—¿Cuidado con qué?

—Con qué va a ser. Con los hombres. Primero el cura y ahora este. No sé lo que se trae entre manos con el uno y con el otro…

—No me traigo nada. No hay que ser tan mal pensada —murmuró Adela molesta.

—No, si yo no pienso mal de usted. Cuando se deja ver con ellos de

esa manera, es porque no hay nada… todavía.

—Ni lo hay ni lo va a haber. No soy una niña. Yo sé cuidarme, no tiene que preocuparse por mí.

—No me preocupo por usted. ¡Me preocupo por ellos!

La señora Clara soltó una carcajada breve, pero el destello de indignación en los ojos de Adela le devolvió rápidamente la compostura.

—No se ponga así, mujer, que es una broma. No es que yo crea nada malo. Lo que pasa, Adela, es que usted es guapa y se comporta como si no lo fuera. Eso a los hombres los marea. Y luego, tiene esa sombra…

—¿Qué sombra?

—Esa desesperación que se la come por dentro.

—No sé por qué me dice eso. Yo soy muy alegre.

—Alegre con desesperación. No sé cómo se lo explicaría. Usted es como… como cuando a una se le va la mano con el anís o la canela en un dulce. O como cuando se pasa con el pimentón de las patatas.

—¿Intensa?

—Esa es la palabra.

Sonrieron las dos. La señora Clara volvió a llenar los vasos.

—Pero eso no es desesperación —murmuró Adela.

Se sentía a gusto, con licencia para hablar libremente. Hacía tiempo que no probaba el alcohol y estaba disfrutando con aquella sensación de ligereza que casi había olvidado. Como si no pesara.

—No me lo tome a mal, pero sí lo es. Hay una tristeza muy grande en todo lo que dice y en todo lo que calla. Me imagino que será por estar viuda. Haber tenido que sacar a una criatura adelante en estos tiempos… No habrá sido fácil.

—Todo el mundo tiene problemas —dijo Adela en tono evasivo—. Yo no me considero una persona triste.

—Es que yo no me sé explicar. No es triste como esas personas que andan por el mundo que parece que están… descoloridas. Es más… como cuando un día sale el cielo muy azul y no puedes dejar de mirar. O violeta.

—Tiene usted alma de poeta, señora Clara.

—Yo, poesías me sé las que le recitábamos a la Virgen de pequeñas en las flores de mayo y poco más. Pero ¿a que me ha entendido lo que le quiero decir?

—Sí, la entiendo.

Adela se levantó para subir a su habitación. El rumbo que había tomado la conversación le resultaba incómodo. Le obligaba a pensar en cosas que normalmente prefería ignorar.

Lucía estaba jugando a los cromos con Olvido en el patio. A través de la ventana, Adela captaba de vez en cuando sus breves

exclamaciones de triunfo, o el tono herido de las discusiones infantiles. De tarde en tarde oía también el cacareo aislado de una gallina.

Le dolía la cabeza y se sentía congestionada. Quizá había caminado demasiado rato al sol con aquel hombre. Le parecía irreal que hubiese hecho un viaje tan largo para hablar con ella. Si hubiese sabido que iba a venir, habría preparado mejor la conversación. Tenía la impresión de que había desaprovechado la oportunidad. Era un editor; un editor de Madrid. Tenía que haber sido más directa, le podía haber pedido trabajo. No contaba con ninguna experiencia en ese mundo, pero adoraba los libros. Habría aprendido deprisa. Podría haber sido la forma de escapar de aquel rincón olvidado, de volver a Madrid…

Mientras se quitaba los zapatos y las medias, sonrió con indulgencia hacia su exceso de imaginación. No tenía nada de malo soñar de vez en cuando. Fantasear con que podía marcharse del pueblo si quería, empezar de nuevo… ¿Por qué no? ¡Lo había hecho ya tantas veces!

Se puso unos calcetines de lana gruesa que ella misma había tejido y se metió vestida en la cama. Cerró los ojos. A sus oídos seguían llegando las voces de las niñas, algún ladrido a lo lejos, el tañido de una campana en otra aldea. Se fue adormilando sin darse cuenta. Medio sumida ya en la inconsciencia, su memoria se llenó de colores otoñales mientras oía la voz del editor de Madrid recitando aquellos versos extraños: los sollozos largos… de los violines… del otoño… hieren mi corazón… ¿Cómo seguía?

El sueño se tragó el final del poema. Y en el sueño, el otoño de la ribera del Curueño fue adquiriendo imperceptiblemente los colores de otro otoño salvaje, hacía años, al final de la guerra.

Estaban en la aldea de Sant Sebastià, escondidos en la «estratosfera», como llamaban al estudio del pintor Jaume Vila, que ocupaba todo el primer piso de la masía familiar. Jaume había acogido al comando en su casa para que pudieran lanzar desde allí sus misiones, que consistían principalmente en hacer llegar información al frente desde Barcelona y viceversa. Para entonces, la célula se reducía tan solo a tres personas: Enrique, Carmen y Adela. Enrique se encontraba al mando, y había utilizado su vieja amistad con Jaume para establecer en Sant Sebastià una base de operaciones estable. Sin embargo, eran conscientes de que aquel arreglo no podía durar: en la masía se encontraban también la mujer y los hijos pequeños de Jaume, y la presencia de los milicianos los ponía en peligro. Enrique había dicho que sería cuestión de una o dos semanas, pero habían pasado ya más de tres y no se decidía a moverse. Aunque no hablaba sobre ello, Adela intuía que aguardaba instrucciones de la inteligencia republicana para una última misión antes de regresar a Barcelona o cruzar la frontera, según se sucediesen los acontecimientos.

En el sueño vio los pinos altísimos que rodeaban la casa, sus copas girando en el viento bajo el cielo plomizo. Comenzaron a caer gruesos goterones y se oyeron los primeros truenos. Adela salió al patio a buscar a Enrique, pero no estaba. Lo buscó también en la leñera, en la cocina, salió al portalón… Nada. Entonces recordó que Enrique se había ido con Carmen por la mañana. Les había llegado un despacho de Barcelona con las órdenes que aguardaban desde hacía tanto tiempo. Tenían que interceptar a un doble agente al otro lado de la frontera, antes de que realizase una última entrega de documentos. Adela quería acompañarlos, pero Enrique no se lo permitió. Necesitaba a Carmen, que hablaba francés. Los vio alejarse en el coche elegante y vapuleado por los últimos meses de misiones enigmáticas recorriendo los caminos de la retaguardia y las rutas que desembocaban en el exilio.

Entre los pinos, alta y fantasmagórica como un artefacto del futuro, se erguía la antena que Jaume había construido para conectar con el mundo su radio clandestina. Algunas veces, pocas, conseguían captar una emisión. Sin embargo, en el corazón de la tormenta, la antena parecía haber despertado de la inconsciencia ciega de las cosas, parecía haber cobrado vida. Un rayo encendió el metal de sus ramas y convirtió toda la estructura en un árbol de incandescencia blanca. El bosque se llenó de luz y de música, porque la antena, al despertar, había atrapado la dulzura de una melodía de violines y la estaba derramando mezclada con la lluvia sobre las copas de los pinos.

—Es una emisora de Londres —decía Jaume en el sueño—. Cómo me gustaría estar en Londres.

Llevaba a un niño rubio de la mano. Estaban los tres en medio del pinar, contemplando la antena, que con cada relámpago resplandecía entre los árboles, sobrecogedora. La música era lenta, imposible, demasiado melancólica y ajena a su tragedia.

—El *Adagio* de Malher. Creí que nunca volvería a oírlo —murmuró el pintor.

Adela se echó a llorar. Aquella música le pareció un mensaje. No iba a ver nunca más a Enrique ni a Carmen.

—Sube a la estratosfera, anda —le dijo Jaume, haciéndose oír sobre el fragor de la lluvia y los truenos—. Hay que preparar el teatrillo. Es lo único que podemos hacer nosotros para ayudar.

Así que Adela subió al estudio y encendió una lámpara de petróleo. La lluvia martilleaba violenta sobre el tejado, y en un rincón había una gotera. Puso debajo uno de los barreños que usaba Jaume para las mezclas de barniz.

La música se colaba entre las vigas del techo como aquella agua helada de noviembre. Adela nunca había escuchado nada igual. Tantas capas de sonido superpuestas, progresando juntas en la misma

dirección, trazando una línea. Y los sonidos brotaban de los dedos de unos músicos que tocaban en Londres en ese mismo momento. Atravesaban el mar, toda Francia, y llegaban por el aire a colarse en aquel escondite entre los árboles para recordarles que seguían expuestos al mundo, en peligro.

En el sueño solo había una confusa intuición de amenaza, y al mismo tiempo asombro por los sonidos que llegaban de tan lejos. Con la lámpara en la mano, se acercó a una de las paredes, donde colgaba un cuadro del pintor Joaquim Mir que alguien de Sabadell le había pedido a Jaume que escondiese. Contempló sin pensar las manchas luminosas, el oro del sol rozando aquí una flor roja, aquí otra blanca, la penumbra mágica de un jardín en el que resultaba imposible sentarse a descansar porque carecía de profundidad, ya que los colores destruían las distancias. Cómo habría deseado desaparecer dentro de aquel paraíso de flores agrandadas por una imaginación desenfocada, salvaje. Casi podía sentir la fiebre de los colores puros como un dolor, dilatándole la pupila. Los colores… Hundía en ellos la mirada y se le despertaba dentro una felicidad infantil, tan intensa que le hacía daño; pero tenía la impresión de que en cualquier momento podían venir a quitárselos. ¿Y qué le quedaría entonces? No quería vivir sin los colores.

Después, el sueño se plegó alrededor del teatrillo de madera con su telón de terciopelo y sus adornos de máscaras en los paneles laterales. Lo que más le gustaba era la corona de bombillas que ribeteaba el escenario. Los títeres se encontraban todos mezclados en una cesta de mimbre: un rey, una princesa, un pastor, un diablo con la cabeza de madera retorcida en una postura imposible…

Reverberó un trueno y las bombillas del teatrillo se encendieron todas a la vez. La boca del diablo se abrió, dejando entrever una lengua roja, gelatinosa.

Se sentó en la cama sobrecogida, sudando. Hacía tiempo que no tenía una pesadilla tan vívida.

Entre todas las clases de miedo que había experimentado en los últimos años, había olvidado aquella: la incertidumbre en medio de lo salvaje, la sensación de que ya nada dependía de su voluntad o de sus actos. Y la tristeza de la música… En la pesadilla, había mezclado tres días distintos: aquel en el que consiguieron captar por primera vez la emisión de un concierto con la antena artesanal de Jaume, la noche de la tormenta y el sábado del final, cuando Carmen y Enrique se fueron.

—La memoria es sabia —murmuró.

Los tres recuerdos tenían más sentido entremezclados que por separado. Y, luego, estaba el teatrillo. Los niños de Jaume solían escribir piezas cómicas donde el personaje estrella era aquel diablo de sonrisa rígida que siempre terminaba corrido a garrotazos. Las

representaban casi cada noche.

«Un teatrillo —se dijo, mirando la lámpara de porcelana del techo —. Podemos hacer uno igual para la escuela y ensayar una obra. Le pondremos bombillas alrededor. Como entonces. Y haremos una representación en Navidad».

11

A lo largo del día, Adela se acordaba muy poco del pasado. De vez en cuando, un gesto de Lucía le traía un fogonazo de la sonrisa de Enrique o de su forma de caminar, pero enseguida desterraba la sensación y desviaba sus pensamientos hacia otras cosas. Solo al despertar, en esa hora indecisa que ya no pertenece a la noche, pero tampoco tiene la nitidez dolorosa de la mañana, los recuerdos se le mezclaban algunas veces con el presente y la desorientaban. Abría los ojos a un mundo más joven, con las preocupaciones y deseos de la muchacha que había sido, y pensaba en paseos con las amigas por las Ramblas y en las jaretas de una manga de satén, o en una reunión del comité, en las risas, los planes, los discursos improvisados. Aquella intensidad…

Más tarde, cuando se levantaba a desayunar e imaginaba la jornada que tenía por delante en la escuela, la invadía una flojera profunda y se preguntaba cómo iba a arreglárselas para mantenerse en pie y hacer todo lo que tenía que hacer hasta la noche.

En la escuela, a veces, la cosa mejoraba. Los progresos de los alumnos la ponían de buen humor, y cuando los veía interesados en algo, se empleaba a fondo para no perder su atención. Uno de los trucos infalibles para conseguirlo consistía en relacionar lo que quiera que estuviesen estudiando con algún aspecto del pueblo o de la vida que ellos conocían. En los problemas de matemáticas, se esforzaban más cuando lo que había que repartir o multiplicar eran semillas de plantón para la siembra que cuando se trataba de lápices o cuadernos. En los dictados, se equivocaban menos cuando el asunto tenía que ver con las rivalidades entre Pardesivil y La Mata, o con leyendas inventadas sobre las criaturas mágicas que vivían en las orillas del Curueño. Las cosas próximas les daban confianza, descongelaban la rigidez abstracta de los ejercicios de aritmética o de las explicaciones científicas sobre los animales y las plantas.

Costaba más trabajo engancharlos a la geografía porque, para ellos, todo lo que había más allá del valle formaba parte del territorio indiferenciado del riesgo y la aventura, y no tenían ni querían tener noción de las distancias relativas del pueblo a las diferentes capitales de provincia, ni les interesaba saber dónde nacían los ríos grandes y por dónde pasaban. Les bastaba el conocimiento de que esos ríos y

esas ciudades existían y de que estaban lejos. Había en aquella resistencia al conocimiento geográfico cierta melancolía. No querían enamorarse de lugares que nunca verían, que estaban fuera de su alcance. Les dolía la infinita diversidad de banderas, monedas, paisajes, climas. Les recordaba la estrechez de sus esperanzas.

A veces, esa misma estrechez los volvía mezquinos. Y si a alguien se le ocurría cuestionar los límites de sus costumbres, reaccionaban con indignada crueldad. Lucía lo sufrió en su propia piel cuando se le metió en la cabeza enseñar a jugar a las canicas a Tano.

La iniciativa lo tenía todo para crispar a los niños de la clase. En primer lugar, Tano era ciego… ¿Cómo iba a jugar a las canicas? Él se había especializado en modelar con arcilla las bolas que llamaban «gordas» y a cambiarlas por chapas o canicas de cristal. Las gordas de Tano eran de una esfericidad casi perfecta, ni demasiado porosas ni demasiado apelmazadas, y casi nunca se rompían con el impacto de las canicas de china. Así que el chico se contentaba con aquel papel y, como no podía jugar, después de sus transacciones comerciales se quedaba escuchando las partidas, las exclamaciones de los compañeros, el rodar de las bolas (que era distinto según el material, el tamaño y la velocidad del impulso), los choques entre unas y otras, cuando llegaban.

El conflicto surgió cuando Tano anunció, orgulloso, que había logrado hacerse con tres canicas de acero. Estas eran las más codiciadas y las más difíciles de conseguir, porque había que ir a algún taller mecánico donde generalmente las sacaban de viejos rodamientos. Cómo había tenido acceso Tano a aquel tesoro era algo que el chico se negaba a revelar. En cualquier caso, todos dieron por supuesto que negociaría y que se las cambiaría a algún compañero, ya que, al fin y al cabo, él no iba a utilizarlas.

Se equivocaron. Tano, esta vez, no quería vender. Las canicas de acero eran para él, así se lo comunicaba solemnemente a todo el que se ofrecía a comprárselas. Su terquedad provocó tal frustración en la mitad masculina del alumnado que, al final, durante un recreo, lo cogieron entre dos que destacaban en la lucha leonesa desde chicos, lo vapulearon hasta derribarlo y le quitaron aquellas canicas y todas las que tenía.

Lucía nunca había presenciado un atropello tan grande. Y, como no era miedosa, se enfrentó con el más alto de los dos ladrones, mientras Tano, sentado en el suelo, se limpiaba la sangre de un largo raspón en el muslo.

—Ahora mismo se las devuelves o se lo digo a mi madre —amenazó, encarándose con el grandullón.

El chico la miró con una sonrisa desdeñosa.

—No te atreverás. Como se lo digas a tu madre, las va a pagar Tano.

—No. Tano no va a pagar nada. Los que vais a pagar sois vosotros.

—O tú. Por lista. Qué te crees, ¿que por ser la hija de la maestra no puedes cobrar?

Aquello terminó de decidir a Lucía. Muy digna y escoltada por una amedrentada Olvido, entró en la clase y se fue directa hacia su madre, que estaba corrigiendo unos cuadernos.

Después de escuchar a Lucía, Adela salió al patio, cogió de las orejas a los dos matones y los obligó a devolver las canicas que acababan de robar. Todos los demás fueron formando un corro alrededor. Con las bolas de acero y cristal en las manos, Adela recorrió el enjambre de rostros asustados.

—Paulino y Julián se quedarán toda la semana a barrer y fregar la escuela por la tarde en castigo por lo que han hecho. Y, si alguien más se vuelve a meter con Tano, lo saco de la función de Navidad. Avisados quedáis.

La última amenaza fue definitiva. Nadie quería quedarse fuera de la representación de títeres que estaban preparando. El padre de Julián, que hacía algo de carpintería en el invierno, les estaba construyendo el teatrillo y les había contado a todos que la maestra había encargado que adornasen todo el borde con bombillitas doradas como las de las ferias. Así que nadie molestó más a Tano, pero tampoco quisieron volver a cambiarle canicas, y ni siquiera le dejaban acercarse a oír las partidas.

Fue entonces cuando a Lucía se le ocurrió enseñarle a jugar. Al principio, Tano se rio de ella.

—Pero si no veo, ¿cómo voy a acertar a darles a las gordas? Y, además, tú eres una chica, no puedes enseñarme.

—Sí puedo, porque he mirado mucho a los chicos y he aprendido cómo lo hacen. En casa tengo una caja llena de canicas de las que mi madre les ha ido quitando a los alumnos y he practicado en el corral. Si vienes por la tarde, te enseño lo que he aprendido. Nadie se enterará, Olvido no dirá nada.

La promesa del secreto fue lo que decidió a Tano a aceptar la oferta. Al día siguiente por la tarde empezaron las clases. La señora Clara había dado permiso, pero no las tenía todas consigo.

—A ver si nos vamos a meter en un lío con todo esto —le dijo a Adela—. Esa familia no es trigo limpio. No me fío de ellos.

Lo dijo lo bastante alto como para que Tano la oyera, pero el niño no se dio por aludido. Acababa de sacar con gesto solemne sus canicas de acero y un par de «gordas» que había modelado para la ocasión.

Adela no pudo resistir la curiosidad y se sentó fuera a repasar unas medias con el pretexto de que aquello solo se podía hacer bien a la luz del día. Quería observar los métodos de enseñanza de su hija… y, si hacía falta, estaba dispuesta a echarle una mano. De canicas no sabía

nada, pero algo había aprendido sobre las metodologías pedagógicas que pueden utilizarse con los ciegos.

Resultó, sin embargo, que Lucía se las arreglaba muy bien sola. Bajo la atenta mirada de Olvido, que no quería perder un detalle, fue enseñando a Tano a palpar la posición de las canicas y del hoyo. Después, le animó a lanzar las bolas a diferentes velocidades, y luego le cogía la mano para medir palmo a palmo la distancia que habían recorrido.

El resto era cuestión de ensayo y error. Tano empezó a ajustar la fuerza con la que hacía rodar sus bolas a la distancia que las separaba del hoyo. Aprendió cómo tenía que lanzar para que no se le desviaran hacia un lado. Lucía le guiaba la mano hasta la posición final de la canica. En cada intento, el niño afinaba más. Adela estaba tan pendiente de sus avances que se olvidó completamente de la media que estaba repasando. Y la señora Clara, con el pretexto de refrescarse un poco después de sacar unas magdalenas del horno, también había salido a curiosear.

Pudo ser casualidad, pero, después de casi una hora de pruebas, una de las bolas de Tano cayó directamente en el hoyo. Olvido y Lucía se pusieron tan contentas como si el éxito hubiese sido suyo. Se abrazaron las dos, mientras Tano palpaba incrédulo la redonda superficie de cristal perfectamente encajada en el agujero que habían hecho en la tierra.

—Todavía es posible —murmuró Adela mirando a los niños.

—¿Qué es posible? —preguntó la señora Clara.

Adela se atrevió a mirarla a los ojos.

—La revolución —contestó en un susurro.

La señora Clara meneó la cabeza disgustada, como si acabase de oír una broma de mal gusto. Pero en sus ojos no había desaprobación. Había entendido perfectamente lo que quería decir Adela.

—Eso no va a cambiar la vida de la criatura —contestó en voz baja.

—A lo mejor sí. Los cambios empiezan siempre por lo más pequeño.

La señora Clara se encogió de hombros.

—Me parece que voy a poner a asar unas castañas, aprovechando que el horno todavía está caliente.

Se levantó con cierta brusquedad y se dirigió a la casa. Adela la siguió con la mirada hasta que entró por la puerta de la cocina. Sentía que, a través de aquel breve intercambio de opiniones, acababa de sellar un pacto de complicidad con su patrona.

Sus ojos se desviaron hacia el monte cubierto de robles dorados que se veía a lo lejos, más allá de la tapia de piedra ennegrecida, y le pareció que el mundo, mágicamente, se había vuelto más grande.

No volvería a ver las banderas ni a oír los himnos. No habría mítines ni reuniones. Pero todavía se podía cambiar la vida de la



gente.

12

La víspera de Todos los Santos cayó una nevada larga y silenciosa que borró los caminos y cubrió todas las lápidas del cementerio. Las mujeres del pueblo se disgustaron mucho. Llevaban toda la semana limpiando las losas y componiendo coronas y cruces con los crisantemos de sus patios. Muchas habían llevado ya las flores a las tumbas de sus parientes. Desde la carretera se podía apreciar el mosaico de colores vivos sobre la tierra parda, y los niños, de camino a la escuela, señalaban con el dedo una tumba o la otra, reconociendo las flores que unos días antes embellecían los huertos de sus casas. Pero la nieve de la noche enmudeció los colores e igualó todos los sepulcros, los adornados y los abandonados, los viejos y los nuevos. Todos amanecieron tapizados de frío y blancura.

La señora Clara salió temprano para ir a quitar la nieve de la tumba de sus padres. Olvido se empeñó en acompañarla. Adela estaba tomándose un café con leche en la cocina cuando regresaron. Traían las manos y las mejillas rojas de frío. Olvido fue directa a los fogones, retiró el disco de hierro del más grande con un gancho y extendió las manos sobre las brasas.

—Dicen que han visto huellas de lobos en la carretera de La Vecilla —contó la patrona, colgando el abrigo en el perchero—. Se ve que andan con hambre.

—Y hemos visto pisadas de hombres —dijo Olvido—. Además, Jacinta la del panadero me ha dicho que esta noche entraron donde tienen los hornos y les robaron media docena de hogazas.

—De eso no se habla, ni aquí ni mucho menos fuera —la regañó su madre—. Así que tú no vayas contando nada.

—¿Quiénes eran? —preguntó Adela.

La señora Clara la miró como si fuera tonta.

—¿Quiénes van a ser? Ande con cuidado usted también, que entre las dos nos van a terminar metiendo a todos en un lío.

Adela cruzó una sonrisa cómplice con Olvido. Tantas precauciones parecían exageradas. Después de todo, si los maquis no se molestaban en borrar sus huellas, sería porque no temían que nadie los denunciase. La gente estaba cansada de dramas.

Lucía entró en la cocina muy seria, consciente de que parecía mayor con el vestido que acababa de estrenar. Era uno de los dos mejores

que conservaba Adela. Al ver los preparativos de las otras niñas para la fiesta, decidió cortarlo y arreglarlo para su hija. Le había puesto un cuello nuevo y una cinta de terciopelo en el bajo. No quería que Lucía se sintiese inferior a las demás.

Olvido abrió la boca de admiración al ver a su amiga tan cambiada.

—¡No pareces tú! —dijo—. Es como si hubieras salido de una revista.

La señora Clara no hizo ninguna observación, y a Adela le molestó aquel silencio. ¿Tanto trabajo costaba decirle algo amable a la niña? Fregó con rapidez su taza y subió a su habitación a vestirse para ir a la iglesia.

No le gustaba nada el protagonismo que, como «autoridad viva» del pueblo, tenía que asumir en el ceremonial. Además de dirigir la Missa de Angelis que había estado ensayando con el coro de jóvenes, por la tarde debía conducir la novena. Le iba a costar trabajo dominar las expresiones de su rostro mientras leía los tétricos ejemplos del devocionario para que no se le notasen el hastío, la rebelión, las ganas de gritarle a la cara a Dios unas cuantas verdades que, por lo visto, no quería oír. Generalmente no creía en él, pero la iglesia le recordaba la fe de la infancia, antes del sindicato y las manifestaciones, cuando aún le parecía posible conseguir las cosas solo con desearlas. Echaba de menos aquella sencillez. Le habría gustado poder rezar de verdad, creyendo sinceramente en lo que decía. Con la fe, sin embargo, ocurría lo mismo que con la virginidad: una vez perdida, no podía recuperarse, y no tenía sentido idealizarla.

Dentro de la iglesia olía a cera derretida y a la lavanda de los armarios donde se guardaba la ropa de fiesta. Notaba la tirantez de las horquillas que le sujetaban el velo por detrás de las orejas. Desde lo alto del coro, podía ver a sus alumnos más pequeños sentados en los primeros bancos, a las mujeres todas juntas ocupando los del medio y a los hombres detrás, con las barbillas metidas hacia dentro y las manos entrelazadas a la espalda. Casi le daba paz aquel orden antiguo e inmutable en el que cada individuo sabía exactamente cuál era su lugar.

Los jóvenes cantaron bien y, a la salida, le llovieron las felicitaciones.

—No hemos tenido una maestra como usted para esto de la música —dijo el señor Bernabé, sonriéndole.

Estaba con su hermano Damián, que asintió vigorosamente.

—Es verdad. Es verdad. Cómo se nota que es una señorita. Si hasta sabrá tocar el piano.

Pero sus dotes musicales no despertaban tanta admiración como su misal azul con el canto de oro. A las mozas les parecía el colmo de la elegancia. De camino al cementerio, se le acercaron dos hermanas que

vivían enfrente de la escuela.

—Le queríamos preguntar si le podemos encargar un misal como el suyo, para cuando vaya a León —dijo la mayor, que debía de andar por los dieciocho años. A la otra le dio una risa nerviosa que reprimió mordiéndose el labio inferior.

—Es que no sé cuándo podré ir. Antes de Navidad, no creo.

—No importa. Nosotras le damos el dinero y, cuando pueda, nos lo compra —continuó la que había hablado—. Pero que sea azul como el suyo. ¿Usted se acuerda de cuánto le costó?

—No lo sé, fue un regalo.

—Lo menos costará cuarenta pesetas… La señora Juana tiene uno que no es de cuero, sino de cartón, y no tiene pan de oro. Aun así, le costó veinte pesetas. Lo trajo de León. Yo le voy a dar cincuenta pesetas por si acaso.

—Yo tanto no tengo —dijo su hermana, apesadumbrada.

—Cuando vaya a León preguntaré, y ya después me lo dais.

No hubo manera de convencerlas. Al día siguiente se le presentaron las dos a la puerta de la escuela con el dinero y se lo hicieron coger casi a la fuerza. Algunos alumnos lo vieron y la noticia debió de correr por el pueblo, porque en la misma semana Adela recibió las visitas de otras seis o siete mozas. Todas se presentaban con mucho misterio, le hablaban en voz baja del misal y le pedían en susurros que les consiguiese uno como el suyo antes de deslizarle las cincuenta pesetas en la mano.

Adela no se sentía cómoda con todo aquel dinero. De buena gana lo habría rechazado, pero la señora Clara le dejó bien claro que aceptar encargos de la ciudad formaba parte de sus deberes profesionales, y era lo mínimo que se esperaba de ella. Para que no tuviera que mezclarlo con lo suyo, le dio un monedero de terciopelo granate.

—Póngalo aquí todo y guárdelo debajo del colchón —le aconsejó—. Yo también le quiero encargar uno para Olvidín, pero ya lo hablaremos cuando lleguen las fiestas. Si le parece, se lo puedo descontar de la pensión. Es lo más práctico.

A mitad de semana volvió a nevar, y por la noche oyeron lobos del lado de La Mata. Adela tuvo pesadillas. Esa tarde, en la novena de Difuntos, le había tocado leer la historia de un estudiante que no se decidía a revelar su mayor pecado. Durante la confesión, el cura veía una serpiente verde que asomaba la cabeza entre el cuello y la camisa del chico, haciendo vibrar su negra lengua bífida. La serpiente era el pecado, pero el chico no se daba cuenta de nada y el cura no podía advertirle del peligro que corría, ya que la confesión debía brotarle de la fe y no del miedo. Al final, una noche, la serpiente se enrollaba alrededor del cuello del estudiante y lo ahogaba mientras dormía. El chico iba directo al infierno, por haber muerto sin arrepentirse.

Era un cuento absurdo para asustar a las viejas, y lo leyó de tan mala gana que algunas de las beatas lo notaron. Una le preguntó si lo que había leído había pasado de verdad. No fue capaz de contestar que sí.

En el sueño, vio la serpiente tal y como se la había imaginado mientras leía la historia en la novena. La vio enroscada a sus pies, entre las mantas de la cama. Su lengua negra le hacía cosquillas en el tobillo, y ella quería agarrar el misal y darle en la cabeza hasta aplastársela, pero se quedaba paralizada y no podía.

Se oyó gritar y el miedo la despertó. Se sentó en la cama y apartó las mantas para mirarse los pies descalzos. No había ninguna serpiente. Cerró los ojos, se dejó caer sobre la almohada y se rio de sí misma.

—Me están envenenando la mente —dijo en un susurro—. Voy a acabar como ellos.

Al día siguiente le llegó una carta de don Marcos. El cartero se la dio en mano cuando volvía de la escuela, a primera hora de la tarde.

—Ande con cuidado, que esta noche han entrado a robar en casa de la Blasa —comentó, bajando la voz con mucho misterio—. Hasta un cuadro de santa Eulalia que tenía le han llevado. Y en el cementerio han estado también. Se han meado en la tumba de Urbicio, el guarnicionero, y le han roto la cruz. Que no digo yo que no se lo merezca, porque por su culpa fusilaron a tres hermanos en La Mata. Pero, así todo, hay que tener mala sangre… Esa gente no respeta ni a los muertos.

Adela esperó hasta después de la cena para leer la carta. Se metió en la cama, se arrebujó debajo de las mantas y rasgó el sobre de papel gris con cuidado de no romper los sellos. Dentro se encontró tres cuartillas cubiertas con esa caligrafía suelta y armoniosa de la gente que escribe a la vez que piensa.

La leyó dos veces de principio a fin, intentando comprender el hilo conductor entre unos párrafos y otros, pero, sobre todo, la intención que latía en ellos. Don Marcos empezaba con algunos cotilleos intrascendentes del barrio, después le hablaba de la niña ciega de los Ceremonias, y a continuación se embarcaba en una farragosa explicación sobre unos cursos de doctorado que había empezado en la Complutense y que ahora se proponía retomar, aunque no estaba seguro de que se lo permitiesen. El tono era amistoso, intrascendente. Como si se hubiese puesto a escribirle por puro aburrimiento, sin tener nada concreto que decir. Solo hacia la mitad de la cuartilla empezaban a aparecer algunas observaciones sobre lo que le contaba de ella su amigo el cura de Santa Colomba, algunos reproches:

> Me comenta mi buen amigo Serafín que no te has confesado desde que llegaste a Pardesivil. No estás obligada, pero esas cosas dan que hablar. Como mínimo

> deberías confesarte una vez cada quince días y comulgar después. Así callas a las malas lenguas. Tampoco tienes que esforzarte mucho, don Serafín es un hombre de mundo y con que te vea intención de enmienda te mandará a casa con tres padrenuestros y tres avemarías. No insistiría en esto si no fuera porque él me ha escrito contándomelo. Si da que hablar en el pueblo, no te conviene. No será igual que confesarte conmigo (quiero suponer), pero puede que hasta te haga bien. Soltar lo que uno lleva dentro es como lavarse. Lavarse de los pecados… Lavarse de los recuerdos… Tú eres una mujer inteligente. Interprétalo como te parezca bien.

Después de aquello, hablaba del otoño y evocaba los castañares de su aldea, que se volvían rojos y dorados en aquellas fechas. Se explayaba media carilla en sus descripciones de los magostos, y Adela intuyó que ni siquiera estaba pensando en ella al escribir. Se había dejado llevar por la memoria, como si estuviera solo. Como si la carta fuese un diario… Tenía aquel tono íntimo y cándido de los escritos destinados a uno mismo.

Solo en la última carilla, don Marcos hacía una alusión al hombre de Madrid que había ido a visitarla. También sobre eso le había informado don Serafín:

> Por amistad y por curiosidad, te voy a preguntar directamente quién era ese hombre y por qué hizo un viaje tan largo para verte. No necesito detalles, pero querría saber si tiene algo que ver con tu vida pasada. Porque, si es así, Adela, deberías alejarlo. Volver a las personas con las que compartiste tu vida de antes no te devolverá a aquellos tiempos. Esa vida ya no es posible. Perseguirla solo te traerá decepción y dolor.

La carta terminaba con una petición extraña:

> Te voy a rogar que, después de leer estos papeles, los quemes. No contienen nada malo y, sin embargo… Estos años me han enseñado a ser precavido. Nuestro secreto, Adela, es que no tenemos secretos, ¿verdad? Pues, si llegara a saberse, no te imaginas los problemas que nos traería.
>
> No sé si te das cuenta de que intento protegerte. De ti, sobre todo. También de mí. Esto último debería tacharlo, pero no lo haré. A fin de cuentas, sé que vas a seguir mi consejo y que todo esto terminará en las brasas.
>
> Escríbeme, Adela. La iglesia está muy triste sin tu flequillo de fuego. El mundo entero parece descolorido. No es culpa tuya, pero escríbeme.

13

La mañana de San Martín, el campo amaneció helado y el cielo sin nubes. El matarife llegó poco después del alba. Era un hombre rechoncho, de piernas cortas y manos demasiado pequeñas al final de sus brazos rollizos. Dejó el gancho, los cables y los cuchillos en el suelo de la cocina y se sentó a desayunar el aguardiente con pastas que le ofrecieron.

Soñolienta, Adela lo observó desde los fogones, donde había puesto a calentar su café —lo que quedaba el jueves del puchero que la señora Clara había preparado el domingo—. Los profesionales de la muerte se daban todos un aire, pensó. Los ojos inexpresivos, la cara santurrona y aquella expresión de importancia, como si la brutalidad de su oficio respondiese a un mandato divino. El señor Bernabé lo llamaba «don Paco» y lo trataba con mucha consideración. Antes de ir a buscar al cerdo, estuvieron hablando del precio del plantón de remolacha y de la vaca que había comprado el hermano del señor Bernabé para hacer cecina.

—Esa cae mañana —dijo el señor Paco—. A ver si sale un día tan bueno como este.

En el bigote negro se le habían quedado atrapadas algunas migas de la pasta azucarada que se acababa de comer.

—¿Usted quiere ayudar con la sangre? —le preguntó la señora Clara cuando los hombres salieron.

—Yo, si hace falta, ayudo —contestó Adela.

La señora Clara sonrió.

—A ver si se nos va a desmayar, que ya solo de pensarlo se ha puesto blanca… Falta no hace, mujer. Van a venir mi hermana y mi cuñada, y Olvidín también nos echará una mano. Si no quiere impresionarse, no tiene ni que salir al patio. Aunque la muerte de un cerdo es cosa digna de ver.

Adela subió a su cuarto a por el abrigo y bajó al corral. Lucía ya estaba allí con Olvido. Parecía tan contenta y excitada como todos. Se acercó a ella.

—Esto no va a ser agradable —le dijo—. El pobre animal va a sufrir mucho. ¿No prefieres quedarte a leer arriba?

—No. Quiero aprender cómo se hace. Algún día me puede servir.

Desde el escaño que había debajo de la ventana, Adela vio cómo

sacaban al cerdo de la pocilga tirando de un cable metálico que le habían enganchado a la mandíbula. El animal, en ese momento, forcejeaba con estertores secos. Era un sonido casi humano.

Ya en el banco de madera, el hermano y el sobrino del señor Bernabé sujetaron con cuerdas al cerdo. El ritual empezó. Cada gesto del matarife era rápido y exacto, pero unidos unos con otros componían una secuencia tenebrosa y cruel, como una escena de tortura a cámara lenta. El cuchillo se hundía en las partes blandas evitando los huesos, cortando los tendones, rasgando con maniobras bien medidas para evitar las vísceras, y el aire se llenó de chillidos casi ridículos en su estridencia. A Adela le vino a la mente un cuerpo de hombre retorcido sobre los terrones del campo sin cultivar, la pierna arrancada de cuajo a pocos metros, un fardo de tela sucia y carne sanguinolenta, los estallidos de humo alrededor y un quejido agudo, salvaje, que se ahogaba poco a poco en el estruendo de las bombas.

No quería mirar, pero le resultaba imposible apartar los ojos. En comparación con las muertes sin gloria del frente, aquel animal, al menos, estaba siendo sacrificado por medio de un ritual antiguo y festivo que solemnizaba su despedida del mundo y la inscribía en los ciclos inmutables de la Naturaleza. El cerdo era el único que no conocía su destino. Eso elevaba su sorpresa aterrada a la categoría de heroica.

Los chillidos no ahogaban del todo el tintineo metálico de la sangre en los calderos de metal. Lucía removía el suyo a conciencia con una cuchara de madera, porque le habían dicho que, si la sangre cuajaba, ya no servía para hacer morcillas. La tranquilidad de la niña no era fingida, y Adela se preguntó de dónde le venía aquella indiferencia hacia el sufrimiento. Quizá de Enrique. Él siempre había sabido anteponer la acción a la debilidad de las emociones.

La desesperación del animal no terminó de golpe. Fue rompiéndose en sollozos breves, cada vez más apagados, hasta que ya no se oyó nada más que el chapoteo del acero en sus entrañas, el remover de las cucharas y algún estertor suelto, inesperado.

Las mujeres recogieron los intestinos y el estómago para lavarlos en el río. Cuando se marcharon, los hombres prendieron la cama de piornos y escobas que habían preparado para socarrar la piel del animal. Se pasaban unos a otros una bota de vino. Desde lejos, el señor Bernabé le hizo un gesto a Adela, por si quería. Ella sonrió negando con la cabeza. El corral se había llenado de olor a pelo chamuscado.

Después de un rato, sacaron el cadáver de las brasas y entre el señor Bernabé y su hermano fueron retirando el pelo quemado de la piel con sendos cepillos. El sobrino entró en la cocina con el rabo del cerdo en

la mano. Era costumbre dárselo a los jóvenes de la casa para que lo asaran y se lo comieran.

Por la tarde, Adela ayudó a la señora Clara a cortar y pelar las cebollas que había que cocer para hacer las morcillas. También tenían que amasar pan. El día siguiente iba a ser de mucho trabajo, porque debían empezar a fabricar el embutido. El olor dulce y picante de las cebollas en el fogón fue borrando los otros aromas que emanaban ya del cuerpo sin vida del marrano. Lo habían colgado de una viga del establo y habían dejado el portón abierto para que se orease durante la noche.

—¿Ha visto a Lucía, qué valiente? —dijo la señora Clara, sentándose por primera vez desde el amanecer—. Parece una chica de campo.

Miró a Adela con una sonrisa retadora, pensando que ella se lo tomaría a mal. Adela, sin embargo, le devolvió la sonrisa.

—Mejor —dijo—. Hay que saber de todo y adaptarse a todo.

—¿En su casa no mataban un cerdo, cuando era pequeña?

—Yo no soy de campo. Soy de familia obrera. Mis padres trabajaban en las textiles, y yo también, de cría. Allí no había cerdos, ni jamones, ni embutidos. Esas eran cosas de señoritos.

La señora Clara meneó la cabeza, impresionada. Ella no se podía imaginar una infancia sin matanza, sin el olor a ahumado del cuarto de los chorizos y las lonchas de tocino bien cortadas y distribuidas para todo el invierno.

—Ya verá como algunos alumnos le regalan chorizos y morcillas para Navidad. Y alguno de aquí también se llevará, que estas cosas en León no las tienen.

Adela le aseguró que no era necesario, aunque en el fondo le agradaba la idea de llegar a León cargada de embutidos y de poder repartirlos con las vecinas.

Por la tarde fue un rato a la escuela para darle clase a Tano, que avanzaba sorprendentemente deprisa con el cuadernillo de braille que le había enviado don Marcos. Después, se quedó escribiendo a pluma y con la mejor caligrafía posible los papeles de la obra de teatro que iban a interpretar en la función de Navidad. Se trataba de una versión infantil de *El médico a palos* que ella misma había adaptado a partir de una traducción al español del original de Molière. Los títeres los estaban haciendo los alumnos mayores con corcho, alambre y madera.

Cuando terminó de copiar los papeles sacó una cuartilla en blanco, mojó la plumilla en el tintero y, sin darse tiempo para pensar, comenzó una carta de respuesta para don Marcos:

> Apreciado don Marcos,
> Espero que se encuentre bien al recibo de estas cuatro letras…

Con la plumilla suspendida sobre el papel, se quedó pensando en la

continuación.

Un goterón de tinta emborronó la última palabra que había escrito. Frustrada por su torpeza, arrugó la cuartilla, hizo una bola con ella y la arrojó a la papelera de latón. De todas formas, era tarde y estaba cansada. Ya se pondría con la carta en otro momento. Limpió la plumilla, recogió el tintero, apagó los últimos rescoldos en la estufa y regresó a casa.

Esa noche cenaron pronto, porque estaban todos agotados y les esperaban días de mucho ajetreo todavía. Lucía, como de costumbre, se despidió de ella con un beso de buenas noches antes de retirarse al cuarto que compartía con Olvido. Estaba cayendo una buena helada, y Adela subió el calientacamas de cobre para meterlo bajo las mantas antes de acostarse. Ella también se sentía cansada, aunque no había participado más que indirectamente en los rituales de la matanza.

Pensó en la silueta del cerdo, oscura y pesada al fondo del corral, y en cómo la desesperación de sus chillidos se había convertido en carne muerta, en alimento para salar y curar. Cuando se sentaran a la mesa y probasen el jamón y el chorizo, nadie se acordaría del sufrimiento del animal. Y, menos que nadie, ella.

Se quedó dormida releyendo *Una mancha de carmín*. Era la tercera vez desde su llegada a Pardesivil, y ya se sabía de memoria lo que iba a pasar en cada página, pero se detenía en las descripciones de las caras y los estados de ánimo porque le recordaban a Carmen, la curiosidad apasionada con la que observaba a la gente que le parecía «interesante»; sobre todo si pertenecían a la clase trabajadora, se mostraban agotados de trabajar y no tenían nada que ver con su vida.

La despertó una vaharada de aire frío en la cara. Al sentarse en la cama, notó que la ventana grande estaba abierta. Le pareció raro, porque no había viento. Al acercarse a cerrar, se demoró un momento contemplando las estrellas, que se veían mejor que otras veces gracias a que aún no había salido la luna. Las maderas del marco chirriaron cuando pasó el pestillo. ¿Cómo se habría abierto?

Estaba empujando las contraventanas de madera cuando alguien la sujetó por la cintura y le tapó la boca. Sintió un aliento cálido por encima de su oreja y algo metálico y afilado sobre el camisón, apretándole el abdomen.

—Deme el dinero de los misales —susurró una voz de hombre—. Deprisa.

—Suelte.

El hombre hundió la cara en su pelo y lo olió.

—Qué limpio —dijo.

Las manos que la sujetaban aflojaron, y Adela se desprendió de ellas. Se volvió a mirar. El intruso era un joven alto y desarrapado que la miraba sonriendo. Tenía en la mano una navaja grande, de pastor.

Podía distinguir sus rasgos finos en la penumbra de la noche estrellada.

—Tengo que encender la luz para buscarlo —dijo.

—No. Nada de luces. Y hable más bajo. Mejor, no hable —murmuró el hombre, y le enseñó la navaja.

Con los nervios, Adela se fue directa a su bolso, sin acordarse de que el dinero ya no estaba allí. Vació el contenido encima del cobertor y pasó los dedos sobre el batiburrillo de objetos, tratando de distinguir los contornos del monedero que le había dado la señora Clara. Entonces le vino a la cabeza el hueco que le había hecho entre el somier y el colchón de lana, a los pies de la cama. Se agachó, metió la mano y enseguida palpó el terciopelo grueso, abultado por los billetes y monedas que contenía. Al sacarlo, se hizo un raspón con un alambre del somier.

Le tendió el dinero al desconocido. Él se lo guardó entre la camisa y el pantalón. Dándole la espalda, fue hacia la puerta, la entreabrió y se quedó escuchando. No se oía nada. El intruso volvió a cerrar y atravesó el cuarto hasta el ventanuco que daba al monte. Estaba descalzo.

Adela se había sentado en la cama. Temblaba de pies a cabeza. Solo quería que se fuera, que se fuera cuanto antes. Sin embargo, el hombre no se decidía. Después de balancearse un momento cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro, caminó hacia ella y se sentó a su lado. Alargó la mano y palpó en la oscuridad hasta encontrar la suya. Recorrió con un dedo la línea de sus nudillos. Hundió la otra mano en sus rizos, por detrás de la nuca. La acarició despacio. A Adela se le erizó la piel del cuello, anticipando el cosquilleo de aquellos labios que estaban a punto de besarla.

Solo fueron cuatro o cinco caricias, una mano deslizándose por su cuerpo y apretándole una teta, un aliento que olía a tabaco junto a su boca, un beso delicado, largo.

Desde el patio les llegó un ruido sordo, como de algo pesado al derrumbarse. El intruso se apartó con brusquedad. Delante de la ventana, se giró para despedirse. Sonrió y, con la navaja, simuló un corte horizontal en el aire, justo por delante del cuello. Después, pasó las dos piernas por encima del alféizar del ventanuco y saltó. Adela le oyó aterrizar con un golpe seco sobre la hierba quemada por el frío.

Esperó unos segundos. Todavía podía sentir el trazo de los dedos del hombre sobre la línea de su mandíbula, dibujando el contorno de su cuello hasta el escote.

Cuando se convenció de que no iba a volver, probó a ponerse de pie. Las piernas se le doblaban y tenía la sensación de que en cualquier momento se podía ir al suelo, pero, así y todo, recorrió la distancia que la separaba del ventanuco y lo cerró con cuidado de no



hacer ruido.

14

Con una taza desportillada en la mano, Adela salió al corral a mirar el cerdo. Seguía allí, abierto en canal y colgado de las patas traseras, como un santo crucificado al revés. Las costillas formaban una arquitectura perfecta de hueso blanco y carne roja que invitaba al apetito y la crueldad. Desvió la mirada.

El café se le había quedado frío. Eran los últimos restos del puchero del domingo y ya no sabía a nada. Adela entró en la cocina y se fue directamente al hervidor de porcelana donde la señora Clara calentaba la leche. Apartó la telaraña de nata con una cuchara de madera y vertió un buen chorro en el líquido negro. La mancha blanca en el centro formó una estrella antes de absorber el marrón y aclararlo, volviéndolo del color de los caramelos de tofe. Exactamente como debía ser. La leche sí tenía sabor: fuerte y cremosa, había en su aroma picante un fondo en el que se mezclaban el heno y el estiércol.

El señor Bernabé entró con la gorra puesta y se fue directo a la olla de las sopas. Se sirvió un cazo en un cuenco de barro vidriado.

—Nos han robado —dijo—. Se han llevado todo el tocino de la matanza.

Adela intentó mostrarse sorprendida.

—Pero ¿cuándo? —preguntó—. ¿Y cómo es que no se han llevado el cerdo entero?

—Más quisieran, pero no pueden. ¿Qué van a hacer con el cerdo en el monte? Con el frío les aguantaría unos días sin pudrirse, pero no más. Y qué quiere, no se van a poner a ahumar y embuchar en medio del campo. Con el tocino tienen para pasar el invierno. También nos han cogido un saco de patatas y las avellanas que traje de la Feria de Boñar. Clara dice que han entrado en la casa, pero no hemos echado nada en falta.

—¿Saben quiénes han sido?

—Maquis. Pero no los nuestros. Seguramente serán los mineros, dos hermanos de La Mata que trabajaban en el pozo de Sabero antes de la guerra. Luisín el pastor los vio en el monte el otro día. A la fuerza han tenido que ser ellos.

—¿Van a dar parte?

El señor Bernabé meneó la cabeza, disgustado.

—¿Qué parte vamos a dar? ¿Para que vengan aquí a meter las

narices y encuentren lo que nadie quiere que encuentren? Habrá que dejarlo como está. Ahora, que, como se les ocurra volver, les meto un perdigón entre los ojos.

Adela fregó la taza y se fue arriba a por el abrigo. Al cogerlo, clavó la mirada en el punto exacto de la cama donde se habían sentado por la noche ella y el intruso. Se enroscó un mechón de cabello en el índice de la mano derecha y se lo pasó por detrás de la oreja. Lo hizo despacio, rozándose la piel a propósito, porque quería recordar la caricia de aquel hombre. Y el beso.

Estuvo muy distraída esa mañana, no era capaz de concentrarse al corregir las cuentas que había escrito en la pizarra para los medianos, y terminó pidiendo ayuda a dos de las chicas más avispadas de la clase con la excusa de que ella tenía que dedicarse a ensayar el villancico que iban a cantar los pequeños en la función de Navidad.

Después del recreo, se dedicaron a hacer estrellas de papel dorado para adornar las paredes. Lucía y Olvido les habían contado a todos los compañeros lo del robo, y había mucha agitación con el tema. Adela les dejó hablar mientras dibujaban y recortaban.

—Dice mi padre que esos maquis no son como los de aquí, que tienen pistolas y que ya han matado a gente —contó Rafaelín, el hijo de Vicente el herrero.

—¿Y cómo lo sabe tu padre? —preguntó Isabelita.

—Pues porque lo sabe. ¿No ves que a la fragua vienen de todos los pueblos? La gente habla y cuenta cosas.

—¿Y a quién han matado? —preguntó Lucía.

Rafaelín se quedó pensando.

—En Sopeña, el otro día, apareció un perro muerto —dijo al final.

—De una cuchillada. No de un balazo —puntualizó Concha, la del pastor—. A lo mejor no fueron ni ellos.

—¿Se sabe cómo se llaman?

—Yo lo sé —dijo Tano de repente.

Estaba en un rincón haciendo pelotas de masilla, y parecía que no atendía a la conversación general, pero él siempre se enteraba de todo.

—El mayor se llama Joaquín y el más joven, Manuel. Y no son extranjeros, son de La Mata. Su madre murió hará dos años y el cuñado se ha quedado con las tierras. Claro, ellos no podían reclamar. Tampoco es que tuvieran mucho.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —preguntó Olvido, impresionada.

—Los ciegos oímos mejor que nadie —contestó Tano orgulloso—. Y a mí no se me olvida nada de lo que oigo.

—¡Menos mal que, por lo menos, no hicieron daño a nadie!

De camino a casa, Olvido dijo que ella había oído a los ladrones por la noche.

—Escuché hablar a alguien en la carbonera y me tapé la cara con la colcha porque se me metió en la cabeza que eran duendes —confesó, sofocada de culpa—. Si hubiera despertado a mi padre… Pero no diga nada, señorita, que no quiero cargármela.

—A lo mejor no oíste nada, Olvido. Pudo ser tu imaginación.

Lucía se giró hacia su madre y, sin dejar de caminar, le clavó una mirada pensativa. Solo duró un momento.

Adela frunció levemente el ceño, agachó la cabeza y apretó el paso. Se había cubierto el pelo con un pañuelo estampado que conservaba de la época de Valladolid. No quería que el aire le enredase los rizos. No ese día.

Era imposible que Lucía supiese nada, pero tenía la mosca detrás de la oreja. La conocía demasiado bien, y debía de haber notado que se estaba callando algo.

Ni ella misma entendía por qué no había contado lo del robo del dinero. En algún momento tendría que hacerlo, porque ¿cómo iba a explicar si no que ya no podría comprar los misales? Sin embargo, tenía miedo de que no la creyeran. Porque, al final, ella también era una extranjera en el pueblo, y podían pensar que había aprovechado el robo del tocino para quedarse con lo que le habían dado las mozas. No era probable, pero podía ocurrir.

Por eso, prefería pensar las cosas bien antes de decir nada. Claro que, cuanto más tiempo dejase pasar, más raro les parecería a todos que hubiese callado. Y, por otro lado, no quería que la señora Clara le preguntase si le habían hecho algo. ¿Qué le iba a contestar? ¿Que el ladrón le había olido el pelo? ¿Que se le había sentado en la cama y la había besado en el cuello y en el escote? No. Eso no quería contarlo.

Por la tarde no bajó a coser a la cocina. De todas formas, no había nadie, porque estaban todos haciendo los chorizos y las morcillas. Del corral subía un olor punzante a carne y a pimentón, a cebolla, a canela. Se le ocurrió que, a lo mejor, los hombres volvían esa noche para robar el embutido. Pero no, no iban a correr ese riesgo, ahora que el señor Bernabé estaba sobre aviso. Seguramente no volvería a ver a Manuel. Porque debía de ser Manuel el que la había besado.

No sabía por qué, tenía ganas de llorar todo el rato. Se sentía estúpida y débil. Sobre todo, se sentía viva. ¿Por qué se le habría ocurrido tocarla a aquel hombre? Hacía años que tenía la piel dormida, y así quería tenerla. El placer le parecía un recuerdo de otra vida, como las telas buenas de algodón y el azúcar blanco. Lujos asombrosos de antes de la guerra… No servía de nada echarlos de menos.

Se quedó media tarde tumbada sobre las mantas, adormilada, dejando vagar la mente sin dirección mientras miraba la bombilla del techo hasta que los ojos se le llenaban de fogonazos de luz y se veía

obligada a apartar la vista. El cuarto estaba muy frío, y antes o después tendría que bajar a la cocina para entrar en calor, pero no le apetecía hablar con nadie. Decidió que esperaría a que la señora Clara la llamase para la cena. Y luego se acordó de que le debía carta a don Marcos.

Fue hacia la mesa y sacó las cosas de escribir. Empezó la carta con las mismas palabras de la víspera:

> Estimado don Marcos,
> Espero que se encuentre bien al recibo de estas cuatro letras.

Se quedó pensando un instante y enseguida continuó escribiendo:

> Yo no puedo decir que esté bien. Ayer por la noche me dieron un buen susto, y todavía no se lo he contado a nadie. Imagínese que me despertó una corriente de aire y, cuando me levanté a cerrar la ventana, me agarró un hombre. Era un ladrón. No sé cómo, se había enterado de que tenía dinero de las mozas para comprar unos misales que me han encargado. Ahora que lo pienso, eso es que alguien del pueblo se lo ha dicho. A saber quién… Me sacó una navaja y me amenazó con ella, así que no tuve más remedio que darle el dinero. Me pregunto qué habría hecho si no se lo hubiera dado. ¿Me habría matado? ¿Qué cree usted?
>
> Cuando me levanté por la mañana, me enteré de que el dinero de los misales no era lo único que habían robado. Vinieron, sobre todo, a coger el tocino de la matanza, que justo se hizo ayer. Parece que nadie los vio, pero aquí en la casa están convencidos de que han sido unos maquis que andan en el monte, unos hermanos que se llaman Joaquín y Manuel. Yo debería haber hablado para contar lo que me pasó, pero no me he decidido todavía. Me da miedo que no me crean… O que se crean que pasaron cosas que no pasaron. Ya me entiende. Aunque, ya que es usted mi confesor, le diré, aquí entre nosotros, que algo sí pasó. Algo delicado y suave, como de novios que se están conociendo, como de chicos jóvenes. El hombre se me sentó al lado en la cama y me acarició el pelo. Me besó en el cuello. Me tocaba casi con vergüenza, los dedos le temblaban. Podría haberme hecho daño si hubiese querido, pero en ese momento ni se me pasó por la imaginación. Era un hombre joven. Olía a campo. En la oscuridad no le pude ver bien los ojos.

Se le fue la mirada hacia la ventana. De la bodega de ahumar llegaba un olor a fuego de leña recién prendido. Debían de estar terminando ya con el embutido. En un momento la llamarían para la cena. Iba a tener que darse prisa si quería terminar la carta.

> Lo que más me preocupa es que no sé cómo voy a devolver ahora el dinero de las mozas. Ya sabe que no ando sobrada. No sé por qué no expliqué lo del robo desde el primer momento. Me aturdió ese hombre, qué quiere que le diga. Y le parecerá raro, pero no quiero meterle en líos. Quiero decir… Bastante duro debe de ser ya pasar el invierno en el monte. Y si el dinero les ayuda un poco… Mejor gastarlo en eso que en misales. En lo que sea que vayan a gastarlo. A saber. Igual le compran queso y vino a algún pastor de la zona. El hombre iba descalzo. A lo mejor le da para comprarse unas buenas botas. Mire qué cosas se me ocurren. Y lo más gracioso es que ni se me habían pasado por la cabeza antes de ponerme a

escribirle.

Don Marcos, no se enfade conmigo por todo esto que le cuento y dígame qué haría usted en mi lugar. Hasta que reciba su respuesta, voy a seguir callada. Usted conoce estos pueblos mejor que yo. Dígame qué hacer.

¿Usted cree que volverán? ¿Cree que son peligrosos? Los chicos en la escuela andaban diciendo que tienen armas de fuego, pero a mí lo que me sacó fue una navaja de pastor. Aquí todo el mundo habla por si acierta.

En cuanto pueda, por favor, dígame su opinión. Y también le voy a pedir que hable con mi patrona para comentarle que volveré al piso en Navidad. Supongo que usted tendrá con quién pasar las fiestas. De todas formas, le veremos en la iglesia.

La señora Clara la llamó desde las escaleras.

—Adela, ya tiene el huevo con patatas en la mesa, y las niñas están esperando.

Adela escribió una breve frase de despedida y firmó la carta. Después, con gestos cuidadosos, apretó el secante sobre la cuartilla, la dobló por la mitad, la metió en un sobre y lamió la goma del borde para humedecerla. Cuando estuvo bien pegado, lo escondió debajo de unos cuadernos de los chicos y bajó a cenar. Era la primera vez en todo el día que tenía hambre.

15

—Me he encontrado con don Serafín en la plaza —anunció el señor Bernabé nada más entrar en la cocina.

Traía un haz de ramas finas atado con una cuerda, y lo depositó en el cesto de la leña.

—Viene todos los miércoles a confesar —le contestó su mujer, que estaba secando unos vasos—. No sé si hay gente para tanta confesión…, pero él, venir, viene.

Adela estaba bordando un velo de tul negro en la mesa grande. Necesitaba practicar para enseñarles a las mozas. El señor Bernabé se le acercó.

—Me ha dicho que le recuerde que le toca confesarse —dijo—. Ya sabe cómo son los curas… Ahora, que si no tiene pensado ir…, pues no vaya.

Lo último que tenía pensado Adela para aquella tarde era ir a confesarse, pero supuso que, si don Serafín había insistido en verla, debía de ser por algo. A ver si había llegado a sus oídos lo de la visita nocturna del ladrón. En las confesiones se oyen muchas cosas, y a lo mejor alguien se lo había contado… Pero no, eso era absurdo. ¡Si nadie lo sabía!

Subió a su cuarto a peinarse y a ponerse el otro velo que tenía. Al otro lado del pasillo, oyó jugar y reír a Lucía y a Olvido. En aquello sí había acertado don Marcos: la niña estaba más contenta en el pueblo que en León. Ya ni siquiera hablaba de la catequista ni de los Coros y Danzas…, aunque le había enseñado a Olvido los pasos de una jota que había visto ensayar en el local de la Sección Femenina.

Por la mañana había caído una aguanieve desganada y constante que había embarrado las calles, así que Adela se calzó las madreñas encima de las zapatillas para atravesar el pueblo. Se las quitó en el atrio de la iglesia y las dejó a la derecha de la puerta. Aparte de las suyas, solo había otras, probablemente las del propio don Serafín. Eso quería decir que estaba solo.

Dentro de la iglesia reinaba una penumbra lechosa. Olía a polvo y a madera vieja. Con un gesto mecánico, Adela hundió los dedos índice y corazón de la mano derecha en la pila de agua bendita y se persignó, mojándose la frente.

—Ave María Purísima —dijo en voz alta.

Le llegó un crujido desde la puerta del confesionario. Don Serafín asomó la cabeza.

—Sin pecado concebida —respondió alzando la voz—. Pase, Adela, pase. La estaba esperando.

Adela se arrodilló sobre el terciopelo raído del reclinatorio y trató de distinguir el rostro del cura a través de la celosía de madera.

—Me dijo el señor Bernabé que quería verme.

—¿Y usted no quería verme a mí? Es la maestra, tiene que dar ejemplo en esto.

Don Serafín hablaba deprisa y en susurros. Debía de ser el tono que empleaba habitualmente durante las confesiones.

—Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia solo obligan a confesar una vez al año, por Pascua Florida. Y yo no tengo pecados, don Serafín. ¿No ve que soy viuda?

—Hay pecados de muchas clases, no solo de esa que usted está pensando. Y también sobre eso habría mucho que hablar. O no me diga que no tiene nada que contarme…

A Adela se le aceleró el corazón. ¿De qué le estaba hablando aquel hombre? ¿Era una alusión general a los pecados de la carne o se refería a algo en concreto? Por el tono, tuvo la impresión de que era lo segundo.

—¿Qué le han ido diciendo de mí? —se atrevió a preguntar.

—Lo que sé, lo sé de buena tinta —contestó el cura con voz cansada, como si le pesase aquel conocimiento—. Un hombre entró en su cuarto y la besó. Le robó el dinero. Y usted se lo ha callado.

—Se lo ha dicho don Marcos —murmuró Adela, incrédula—. ¿Cómo ha podido hacerlo? Se lo conté como se cuentan las cosas a un consejero espiritual. Eso sí fue una confesión. Y se lo ha dicho.

—Porque quiere ayudarla. Esos hombres del monte son peligrosos, Adela. Podía haberla matado.

—No. Era un hombre bueno. Limpio. No debió tocarme, hizo mal, no se lo voy a negar. Pero, qué quiere…, llevaría mucho tiempo sin ver a una mujer.

—Menos del que usted piensa. ¿O es que cree que no ha entrado en otras alcobas, como ha entrado en la suya?

Adela enrojeció.

—No lo había pensado… Pero claro, usted lo sabrá mejor.

—Yo no sé nada —reconoció don Serafín de mala gana—. Nadie me ha contado nada, si se refiere a eso. Lo único que sé es de la época en que vivía la madre. Pobre mujer, lo que la hicieron sufrir. Pero la cuidaban, a su manera. Le dejaban en el patio ramas para la lumbre y bellotas que cogían del monte para los cerdos. Desde que murió, no he vuelto a saber de ellos. Ahora, que no sé por qué le cuento esto. Es usted la que se tiene que confesar, no yo.

—Si ya lo sabe todo, ¿qué quiere que confiese? Deme la absolución y punto.

Don Serafín emitió un chasquido sarcástico que debía de ser su forma de reírse.

—Ya me advirtió Marcos de que se enfadaría. La paciencia que tiene ese hombre con usted, yo no la entiendo. Pero él la aprecia mucho. Dice que no anda buscando problemas, sino todo lo contrario. Por eso quiere ayudarla. Me ha dicho que le dé esto.

La puerta del confesionario se abrió unos centímetros y asomó una mano con un sobre abultado. Adela lo cogió y se lo metió en el bolsillo con un gesto rápido.

—Gracias —dijo—. Aparte de lo que ya sabe, solo tengo que confesar que me impaciento con los alumnos, y con mi hija, que no rezo todos los días, que a veces discuto con la señora Clara y que no me acostumbro a vivir en el pueblo.

Recitó aquella retahíla de faltas de corrido, como si tuviera prisa por acabar. Esta vez, a don Serafín le dio la risa de verdad.

—Bueno, mujer. Rece diez padrenuestros y tres avemarías, y agradézcale al Señor todo lo que tiene, que hay mucha gente que está peor. *Ego te absolvo in nomine*…

Mientras el cura pronunciaba la fórmula oyeron voces en el atrio y, un momento después, alguien entró en la iglesia. Adela se levantó para irse y vio que eran las dos hermanas que vivían enfrente de la escuela, las primeras que le habían dado dinero para el misal. Al cruzarse con ellas, la miraron con una sonrisa cómplice.

De camino a casa, Adela apenas prestó atención a la llovizna helada que volvía a caer después del paréntesis de mediodía. Hervía de furia contra don Marcos. ¿Cómo se había atrevido a contarle su secreto al párroco de Santa Colomba? La estaba metiendo en un apuro, porque don Serafín, ahora, estaría vigilante. ¿Y qué pasaría si Manuel volvía a visitarla? No era probable, pero ¿y si ocurría?

—No le vuelvo a contar nada —dijo en voz alta.

Siempre había tenido a don Marcos por un hombre discreto, pero empezaba a pensar que se había equivocado. Escribirle a don Serafín sobre ella… ¿Y si al párroco le daba por comentarle a alguien el robo del dinero? Estaba visto que don Marcos disfrutaba complicándole la vida.

Subió directa a su habitación, sin entrar en la cocina a saludar. Se quitó el abrigo y rasgó con los dedos el sobre que le había dado el cura, porque no quería tener que pedirle el abrecartas al señor Bernabé. Sus yemas tropezaron con un fajo de billetes.

Lo arrojó sobre la cama y desplegó las dos cuartillas que había debajo. Deslizó los ojos sobre el encabezamiento de la carta sin leerlo y se detuvo donde empezaba lo interesante:

Te mando el dinero de los misales para que no tengas que dar explicaciones sobre lo que pasó, porque tienes razón: alguien podría dudar de tu versión, y eso no te conviene. Si lo hubieras contado en su momento, todavía. Pero sacarlo ahora, ya no puede ser. Lo mejor es que les devuelvas el dinero a las mozas, porque tengo que darte una mala noticia… He hablado con tu patrona y me ha dicho que no cuentes con la casa para Navidad. Ha encontrado inquilinos nuevos y están a punto de mudarse. Me ha dicho que va a dejar tus muebles en un almacén que tiene Roque el de la tienda. Si lo piensas, es casi lo mejor. Pagar pensión en el pueblo y alquiler aquí… no puedes permitírtelo. Sé que querías conservar la casa porque piensas que lo de Pardesivil es temporal, pero no tienes que preocuparte. Si vuelven a darte destino en León, ya te ayudaré yo a encontrar otro piso.

De todas formas, Adela, no quiero que te hagas ilusiones. Esto es muy pequeño, y si a tu inspectora se le ha metido entre ceja y ceja perjudicarte, va a ser difícil que tu situación cambie en los próximos meses. Así que estoy explorando otros caminos que, quién sabe…, quizá terminen llevándonos a algún lado. En Madrid tengo una buena amiga que pertenece a la Alianza de Jesús. Es hermana de un antiguo compañero de estudios. Ella puede influir en las de aquí, me consta que Mercedes es un peso pesado en la organización. Lleva el principal colegio que tienen en Madrid. Total, que, a lo mejor, te puedo conseguir una plaza. Eso sí, tendrías que ingresar en la Alianza: votos de obediencia, de pobreza y de castidad. ¿Lo harías?

Me imagino tu sonrisa burlona al leer la última frase. Una mujer como tú no ha nacido para negar la vida. Lo sé, pero, en tus circunstancias, no tienes casi nada que perder y sí mucho que ganar. Piensa en las posibilidades que te abriría formar parte de una red como esa. Tienen colegios por toda España, en los mejores sitios y con las mejores alumnas. Y lo más interesante: andan buscando mujeres cultas, bien formadas y, si hace falta ayuda económica para completar esa formación, también pueden darla. Tienen protectores en las altas esferas. Ya me entiendes… No te vendría mal contar con ellas, Adela. Aunque tendrías que ser muy cuidadosa con los detalles de tu pasado. Armar una historia sin grietas, que no levante sospechas.

He dejado para el final lo del hombre que te robó porque no sé qué decirte. Me subleva pensar en esa escena, la oscuridad, la caricia. No quiero imaginármelo y, sin embargo, no consigo quitármelo de la mente. Y me sorprendo envidiando a ese bandolero escondido en el monte, la libertad que debe de sentir. Cómo se atrevió a tocarte… a besarte… No debería escribir esto porque a saber qué pensarás de mí. Aunque, a estas alturas, ya me conoces lo suficiente para tener claro que yo nunca voy a robarte un beso como un ladrón, ni a imponerte una caricia. No va conmigo eso. Soy demasiado orgulloso y celoso de mi tranquilidad. Ya ves que no te miento: es una actitud egoísta, no lo hago por el Señor… ni por ti.

A pesar de todo, estas últimas noches, antes de dormirme, me he imaginado que era ese muchacho, protegido en algún abrigo de rocas para combatir el relente de noviembre, los dedos helados, las tripas revueltas de hambre. Me he imaginado que oía aullar a los lobos. Que trepaba por un balcón de madera hasta tu habitación. Y que olía tu pelo…

Si vuelve a aparecer, no dejes de decírselo al señor Bernabé. Me cuenta mi amigo Serafín que es un buen hombre, y sensato. Él sabrá qué hacer. No corras riesgos, Adela. Y no te fíes de tu instinto. El instinto es ciego.

Me habría gustado verte en Navidad. Si pudiera, me escaparía un día a verte. Pero va a ser difícil. Ya sabes cómo son estas fechas aquí en la parroquia.

Le guardaré a Lucía el regalo de Reyes de la catequesis. Pero, antes de eso,

espero volver a saber de ti.

Como no soy un salvaje del monte, no me despido con un abrazo.

Solo con una mirada.

Así es como nos hablamos tú y yo, ¿verdad? Con la mirada. Así nos decimos las cosas importantes.

Sé buena contigo misma y no te olvides del todo de este cura.

Una mirada,

Marcos

16

Qué tristeza da el frío. Por las mañanas, mientras remoloneaba en la cama con los ojos cerrados para retrasar el momento de sacar los pies de debajo de las mantas, Adela se desesperaba de tanto invierno, y se preguntaba cómo había ido a parar a aquel rincón desangelado del mundo donde el cuerpo se agarrotaba de tanto intentar protegerse, helado de derrota. Le parecía que los veranos eran cosa del pasado, como los juegos de la infancia. Como la revolución.

Asociaba el calor con el entusiasmo de julio del 36 en Barcelona, cuando los obreros entraron en los cuarteles y les quitaron las armas a los militares. Las caras de aquellos hombres. Desorientados, indignados por debajo del miedo. Sudaban. Y ella también, pero no de miedo, sino del esfuerzo de derribar puertas y abrirse paso a empujones, codo a codo con los camaradas. La pobre Carmen sufría más que ella, porque era de constitución frágil y se quedaba sin aire en aquellas aglomeraciones de hombres y mujeres vociferantes. Era incómodo, sí, pero Adela se abstraía de los pisotones y los golpes y se dejaba llevar por la alegría contagiosa que empapaba los rostros. Allí todos creían que estaban haciendo algo grande.

La desilusión fue llegando poco a poco, casi al mismo ritmo que los primeros fríos del otoño. Aun así, iban a despedir a las columnas que partían hacia el frente, y Adela se preparaba para el día en que le tocase a ella. Los de Durruti habían ido liberando todos los pueblos por los que pasaban y proclamando la revolución. Eso decían. ¿Cómo sería la vida en esos pueblos transformados, arrancados a la esclavitud de siglos? ¿Qué pensaría la gente? Adela se los imaginaba como los personajes de las novelas de Carmen: muchachas heroicas, jóvenes valerosos, madres sacrificadas, niños felices. Se hablaba de iglesias quemadas y de monjas muertas, pero ella lo disolvía todo en el sentimentalismo ingenuo de La Novela Ideal y La Revista Blanca. Habría desmanes, cómo no iba a haberlos. Al fin y al cabo, estaban en medio de una guerra. Se resistía a creer, sin embargo, que los suyos pudieran ser culpables de ninguna injusticia sistemática. Entre otras cosas, porque era innecesaria. El pueblo anhelaba la libertad, no hacía falta forzar las cosas. En la batalla de las ideas, solo se podía ganar derrotando a la injusticia, no imponiendo el miedo.

Desde la claridad turbia del amanecer, a Adela le parecía que todo

aquello lo había soñado. Con su imaginación minuciosa, reconstruía pacientemente algunos de los momentos más extraños. Las hogueras de billetes, los vales que habían sustituido al dinero. Risas de mujeres jóvenes en una peluquería colectivizada. El olor a amoniaco de las permanentes mezclado con esencia de lavanda, porque la vida, en medio de aquel huracán de la historia, seguía su curso como antes, con el chirrido del molinillo de café a primera hora de la mañana y el murmullo de una radio lejana al caer la tarde. Y todo parecía real…, solo que no lo era. ¿O sí? No conseguía acordarse.

Devolvió el dinero de los misales a las mozas y anunció que no se iría a León por Navidad. Le pareció que la señora Clara no se alegraba. Era comprensible. Tener a dos extrañas incrustadas en la casa ya era suficiente carga en el día a día normal como para incluirlas también en las fiestas… Una noche, después de cenar y de muchos rodeos, sacó el tema del pago extra que tendría que añadir a la pensión habitual para cubrir los gastos de aquellos días festivos. Adela, por no desairarla, le regateó un poco. Era lo que se esperaba de ella. Se pusieron de acuerdo en una suma intermedia. A la señora Clara le gustaba el capitalismo; le daba sensación de seguridad. No se habría adaptado fácilmente a la abolición revolucionaria de la propiedad privada. Como la mayor parte de la gente… Quizá por eso, al final, todo había salido mal.

El último viernes de noviembre mejoró el tiempo. Después de la escuela, las niñas fueron con Tano y otros chavales a coger musgo para el Belén. Adela se pasó por la casa del herrero para pedirle escorias. El señor Vicente le dio un caldero lleno y también un espejo roto que había sacado de no sé dónde para que hiciese de río.

Con los preparativos del Belén, llegó a casa a la hora de la cena. Se los encontró a todos comiendo sopas de ajo, incluida Lucía.

—Le he dejado el huevo con patatas encima del fogón, para que no se le enfríe —le dijo la señora Clara.

Fue a por el plato y volvió para sentarse con ellos. El señor Bernabé estaba contando que su hermano había salido a cazar y había matado una liebre. Discutieron un rato sobre la mejor forma de guisarla.

Subió a su cuarto con el abrigo en la mano. El calor del brasero le había provocado un hormigueo desagradable en los pies. Estaba deseando ponerlos en alto y masajearse un poco los tobillos, a ver si se le pasaba. Encendió la luz de la alcoba, cerró la puerta y se apoyó en ella con los ojos cerrados. La bombilla emitía un zumbido débil al que los oídos, poco a poco, se iban acostumbrando. Arrojó el bolso encima de la cama y en ese momento lo vio: era el monedero de terciopelo granate que le había dado la patrona para guardar el dinero de las mozas. El que le había robado el intruso.

Se quedó paralizada a medio camino entre la puerta y la cama, sin

atreverse a apartar la vista de aquella cosa que no debía estar allí. El corazón le latía con violencia.

El hombre avanzó un paso desde el rincón en sombras del lavabo. Se llevó el dedo a los labios en un gesto de advertencia. Después, sonrió.

Tenía una sonrisa grande, de niño. Y unos ojos muy negros.

—Le he traído el dinero —dijo en voz baja—. Casi todo. Solo faltan treinta pesetas.

Instintivamente, Adela se volvió hacia la puerta. La patrona y su marido se quedarían un buen rato en la cocina, como hacían todas las noches, pero las niñas podían subir en cualquier instante. Y Lucía aguardaría despierta a que fuera a su cuarto para darle las buenas noches.

El hombre se había sentado en la cama y le hizo un gesto para que se sentase a su lado. Obedeció aturdida.

—Me llamo Manuel —susurró él, y le cogió la mano con un gesto tímido, de adolescente—. Eres muy guapa. Te pareces a las santas de las estampas.

Levantó la mano que le quedaba libre hasta su rostro y le acarició la mejilla.

—No tengas miedo, ¿eh? —dijo—. No voy a hacerte nada malo. Solo quería verte. Y devolverte el dinero. Sé que no me has denunciado. Eres de buena ley. No hay mucha gente como tú.

—Tienes que marcharte —murmuró Adela—. Aquí te pueden encontrar en cualquier momento. Y no vuelvas a venir. Quédate con el dinero si quieres.

—No. No quiero —contestó el hombre, apretándole la mano—. No era tuyo, eso también lo sé. Pero lo has cubierto para devolvérselo a las mozas. Todo para no denunciarme.

—No lo he hecho por ti. Y, además, ¿quién te lo ha dicho?

Manuel se encogió de hombros. Paseó la mirada por toda la habitación hasta llegar otra vez a ella, a sus ojos. Allí se detuvo.

—¿Eres viuda? —le preguntó—. Tienes una hija. Dicen que no eres de aquí. ¿De dónde eres?

—Te tienes que marchar —respondió Adela; se le entrecortaba la voz, de los nervios—. No voy a denunciarte, pero tienes que irte.

—Ya, mujer. Enseguida me voy. Tengo que aprovechar mientras estén en la cocina.

Volvió a rozarle la mejilla con los dedos. Los arrastró con suavidad hacia el cuello, espiando su reacción. A Adela se le erizó la piel. Él amplió su sonrisa, satisfecho.

—¿Puedo darte un beso? ¿Un beso de novio?

Sin saber por qué, Adela asintió. Manuel se le acercó despacio y le estampó un beso rápido en la comisura de la boca. Fue como abrir un

baúl olvidado, lleno de tesoros de otra época.

Le soltó la mano y rodeó el cuello áspero del hombre con los dos brazos. Escondió la cara en su hombro. Él había empezado a besarle la nuca, las orejas, el nacimiento del pelo.

—No puedes estar aquí —murmuraba Adela—. Vamos. Vete.

Él se apartó para mirarla.

—Dicen que eres de los nuestros —dijo—. ¿Es verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

Volvió a encoger los hombros con aire misterioso.

—En el monte se oyen muchas cosas.

Sonaron pasos en la escalera, al final del corredor. Manuel se levantó como movido por un resorte.

—Mira a ver si está despejado del lado del campo —le pidió—. ¿Me haces ese favor?

Adela se acercó al ventanuco y miró hacia fuera. Estaba todo oscuro y tranquilo.

Volvió a meter la cabeza y le hizo un gesto ambiguo. Le daba miedo que lo cogiesen, pero era más arriesgado tenerlo allí dentro, a aquella hora.

Él interpretó su expresión como un asentimiento. Se puso en pie, la abrazó para despedirse y la besó en los labios. Esta vez fue un beso de hombre.

Adela se quedó escuchando, por si le llegaba algún ruido de fuera. No oyó nada. Solo el ladrido del perro del lechero, al otro lado del pueblo.

Empezó a desnudarse distraída, con la cabeza en otra parte. Pensaba en Manuel, en cómo sería su vida a la intemperie, y en otros hombres de tiempo atrás, antes de la guerra. También en Enrique.

A lo mejor andaba escondido en otros montes, cerca de algún otro pueblo perdido, quizá en los Pirineos. A lo mejor, de vez en cuando, se colaba en alguna casa por la noche y robaba unas cuantas caricias.

Ladrones, bandoleros, salvajes que vivían como las alimañas.

Eso era todo lo que quedaba de la revolución.

17

Faltaba una semana para Navidad cuando Tano, después de la clase de braille, le tendió a Adela un pequeño envoltorio de papel de periódico que se sacó del bolsillo.

—Es para usted —dijo con mucho misterio.

Olvidando que no podía verla, Adela le sonrió.

—¿Para mí? Qué intriga…

Deshizo los pliegues del papel y en el fondo del último encontró un alfiler de solapa que representaba a un hombre desnudo luchando con un león en el centro de una guirnalda vegetal. Lo soltó como si le quemase, dejándolo caer al suelo. Rápidamente se agachó a cogerlo.

—¿Por qué me das esto? ¿De dónde lo has sacado? —le preguntó a Tano.

El chico le clavó sus ojos sin vida, perplejo.

—El día que salimos a por acebo, cuando me separé un momento de mi hermana, se me acercó un hombre. Me metió esto en la mano y me dijo al oído: «Dáselo a la maestra».

De modo que había sido Manuel. No lo había visto después de su última visita secreta, cuando le devolvió el dinero.

Adela le dijo a Tano que se volviera a casa y que no le contase a nadie lo del regalo. Se fiaba del chico.

Cuando se quedó sola, abrió el puño y contempló la figurilla de latón esmaltado en el centro de su palma. Conocía bien su significado. Representaba a Hércules luchando contra el león de Nemea. Hércules simbolizaba la fuerza del pueblo y el león, la ferocidad depredadora de los privilegiados. Era el emblema de la CNT.

Carmen estaba presente cuando lo eligieron. Fue durante una asamblea en Barcelona. Al fondo, sin hacer caso del orador del momento, un grupo de obreros andaba comparando unas cuantas láminas. Una representaba un campo cubierto de frutas; otra, varias mujeres con túnicas griegas mirando al horizonte; la tercera, un par de ángeles intentando levantar el mundo con una palanca… También había una donde aparecía un campesino cortando trigo, y un grupo de niños bajo un sol radiante.

Los hombres cada vez discutían más alto. Tenían que elegir uno de los diseños como alegoría de la Libertad, pero no se ponían de acuerdo. Terminaron pidiendo ayuda a unas chicas del textil que

tenían cerca. Carmen se encontraba con ellas.

Las chicas no dudaron ni un momento. Eligieron a Hércules con su león. Cuando los obreros les preguntaron por qué lo tenían tan claro, respondieron riendo: ¡les gustaba el hombre desnudo!

Adela se guardó el alfiler en el bolsillo del abrigo y solo lo sacó por la noche, cuando se encerró en su dormitorio después de la cena. Lo estuvo mirando un buen rato a la luz de la lámpara de la mesilla. El esmalte se había descascarillado un poco en el borde y la mugre de años oscurecía los colores. Le pareció una joya antigua y mágica, de esas que los leñadores se encuentran en los cuentos.

Al irse a dormir, se la guardó debajo de la almohada. Si Manuel se había arriesgado dándosela a Tano para ella, era porque quería volver a verla. Antes o después, se las arreglaría para entrar de nuevo en su habitación. ¿Y qué iba a pasar entonces?

Medio dormida, Adela sonrió al hacerse la pregunta. Sabía exactamente lo que iba a pasar y no pensaba luchar contra ello.

La mente se pierde y se traiciona mil veces, solía decir Enrique, pero el cuerpo no. El cuerpo es revolucionario. Se entrega al presente sin hacerse preguntas y no entiende ni de culpas ni de cálculos. Adela llevaba años haciendo oídos sordos a sus demandas, pero era muy consciente de su sabiduría subterránea, más vieja que el mundo. Manuel le había quitado la mordaza y, desde entonces, ella no había dejado de escucharlo. Cada día le hablaba más alto, más apremiante y dulce a la vez. Quería volver a sentir.

Era tal su impaciencia que la mañana del domingo, antes de la misa, se fue a dar un paseo por el monte arriba con la excusa de recoger más musgo fresco. La señora Clara la miró extrañada, pero no hizo ningún comentario.

El aire olía a tierra mojada y a humo. Algunas hojas muertas de color bronce crujían aún en las ramas de los robles, resistiéndose a desprenderse. Con el aliento entrecortado por la falta de costumbre, Adela tomó uno de los senderos vecinales que se adentraban en el bosque más allá de la ermita y caminó más de una hora, saliéndose a recoger musgo de tanto en tanto mientras sus ojos trataban de distinguir alguna forma humana entre las escobas y los brezos.

Ese día no vio a nadie, y al domingo siguiente no pudo repetir la excursión porque era víspera de Nochebuena y tenía que ensayar con el coro los villancicos de la misa de gallo. Iban a cantar *Adeste fideles* y *Noche de paz* a tres voces, pero había un par de chicas que desafinaban en los agudos, así que, en el último momento, las pasó a la voz media, donde su falta de oído no se notaba tanto. Eso dejó a las sopranos en desventaja y el resultado sonaba algo pobre, aunque digno.

El lunes por la mañana, después del ensayo general en la iglesia, regresó directa a casa para ayudar a la señora Clara con los

preparativos de la noche. Se cenaba de vigilia, y había que cambiar por última vez el agua del bacalao antes de guisarlo con patatas y salsa verde.

Por la tarde, la casa entera olía a castañas y a lombarda cocida. Las niñas se encargaron de partir el turrón de Alicante, que Lucía no recordaba haber probado jamás. Lo había traído el señor Bernabé del mercadillo de Boñar, y estaba duro como una piedra.

Aquellos olores los tenía Adela casi olvidados, y le devolvieron a la memoria épocas en las que no pensaba casi nunca: la sopa de almendras de su madre, la pandereta rota que aporreaba su hermana Asunción, y las quejas porque el aguinaldo de la fábrica no daba ni para comprar zapatos a los niños… Pero hacía mucho de todo eso.

Se acordaba mejor de las Pascuas del 36, en Barcelona, cuando el día de Navidad y el de Año Nuevo fueron declarados laborables porque no se podía parar todo en medio de la guerra. Ella había participado en la colecta del Socorro Rojo para enviar regalos a los milicianos del frente de Huesca, y también había acudido a la redacción de *El Diluvio* en respuesta a un anuncio donde pedían colaboración para confeccionar prendas de abrigo destinadas a los niños refugiados que venían de las zonas controladas por los fascistas. El género lo ponía el periódico, y el ambiente de trabajo con las otras costureras voluntarias que se habían presentado no podía ser más optimista.

La Nochebuena la celebró con Enrique yendo al Paral.lel a ver *Sombrero de Copa,* de Fred Astaire y Ginger Rogers, en el cine. Y por Año Nuevo hicieron fiesta en el comité con varias cajas de champán Codorniú, que aparecía en todos los anuncios de los periódicos como negocio colectivizado. Las colas del azúcar y el carbón se volvieron más largas y nerviosas esos días, pero, al mismo tiempo, la gente pensaba en el futuro: Carmen se compró un abrigo en los almacenes El Barato que le costó 18,90 pesetas, y Enrique anduvo preguntando precios para hacerse con una radio a plazos… En esa época creían aún que la guerra era cosa de semanas, y la gente se preparaba para después.

Como don Serafín tenía que decir la misa de gallo a medianoche en Santa Colomba, que era la cabeza de la parroquia, adelantó la de Pardesivil a las siete de la tarde. A la salida, la gente desfiló por delante del retablo de santa Susana para besar la figura del niño Jesús y admirar el belén. Había quedado precioso, con las montañas nevadas de harina, el río de espejo y las dunas de serrín a la derecha, por delante del castillo de Herodes. Muchas de las figuras de animales las había modelado Tano con arcilla y después las habían cocido en el horno del panadero. Las que mejor le habían quedado eran las cabras. En la escuela habían dedicado los últimos días a decorarlas todas con

los restos de pintura que habían dejado los albañiles después de restaurar la sacristía de la iglesia.

Cuando ya estaban sentados a la mesa, el señor Bernabé inclinó la cabeza y pronunció una oración en recuerdo de los difuntos que habían compartido con la familia otras navidades del pasado. Después, dieron gracias y descorcharon una botella de vino blanco. Adela solo bebió un vaso, lo justo para sentir más ligera la cabeza y más suelta la risa. En los postres, hasta se atrevió a cantar un villancico en catalán que repetía un sonido absurdo y cómico en el estribillo. Lucía la escuchaba con los ojos muy abiertos y expresión seria, como si aquella canción contuviese una revelación secreta que no sabía descifrar.

Las niñas se acostaron temprano y ella se levantó a fregar para que la señora Clara pudiera beberse tranquila una última copa de vino con su marido. Cuando terminó, subió a dormir. Era la primera vez en muchos años que celebraba la Nochebuena al estilo de antes, y estaba contenta. En ese momento no pensaba en la guerra, ni en Enrique, ni en el futuro.

Ni siquiera se sorprendió al encontrarse la lámpara de la mesilla encendida y a Manuel sentado en su cama.

Se sonrieron.

Él se movió hacia un lado para dejarle sitio. Ella se quitó las zapatillas y se tumbó a su lado.

—Apaga la luz —le susurró.

Se apretó contra su cuerpo y deslizó la mano hasta los botones de la camisa. Se los fue desabrochando uno a uno, con cuidado. Olía a jabón y a monte. Sus besos le caían sobre la piel como una lluvia constante y tranquila que despertaba uno a uno los brotes dormidos del deseo.

Los dedos de Manuel la ayudaron a desembarazarse del corsé. Se sentó encima del hombre y le acarició el pecho desnudo. Se inclinó hacia delante y sus piernas lo apresaron en un balanceo indagador, tanteándolo hasta encajárselo dentro.

A partir de ahí, fue como abandonarse a un baile antiguo, a un ritmo sabio que le nacía de las entrañas. Iba creciendo en intensidad, en velocidad, cada vez más profundo. Manuel tenía la misma música en las manos, en toda la piel.

El momento de mayor placer estalló en un gemido roto, de alegría y asombro.

Después, ella encendió la luz de la mesilla y él sacó una colilla de su macuto para llevársela a los labios, aunque no llegó a encenderla. Se quedaron así, uno al lado del otro, con las manos entrelazadas y los ojos fijos en el techo hasta que él se levantó para irse.

No hablaron del alfiler de la CNT ni de cómo había sabido que a Adela le gustaría. Se susurraron algún piropo, alguna frase tierna, y

eso fue todo.

Sin embargo, antes de marcharse, Manuel sacó de su macuto harapiento un libro sin pastas y se lo dejó en el regazo con un beso.

El libro se titulaba *El rayo que no cesa*. Eran poemas.

Adela se quedó leyéndolos hasta que los ojos se le cerraron de sueño.

18

La mañana de Navidad, todo el pueblo se dio cita en la escuela para asistir a la función que los niños habían estado preparando con Adela. Los más pequeños cantaron villancicos disfrazados de pastores, y los mayores recitaron versos, pero el plato fuerte del espectáculo era la representación de *El médico a palos,* de Molière, en el teatrillo de títeres.

Adela había pensado situarse entre bastidores durante la representación. Sin embargo, en el último momento decidió dejar a los actores a su aire y sentarse a ver la obra con el resto del público. ¡Disfrutó como una niña!

Alicia, la hermana de Tano, manejaba el títere de Sganarelle, el leñador obligado por su mujer a fingirse médico. Lo hacía de maravilla, moviendo el muñeco con tanta expresividad que parecía tener vida propia. Olvido, que interpretaba el papel de Lucinda, también actuó muy bien. Se sabía al dedillo su parte, y ponía una voz intensamente dramática cuando hacía de enferma, provocando la risa de los espectadores. Miguel, a quien le había tocado hacer de novio secreto de Lucinda, se trabó unas cuantas veces, pero en conjunto salieron todos airosos y al final los aplaudieron a rabiar.

Cuando terminó la representación, Adela se quedó con las niñas y Tano a recoger el teatrillo. Al cerrar las cortinas de terciopelo y apagar el marco de bombillas doradas, la invadió una nostalgia teñida de incertidumbre. Se preguntó si alguien volvería a usar aquello alguna vez. Quizá la maestra que viniese a sustituirla… Porque, si de algo estaba segura, era de que ella no aguantaría mucho tiempo en Pardesivil.

El señor Bernabé había matado dos pollos para la comida, y la señora Clara los asó en el horno con patatas y castañas. Tenían de invitados a los dos hermanos del señor Bernabé con sus familias. Adela no había visto nunca tanta gente junta en aquella cocina.

Después del turrón y las roscas de los postres, la hija pequeña de Damián sacó unas castañuelas y la señora Clara fue a por el pandero de la noche anterior. Cantaron solo un par de villancicos —los que Adela les había enseñado a las niñas en la escuela— y después se dedicaron al repertorio de canciones tradicionales de la montaña, desde *En casa del tío Vicente* hasta *La cinta del pelo.* Adela no se sabía

ninguna, pero eran melodías fáciles de estribillos simples y repetitivos, así que empezaba escuchando y terminaba uniéndose al coro. Tenía una voz de bronce que vibraba con dulzura en los agudos.

Cuando Damián y el señor Bernabé se pusieron a cantar *Santa Bárbara bendita,* se le hizo un nudo en el pecho. Era el himno de los mineros.

Mira, mira, Maruxina, mira
mira como vengo yo…

Traigo la camisa roja
de sangre de un compañero…

Traigo la cabeza rota,
que me la rompió un barreno…

Mientras cantaba, se representaba a Manuel con la cara y las manos tiznadas de carbón, allá abajo, en el pozo. Debía de ser solo un crío. Podía imaginarse el calor sofocante, la sensación de estar encerrados bajo toneladas de tierra y roca, el miedo cada vez que una viga crujía en la galería, la tos provocada por el polvo que invadía los pulmones. Comparada con aquella vida, la del monte le debía de parecer un lujo.

O quizá no… Tal vez echase de menos la seguridad del trabajo, el compañerismo, los mítines, la sensación de que todo estaba tan mal que no había más remedio que cambiarlo. Se lo preguntaría cuando volviese; porque estaba segura de que volvería. Quizá no esa noche ni la siguiente, pero no esperaría mucho. Era imposible que no le devorase la impaciencia, como le estaba ocurriendo a ella.

Por la tarde, después de ayudar a la señora Clara a fregar los cacharros, se retiró a su cuarto a descansar. Había comido demasiado, y sentía ese torpor de las digestiones pesadas que deja a la mente sin fuerzas para hilar unos pensamientos con otros. Solo quería cerrar los ojos y soñar despierta un rato.

Manuel… Aquellos poemas tiernos y duros a la vez. Imágenes de limones y toros, de una mujer morena, de almendros, pena y estiércol. Después volvería a leerlos.

Se quedó adormilada sin darse cuenta, y cuando se despertó ya era noche cerrada. Bajó para decirle a la señora Clara que no tenía hambre y que no iba a cenar. Las niñas estaban jugando en el corral, a pesar del frío.

De vuelta en su habitación, abrió el ventanuco y se quedó un rato asomada, mirando el monte.

Sonaron unos pasos cautelosos por detrás de la casa y Adela contuvo el aliento. No podía ser más que Manuel…

Se equivocaba, sin embargo, porque poco después oyó la voz del señor Bernabé.

—¿Le pasa algo, Adela? ¿Ha visto algo?

—No, no. Solo estaba tomando el fresco.

Se retiró al interior del cuarto y cerró la ventana, turbada. Se había dejado llevar por sus fantasías. Manuel no iba a arriesgarse a visitarla en la tarde de Navidad, con la casa llena de gente.

Aun así, lo esperó esa noche. Y la siguiente. No aguantaría mucho tiempo alejado, antes o después la necesitaría. Allá en el monte, bajo las mantas o lo que tuviese para protegerse del frío, se acordaría del tacto de su piel, del asombro en sus ojos grandes, del movimiento rítmico de sus caderas, la humedad dulce, urgente... Era imposible que no volviese.

Y, sin embargo, con cada día que pasaba más irreal se iba volviendo el recuerdo de aquella noche. Si no hubiese sido por el libro de poemas descuajaringado, habría llegado a preguntarse si había ocurrido de verdad. El cuerpo es olvidadizo; se le iban borrando los detalles. Y, cuando intentaba pensar en Manuel, se le mezclaban sus imágenes con otras. Estampas de la vida con Enrique, sobre todo. Y también, por alguna razón inexplicable, le venía a la cabeza don Marcos. Don Marcos y sus palabras cautas, sus miradas pensativas, las indirectas y las cosas dichas a medias, su orgullo, su miedo, su desconfianza... Qué egoísta le parecía ahora la emoción contenida de sus cartas. Ni una frase de más, ni un solo riesgo. Tan distinto de Manuel, que se había jugado la vida para verla. Y volvería a jugársela.

Las mañanas de las vacaciones de Navidad se le hacían eternas. Aprovechaba para leer, bordar en aquel velo interminable que parecía el de Penélope y enseñarles manualidades a las niñas, pero el tiempo transcurría con una lentitud exasperante, y las pantorrillas le hormigueaban de tanta inmovilidad junto al brasero, así que terminaba poniendo cualquier excusa para salir a dar un paseo por el camino de La Vecilla o el de La Mata, cualquier cosa con tal de estirar las piernas.

La víspera de Nochevieja, el señor Bernabé la sorprendió cuando regresaba del monte.

—¡Vaya gusto que le ha cogido últimamente a andar por el campo! —observó, con una sonrisa ambigua.

Instintivamente, Adela se irguió.

—Hay que moverse para mantener la salud —dijo, forzando una sonrisa—. Lo dicen los médicos.

—Sí, sí. Los médicos dicen muchas cosas.

Adela iba a reanudar la marcha de camino a la puerta del corral, pero el señor Bernabé no había dado por terminada la conversación.

—Usted vaya al monte todo lo que quiera —dijo a media voz—.

Pero no espere que el monte venga aquí, porque eso no va a volver a pasar.

Adela notó una oleada de calor en las mejillas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, encarándose con el patrón.

Él le clavó una mirada triste, sin brillo.

—Yo me he callado muchas cosas, primero por no asustar a Clara y luego por no incomodarla a usted —dijo en voz baja y atropellada—. Pero desde el primer día supe que el Manuel había estado en su cuarto. Vi las ortigas aplastadas debajo de su ventana. Buenos picores le darían. Me extrañó que no dijese usted nada y no quise insistir… Pero, a partir de entonces, he hecho rondas alrededor de la casa todas las mañanas y todas las noches. Y poco antes de Navidad, vi que habían arrancado las ortigas que había junto al muro, debajo de su ventana. Muy cuidadoso, Manuel. Yo tengo familia en el monte, no sé si lo sabe. No andan con esos de La Mata, pero se conocen entre ellos y se hablan de vez en cuando. Total, que anduve enterándome, y supe que el hombre había venido a devolverle el dinero que le había robado. El de los misales. Por qué lo hizo o no lo hizo, no lo quiero saber, aunque tampoco hay que tener mucha imaginación. Desde que me enteré, no he dejado de vigilar y sé que en Nochebuena volvió a venir. Yo no la voy a regañar, Adela; usted ya es mayor y digo yo que sabrá cuidar de sí misma. Pero yo tengo que mirar por los míos, y lo de ese hombre no puede volver a pasar. Él lo sabe, ya me he encargado yo de que lo sepa. No quiero perjudicarlos, ya ve que ni hemos denunciado el robo del tocino y las castañas, pero, si vuelve a poner un pie en mi casa, le juro que doy parte a la Guardia Civil. Así que, como parece que no es tonto, se mantendrá bien lejos.

—Usted está acusándome de cosas que no sabe —interrumpió Adela por fin, pálida de indignación—. Usted está dando a entender…

—Ni le he preguntado nada ni quiero que me lo cuente —cortó el señor Bernabé, tajante—. Si mi mujer supiese algo de esto, la echaría a patadas de la casa. En los pueblos no se puede andar jugando con la reputación de las familias. Yo no la juzgo, pero no le voy a consentir que convierta mi casa en un burdel.

A Adela se le llenaron los ojos de lágrimas. La invadía una extraña mezcla de vergüenza y orgullo. No se iba a dejar humillar por aquel hombre.

—Todo lo entienden mal. Todo lo manchan —acertó a decir con voz entrecortada—. Pensaba que ustedes eran diferentes.

El señor Bernabé bajó los ojos, incapaz de sostenerle la mirada.

—Si yo la entiendo —admitió en un murmullo—. Pero ¿qué quiere que haga? Tengo que velar por lo mío. No puede culparme por eso.

Lo suyo. Su casa, su mujer, su hija. Sus ortigas. Su cerdo. Adela iba repasando mentalmente la lista de propiedades que justificaba la

dureza de las palabras que acababa de oír. El señor Bernabé tenía razón: no podía culparle por defender lo que creía que le pertenecía. En otro mundo más justo, quizá se habría preocupado menos. Se habría enorgullecido de respetar la libertad de las mujeres que vivían bajo el mismo techo que él. Y hasta la habría defendido…

En otro mundo. Quizá en las páginas de alguna de las historias de La Novela Ideal.

19

El señor Bernabé cogió la botella de anís y la raspó teatralmente con el mango de un cuchillo, arrancándole un repiqueteo cristalino. Lucía y Olvido esperaban con la boca medio abierta y una uva en la mano. En la casa no había ningún reloj, así que el cabeza de familia había calculado «a ojo» el tiempo transcurrido desde el principio de la cena para decidir el momento de las doce campanadas. El cristal no sonaba como el bronce, faltaba el eco de los armónicos reverberando en las paredes, pero servía para marcarle el ritmo a la tradición de comerse una uva por cada mes del año que tocaba a su fin. La ventaja, además, era que los golpes podían acomodarse a las dificultades de las niñas para masticar aquella fruta áspera, evitando los atragantamientos.

El ritual terminó con un aplauso deslavazado. Adela le dio un beso a Lucía para desearle feliz año nuevo. Al verlo, Olvido fue a besar a su madre, pero la señora Clara la apartó enseguida, incómoda. Las efusiones sentimentales debían de parecerle ridículas.

Brindaron con vino dulce servido en copas pequeñas de borde fino y dorado. A las niñas les pusieron medio vaso. Después, llegó la familia de Damián y se cambiaron todos a la mesa larga. Encarna, la mujer de Damián, había hecho mazapanes, y la señora Clara sacó peladillas y almendras garrapiñadas. Cantaron villancicos y canciones del campo, pero entre canción y canción se hacía de vez en cuando un silencio torpe. Adela tenía la sensación de que su presencia cohibía a los patrones. De todas formas, ella tampoco quería estar allí. Cuando a Lucía le empezó a dar el sueño, aprovechó para retirarse también.

No esperaba ya la visita de Manuel. La conversación con el señor Bernabé le había dejado bien claro el terreno que pisaba. Resbaladizo, como tantas otras veces en su vida. Se metió en la cama, cerró los ojos y rememoró los dedos ásperos recorriéndole dulcemente un hombro, el contorno del pecho, la piel de la cintura. Se agarró con terquedad a aquellas sensaciones, pero era como saborear una última vez el regusto de un bombón de licor antes de lavarse los dientes. Iba a perderlas pronto, lo sabía.

Cuando ya estaba medio dormida, la asaltó el recuerdo de un periódico con la fecha del 2 de enero del 37 y una gran foto de la Gran Vía de Madrid. Humo y escombros. El edificio de Telefónica había sido el más dañado. Por lo visto, los artilleros del bando

nacional se aburrían aquella noche. La sensación general era de enfado y desánimo por no haber podido tomar la capital todavía. A uno de los hombres se le ocurrió la broma de comparar las uvas con obuses. ¿Y si tiraban un obús por campanada exactamente a las doce de la noche, y justo encima de la Puerta del Sol?

La ocurrencia fue recibida con entusiasmo. Eran gente de acción, tenían bombas, cañones, decidían ellos. Lanzaron el ataque desde las posiciones de Getafe, cuarenta y cinco kilos de explosivos por obús, y aunque ninguno cayó en la Puerta del Sol, causaron destrozos suficientes para arruinarles la celebración a todos los madrileños que se habían atrevido a salir de fiesta ignorando la guerra.

Adela estaba todavía en Barcelona cuando se publicó la noticia. Intentó imaginarse el pánico de la gente en plena noche, los estallidos de fuego rivalizando con el alumbrado pobre de la Navidad en guerra, los gritos…, pero le costaba. La destrucción, en aquellos días, era solo una palabra para nombrar lo que la mente no alcanzaba a representarse. Era una pesadilla, un mal sueño, tan irreal como los efectos especiales de una película. Al igual que los sueños, terminaría disolviéndose en la nitidez sencilla de lo cotidiano, y sería como si no hubiese ocurrido nunca.

Habían pasado once años y la pesadilla no se había disuelto. Permanecía en el fondo de la memoria, acumulando polvo y rencor. Y cada vez que aparecía algo capaz de abrir una rendija de luz, como los ojos serenos de Manuel, enseguida se empeñaban en arrebatárselo.

Hacía tiempo que no lloraba con ganas, pero esa noche lloró. En silencio, con la cara enterrada en la almohada, se permitió el lujo casi olvidado de compadecerse a sí misma. Mientras lloraba, no se quitaba de la cabeza aquella copla de Imperio Argentina:

El día que nací yo,
¿qué planeta reinaría?
Por dondequiera que voy,
¡qué mala estrella me guía!

Estrella de plata,
la que más reluce,
¿por qué me llevas por este calvario
llenito de cruces?

Cuando se le acabaron las lágrimas, se arrebujó en la colcha y se levantó a escribir. Abajo se oía cantar a los hombres. Por las risotadas que soltaban y la forma de arrastrar las voces, debían de haber bebido más de la cuenta. Seguramente, la señora Clara y su cuñada se habrían ido a dormir, dejándolos solos para que disfrutasen a sus anchas.

Al empezar la carta, no tenía decidido lo que quería explicar. La pluma trazaba una a una las palabras en el papel y la escritura iba dando forma al pensamiento. Escarmentada de la vez anterior, sabía que debía omitir los detalles y dejar que don Marcos se imaginase las cosas sin decirlas.

Había cometido un error que no tenía vuelta atrás, escribió. Era cuestión de tiempo que los rumores corriesen por el pueblo, y la iban a poner en una situación difícil. No había sido culpa suya, y no se arrepentía de nada, pero se sentía incapaz de enfrentarse otra vez a las miradas acusadoras, a las sonrisas burlonas de los chicos mayores en la escuela, a los silencios repentinos de la patrona cuando ella se acercase. No quería volver a vivir todo eso. Si la inspección se negaba a revisar su caso y devolverle su plaza, ¿no existiría al menos la posibilidad de que la cambiasen a otro pueblo? En Pardesivil había entrado con mal pie, y aquello ya no se podía enderezar.

Firmó la carta, apretó sobre ella una lámina rosa de papel secante y leyó por encima lo que había escrito. Se sentía avergonzada y aliviada al mismo tiempo.

Hasta el día dos no pudo echarla al buzón. Teniendo en cuenta que, durante las fiestas, el correo sufría más retrasos de lo habitual, contaba con que la respuesta de León llegara después de Reyes. Eran días de mucho ajetreo también en la parroquia, con los repartos de regalos en la catequesis y las misas especiales. Lo más probable era que don Marcos no quisiese distraerse con su asunto en medio de todo aquello, así que tendría que armarse de paciencia. Eso pensó…

Sin embargo, había calculado mal las prioridades del párroco.

El cinco a media mañana, la señora Clara fue a buscarla a su cuarto para decirle que tenía visita.

—Es el cura de León —anunció con retintín—. Ha venido a verla.

Adela se miró el viejo jersey tejido a mano que llevaba puesto, la falda negra de franela, las zapatillas abultadas sobre los finos tobillos. Le daba vergüenza bajar con aquellas pintas, pero no quería perder el tiempo cambiándose de ropa.

Don Marcos la estaba esperando en el corral. Traía un abrigo nuevo de lana gruesa sobre la sotana. Aguardaba con las manos entrelazadas en la espalda, observando distraído a las gallinas.

Al verla aparecer, no sonrió. Se limitó a clavarle sus ojos demasiado azules, y no dio más explicaciones de su presencia. La señora Clara parecía decepcionada.

—¿Quiere que demos un paseo? —preguntó Adela, incómoda por su silencio—. Hace buen día, me pongo los zapatos y salimos a caminar un rato por la carretera.

Subió corriendo a cambiarse de calzado y, al bajar, oyó a su patrona charlando sobre el sorteo del Niño. Según había dicho la radio, el gordo había caído en Madrid.

—¿Usted juega a la lotería? —preguntó Adela cuando salieron a la calle por la puerta del corral.

—Nunca. Tengo miedo de que me toque —contestó el cura.

Adela lo miró con curiosidad.

—¿Por qué? ¿Se considera usted afortunado?

—En el juego, sí. Pero, ya sabes lo que dicen. Afortunado en el juego…

—En su caso, mejor. Ya que amores no puede tener…

—Déjate de juegos, Adela.

Caminaron en silencio unos minutos. A Adela le había ofendido aquella última frase, la consideraba injusta.

—Te he conseguido una plaza en Madrid —anunció el cura abruptamente—. Tendrías que incorporarte lo antes posible. También puedo ayudarte con lo de la pensión, conozco a una señora de confianza en la calle Canarias que quedó viuda hace tres años y admite huéspedes. Yo mismo me he alojado allí más de una vez, aunque últimamente, cuando voy, suelo quedarme en la residencia para sacerdotes de la calle San Bernardo.

—Pero ¿una plaza dónde? —preguntó Adela, desconcertada.

—En un colegio de las aliadas. Te había hablado de ellas ya, no me digas que no te acuerdas. Es una buena oportunidad, y de momento no te van a exigir que tomes los votos, aunque esperarán que salga de ti dar el paso. Tienen una división especial para las viudas y, si te decides a entrar, todo serán ventajas para Lucía. La directora del colegio se llama Mercedes, es una mujer muy culta. Su hermano es buen amigo mío, sacerdote también. Cuando voy a Madrid por lo del doctorado, los veo a menudo.

Adela recordaba vagamente las alusiones a los cursos de doctorado en las cartas del cura. Le habría gustado conocer más detalles, pero no quiso preguntar para no desviarse de su asunto.

—No sé, ¿usted cree que me dejarán marcharme así, a mitad de curso? No tengo ni idea de cómo habría que tramitar eso. Y tampoco sé si quiero mudarme a Madrid. Lucía es feliz aquí…

Don Marcos se detuvo y se giró a mirarla. Otra vez aquellos ojos clarísimos que la sondeaban con gravedad e irritación, como acusándola de algo.

—Aquí no puedes quedarte, Adela —dijo.

La suavidad de su voz contrastaba con aquella aspereza de la expresión, pero no sonaba forzada.

Adela respiró hasta el fondo de los pulmones. El aire olía a leña y a campo. Iba a echar de menos aquel aire.

—¿Sabe una cosa? —preguntó—. Ninguna de las decisiones importantes de mi vida la he tomado yo. Ni siquiera la de traer al mundo a mi hija. Ni la de hacerme maestra. Todo me ha ido pasando. Por lo menos, desde que terminó la guerra.

—¿Y antes?

—Antes, no sé. Supongo que era diferente.

—Esto no te ha pasado sin más. Desde el primer momento tuviste claro que no querías quedarte aquí.

—Es verdad. Pero lo que tampoco quería era tener que salir huyendo otra vez, como si hubiera hecho algo malo.

—Has hecho lo que querías hacer. ¿O no? —preguntó don Marcos desafiante.

—Sí. Desde luego que sí.

Lo dijo sin ninguna vacilación. Todo lo que había pasado, había pasado porque ella había querido. Manuel no le habría puesto una mano encima si no. No era de esa clase de hombres.

Pero ¿durante cuánto tiempo lo había querido? Se había dejado llevar por el capricho de un momento; eso era todo. Aunque también era posible que hubiese algo más: algo que había despertado Manuel y que ya no volvería a adormecerse…

Por primera vez desde su huida de Barcelona, tenía ganas de vivir.

Segunda parte

20

El saloncito de Mercedes olía a lejía y a violetas. Aunque Adela no entendía de muebles, le pareció que aquellos eran buenos, antiguos. Las sillas estaban tapizadas en brocado, y un tapete de encaje de bolillos protegía la mesa. A la derecha del sofá había un carrito con una vajilla de café y a la izquierda, una mesa baja con revistas y diarios. Lucía había cogido un ejemplar de *Arriba* y lo estaba hojeando en busca de las páginas infantiles.

Mercedes era más alta, rubia y alegre de lo que Adela se había imaginado. Desde el primer momento le pidió que la tratase de tú. Tenían esa costumbre en la institución. Una doncella de uniforme entró con una bandeja de chocolate y pastas y la dejó sobre la mesa de centro. Mercedes le indicó que se retirara con una sonrisa.

—Entonces, ¿qué te ha parecido el primer día en el Santa Teresa? —preguntó, sirviéndole una taza humeante a Lucía—. ¿Te han gustado las clases?

—Mucho. Sobre todo, el juego del aparato circulatorio —contó Lucía, y miró a su madre—. A mí me tocó ser sangre venosa por llevar la falda azul. Las niñas que hacían de sangre arterial llevaban pañuelos o chaquetas rojas. La señorita Luisa había dibujado el corazón en el suelo del patio y, a su alrededor, unas calles de tiza que iban a los pulmones y al resto del cuerpo. Hasta había dos niñas que hacían de válvulas.

Mercedes captó su entusiasmo y amplió su sonrisa. Adela también sonrió, pero estaba nerviosa. Aquellos métodos de enseñanza eran nuevos para ella. Encajaba mejor en la escuela sin pretensiones de Pardesivil que en aquel colegio para jovencitas ricas. La directora, sin embargo, no parecía albergar ninguna duda acerca de su idoneidad para el puesto, y se la veía empeñada en ganarse su confianza.

—La señorita Luisa es una de nuestras mejores profesoras —dijo—, pero ya verás como las otras también te gustan. ¿No has tenido todavía con Mademoiselle Nicole?

Lucía negó con la cabeza.

—Es nuestra profesora de francés, las chicas la adoran. Aprenden sin darse cuenta, leyendo poemas y cantando canciones. Y la señorita Eva es experta en gimnasia sueca. Aquí le damos mucha importancia a la educación física.

En algún lugar al fondo del edificio sonó una música alegre, mezclada con un coro de risas y voces femeninas.

—Ya están con la pianola —dijo Mercedes—. ¿Quieres ir a la sala de música? Toca clase de bailes de salón con las mayores, pero tú tienes permiso para participar, si quieres.

Lucía asintió, radiante. Apuró su taza de chocolate y dudó un momento antes de dejar el periódico sobre el montón de la mesita.

—¿Me lo puedo llevar para terminar la historieta luego? —preguntó tímidamente.

—¿La historieta de Coletas y Pelines? Tienes buen gusto. Claro, llévatelo, no hay problema.

Lucía se marchó con su tesoro en la mano y Adela se quedó a solas con Mercedes, que le acercó el platito de pastas. Cogió una adornada con una guinda. La masa era tan ligera y frágil que una parte se le desmoronó entre los dedos antes de llevársela a la boca.

—La autora de esas historietas es amiga mía. Ya te la presentaré, colabora mucho con el colegio. Y, además, es poeta. Se llama Gloria Fuertes. No se lo pusieron fácil en su casa, es de familia muy humilde, hija de un ujier y de una costurera… Pero vivimos en un mundo de oportunidades, y la que vale se abre camino.

Adela no captó el menor matiz de ironía en aquellas palabras. Incapaz de unirse al entusiasmo de la directora hacia las bondades del Régimen, se limitó a masticar su pasta mientras controlaba cuidadosamente la expresión de su cara (que estuvo a punto de descomponerse cuando la guinda se le pegó a los dientes).

—Nuestro querido Marcos me cuenta en su carta que eres aficionada a la literatura y hasta escribes un poco. Por eso, había pensado ponerte en las clases de lectura de las pequeñas. Así vas cogiendo confianza… Y también necesito que te encargues de la biblioteca. Hemos recibido un par de donaciones importantes, pero está todo sin clasificar. Además, tenemos un generoso presupuesto para compra de libros. Tendrías que encargarte de visitar librerías y de atender a los comerciales de las editoriales. Queremos que nuestra biblioteca sea un referente en la ciudad para la población estudiantil femenina. Un fondo adaptado a nosotras, a nuestros gustos y necesidades. ¿Qué te parece la idea?

—Me parece un lujo, doña Mercedes… Mercedes. A mí, no hay cosa que me guste más que andar entre libros. Pero tendrá que decirme… tendrás que darme unas pautas para todo eso. Quiero decir… Don Marcos se lo habrá dicho, yo soy una simple maestra.

—Una maestra con muchas experiencias y mucha cultura —sonrió Mercedes—. Ya me contó que antes vivías en Barcelona. ¿Pero Madrid lo conocías?

—Antes de la guerra pasé algunas temporadas aquí trabajando.

—¿Para el sindicato? —Al notar el estupor de Adela, Mercedes le cogió una mano y se la apretó brevemente entre las suyas—. No te preocupes, aquí no juzgamos a nadie por su pasado. El nuevo comienzo es para todos, y cuando la gente rectifica, hay que saber perdonar. Dios perdona siempre. Nada más verte, supe que Marcos había acertado contigo: se te nota la inquietud en los ojos, el ansia de cambiar. Pues has venido al sitio indicado, Adela. Aquí lo único que te vamos a pedir es fe y trabajo. Con fe y trabajo, se puede hacer mucho camino… Y, como dice el Evangelio, «lo demás se os dará por añadidura». ¿En casa de doña Julia te han recibido bien?

Doña Julia era su nueva patrona, una mujer del sur que apenas salía de su piso y que delegaba casi todas las tareas domésticas en su hija Petra, de quince años.

—Han sido muy amables, sí. Como también iba recomendada por don Marcos…

—No me digas más. Aquí no vemos la hora de que vuelva. Le ha escrito a mi hermano Alberto que este año va a intentar quedarse un par de meses porque quiere ir de oyente a unas clases. Está pendiente de que el obispo le dé permiso. Que no quiere dárselo porque, aquí entre nosotras, un sacerdote tan brillante intelectualmente pues a algunos les da miedo. Miedo de que les haga sombra. Pero Marcos tiene contactos, gente que le aprecia en la Universidad… A ver si la cosa se arregla pronto, porque él está deseando venir.

Adela asintió como si estuviera al corriente de aquellos planes, aunque era la primera noticia que tenía. Don Marcos la había ayudado mucho en los días previos a su traslado. Había facilitado los trámites para dejar la plaza de Pardesivil acompañándola a hablar con la inspectora, había negociado con Roque para que se quedase unos meses más con los muebles en el almacén, mientras Adela se establecía, y hasta le había adelantado dinero para los billetes de tren, pero en todo el tiempo que habían pasado juntos no había mencionado ni una sola vez su intención de pasar una temporada en Madrid. A lo mejor, porque no tenía pensado verla mientras estuviese en la ciudad; o, a lo mejor, por todo lo contrario.

Lucía no dejó de parlotear durante el trayecto de regreso a su nueva casa. Le encantaba aquello de coger tranvías, el jaleo de coches en la calle, las señoras elegantes con sombreros vistosos y abrigos de pieles, y los hombres con puro y gabardina. También le llamaban mucho la atención los niños desarrapados que andaban por todas partes, descalzos, sucios y solos. Por la ventanilla vieron a una criatura que no tendría ni cinco años devorando las cáscaras de naranja que unas chicas acababan de tirar al suelo. En sus tirabuzones desaliñados no debía de haber entrado jamás un cepillo. Lucía la siguió con la vista hasta que un giro del vehículo la ocultó definitivamente. Entonces se

volvió hacia su madre con el ceño fruncido, como interrogándola, y su cara le pareció a Adela un reflejo de la de Enrique.

Él se habría bajado del tranvía y habría cogido a la niña en volandas. Habría preguntado a voces por su madre, y no habría parado hasta dar con algún adulto que se hiciese cargo de ella. Pero, antes, la habría invitado a tomarse una horchata en una terraza, y se habría dedicado a hacer payasadas y muecas hasta arrancarle una sonrisa. Al final, por supuesto, le habría dado alguna moneda. Se las habría arreglado para iluminar aquel rostro deslustrado por la miseria y el hambre.

Claro que, antes de la guerra, no se veían tantos niños mendigos. O quizá es que no les prestaban atención…

En el piso de su nueva patrona se alojaban, además de ellas, un viajante de hilo quirúrgico y un médico jubilado que había perdido a su mujer en un bombardeo. Junto a doña Julia y la joven Petra, formaban una comunidad bien avenida y cimentada en el aburrimiento compartido. Por las noches cenaban juntos en la galería y después se quedaban un rato a escuchar la radio, sobre todo cuando retransmitían algún partido del Madrid. Don Cipriano, el médico, era un fanático del Real, y andaba de lo más deprimido con los pésimos resultados de aquella temporada.

Adela no quería entrar con mal pie en su nueva rutina, así que se quedó con los demás a escuchar y comentar las noticias. Solo cuando Petra sacó la baraja e invitó a los otros huéspedes a jugar una partida de chinchón, se excusó alegando que debía hacer una llamada.

Arrebujada en una chaqueta que todavía olía al humo de leña de Pardesivil, salió al frío del pasillo y se fue directa al teléfono de la pared. Funcionaba con monedas, como los de las cabinas… Adela introdujo cinco céntimos, sacó del bolsillo el papel donde había apuntado el número y lo marcó.

Solo tuvo que esperar unos segundos la conexión a través de la centralita… Enseguida oyó al otro lado la voz de Antonio.

—Buenas noches. Soy Adela, la maestra de León. Se acordará…

—Claro que me acuerdo. Buenas noches. ¡No me diga que está en Madrid!

—Mañana empiezo a trabajar aquí. Es largo de contar. De todas formas, es un trabajo temporal y quería saber… Como usted me dijo que, a lo mejor, en la editorial tenían algo para mí…

—¿No ha empezado en un trabajo y ya está buscando otro?

La voz de Antonio sonó entre perpleja y divertida.

—No es un trabajo adecuado para mí, aunque las que me lo han dado no se hayan dado cuenta todavía. De todas formas, tampoco tengo prisa por encontrar otra cosa, de momento. También quería preguntarle si, al final, logró averiguar algo sobre…, ya sabe…, el

asunto de esa novela.

—Sobre su amiga escritora. No mucho. Hay un detalle curioso. Pero, si quiere que se lo cuente, tendrá que dejarme que la invite a cenar mañana.

Adela dudó un momento.

—Tengo una hija y no voy a dejarla sola en la pensión, acabamos de instalarnos. Además, no quiero que piensen mal de mí.

—Pues entonces, la invito a un paseo por el Retiro y a un vermú. Con la niña, por supuesto. Para la niña, un mosto. Pero solo si le apetece, claro.

Adela se sorprendió sonriendo.

—Me apetece. Hace siglos que fui por última vez al Retiro y tengo ganas de enseñárselo a Lucía. ¡Sé que le va a impresionar!

21

Alrededor del barquillero aguardaban media docena de niños expectantes y algunos adultos.

—¿Alguien más apuesta? ¿Nadie? Cinco en total. Me queda el seis. ¿Usted, señora?

El barquillero le tendió a Adela una papeleta con el número seis. Antonio se la cogió de la mano.

—Esta también la llevo yo.

—Ya saben, el que salga paga todos los barquillos. Vamos a ver la suerte.

Con un gesto rápido, hizo girar la ruleta dorada que coronaba el vistoso cilindro rojo decorado con una representación de la Cibeles. La marca negra del disco interior aminoró la velocidad poco a poco y se detuvo a la altura del número cuatro.

El padre de una de las niñas que esperaban el resultado de la rifa suspiró teatralmente y se sacó una gruesa cartera del bolsillo interior del abrigo. Los demás adultos le dieron las gracias mientras los niños hacían cola para recibir sus obleas.

Lucía había elegido una doble rellena de miel. La fina trama de cuadritos en su superficie tostada la volvía más crujiente cuando la aplastabas entre el paladar y la lengua.

—¿Me das a probar? —preguntó Adela sonriente.

Lucía partió la oblea y le dio una lámina ancha de bordes irregulares.

—¿Usted quiere, don Antonio?

—No, gracias, los barquillos me dan dolor de estómago.

Caminaron un rato por el borde del lago, contemplando los cisnes, que eran una novedad para la niña.

—Son como el de la historia del patito feo —repetía, admirada—. Tienen igual el cuello. Y el pico.

Enfrente del puesto de las barcas había un quiosco de hierro verde con los diarios y las revistas de historietas sujetos por pinzas.

—¡Tienen cromos de palmar! —observó Lucía juntando las manos.

Antonio se sacó una peseta del bolsillo y se la dio.

—Toma, cómprate algunos. Que los cromos de Madrid son especiales —añadió guiñando un ojo.

Cuando la niña se alejó, Adela meneó la cabeza. Estaba sonriendo,

pero se le notaba incómoda.

—No tenía que darle nada. Ya le iba a dar yo.

—Es solo un detalle. No se enfade conmigo. Mire, ¿ve aquella terraza? Tienen un vermú italiano que es de lo mejor de Madrid. Cuando vuelva Lucía, nos sentamos a probarlo.

La niña regresó a los cinco minutos con tres hojas de vistosos cromos en relieve. Antonio se los pidió para verlos y los examinó con aire profesional.

—Qué impresión tan buena. ¿De dónde sacarán este papel? Ya quisiera yo poder permitirme esto.

Una de las hojas era de mariposas del mundo, otra de rostros de niñas, y la tercera contenía una mezcla de lazos y flores. Cuando se sentaron a la mesa, Lucía empezó a desprender unos cromos de otros y los fue apilando en un montoncito perfecto con el dorso blanco hacia arriba.

El camarero, un hombre joven con un mandilón negro sobre la camisa del uniforme, se acercó a tomar nota. Antonio pidió dos vermús, una gaseosa para la pequeña y una ración de patatas fritas. Pero, antes de que trajeran la comanda, Lucía localizó a otras niñas que jugaban a los cromos en el borde de cemento de un parterre y pidió permiso para irse con ellas.

—Está bien —dijo Adela—. Procura no mancharte.

—Te guardaremos un par de patatas para cuando vuelvas.

Se quedaron los dos mirándola mientras se alejaba.

—¿Qué tal, se está adaptando bien a la ciudad? —preguntó Antonio.

—Mejor de lo que yo esperaba. Echa de menos a su amiga del pueblo, pero disfruta mucho con las cosas nuevas.

—Los niños tienen más capacidad de adaptación que los adultos. ¿Y usted, Adela? ¿Cómo ha ido el primer día de trabajo?

Adela meditó un segundo antes de responder.

—Es un buen colegio. Y la directora me gusta. Me han puesto a enseñar a leer a las pequeñas, y la verdad es que, para ser el primer día, se han portado bastante bien. Llevan unas cartillas preciosas, por cierto. No sé quién las edita.

—En esos colegios no les falta de nada. La Alianza en Jesús… Debe de tener muy buenas recomendaciones para que la hayan contratado.

—Parece que sí —contestó Adela, evasiva—. De todas formas, no es mi sitio.

—¿Por qué no? —preguntó el editor.

Adela sonrió distraída mientras seguía con los ojos un bote que se alejaba de la orilla. A bordo iban dos chicas, y una de ellas remaba.

—¿Usted sabe lo que tengo que cantar cada día? ¿Las veces que tengo que rezar? Y no es solo eso… Las aliadas hacen votos de pobreza, castidad y obediencia. Como viuda, podrían admitirme en un

régimen especial, pero tendría que hacer los votos también.

Antonio meneó la cabeza, riendo.

—Lo que hay que hacer para trabajar en estos tiempos. De todas formas, en la escuela pública no es mucho mejor, usted lo sabe por experiencia.

—Lo sé.

Se quedaron callados mientras probaban sus respectivos vermús. Aquella mezcla de amargor y dulzura componía un sabor elegante, ligeramente áspero. Adela lo saboreó con los ojos cerrados, como si quisiese memorizarlo.

—Es raro volver a disfrutar de estas cosas —murmuró.

A su alrededor, hombres y mujeres charlaban, contaban chistes, pedían raciones de berberechos y gambas, comentaban las noticias, se elogiaban el peinado, hablaban de moda. Nadie parecía acordarse ya del horror de la guerra, del asedio interminable, del miedo, los bombardeos, el hambre… Aunque esta última no se había ido del todo. Quedaban restos, imágenes como la de la niña que habían visto desde el tranvía, o el muchacho sin una pierna que mendigaba sobre un carretón de madera al borde del embarcadero. Pero la gente se limitaba a mirarlos y después seguía con su vida. Antonio tenía razón: «El ser humano se adapta a todo».

—Lo dice como si le pareciera mal —observó el editor.

—Me parece insensible. Es como si a todos se nos hubieran olvidado los muertos. La libertad. Todo lo que hemos perdido.

—Entonces, en su opinión, lo revolucionario es vivir amargado.

Adela le sostuvo la mirada.

—Sí —afirmó sin sonreír—. Es lo mínimo.

Antonio bebió un sorbo de vermú mientras meditaba su respuesta.

—No estoy de acuerdo con usted. El progreso tiene que ir de la mano de la vida. Es más fácil cambiar a la gente cuando está contenta. Es más fácil que entiendan lo que es la generosidad, el bien común.

—Eso se podría aplicar a la alegría de verdad. Pero este «contento»…, ¿no ve que es falso? Beber, comer, comprar, reírse y no querer enterarse de nada más. No responsabilizarse de nada. Así no se consigue ningún cambio, solo una sociedad de ovejas obedientes.

—Es usted muy dura con la gente. Se nota que no se considera «una de nosotros».

—No. No formo parte de esto. No quiero formar parte.

Antonio la miró pensativo.

—Con esa manera de ver la vida, entiendo que se le haga difícil dar clase en un colegio de la Alianza. El problema es que lo que yo puedo ofrecerle no creo que le compense. Estamos empezando a publicar historietas y necesitamos a alguien que rotule. Usted, como maestra, tendrá buena letra, y seguro que lo hace estupendamente. Si quiere,

puede ir probando en su tiempo libre. Pagamos por página. No lo veo suficiente para un sueldo, pero, como ayuda a su paga, puede venirle bien.

—¿De qué tratan las historietas?

—Pues… ya sabe. Un príncipe al que le han arrebatado su reino. Usurpadores, bandidos, hechiceras… y, por supuesto, damiselas en apuros. La combinación habitual.

—Creo que me gustará el trabajo. Será una buena excusa para no tener que quedarme a escuchar la radio con los otros huéspedes de la pensión.

—Es una forma de empezar a colaborar. Y, poco a poco, iremos viendo, aunque ya le adelanto que un trabajo a tiempo completo… va a ser difícil.

Los ojos de Adela vagaron hasta la silueta en cuclillas de Lucía. La niña parecía estar protestando porque había perdido algunos de sus flamantes cromos nuevos. Desde la terraza no podía oír lo que le decían las otras, pero intuía que su hija estaba pasando un mal rato. Tuvo que controlarse para no salir como una flecha a intervenir en la disputa.

Antonio siguió la dirección de su mirada y adivinó lo que le ocurría.

—Cuesta quedarse de brazos cruzados mientras ellos se pelean con el mundo —dijo, con un suspiro—. Pero tienen que aprender. Es importante que se hagan independientes.

Por alguna razón, sus palabras le recordaron a Adela el asunto de Carmen. Todavía no habían hablado sobre ella.

—¿Pudo averiguar algo sobre la autora de *Una mancha de carmín*? —preguntó.

—Le escribí al apartado de correos que le dije. Era una carta muy cauta, pero claro, planteaba algunas preguntas… Pues no me contestó. Y no solo eso. Ese apartado de correos se cerró. Hemos perdido el contacto con ella. Aunque tengo una sospecha, no sé si será una locura mía…

—¿Qué sospecha?

—Justo antes de Navidad, dejaron en la oficina dos originales para que valorásemos la publicación. Los entregó una mujer en mano. Los he estado hojeando estos días y…, a ver, a lo mejor me equivoco, pero el estilo me ha recordado mucho al de *Una mancha de carmín*. Es verdad que esas novelas se parecen todas, pero hay detalles de las descripciones, de los verbos que utiliza… No sé. Podrían ser de la misma autora.

—¿Y cómo era? ¿Habló con ella?

—Yo no la vi, le dejó los originales a mi secretaria Inés. Por lo que me dijo, era una chica joven, rubia, con el pelo a la última, muy moderna.

—Carmen no es tan joven ya. Y no es rubia. A no ser que se haya teñido el pelo…

—En todo caso, si las novelas fueran de ella, seguramente no habría ido en persona a llevarlas. Se lo puede haber encargado a alguien.

—¿Dejó algo dicho para que la localizasen?

—Sí, dejó un teléfono para que la llamásemos en caso de decidir la publicación. Es un comienzo, ¿no? Le he traído las novelas, por si quiere echarles un vistazo. Usted debe de conocer bien el estilo de su amiga. Si son de ella, lo hablamos y decidimos cómo actuar. ¿Qué le parece?

—Bien. Si esos libros los ha escrito Carmen, creo que lo sabré. Pero, suponiendo que sean de ella…, ¿cuál sería el siguiente paso?

—Llamar al teléfono que ha dejado e intentar organizar una reunión.

—No creo que sea tan fácil. Si hasta ahora ha preferido esconderse, no veo por qué iba a querer descubrirse de repente.

—Quizá mencionar su nombre le haga replanteárselo —dijo Antonio —. Ya veremos. En caso de que no nos lo ponga fácil, sé de alguien que nos podría ayudar. Un antiguo camarada suyo, aunque él ha dejado atrás definitivamente los viejos tiempos. Ahora se dedica a coleccionar fósiles… Se llama Armando. Le va a gustar conocerlo, ya verá.

22

El colegio Santa Teresa ocupaba una construcción de tres plantas con miradores de madera en la fachada y un patio ajardinado detrás. En el edificio adyacente se había acondicionado la planta baja con un suelo de parqué, barra y espejos. Desde la ventana de su aula, Adela levantaba de vez en cuando la cabeza de las muestras que estaba corrigiendo para mirar, más allá de los parterres de pensamientos, las cristaleras iluminadas del aula de *ballet*. Las siluetas de las niñas se arracimaban y separaban al ritmo de una voz gutural que ordenaba los movimientos pronunciando sus nombres en francés sobre la música repetitiva del piano. ¿Qué tal se las estaría arreglando Lucía? Parecía muy ilusionada en el momento de ponerse el tutú lila que le habían prestado, pero seguramente no le resultaría fácil seguir la clase.

Cansada de corregir, Adela apartó los cuadernos y alargó la mano hacia la carpeta de cartón azul donde había metido los manuscritos que le había dejado Antonio. Le quedaban apenas diez páginas para terminar la segunda novela, aunque no necesitaba llegar al desenlace para saber quién la había escrito. Las dos eran de Carmen, no le cabía ninguna duda.

Con la primera, que se titulaba *El pabellón de caza*, le había costado trabajo meterse en la historia. La protagonista, Aurora, era la hija de un terrateniente arruinado que se enamoraba de un joven tenor llamado Esteban. A Adela, aquel mundo de bailes y óperas, visitas de sociedad y paseos a caballo le resultaba totalmente ajeno, y tenía la impresión de que a la autora le ocurría lo mismo. Las descripciones sonaban forzadas y altisonantes, los diálogos eran descabellados y los personajes no tenían vida. Solo a partir del quinto capítulo se empezaba a animar la trama. La novela resultaba sosa en comparación con otros libros de Carmen. Aun así, reconocía algunas de sus manías de estilo: el uso excesivo de los puntos suspensivos, el énfasis en los detalles de la ambientación, aquellos párrafos breves y rápidos cuando la acción se aceleraba… Era curioso que recordase con tanta claridad los defectos de su escritura.

Fue al avanzar en la trama cuando empezó a intuir ciertos paralelismos entre los problemas de Aurora y el triángulo amoroso que habían formado Carmen, Enrique y ella. En la novela, Esteban se debatía entre su amor puro y espiritual hacia Aurora y una atracción

enfermiza hacia la soprano Coral, con quien compartía cartel en *La Traviata.* A Coral se la presentaba como una mujer apasionada y superficial que utilizaba su atractivo para intentar ascender socialmente. Esteban terminaba comprendiendo que su amor hacia la música no era sincero, al contrario de lo que sucedía con Aurora, que arriesgaba su posición para ayudarle en su carrera. Ninguna relación con lo que ellos tres habían compartido y, sin embargo, cuando Esteban se burlaba del sentimentalismo excesivo o declaraba orgulloso que ninguna mujer era para él tan importante como el arte, utilizaba expresiones que le recordaban a Enrique. Además, en el momento culminante había una escena en el bosque con un pabellón de caza ruinoso en medio de una tormenta, y una música que nadie sabía de dónde venía… Era como la antena clandestina de Jaume Vila en Sant Sebastià; la misma sensación de irrealidad en medio del fragor de los truenos y la lluvia.

La segunda novela se titulaba *Una luz en la noche* y estaba ambientada en una aldea de la costa vasca. En esta ocasión, la protagonista se llamaba Esther y la historia contaba su relación con un contrabandista que intentaba secuestrarla. Una vez más, los rasgos del contrabandista guardaban cierta semejanza con Enrique. Pero la prueba definitiva de que la historia era de Carmen se encontraba hacia la mitad, cuando Esther hallaba un viejo abanico de marfil bajo la almohada y una nota de despedida.

Poco antes de la misión en la frontera, Adela había aprovechado una tarde de lluvia para reparar el viejo abanico que Beatriz, la mujer de Jaume, había encontrado en una antigua cómoda de su suegra. Hizo lo que pudo, pero el resultado fue imperfecto. El delicado entramado que utilizó para cubrir el desgarro resaltaba en exceso sobre el diseño del encaje original. Como ya no podía usarse, Jaume se lo regaló a ella.

Algunas semanas después, la noche en que Teresa Vila apareció conduciendo un taxi para sacarla de la casa a escondidas, Adela dejó el abanico en el macuto de Enrique. Quería que él tuviese algo para recordarla, algo ligero y fácil de transportar. Algo hermoso y antiguo y roto, algo irreparable. Como lo que había ocurrido entre ellos.

El abanico del contrabandista en *Una luz en la noche* era el suyo, aunque la seda pintada hubiese sustituido al encaje y el marfil al nácar. Adela no había dejado ninguna nota de despedida, no había explicado el simbolismo del regalo. Sin embargo, Carmen la conocía bien, y las palabras de la nota en la novela podrían haber sido las suyas.

Con un suspiro, Adela abrió el grueso cuadernillo de páginas mecanografiadas por ambas caras y buscó el final del capítulo decimoséptimo, donde había interrumpido la lectura. Lo encontró con

facilidad, pero no se sintió con ánimos de seguir a partir de ahí. De todas formas, era muy tarde. En cuanto Lucía terminase la clase, tendrían que salir disparadas a coger el tranvía si querían llegar a la pensión a tiempo para la cena.

Volvió a guardar el original en la carpeta azul, y estaba ordenando los trabajos de las niñas cuando oyó un repiqueteo de tacones en la escalera de mármol. Pocos segundos después, llamaron a la puerta con dos golpecitos rápidos. Era Mercedes.

—Ay, Adela, qué apuro tenerte trabajando hasta estas horas. Por lo menos, parece que a Lucía le ha encantado la clase. A ver si vas a tener en casa una futura Anna Pávlova… Deja eso para mañana, mujer, que tengo una sorpresa esperándote en mi salita.

Adela la siguió escaleras abajo, intrigada. Mercedes la desconcertaba con su vitalidad un poco infantil, tan alejada de la idea que ella tenía de las beatas. Ni siquiera su forma de vestir encajaba con el estilo monjil que propugnaban las revistas femeninas católicas. Su vestido de cuadros, muy subido en el cuello y de falda acampanada, marcaba su silueta esbelta con un cinturón ancho de piel, y desplegaba más metros de tejido que tres prendas de diseño clásico. Era el nuevo corte de la *maison* Dior, que los moralistas criticaban en los diarios por su exceso de sensualidad y de tela —un agravio comparativo en pleno racionamiento—. Mercedes, sin embargo, lo había adaptado a los ideales de recato y pudor de la Alianza, y el resultado era aceptablemente sobrio. Cuando tuvieran más confianza, le preguntaría quién era su modista.

Al llegar a la puerta del saloncito, la directora se volvió sonriente y se hizo a un lado.

—Pasa, Adela. Mira quién ha venido a vernos.

Adela traspasó el umbral y se encontró cara a cara con don Marcos, que aguardaba de pie en medio de la alfombra. Delante de él y de espaldas a la puerta, Lucía intentaba reproducir algunos de los pasos de danza que acababa de aprender. Aún llevaba puesto el tutú de color lila.

La escena tenía un aire onírico y, por un instante, Adela dudó de que fuera real. Por mucho que Mercedes hubiera anunciado la intención del cura de viajar a Madrid, ella no esperaba verlo tan pronto, y menos aún en el colegio.

Mercedes, por su parte, parecía encantada con la visita. Después de todo, don Marcos era un viejo amigo de la familia.

El sacerdote saludó a Adela con una sonrisa.

—Qué bien la veo, Adela. Y a Lucía, no digamos. En una sola clase, y mire todo lo que ha aprendido. Ya sabía yo que este lugar le iba a venir como anillo al dedo.

—Marcos sabe que me encanta el hojaldre y ha tenido el detalle de

pasarse por la confitería Mallorca y comprar unos torteles antes de venir. Acabo de pedirle a Marina que nos haga un té, lo traerá enseguida. —Mientras hablaba, la directora los invitó a sentarse a la mesa camilla, cubierta con unas faldas de terciopelo granate—. Aquí estaremos más a gusto que en el comedor. Lucía, cariño, yo creo que antes de probar el tortel deberías cambiarte, que te vas a enfriar. Tienes la ropa en ese cuarto de ahí. Lo usamos de sala de espera cuando recibimos a las madres de las niñas, no sé si lo has visto ya, Adela. Bueno, Marcos, cuéntanos… ¿Todo bien por León? ¿Has tenido buen viaje?

—Todo bien, y el viaje, ya sabes…, como siempre. En Venta de Baños nos tuvieron esperando casi dos horas porque la máquina se les había averiado. Al final la cambiaron por otra, imagínate. Y hacía un frío… Menos mal que pasaban cada media hora con las jarras de café con leche.

—El mítico café con leche de Venta de Baños —dijo Mercedes, riendo con los ojos—. Sin ese café, los viajeros del norte no llegarían enteros.

Marina era la doncella de uniforme que Adela ya había visto varias veces. Entró con un servicio de té de porcelana blanca y les sirvió a todos, incluso a Lucía. Mercedes partió las roscas de hojaldre nevadas de azúcar glas y puso una mitad en cada platillo. Entre las hojas de masa crujiente y mantecosa se derramaban las hebras translúcidas del cabello de ángel.

—No hay torteles como estos en todo Madrid —declaró la directora con un suspiro de deleite después de saborear el primer bocado—. ¡Qué bien conoces mis gustos, Marcos!

—Es que coinciden con los míos, por eso no se me olvidan —contestó el cura—. Me la encontré abierta por los pelos. Entre que dejé mis cosas en la residencia y me organicé un poco, se me hizo más tarde de lo que yo quería… Y ahora mira, me he adelantado a Alberto.

—Ya sabes cómo es mi hermano. Al final, ha dejado recado de que no viene. Adela, ¿un poco más de té? Te has quedado muda de la impresión. Pero ya sabías que esperábamos de un día para otro a Marcos…

—Me lo habías comentado, pero supuse que sería más adelante. Don Marcos nunca me contó sus planes de venir a Madrid.

—Adela sabe muy poco de mi vida —dijo el sacerdote sonriendo—. Pero es normal, mi trabajo es escuchar los problemas de mis feligreses, no ir contándoles los míos. Se parece bastante a lo que hacen los psicoanalistas.

Adela sintió su mirada escrutadora sobre ella y enrojeció. ¿A qué venía aquel comentario? ¿Intentaba que se sintiera incómoda delante de Mercedes?

No, no era eso. Todo lo contrario. Por primera vez desde que lo conocía, don Marcos parecía relajado, como si en aquel rincón se sintiese lo bastante seguro para abandonar su habitual cautela.

—Pues, para que lo sepas, este señor que ves aquí es uno de los alumnos más brillantes de filología semítica. En León deberían estar contentos por tener a una eminencia como él. ¿Y qué hace el obispado? Ponerle trabas. Una detrás de otra. Hace meses que solicitó los permisos para los cursos de doctorado, y fíjate cuándo se los han autorizado: a la mitad del año académico. No me mires con esa cara, Marcos. Sabes que tengo razón.

—La burocracia está para eso —dijo el cura sonriente—. Lucía, que te dejamos sin tortel… Pruébalo, ya verás qué rico —añadió al ver entrar a la niña, ya en ropa de calle.

La conversación se desarrolló con una naturalidad serena en la que nada sonaba forzado. Se notaba que entre don Marcos y Mercedes había mucha confianza. Claro, así se explicaba la relativa facilidad con la que se había organizado el traslado de Adela a Madrid y su nuevo puesto en el colegio: Mercedes le estaba haciendo un favor a un viejo amigo.

Pero eso abría algunos interrogantes: ¿Cuánto le habría contado don Marcos sobre su pasado? Mercedes sabía que había pertenecido a la CNT, pero ¿le habría hablado también de su huida de Barcelona al final de la guerra, y de la época de Valladolid? Don Avelino, el médico que la había tratado durante aquellos años, era tío carnal de uno de sus compañeros del seminario. Precisamente, don Marcos y ella se habían conocido gracias a una carta de recomendación que don Avelino le entregó a Adela para el cura de León. Era más que probable que en la carta se mencionasen sus problemas después del nacimiento de la niña, su enfermedad… En todo caso, si don Marcos sabía algo, era muy capaz de haberlo utilizado para provocar la compasión de la directora y abrirle a Adela las puertas de la Alianza.

Su irritación fue aumentando en el transcurso de la merienda, porque cada vez se hacía más evidente que Mercedes consideraba su presencia y la de Lucía como un favor amistoso hacia don Marcos. Ellas eran su obra de caridad conjunta. Se sentían cómplices en su pequeña conspiración para salvar a Adela de sí misma y brindarle un nuevo comienzo. Adela era la mujer caída a la que había que ayudar a levantarse. La pecadora. La víctima. Así la veía aquella mujer, lo entendió de pronto. Hasta ese momento no había captado la enorme condescendencia que latía en cada uno de los gestos que le dedicaba.

Pese a todo, no perdió el hilo de la conversación, elogió el sabor del hojaldre y la suavidad del té —aromatizado con bergamota, según explicó Mercedes—, y solo cuando vio que Lucía había terminado su porción le rogó que fuera a por los abrigos y comenzó a despedirse.

Don Marcos se ofreció a acompañarla hasta la parada del tranvía, y un gesto reprimido de frustración pasó fugazmente por el rostro de la directora. Adela declinó rápidamente el ofrecimiento. No quería arruinarle el momento a Mercedes, aunque comprobó con íntima satisfacción que don Marcos se quedaba de mala gana.

En el trayecto de vuelta escuchó el parloteo incesante de Lucía, pero solo prestó atención a medias. Por la ventanilla desfilaban los árboles en sombras de los grandes bulevares, los luminosos de los hoteles, algunos transeúntes apresurados. La noche absorbía los colores dejando solo los contrastes de luz y oscuridad, como en el blanco y negro de las películas.

Cuando llegaron al portal, el sereno acababa de cerrarlo. Adela lo llamó y no tuvo más remedio que darle unas monedas. Él se alejó refunfuñando; la propina le había parecido escasa.

En la pensión ya habían terminado de cenar y estaban todos escuchando un programa de variedades de la radio. Les habían dejado algo de sopa y croquetas en la cocina. Doña Julia cocinaba muy bien, pero Adela apenas probó la sopa y ni siquiera tocó el segundo plato. Dejó a Lucía dando buena cuenta de sus croquetas y salió al pasillo a llamar por teléfono. Quería contarle a Antonio lo que había averiguado.

—Las novelas son de mi amiga Carmen. Estoy segura —dijo, apenas terminaron de saludarse.

—Carmen Valdés, era el apellido.

—Sí, ese es el apellido. ¿Cómo podemos localizarla?

—Deje que hable con mi amigo Armando, el de los fósiles. Que él se encargue. A no ser que quiera probar a llamarla por teléfono y hablar directamente con ella.

—No. No sabría ni qué decir. Además, antes quiero estar segura de que es ella. Ni siquiera sabemos si ese teléfono que dio es el suyo.

—Déjelo en mis manos, entonces —propuso Antonio—. La llamaré en cuanto averigüe algo.

Adela colgó y volvió despacio a su habitación. No tenía ganas de confraternizar con los otros huéspedes. El té con don Marcos y su amiga Mercedes la había dejado exhausta.

Volvía a tener aquella vieja sensación que conocía tan bien, la de estar en el lugar equivocado con gente que, en el fondo, solo sentía desprecio hacia ella. Estos, al menos, disimulaban muy bien. O quizá no fuese desprecio lo que les inspiraba, sino compasión. En todo caso, le molestaba verlos tan cómodos en su burbuja de superioridad moral, donde las familiaridades y los gestos afectuosos no iban acompañados de intenciones turbias. Había que estar muy arriba en la escala social para permitirse esas licencias. A ellos les salía natural.

Antes de dormirse, estuvo pensando mucho rato en Manuel, en sus

manos callosas, en la comunicación silenciosa entre ellos. Las palabras siempre mienten, se dijo. Sobre todo, cuando se empeñan en decir la verdad…

La única sinceridad posible es la del cuerpo.

23

—Me cuesta creer que sea tu primera vez en El Prado —dijo don Marcos.

Se habían sentado a descansar en unas butacas de terciopelo instaladas hacia la mitad de la galería italiana. Adela se sacó un instante el talón del zapato izquierdo para comprobar si tenía una carrera en la media, pero no, era solo un enganche.

—Cuando veníamos a Madrid, no teníamos tiempo para estas cosas —explicó—. Había mucho que organizar, pancartas que pegar, octavillas que repartir, los mítines, las asambleas en la sede de Mujeres Libres… Una vez, recuerdo que vimos una exposición de carteles rusos. No se parecía en nada a esto.

Don Marcos asintió, los ojos clavados en una Natividad que mostraba a la Virgen como una chiquilla vestida de amarillo y rosa contemplando a su hijo desde arriba, en un ángulo extraño.

—Me parece un milagro poder seguir viniendo aquí, después de tantos cambios.

—No es un milagro —le contradijo Adela—. La república montó un operativo para salvar todo esto, lo sabrá, supongo. Primero los bajaron a los sótanos, los protegieron con sacos de arena, y cuando pensaron que no iba a ser suficiente, los sacaron en camiones. Se firmó un acuerdo con otros museos para que acogieran los cuadros exiliados. Uno de Ámsterdam, creo que había, y el Louvre de París.

Enrique había cubierto como periodista la información de la evacuación de los cuadros. Cuando hablaba de ello, le brillaban los ojos de orgullo. Por primera vez, las grandes pinacotecas del mundo se habían puesto de acuerdo, y lo habían hecho para proteger las obras maestras de la pintura española durante la guerra.

—Un gesto de civilización y progreso en medio de la barbarie —dijo en voz alta, recordando sus palabras.

Don Marcos arqueó las cejas, consciente de que estaba oyendo una expresión prestada.

—Es verdad, Adela, pero barbarie hubo mucha también, no me lo vas a negar.

—Yo no sé si hubo o no hubo. Yo no participé.

—Iglesias incendiadas, balazos en los retablos… Alguno de tus compañeros abogaba por destruir todas las obras de arte del país,

como residuos de la ideología burguesa.

—Gente extrema hay en todas partes, pero eran los menos —insistió Adela, convencida—. Sin ir más lejos, yo pasé los últimos meses de la guerra en una casa de campo de un amigo pintor que nos apoyaba. Los artistas estaban con nosotros.

—Aun así, algunos no lo entendían. Mira, por ejemplo, lo que hicieron con la casa del poeta Juan Ramón Jiménez. Se la destrozaron.

—Y mire lo que hicieron los suyos con el poeta Lorca. Lo fusilaron.

—Habla más bajo. ¿Por qué los llamas «los míos»? Nunca lo fueron.

El abuso del pretérito indefinido evocaba su origen gallego, que apenas se le notaba ya en el acento.

—Llámame de tú —dijo, cambiando bruscamente de tema—. Aquí es cada vez más habitual y nadie nos conoce. Podríamos ser una pareja.

Adela reprimió la risa.

—Sí. Ya veo que hasta se ha quitado la sotana.

—Es una cosa ridícula que yo espero que desaparezca. Mira los pastores protestantes, con qué dignidad visten. Y nosotros, con esos faldones… En fin. No pasa nada por tomarse una pequeña licencia. Bueno, a ver, vamos a hacer balance. De todos los cuadros que hemos visto, ¿con cuál te quedarías?

Don Marcos se había empeñado en ofrecerle una visita organizada por orden cronológico, empezando por el siglo XIV y terminando por el XVI. La pintura barroca la reservaba para otro día.

Adela se lo pensó un rato antes de contestar.

—Bueno, me gusta mucho esa Anunciación de los colores brillantes… Pero hay otro que me ha puesto la carne de gallina. Ese Descendimiento donde la Virgen parece a punto de desmayarse.

—El de Roger Van der Weyden —apuntó don Marcos—. Buena elección. Te pega.

—¿Por qué me pega?

—Acuérdate de las figuras. Cada una de ellas en movimiento, los cuerpos inclinados o doblados en curva, componiendo una especie de oleaje de telas y rostros, todos cayendo o sujetándose o perdiendo el equilibrio… ¿Te fijaste en que algunos personajes ni siquiera tienen sitio para poner los pies? Todo lo ocupa la inestabilidad. El dolor. Y al fondo no hay nada; las figuras devoran el espacio, cubren toda la superficie. Como el dolor, que siempre lo ocupa todo y no deja sitio ni al futuro ni a los recuerdos.

—Muy poético. Y el preferido suyo… tuyo… ¿cuál es?

Don Marcos la miró con una sonrisa contenida.

—No puede ser más distinto del que tú has elegido. Mi cuadro preferido de este museo es *El Tránsito de la Virgen*, de Mantegna.

—No lo recuerdo.

—Sí, mujer. Esa pintura pequeñita donde se ve un suelo de baldosas en perspectiva y tienes la sensación de que podrías entrar y acercarte al lecho de María. Ahí sí hay un paisaje de fondo, ¿ves? La laguna de Mantua. La Virgen aparece tendida en horizontal entre el agua y el cielo del paisaje y ese suelo ajedrezado. A los lados, los santos, como columnas. Líneas verticales y horizontales. No se representa el dolor de la muerte, sino la calma de la fe. La Virgen está a punto de ascender al Cielo.

—Ya me acuerdo, es un cuadro muy bonito. Pero no representa la muerte tan bien como el otro. Ahora, que es normal que lo elija… Usted no ha estado tan cerca de la muerte como yo.

—Volvemos al usted. ¿Cómo puedes decir que no he estado cerca de la muerte? Precisamente forma parte de mis deberes cotidianos: atender a los moribundos, administrarles los sacramentos.

—Pero serán casi todos gente anciana que muere en su cama a su debida edad. Yo he contemplado la muerte de otra manera. En los cuerpos descuartizados por las bombas. En las milicianas fusiladas en las cunetas. Pude ser una de ellas; si me salvé, fue cuestión de suerte.

—Debió de ser horrible, pero no por eso hay que menospreciar otras muertes menos heroicas. Los ancianos a los que voy a dar la extrema unción le tienen tanto apego a su vida como tú a la tuya. La consideran única y preciosa y se desesperan por tener que abandonarla, exactamente igual que te pasaría a ti.

—Pero yo no creo en la otra vida, y ellos sí. Por eso le llaman.

—No seas tan dura, Adela. La gente cree lo que puede. La fe va y viene, para la mayoría. Y en las grietas se cuela el miedo. Pero es precisamente cuando tenemos miedo, cuando más necesitamos que nos defiendan la dignidad. Yo, en esos momentos, es lo que trato de hacer.

—Tú es que vas por libre. No creo que el resto de los curas acuda a dar la extrema unción con esas ideas.

—Intento hacer mi trabajo lo mejor que puedo. Nada más. ¿Un cóctel? Tengo un sitio pensado que te va a encantar.

—Solo quiero un café, y no sé si me va a dar tiempo. Quedé en pasarme a recoger a Lucía a la una…

—Llegarán más tarde, el zoo da para mucho. Ya verás lo encantada que viene. La verdad es que Mercedes está haciendo una labor increíble con el colegio. Es otra forma de enseñar. Y lo mejor es que, bajo el paraguas de la Alianza, le dejan el campo libre sin entrometerse. ¿Sabes que en las clases de las mayores ha sustituido el bordado por el ajedrez? Cuando se entere la Sección Femenina… Pero esas chicas son hijas de gente influyente, no permitirán que pisoteen al colegio.

—Si lo hubiera intentado hacer yo en Pardesivil, la que me habría

caído…

—A lo mejor por eso no lo intentaste.

Le pareció que aquella respuesta contenía un reproche. Buscó la mirada del sacerdote.

—No —dijo—. Ni siquiera sé jugar al ajedrez.

En la calle había empezado a caer una llovizna oblicua que se colaba bajo los paraguas empapando los faldones de los abrigos. Ellos no tenían paraguas, así que cruzaron el paseo del Prado corriendo, el brazo de don Marcos sobre los hombros de Adela, como si así fuese a evitar que se mojara.

Pocos minutos después, estaban subiendo juntos la escalera del Palace. Los botones, con altos sombreros de copa y uniformes de otra época, ni siquiera pestañearon al verlos pasar. Antes de aventurarse en la puerta giratoria que daba acceso al vestíbulo, Adela se volvió a mirar a don Marcos, vacilante.

—Nos van a echar. Esto no es para gente como nosotros.

—Qué tontería. ¿No has entrado nunca? Pues ya verás, te va a encantar el Jardín de Invierno.

Atravesaron la recepción con pasos rápidos, como si supiesen exactamente lo que estaban haciendo y adónde se dirigían. Al pasar por delante del mostrador, Adela creyó sentir sobre ella las miradas irónicas de los recepcionistas, el rápido examen del peinado, el abrigo y los zapatos, un examen que no podía aprobar.

Aun así, llegaron sin que nadie los interpelase al círculo de sillas y mesitas de café bajo la vidriera de la cúpula. Un camarero los condujo hasta una de las mesas vacías. En el centro, un pianista mulato estaba tocando una pieza de jazz. La gente de las mesas no le hacía mucho caso. Había hombres de negocios fumando y hablando en voz alta, parejas de amigas, algún matrimonio aburrido, un par de grupos de extranjeros. Desde las mesas cercanas les llegaban retazos de conversaciones en francés, en inglés americano… Así se imaginaba Adela el ambiente a bordo de un transatlántico.

—¿De verdad no quieres un *dry* martini? Los de aquí son míticos.

—Prefiero un café, si puede ser.

Don Marcos pidió su cóctel y el café de Adela. Parecía saber exactamente lo que tenía que decirles a los camareros, el tono que debía emplear: ni brusco ni excesivamente amigable, con la dosis de amabilidad justa. A Adela le vino a la mente su aldea de Lugo, las calles embarradas y sembradas de boñigas de vaca… Qué lejano debía de parecerle todo aquello. Había recorrido un largo camino. Casi tan largo como el de ella; solo que, en su caso, había sido de ida y vuelta, mientras que don Marcos todavía estaba embarcado en su viaje de ida.

—¿A que no sabes qué fue de este hotel durante la guerra? —preguntó el sacerdote, removiendo el martini dorado con la aceituna

clavada en un palillo.

—No recuerdo. Lo cerrarían, supongo.

—Se convirtió en hospital de campaña. Por aquí pasaron miles de enfermos. Y ya ves. Ahora todo es *glamour* y lujo. No queda nada de aquella pobre gente.

—Lo dices con admiración.

—Algo de admiración, puede, pero también tristeza. Es que todo es tan raro, Adela… Estar aquí contigo, en este sitio que bien podría servir de decorado para una película de Hollywood… Me parece un sueño.

—Pensé que tus sueños serían más ambiciosos… y menos cursis.

Don Marcos la miró, ligeramente ofendido.

—¿A ti te parece cursi? No sé, puede que lo sea. En el fondo sigo siendo un chico de pueblo que se deja impresionar por estas cosas. Mi amigo Alberto, que ha vivido siempre en esta clase de mundo, se ríe de mí. En el buen sentido, claro.

—Seguramente no se reía tanto cuando este mundo suyo se puso al servicio de la gente obrera, de los heridos, del pueblo. Mezclarse con la plebe… le daría hasta asco.

—No seas injusta. No sabes nada de Alberto, ni siquiera lo conoces.

—Pero conozco a su hermana.

El rostro de don Marcos se endureció.

—¿Qué tienes que decir de ella? Mercedes no ha podido portarse mejor contigo. Eso lo tienes que admitir.

—Lo admito. Pero, en el fondo, no me considera de las suyas. Es normal, porque no lo soy.

—Todas esas distinciones están solo en tu cabeza. No crees que alguien pueda ser buena persona porque sí. Parece que piensas que el fracaso de tu revolución nos ha vuelto a todos malos.

—No era solo mi revolución. Y sí, lo pienso. Aquello era mejor. Nuestros ideales hacían mejor a la gente. Si nos hubieran dejado…

—Adela, te engañas. No digo que no hubiera mucha gente bienintencionada entre los vuestros, nunca diría eso. Pero también hubo mucho canalla. En los dos bandos. Gente que aprovechaba la situación para quedarse con las tierras del vecino o denunciar al que le había quitado la novia. Desalmados que disfrutaban amedrentando a la pobre gente, encañonándola con sus fusiles. Eso pasó también con los tuyos.

—Yo no lo vi. Nunca vi nada de eso.

Se llevó la taza blanca y dorada a los labios y saboreó el café despacio, instalada en sus convicciones.

—No quisiste verlo —dijo don Marcos en voz baja—. Por eso terminaste aprendiendo braille.

Adela dejó la taza en el plato con tanta brusquedad que algunos

rostros se giraron hacia su mesa, a ver qué pasaba.

—Si quieres decirme algo, dímelo claramente —le desafió, cortante —. ¿Qué te han contado?

—En la época de Valladolid… No quiero traerte recuerdos penosos a la mente, Adela, pero es que a veces me parece que necesitas recordar. El médico que te ayudó, don Avelino. El psiquiatra…

—¿Qué pasa con él?

—¿Fue él el que te introdujo en el braille? Habías perdido la vista, ¿verdad?

Adela asintió. Los primeros meses de Valladolid habían dejado un poso borroso en su recuerdo. Le venían a la cabeza escenas aisladas, incoherentes entre sí, como las imágenes de un sueño.

—Fue pocos días después del parto —relató, bajando la voz sin darse cuenta—. Me asusté mucho. Y los médicos se empeñaban en que estaba fingiendo. Una monja me llamó mentirosa. Pero yo no veía. Estaba ciega, me había quedado completamente ciega. Y entonces, apareció ese hombre con sus teorías. Me explicó que era posible que hubiera perdido la vista aunque nada fallase en mis ojos ni en mi cerebro. Se habían estudiado otros casos parecidos. Ceguera histérica, fue el diagnóstico. Al menos, él me creyó. Lo del braille vino después, cuando ya estaba trabajando en su casa.

—Te quedaste ciega porque no querías ver la realidad.

—¿Ahora eres psicólogo? —preguntó en tono burlón.

Sin embargo, el rostro serio y conmovido de don Marcos no merecía que se lo tomase a broma.

—Me llevó un tiempo ver la realidad —reconoció con voz ronca—. Pero ahora la veo. Lo que hay y lo que había. No necesito engañarme, como tanta gente.

—Instalada en el dolor. Como esas figuras de Van der Weyden, atrapadas para siempre en una caída interminable, deformadas por la tristeza.

—Qué cosas tan bonitas me dice, don Marcos.

Él sonrió.

—Vuelves al usted. Es bonito, aunque no te lo parezca. Porque, donde hay dolor, hay movimiento, hay vida… Todo en ti grita vida, Adela, y hagas lo que hagas, no lo puedes evitar.

24

Enrique se tomaba siempre un poco a broma las novelas de Carmen. Decía que sus heroínas, aunque bien intencionadas, eran demasiado telúricas. Le había explicado a Adela el significado del término. *Telúrica* quería decir misteriosa e irracional, apegada a la tierra, con místicos poderes asociados a las fuerzas de la naturaleza. Quería decir ajena a la razón, a la investigación, a la ciencia. En opinión de Enrique, era un enfoque muy poco revolucionario. Aquellas mujeres mágicas ofrecían modelos de conducta bastante dudosos para las lectoras proletarias de La Novela Ideal. Terminarían creyendo que la verdadera libertad eran los sentimientos descontrolados, la pasión y el instinto. Exactamente la misma visión degradante que proponía la tradición patriarcal. Eso decía.

Una vez, en los días de Sant Sebastià, mantuvo una acalorada discusión con Carmen sobre el asunto. Al parecer, había estado hojeando un manuscrito sin terminar que ella había olvidado en el porche.

—Deberías dejar de escribir sobre mujeres que se comportan todo el tiempo como víctimas. Necesitamos mujeres de acción, no floreros llorones.

—Y tú deberías dejar de decirnos a las mujeres lo que debemos o no debemos escribir.

Era habitual que se llevasen la contraria el uno al otro. Formaba parte de la complicidad entre ellos, de la verdadera camaradería. Al menos, así lo veía Adela. Así lo vio siempre, hasta que volvieron de la misión en la frontera.

Enseguida notó que había pasado algo. Carmen le rehuía la mirada, Enrique estaba irritado todo el tiempo y hablaba a voces. Entre ellos no se dirigían la palabra. Pero no porque se hubieran peleado, era otra cosa. Una intimidad avergonzada, que no querían que nadie viese. Y no servía de nada que se mantuviesen alejados, que intentasen ignorarse. Estaban unidos, inexplicablemente unidos, y se miraban con una intensidad que Adela no podía soportar, porque había aparecido de golpe, sin que le diese tiempo a intuirla.

Seguramente había que remontarse a aquellos últimos días de Sant Sebastià para explicar el origen de su ceguera. Don Marcos la relacionaba con la derrota final de la revolución, pero él no podía

comprender cómo ese momento se anudaba en su recuerdo a otra derrota aún más desgarradora: perder a Enrique. Tener que decidir entre arriesgarse a todo para seguir con un hombre que ya no la quería o proteger lo único que le quedaba de él: la criatura que llevaba dentro.

Rememorar los días de su ceguera en la clínica de Valladolid le hizo desear más que nunca el reencuentro con Carmen. Había pasado el tiempo suficiente para poder decirle a la cara todo lo que en su momento no le dijo. Carmen tenía que saber la verdad: que, por su culpa, se había quedado sola con un hijo en camino, que en aquellas condiciones no podía plantearse cruzar a Francia por las montañas, y que por eso se marchó. Por eso, y por un último gesto de generosidad hacia las dos personas que más le importaban en la vida. Quería dejarles el campo libre.

Algunas veces fantaseaba con la posibilidad de que Enrique estuviese vivo, y creía ver su sonrisa burlona al enterarse de su historia, de su «sacrificio». Así lo habría dicho él, entre comillas, para recalcar lo innecesario del gesto, lo atávico y absurdo de su modo de ver las cosas; una mujer telúrica decidida a poner su maternidad por encima de todo, como las heroínas de La Novela Ideal.

O quizá no; quizá, en un caso que le tocaba tan de cerca, habría sabido ver más allá de sus principios. Quizá la habría entendido.

Estaba hojeando otra vez uno de los originales que le había pasado Antonio cuando la patrona vino a avisarla de que este había llegado. Se encontraba en la sala de estar con Lucía. Le había traído unos tofes, que ella repartió con doña Julia y su hija.

—¿De verdad te la puedo dejar un ratito? —preguntó Adela, mirando a Petra—. Es que es una cosa de trabajo, y si me la llevo, se va a aburrir…

—No se apure, mujer. Váyase tranquila, y si quieren ir al cine después, aprovechen, no hay problema. Nosotras damos de cenar a Lucía… ¿A que a ti no te importa, hermosa?

Lucía se encogió de hombros, dejando claro que sí le importaba. Adela le dio un beso rápido antes de salir al pasillo detrás de Antonio. En el ascensor, dio rienda suelta a sus dudas.

—No sé qué van a pensar esas mujeres. Un domingo por la tarde… Teníamos que haberlo dejado para un día de semana, pero es que estaba impaciente.

—Hoy es un buen día para quedar, aprovechando que andan todos locos con el fútbol. Le da demasiadas vueltas a lo que pensarán los demás. Las personas generalmente somos egoístas, Adela. Les dedicamos al prójimo bastantes menos pensamientos de los que usted

se imagina.

—Será en su caso. Hay gente que se aburre mucho, y necesita cotillear para matar el tiempo. De todas formas, no es solo por el qué dirán. Es por la niña. No quiero que sienta que es un estorbo.

—No se preocupe por ella, ya verá cómo se aficiona enseguida a las retransmisiones de fútbol. Armando nos espera en la librería. Hoy la tiene cerrada, así que nadie nos molestará.

La librería en la que trabajaba el antiguo activista era una de las de la Cuesta de Moyano. A Adela no le quedó claro si Armando era un empleado del dueño o un socio propietario. En todo caso, se le veía a sus anchas entre las pilas de libros viejos que atestaban el estrecho almacén. Cuando entraron, se lo encontraron sentado frente a una mesita cubierta por un tapete de fieltro verde, como las de jugar a las cartas. Tenía ordenados sobre él varios ejemplares de fósiles, una lupa y distintos tipos de pinzas y pinceles.

—Son unos ammonites nuevos —dijo, mostrándoles una perfecta espiral de piedra—. Los he encontrado hoy en el rastro, y el chico que los vendía me dijo que podía conseguir más. También tenía varios moldes de trilobites, pero no se los compré porque pedía mucho.

Mientras hablaba, Armando le estrechó la mano a Adela, saludó con la cabeza a Antonio y los invitó a sentarse en unos taburetes al otro lado de la mesa.

—Ahí, colocado detrás de tus fósiles, pareces el funcionario de una extraña oficina de paleontología —bromeó Antonio.

—¿Y no lo soy? —replicó Armando.

Había empezado a limpiarse las gafas con una fina bayeta gris. Sus gestos eran serenos, cuidadosos.

—Paleontología de la memoria —continuó pensativo, siguiendo con el símil—. No me gusta tanto como la otra, lo admito. Los fósiles del recuerdo casi siempre llegan rotos. O deformados por los depósitos de minerales y sedimentos que ocultan su verdadera forma… Algo así me ha ocurrido con vuestro asunto. La mujer que se pasó por la editorial a recoger los contratos no es Carmen Valdés, eso os lo puedo decir seguro.

—Entonces, ¿quién es? —preguntó Adela—. ¿Y qué tiene que ver con Carmen?

—Puedo contestar a lo primero; a lo segundo, no. La chica se llama Paula Rodríguez, y trabaja de costurera en una *boutique* de lujo que hay en la calle Hermosilla, esquina con Velázquez. Pertenece a un modista joven, un tal Pertegaz, que también tiene tienda en Barcelona. Alta costura y todo eso. No entiendo del tema, pero estuve observando entrar y salir a las clientas. Abrigos de piel, sombreros franceses… Ya sabéis. Alta burguesía. No creo que ninguna de esas señoronas haya leído nunca La Novela Ideal.

—¿Usted se acuerda de la colección? —preguntó Adela con viveza.

—Soy librero —contestó Armando lacónicamente.

—Y anarquista —añadió Antonio bajando la voz.

—Y paleontólogo aficionado —le corrigió Armando con su voz tranquila.

Se puso en pie y fue hacia una estantería de metal que había a su derecha. Estaba casi toda llena de gruesos folletines de Xavier de Montepín encuadernados en piel. Cogió uno de los tomos, lo abrió y, después de hojearlo unos segundos hasta encontrar lo que buscaba, se lo tendió a Adela. Ella reconoció enseguida aquella cubierta en rojo y negro, donde un minero le estaba entregando una rosa a una muchacha campesina.

Recorrió a toda prisa las páginas siguientes. Detrás de aquel ejemplar de La Novela Ideal había otro. En la cubierta figuraba un paisaje marino y una escena de pescadores en primer plano.

—Este es el pseudónimo con el que firmaba Federica Montseny —dijo Armando, señalando el nombre impreso debajo del título—. La ministra.

—Lo sé. La escuché una vez en un mitin, ¿sabe? —dijo Adela.

Armando levantó los ojos hacia ella y la miró con expresión enigmática.

—Yo no llegué a conocerla. Al menos, entonces. ¿Saben por qué tengo ese tomo encuadernado como si fuera de Montepín? Todavía hay clientas que recuerdan la colección y vienen buscándola. Nostálgicas. Cazadoras de fósiles, solo que a mí me gustan más los del Mesozoico.

—Entonces, no has podido averiguar nada más de esa tal Paula —intervino Antonio, reconduciendo la conversación hacia el asunto que los había llevado allí.

—Le he echado dos días de vigilancia. Nada interesante. Del trabajo a casa y de casa al trabajo. Ni siquiera tiene novio, por lo que he visto.

—Pues eso simplifica las cosas. Porque quiere decir que sus contactos con Carmen serán, seguramente, a través de la *boutique*.

—¿De esa tienda de lujo? —Adela arqueó las cejas, perpleja.

—Pues a la tal Carmen le encaja —opinó Armando—. También sobre ella me he estado informando. Me costó un poco localizarla porque nadie la conoce ya como Carmen Valdés. Ahora es la señora de Azcárate. El apellido de su marido, claro. Hace cuatro años que se casó con él. Joaquín Azcárate, abogado experto en derecho internacional, un hombre listo que ha sabido reinventarse después de la guerra. Se rumorea que estuvo muy implicado en la defensa de Madrid y que, en el último momento, consiguió huir a Andalucía, cambiarse de nombre e ingresar en la Legión. Toda una transformación, ¿eh? Gracias a su dominio del francés, enseguida se

convirtió en secretario personal del general de turno. El caso es que en el año cuarenta y tres volvió, y en el cuarenta y cinco ya vivía con su mujer en un chalecito con piscina. Lo que es curioso es que no tengan hijos.

—¿Carmen es su mujer? —preguntó Adela, incrédula—. ¿Mi amiga Carmen?

—Carmen Valdés —dijo Armando—. Una vida muy aburrida la suya, también. Apenas sale de casa. Recibe a los socios del bufete de su marido, organiza cenas y participa en algún evento de caridad, pero, aparte de eso, no parece tener mucha actividad social. No queda con amigas, no va al teatro ni a ningún concierto, ni siquiera sale de compras.

—Alguna vez debe de salir —opinó Antonio—. Y está claro adónde va: a la *boutique* de ese tal Pertegaz. Por lo menos, de tanto en tanto. De todas formas, me imagino que podrás darnos su dirección…

Antonio escribió una anotación rápida en el reverso de una tarjeta de visita y se la entregó a Adela. Además de la dirección, había un teléfono.

—Yo me andaría con cuidado —murmuró—. Su marido tiene muchos contactos y si ella no quiere que la molesten…

—Es verdad. Veo más fácil hablar con la chica de la *boutique*: Paula era su nombre, ¿no? —dijo Adela.

—¿Y qué va a hacer, pasarse por clienta para trabar conversación? —preguntó Antonio, escéptico.

Adela meneó la cabeza, riendo.

—Tiene razón, no lograría convencer a nadie. No, iré a la tienda como costurera que busca trabajo. Ahí puedo resultar muy convincente… Morderán el anzuelo, ya verá.

25

Un ramo de gardenias decoraba el escaparate de la *boutique*, poniendo el contrapunto de fragancia y blancura a los sofisticados vestidos de noche que exhibían los maniquíes. Adela se quedó unos minutos admirando la calidad de los tejidos: el tafetán negro, brillante y tieso de una falda larga, la fragilidad nerviosa de los bordados blancos sobre tul azul marino, la calidez elegante del terciopelo. Le habría gustado acariciar cada una de aquellas telas, apreciar con los dedos la riqueza de la confección, las hebras bien tramadas, las diferentes texturas…, pero, desde el interior, las dependientas la miraban con impaciencia, como si les estuviese manchando el escaparate, así que decidió entrar y entablar conversación lo antes posible para disipar sus dudas.

El local estaba pintado de color marfil, y contenía otros maniquíes en traje de calle o de cóctel. A Adela le gustó la sencillez elegante de los diseños. Sobre el mostrador había un vaso alto de cristal con rosas frescas y, al otro lado, una preciosa muñeca vestida como si fuera una modelo.

Adela se acercó a examinarla. Llevaba un vestido de *chiffon* turquesa con topos blancos, en contraste con las mangas y el cuello de organdí…, pero quizá lo más encantador del conjunto era el sombrerito de paja natural con un lazo de *gros grain*.

Una dependienta rubia se le acercó, sonriendo. Las otras dos se habían quedado al fondo, sujetando con alfileres un sombrero de fieltro y encaje sobre la cabeza de un maniquí.

—Monísimo, ¿verdad? Es un regalo que le hicieron al maestro —dijo la que se había acercado.

Por la descripción que le había dado Armando, Adela comprendió que se trataba de Paula, la muchacha que había llevado los originales de Carmen a la editorial. Afortunadamente, eso simplificaría las cosas.

—¿El diseño es suyo? ¿De Pertegaz? —preguntó, señalando a la muñeca.

—No, es de Monsieur Lelong. Y el sombrero es de la casa Legroux. La muñeca estuvo en el Teatro de la Moda, ¿no vio la exposición? A Madrid no vino, pero nosotras la vimos en Barcelona. El maestro se empeñó en que fuésemos todas. Una maravilla, tenía que haber visto todas las muñequitas con los diseños de los mejores modistas de París.

A mí el que más me gustó fue un vestido de noche de Schiaparelli… A estas muñecas se les llama Pandoras, ¿lo sabía? Es una pena que ya no se usen. Por lo visto, en el siglo XIX hacían furor. Pero la estoy entreteniendo… ¿Venía a recoger algún encargo?

La había tomado por una criada enviada de parte de alguna clienta. Adela se apresuró a deshacer el malentendido.

—No vengo a recoger nada. Es que he oído hablar mucho de la costura de esta casa y…, bueno, he pensado que, con mi experiencia, a lo mejor tienen trabajo para mí.

—Es costurera…

—Trabajé en los almacenes Santa Eulalia de Barcelona antes de la guerra. Y, durante un tiempo, también en Modas Mases, a las órdenes de Asunción Bastida.

La chica asintió con respeto.

—Son casas muy buenas. El maestro no está ahora, pero si me deja sus referencias, le puedo comentar su interés. Aquí no sobran nunca un par de manos hábiles.

—Referencias no tengo, todo esto fue antes de la guerra. Pero puedo hacer una prueba si quieren.

—No sé. Tendría que hablar directamente con Pertegaz. Ahora anda muy atareado preparando su presentación en París, pero si quiere que le deje el recado…

—Claro. Le voy a dar el teléfono de la pensión, para que me avisen cuando pueda recibirme. Espere, lo traigo apuntado. Es que todavía no me lo sé de memoria.

Adela abrió el bolso, sacó su ejemplar de *Una mancha de carmín* y lo puso sobre el mostrador.

—Lo he anotado aquí —dijo—. En la novela que estoy leyendo.

Levantó los ojos hacia la mujer, que se había puesto muy pálida.

—Guarde eso —dijo Paula, bajando la voz—. ¿Qué quiere? ¿Quién la manda?

—Quiero hablar con Carmen —contestó Adela en el mismo tono—. No tiene que temer nada de mí, soy una antigua amiga suya y de Antonio Rejas, el editor. Me llamo Adela.

—No sé quién es Carmen —replicó Paula susurrando.

Sus compañeras debían de haber notado el brusco cambio de tono, porque se habían vuelto a mirarlas.

—Déjeme el número aquí —añadió Paula recuperando el estilo desenvuelto y profesional del principio—. Si el maestro está interesado, la llamaremos.

Le alargó una tarjeta de papel de arroz con el nombre de la *boutique* estampado en letras doradas. Adela le dio la vuelta y copió un teléfono en el dorso.

—Llámeme, por favor —suplicó, seria—. A cualquier hora, estaré

esperando. Tengo mucho que aportar a esta casa, dígaselo al maestro. Por favor, que me llame.

La muchacha entendió que se refería a Carmen. Por eso, su respuesta fue ambigua.

—Veremos lo que pasa. Si no la llamamos, es que no tenemos nada para usted.

Adela se guardó la novela en el bolso y se dirigió a la puerta de cristal. Antes de que esta se cerrara tras ella, oyó las voces curiosas de las compañeras de Paula. Le estarían preguntando si la conocía.

Ya en la calle, Adela echó a andar deprisa, lo más deprisa posible para alejarse cuanto antes de la *boutique*. Avanzó sin fijarse en el camino que tomaba, con la vista clavada en sus zapatos, nerviosa. Había olvidado la tensión de las pequeñas trampas, las mentiras calculadas para extraer información, las improvisaciones de última hora cuando algo salía mal. Aquellas misiones nunca habían sido su fuerte, y en los meses de la guerra las evitaba siempre que podía. Luego, cuando todo empezó a complicarse, ya no pudo esquivarlas… Pero no servía para aquello; tenía muy poco talento para el disimulo.

Bajando por la calle Goya, fantaseó con la idea de trabajar de verdad para Pertegaz. Habría estado a la altura. Si de verdad pudiese hacer una prueba, si el modista la escogiese… Se imaginó sentada junto al ventanal lechoso de un taller, bordando con perlas y lentejuelas sobre una manga de organdí, como la de la muñeca que acababa de ver. No tener que preocuparse por si decía o no decía algo sospechoso, no andar vigilando con miedo las reacciones de las alumnas, no verse obligada a cantar las canciones del Régimen con cara de entusiasmo ni a recitar en voz alta un credo en el que no creía… ¿Por qué iba a ser imposible? Si quería cambiar de rumbo y dar ese paso, ¿quién podía impedírselo?

Cuanto más pensaba en ello, más tentadora le parecía la idea. Una vida sin falsedades, rodeada de telas hermosas, de pedrería, encaje, seda, tijeras y agujas, una vida de mangas de farol, jaretas, pinzas y dobladillos, conversando despreocupadamente con las compañeras sobre cosas intrascendentes…

Pero eso equivalía a abandonar el último foco de resistencia. Suponía renunciar para siempre a influir de verdad en el mundo. La enseñanza, al menos, le permitía conservar esa ilusión de que aún se podía cambiar algo. Aunque fueran los prejuicios de unas niñas de seis años.

La ingenuidad de aquel pensamiento dibujó en sus labios una sonrisa amarga. Levantó los ojos de los zapatos y miró a su alrededor. Qué bien vestía la gente en aquel barrio. Los hombres con traje, corbata y sombrero; las mujeres, con abrigos de piel y peinados de peluquería. Y qué animados parecían en sus conversaciones, con qué

seguridad se reían, convencidos de que tenían derecho a aquella vida lujosa y cómoda que disfrutaban. Hasta olían diferente. A polvos perfumados de lilas, a perfume francés, a la loción de afeitado de una barbería de postín. Se habrían podido reconocer unos a otros en la oscuridad gracias a aquellos aromas.

Apretó el paso como si, de esa forma, fuese a dejar atrás sus reflexiones, y al cabo de un rato terminó consiguiéndolo. Se concentró en mantener la dirección apartándose lo justo para dejar espacio a otros viandantes. Esquivaba a los coches en los cruces, escuchaba distraída el runrún de los motores, se detenía maquinalmente ante los chirridos de los tranvías. Poco a poco, se fue adentrando en calles menos sofisticadas. Había más gente en las aceras y, sin embargo, tenía la sensación de que respiraba mejor.

—Pero ¿qué le pasa, Adela? —le preguntó doña Julia al abrirle la puerta—. Viene sin aliento.

—Me he puesto a andar a lo tonto y he terminado cansándome —respondió, quitándose el abrigo y colgándolo del perchero del vestíbulo—. ¿Qué tal la niña?

—Haciendo deberes en la cocina. Dice que así no se siente sola. Tiene una hija muy estudiosa, estará contenta. Aunque dicen que tanto estudio no es bueno para las chicas.

—Eso no es verdad, doña Julia. El estudio no hace daño a nadie.

—Pero le puede hacer daño a la vista. A ver si va a tener que ponerle gafas. Y luego, ¿quién va a querer casarse con ella? Hay que pensar en esas cosas también.

—Si va a depender de unas gafas que la quieran o no la quieran…, es que no merece la pena —contestó Adela desganada—. De todas formas, Lucía ve perfectamente, hasta ahora.

—También dicen que el estudio debilita las fuerzas y hace enfermizas a las mujeres. Nosotras no tenemos la constitución de los hombres. Algunas terminan volviéndose locas.

—Eso son leyendas, doña Julia, se lo digo de verdad. Yo no he conocido ningún caso.

—Pues los hay —insistió la patrona, tozuda—. Y también las hay que se empeñan en ir a la universidad como si fueran hombres y luego no pueden con la carga y enferman. Hay que cuidarse, Adela. Se lo digo por la niña y por usted misma, que sé que anda buscando trabajo extra además de las clases. Precisamente la ha llamado ese hombre, el editor…

—¿Y para qué llamaba? —la interrumpió Adela.

—Pues para algo de unas historietas. No hará ni un cuarto de hora. Dijo que era importante que le devolviese la llamada en cuanto pudiera. Ahora está al teléfono don Cipriano, pero, cuando acabe, lo puede usar.

Adela fue a su cuarto a ponerse las zapatillas y dejar el bolso. Desde la cocina se difundía por toda la casa un olor desagradable, a berza cocida. Se acordó de la *boutique* de Pertegaz, del aroma de las rosas que había en el mostrador, y tuvo la sensación de que acababa de llegar de un continente distinto.

Había sobrecarga en las líneas cuando intentó llamar, y solo a la tercera le facilitaron la conexión. Antonio cogió enseguida el teléfono.

—Menos mal. Estaba impaciente —dijo a modo de saludo—. No se imagina lo que ha pasado.

—Carmen… ¿Ha sabido algo de Carmen?

—No. Directamente, no. Pero no hace ni una hora que me han llamado de la galería Biosca. ¿La conoce? Es una de las mejores de Madrid. Mañana inauguran una exposición y quieren que vayamos.

—¿Que vayamos? ¿Yo también? Pero ¿han dicho mi nombre?

—Dijeron: están invitados usted y la señorita que trabaja para usted. Y, cuando pregunté a qué señorita se refería, el hombre me dijo… Agárrese, Adela. Me dijo…: «La que ha ido esta tarde a la *boutique* de Pertegaz».

26

Adela abrió el armario para mirarse en el espejo de luna y se ajustó la chaqueta corta de terciopelo sobre el cuerpo ceñido del vestido, cuya tela formaba un entramado de suntuosas ondas negras y plateadas. Lucía la observaba sentada en la cama mientras balanceaba los pies descalzos.

—Estás guapísima —le dijo.

Las dos intercambiaron una sonrisa a través de sus reflejos. Adela se giró para verse de perfil.

—Me queda un poco ancho, pero con el cinturón no se nota.

—Mercedes es muy buena, ¿verdad? Otra no te habría prestado un vestido tan bonito.

—Sí, se ha portado muy bien —concedió Adela—. No sé ni cómo me atreví a preguntarle… Pero me alegro de haberlo hecho.

—¿Es muy importante la fiesta a la que vas?

—No es una fiesta. Es una inauguración de una exposición de pintura. Y, aunque suene raro, tiene que ver con el trabajo. Te acuerdas de Antonio, ¿no? El que te compró los cromos en el Retiro… Voy a empezar a colaborar con su editorial. Cosas pequeñas, de momento. Después, ya veremos.

—Pero tú eres maestra. ¿Por qué quieres hacer otro trabajo?

—Es una ayuda extra para redondear el sueldo que me dan en el colegio. La vida en Madrid es cara. ¿Me alcanzas el sombrero?

Lucía cogió el sombrerito de fieltro negro con adornos de plumas que descansaba sobre la cama y, sosteniéndolo con las dos manos, se lo tendió como si fuese una corona. Adela se lo empezó a probar en distintos ángulos.

—Pero no vas a dejar el trabajo del colegio, ¿verdad? Este no, por favor. Me gusta mucho. Y Mercedes también me gusta.

Adela la miró con un destello de impaciencia en las pupilas. Mercedes parecía haber ocupado el puesto de la catequista de León. Siempre se encariñaba con el mismo tipo de mujer: joven, elegante, dulce con los niños…, adicta a la Iglesia y al Régimen.

Aunque no había dicho nada, Lucía la conocía lo suficiente para notar la desaprobación en sus ojos.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó, a la defensiva—. A ti te gusta don Marcos, que también es muy religioso.

—No me gusta don Marcos. Es una buena persona que nos ha ayudado mucho, igual que nos está ayudando Mercedes. Pero no me gusta… Cualquiera que te oiga…

—Sí te gusta, y no tiene nada de malo. Mercedes me dijo ayer que la pureza atrae a la pureza y que, cuando tienes intenciones limpias, Dios sonríe en el Cielo y todo te lo perdona. ¿A que dice cosas muy bonitas?

—Mucho.

Desde el saloncito le llegó la voz de Antonio hablando con la patrona. No había tiempo para discusiones. Se ajustó un alfiler para sujetar el sombrero por detrás y cerró el armario.

—Pórtate bien con doña Julia —dijo—. Volveré lo antes que pueda.

Cuando Antonio la vio aparecer, puso cara de pasmo.

—Qué elegancia, Adela. Parece una maniquí.

Doña Julia se persignó de la impresión.

—Válgame Dios, qué calidad de tejido… Y el sombrero, como sacado de una revista… Esa amiga suya sabe lo que se hace.

El abrigo deslucía el conjunto, pero se lo quitaría en cuanto llegasen al cóctel. Adela se despidió de Lucía con un beso y de la patrona con una sonrisa cómplice. Se sentía agitada como una adolescente a punto de asistir a su primer baile. Al menos, como las adolescentes de las novelas, porque, en la vida real, a aquellas edades ella no había hecho más que trabajar, por el día en la fábrica y por la noche en casa, cosiendo.

Una vez en la calle, decidieron caminar hasta la estación de Atocha y, desde allí, coger un taxi. Adela se había lustrado los zapatos lo mejor posible, pero eran demasiado bajos y viejos para la ropa que llevaba. Confió en que nadie se fijase demasiado. A fin de cuentas, en la galería habría gente mucho más interesante que ella.

Ya en el taxi, comentaron la llamada que había recibido Antonio.

—Era un hombre. Me dijo que estaba incluido en la lista de invitados, y me preguntó tu nombre para incluirte a ti también —contó el editor.

Habían empezado a tutearse desde el momento en que salieron de la pensión. Ni siquiera lo habían comentado. Parecía lo natural entre dos personas que acuden juntas a una fiesta.

—Pero eso quiere decir que, nada más salir yo, la chica de Pertegaz dio aviso a alguien de mi visita.

—Justo. Y parece que ese alguien tiene urgencia por verte… Por fin le podré poner cara a Carmen. Ya iba siendo hora. ¡Qué curiosidad!

En la puerta de la galería había varios taxis más descargando viajeros. Uno de ellos fue acogido con grandes efusiones por el corrillo de hombres y mujeres que se había formado a la entrada.

—Es Eugenio D’Ors, el alma de este grupo —explicó Antonio.

—¿Qué grupo?

—La Academia Breve. Esta exposición la organizan ellos. Ahora mismo, es lo más vivo del panorama artístico de Madrid. Mira por dónde, sin comerlo ni beberlo, nos vamos a codear con *la créme de la créme*… en lo intelectual, al menos.

Esperaron a que D'Ors y sus anfitriones entrasen en el edificio para ir detrás. Antonio le dijo su nombre al portero, que lo tachó de una lista, y después buscó el de Adela para hacer lo mismo.

Una vez dentro, un camarero se ofreció a llevarse sus abrigos, y otro se detuvo a su lado con una bandeja llena de copas de champán.

Los invitados se arracimaban con sus copas aflautadas en la mano ante los cuadros de la muestra. Hablaban en un tono más bien bajo, como si se encontrasen en una iglesia. Aquella circunspección contrastaba con los colores salvajes y las formas vanguardistas de los lienzos. Los cuadros observaban burlones a la flor y nata de la burguesía madrileña, mientras los artistas intentaban pasar desapercibidos y cederles todo el protagonismo.

A Adela le atrajo especialmente un bodegón con pescados de Andrés Zabaleta. No entendía mucho de arte, pero había algo en la rotundidad de la composición que parecía un desafío, una afirmación descarada de la vida.

También le llamó la atención una obra de gran formato que representaba a un hombre y una mujer en un campo de siega. El vestido rojo de la muchacha resaltaba sobre el amarillo del cereal y evocaba los colores de la bandera… Sin embargo, había algo en la solidez geométrica de los cuerpos que le trajo a la memoria los carteles de la lucha obrera. El cuadro lo firmaba un tal Jesús de Perceval. Antonio lo conocía a través de la editorial. Le había diseñado algunas cubiertas.

—Es ese de ahí, el que tiene el canapé en la mano —le dijo a Adela—. Ven, si quieres, y te lo presento.

—Antes quiero encontrar a Carmen —dijo Adela—. No la veo, de momento.

—¿Crees que la reconocerás a la primera? Ha pasado mucho tiempo, ¿no?

—La reconoceré —afirmó Adela, convencida.

Uno por uno, fue recorriendo todos los rostros femeninos presentes en la inauguración. Algunas de las mujeres, al tropezarse con su mirada, le sonreían; otras la miraban de arriba abajo, y Adela estaba segura de que les bastaba llegar a sus zapatos para clasificarla como una advenediza. En todo caso, se encontraban entre artistas, y todo el mundo parecía dispuesto a contemplar las incongruencias de estilo con cierta indulgencia.

Antonio no tardó en entablar conversación con algunos conocidos

que se fue encontrando. Eran charlas breves, forzadamente joviales, a veces coronadas por un chiste de despedida. A Adela le parecía todo artificial, vacío. Todo, menos los cuadros que chillaban su verdad desde las paredes. Pinturas desaforadas, rebeldes, concebidas para cambiar el mundo… Solo que, allí, nadie les hacía caso.

Llegaron hasta el final de la galería abriéndose paso entre los corros de gente y las idas y venidas de los camareros.

—No está Carmen —dijo Adela—. Parece que no ha venido.

—Bueno, pues nada. Disfrutemos de la comida, al menos.

Adela aceptó una croqueta, y después un volován relleno de ensaladilla rusa. Iba ya por la segunda copa, y la euforia del champán empezaba a borrar su decepción.

Antonio le presentó a un diplomático japonés que, por lo visto, era uno de los fundadores del grupo. El hombre se inclinó ceremoniosamente para saludarla, en un gesto tan exagerado que casi le pareció una burla.

Se hallaban en plena conversación con el japonés, cuando una mujer alta y elegante se acercó a ellos.

—Suma, querido, ¿me presentas? —preguntó sonriente.

El japonés ejecutó una nueva reverencia, esta vez más natural y amistosa.

—Condesa. Le presento a Antonio Rejas, editor. Y esta señorita se llama Adela, si no recuerdo mal. Antonio, Adela, la condesa de Campo Alange…

—María. Pueden llamarme María. Adela, querida, véngase conmigo un momento, que hay una persona que quiere conocerla.

A Adela se le aceleró el corazón. Se despidió con una mirada de Antonio y siguió a la condesa a través de las salas en penumbra. Todo el mundo la saludaba al pasar, pero ella evitaba detenerse. Cuando llegaron al vestíbulo, señaló hacia una puerta que había a la izquierda de las escaleras.

—Ahí la tiene —dijo en voz baja—. La está esperando.

Adela entró conteniendo el aliento. La condesa cerró la puerta desde fuera, y ella se encontró cara a cara con una mujer que no era Carmen.

—Fanny Germain —saludó la desconocida tendiéndole la mano con un gesto algo masculino—. Me alegro de que haya podido venir.

Adela le estrechó la mano, desconcertada.

—¿Nos conocemos?

El rostro redondo de la mujer, sus labios finos y decididos y sus gruesas gafas le resultaban familiares, pero no conseguía ubicar su recuerdo.

A diferencia de las otras invitadas de la fiesta, Fanny iba vestida con un sencillo traje de chaqueta azul marino, y llevaba zapatos bajos.

—Puede que nos conozcamos de la época de Barcelona. Sé que tú has venido buscando a Carmen… Mira, ella no quiere que se la relacione con las novelas. Nos las ha cedido para recaudar fondos, pero dejó claro que no quería saber nada.

Adela la escuchaba a medias. Al oírla, le había venido a la memoria un mitin en el otoño del 36. Recordaba aquella voz vibrante y las cosas que decía. Hablaba de hogares para la infancia y de liberatorios de prostitución, de comedores para embarazadas y de una ley para regular el aborto.

—Pero usted no es… ¿Usted no es Federica?

La mujer asintió, impaciente.

—Ahora que lo sabes, no vuelvas a pronunciar ese nombre. Aquí soy Fanny, periodista francesa. Puedes volver con los otros… Solo una cosa más. Mejor evita volver a ver a Paula en el trabajo. Si quieres colaborar con nosotras, hay muchas formas, pero tienes que hacerlo con discreción. Toma —añadió, tendiéndole una tarjeta—. Anímate, queda mucho por hacer. Ahora, más que nunca.

—Pero no entiendo… ¿Carmen sabe que soy yo? Éramos muy amigas.

—No tengo trato directo con Carmen. Solo intento proteger la organización. Vuelve a la fiesta, Adela, y piensa en lo que te he dicho. Espero que, antes o después, te decidas a hacer esa llamada.

Con un gesto, le indicó la puerta, dando a entender que la reunión había terminado. Adela salió al vestíbulo y trató de coger aire. Le temblaban las piernas.

Encontró a Antonio exactamente en el mismo sitio donde lo había dejado. A la conversación con el japonés se habían unido otros dos hombres. Uno era Perceval, el pintor del cuadro de la siega.

—Adela, ¿te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Me he mareado. Si no te importa, creo que voy a irme…

—Te acompaño.

En el trayecto hacia la salida volvieron a cruzarse con la condesa, que les sonrió como si fuesen viejos conocidos.

—¿Ha ido bien? —le preguntó a Adela, guiñándole un ojo.

—Sí, muy bien. Muchas gracias.

En cuanto pisaron la acera, Antonio la interrogó con la mirada. Adela desvió la suya hacia la otra acera, donde aguardaban algunos taxis.

—Entonces, ¿qué? ¿Has hablado con ella?

—Con Carmen no. Era otra persona. Me ha dicho que no intente buscarla.

—¿Y quién era? ¿La conocías?

—Sí. —Los ojos de Adela regresaron, todavía perplejos, al rostro del editor—. Era Federica. Federica Montseny, la ministra.

27

El viento arrastraba algunas hojas muertas sobre la arena del paseo, pero apenas alcanzaba a agitar la frondosidad inexpresiva de los setos de boj que delimitaban las distintas zonas de la Terraza de los Cuadros. A Adela le sorprendió que hubiese tantas flores a mediados de febrero.

—La pena es que no hayan florecido todavía las rosas antiguas —observó don Marcos—. Son una fiesta para el olfato. Nada que ver con esas rosas perfectas que están de moda ahora. Perfectas, pero sin aroma. Se sacrifica el perfume para ganar variedad en el colorido. Signo de los tiempos. Al menos, aquí en el Botánico conservan una buena colección de las de antes.

Llevaba el abrigo abrochado hasta arriba, de tal manera que el alzacuellos quedaba oculto. Así vestido podría haber pasado por un seglar.

—Y esas flores pequeñas, ¿qué son? —preguntó Adela.

—*Erica arborea.* Es el nombre científico del brezo. Mira qué colores, entre púrpura y pardo…, y aquel otro blanco. Pero su sitio no está en un jardín, son plantas de los páramos salvajes. ¿Has leído *Cumbres borrascosas?*

—No, no lo conozco.

—Si quieres, luego podemos acercarnos a la Cuesta de Moyano a ver si lo tienen. Me gustaría regalártelo. Aunque seguramente estará entre los libros prohibidos, junto con *La Regenta*, los de Blasco Ibáñez, *Madame Bovary*… La verdad es que no me sé la lista de memoria.

—El otro día le pedí a Mercedes los de Louise May Alcott para dejárselos a Lucía y me dijo que *Hombrecitos* está prohibido también. ¿A que no se imagina por qué?

Don Marcos se detuvo y la miró muy serio.

—Llámame de tú, Adela. Aunque sea solo por hoy.

—Está bien. Bueno, pues lo han prohibido porque aparecen niños y niñas estudiando juntos. La coeducación no les gusta a los censores.

Don Marcos meneó la cabeza, riendo.

—Antes o después se acabará tanto disparate. No puede haber desaparecido toda la gente sensata.

—Si tú lo dices…

Caminaron en silencio unos minutos. Don Marcos, que había

insistido en verla, parecía extrañamente cohibido. Adela intuía que quería hablarle de la inauguración a la que había ido con Antonio. Mercedes debía de haberle comentado lo del vestido.

Cansada de esperar, decidió tomar la iniciativa.

—No sé si sabes que me invitaron a una galería de arte el otro día. Había mucha gente importante. Hasta una condesa, no me acuerdo del nombre…, y también estaba Eugenio D'Ors.

—Fuiste con el editor.

No era una pregunta, sino una afirmación… con un inequívoco deje de amargura.

Como para suavizar su respuesta, él le sonrió con sus ojos claros.

—¿Quieres sentarte un poco? Así tomamos el sol y entramos en calor.

Ocuparon uno de los bancos del paseo. No había nadie más a la vista. Todo el jardín tenía cierto aire de abandono.

—Después, si quieres, podemos visitar la estufa de las Palmas. ¿La conoces?

—No. No había venido nunca al Jardín Botánico.

Se quedaron callados de nuevo, hasta que don Marcos se decidió a hablar.

—Hay una cosa que tengo que decirte, pero no sé cómo —empezó.

—Yo también quiero decirte algo. Necesito contártelo para que me aconsejes —contestó Adela con voz atropellada—. Todo esto del editor… tiene que ver con la novela de la que te hablé. La del plagio, ¿te acuerdas? Esa novela la escribió una amiga mía de los tiempos de Barcelona. Se llama Carmen Valdés. Éramos más que amigas, en realidad, yo… le debo todo. Gracias a ella dejé la fábrica, entré en la militancia, fui aprendiendo, educándome… Estuvimos juntas en los momentos más bonitos, cuando parecía que todo era posible, que íbamos a cambiar de verdad las cosas. Y también estuvo en lo peor. Al final de la guerra, nos integramos en un pequeño comando que tenía su base en una aldea llamada Sant Sebastià. Nos alojábamos en casa de un pintor que simpatizaba con la causa y había… misiones. Además de Carmen y yo, estaba también Enrique… El padre de Lucía.

—Era tu pareja.

—Sí. Era mi pareja. Pero algo pasó. Ellos se fueron juntos a una misión en la frontera. A mí me dejaron fuera, supuestamente porque yo no hablaba francés. En cuanto volvieron me di cuenta de que había cambiado todo. Debieron de liarse… No sé. Ninguno de los dos me explicó nada, pero yo lo veía. Enrique me evitaba, Carmen lloraba por las esquinas y me pedía perdón de una manera incoherente. Después, los acontecimientos se precipitaron. Había que desalojar, era cuestión de días que llegasen las tropas nacionales. El plan era huir a Francia, pero yo ya sabía para entonces que estaba embarazada y no quería

correr el riesgo de cruzar a pie la frontera. Tampoco quería ser una carga para un hombre que había dejado de quererme. Así que contacté con Teresa, la hermana del pintor, y ella me sacó de Sant Sebastià. No volví a verlos nunca. Lo último que me dijo Teresa fue que a Enrique lo habían cogido en una aldea de los Pirineos. Ella estaba segura de que lo habían matado.

Adela se detuvo a tomar aliento. Don Marcos la miraba con una intensidad que la distraía.

—De Carmen no volví a saber nada hasta que leí esa historia. Enseguida me di cuenta de que era uno de los libros que había publicado en La Novela Ideal, aunque había retocado el argumento para adaptarlo…, ya sabes, a los nuevos tiempos. Me puse en contacto con el editor, eso te lo conté. Él estuvo haciendo averiguaciones… Y así es como me he enterado de que Carmen está viviendo en Madrid. He intentado hablar con ella, y el otro día, cuando fui con Antonio a esa fiesta, lo hice pensando que iba a encontrarme con Carmen. Pero no apareció. En su lugar, me envió un mensaje a través de otra persona.

—¿Quién?

—Otra militante que conocíamos de la época de Barcelona —contestó Adela evasivamente.

Tenía claro que no iba a mencionar el nombre de Federica. Todavía no entendía cómo era posible que la antigua ministra estuviese en Madrid. Y la relación con María Lafitte, la condesa… Antonio no le encontraba ni pies ni cabeza. Lo único que parecía evidente era que Montseny estaba intentando reclutar a antiguas militantes. Le daba vértigo pensar en ello.

—¿Y qué mensaje te dio? —preguntó don Marcos.

—Ah… Pues que es mejor que deje las cosas como están y que no intente hablar con Carmen. Por lo visto, está casada con un abogado bastante conocido. Debe de llevar una vida tranquila y quiere seguir así.

—Tranquila…, pero insiste en publicar sus antiguas novelas.

—Bueno, digamos que ha dado permiso para que otros las utilicen. Ella no quiere verse implicada en nada. Así que supongo que mi búsqueda ha terminado.

—¿Estás decepcionada?

Adela asintió.

—Por un lado, me daba miedo volver a verla. Si no se hubiera inmiscuido, quizá todo habría sido diferente. Quizá Enrique estaría vivo…

—Y a tu lado. Contigo y con la niña.

Adela sonrió, burlándose de sí misma. Era consciente de lo infantil que sonaba aquello.

—De todas formas, ha pasado el tiempo y…, no sé, no es que las heridas se hayan cerrado, pero… hay una parte de mí que siempre le estará agradecida a Carmen. Gracias a ella entendí lo que significaba la militancia, me involucré, estudié… Marcó un antes y un después en mi vida. Y, no sé…, ahora que me había hecho a la idea de volver a verla… Me duele que ella no quiera. Debería ser al revés. Soy yo la que está dolida, la que se sintió traicionada.

—Seguramente no es que no quiera verte. Es que no querrá mirar al pasado. Si ahora tiene una buena vida con su marido y se siente cómoda, es normal que le dé miedo ponerlo todo en peligro.

—Yo no voy a poner en peligro su preciosa nueva vida. Solo quiero hablar, que me explique de una vez lo que pasó entre ellos. Tengo derecho a saberlo. Enrique es el padre de mi hija.

—¿Carmen sabía que estabas embarazada?

—No. En ese momento no estaba segura todavía, y cuando lo estuve, decidí no contárselo. Ni a ella ni a Enrique.

—¿Y no crees que Enrique tenía derecho a saberlo? A lo mejor le habría gustado formar parte de ello. Lo excluiste porque estabas dolida con él…

—Se excluyó él solo. No me dejó otra opción. Hice lo que creí que era mejor para todos. Sobre todo, para la niña.

Delante de ellos, un par de gorriones picoteaba la arena del paseo en busca de semillas. Parecían ajenos el uno al otro y, sin embargo, a Adela le dio la impresión de que existía entre ambos una complicidad perfecta.

—Si yo fuera tú, no me rendiría —dijo don Marcos—. Es mejor que hables con Carmen y que aclares las cosas. Las llagas que no se airean, se pudren. Y tú llevas demasiado tiempo tapándote esa herida.

—Pero si ella no quiere…

—Piensa en lo que quieres tú. En lo que necesitas tú. Si lo intentas, ¿sabrías cómo dar con ella?

—Sí. Hay un hombre, un librero… Antonio lo conoce. Es una especie de detective aficionado. Estuvo indagando porque Antonio se lo pidió…, nos dio su teléfono y todo.

—Llámala. O, si no te atreves a hacerlo directamente, habla con el librero y pídele que concierte una cita.

—Eso no sé si lo haría. Lo suyo es más bien la vigilancia discreta.

—Pídele consejo —insistió don Marcos—. Al menos, lo tienes que intentar. Saber la verdad te ayudará a pasar página, a empezar otra vez.

—Yo no puedo empezar otra vez. Tengo a Lucía.

—Precisamente por ella tienes que empezar otra vez —replicó el sacerdote con una intensidad desconocida en la voz—. No puedes vivir así, Adela, dejándote arrastrar de un sitio a otro, de un trabajo a otro,

sin voluntad, sin sueños, sin nada. Yo no quiero verte así. Quiero un futuro.

Adela dejó que aquellas palabras fuesen decantándose despacio en su interior, como partículas de limo cayendo al fondo de un lago.

—Un futuro —murmuró por fin, y se volvió hacia él—. ¿De qué estás hablando? ¿Un futuro juntos?

Los ojos claros de don Marcos le sostuvieron la mirada.

—¿Por qué no? ¿A quién le importa, aparte de a nosotros? Es cuestión de encontrar un espacio para vivir tranquilos.

—Siempre me has dicho que no te complique la vida. Que quieres mantener las distancias.

—Y tú te empeñas en no entenderlo. No quiero robarte un par de besos como ese muchacho del monte, o una noche, o dos. No quiero eso de ti, ¿no lo entiendes? Lo quiero todo.

Aturdida, Adela se puso en pie y echó a andar por el paseo con la sensación de que las piernas le iban a fallar en cualquier momento. Después de unos segundos, oyó pasos tras ella. Don Marcos no tardó en darle alcance.

—¿A qué viene esto ahora? —le preguntó, casi furiosa—. ¿Es por Antonio? ¿Porque crees que tengo algo con él?

—No me importa nada Antonio. No me importa nada el muchacho del monte. No me interesan. Lo único que me interesa eres tú, y no quiero seguir luchando contra ello.

Una ebriedad extraña se apoderó de Adela. Las palabras de aquel hombre la envolvían, ardientes y acariciadoras como el aire de un clima nuevo. Quería creer en ellas.

—Y entonces, ¿qué propones? —acertó a preguntar.

Muchas veces, en el pasado, había sentido sobre su cuerpo miradas que intentaban desnudarla. La mirada de don Marcos le producía la sensación opuesta: la arropaba con una ternura salvaje.

—Hay muchas maneras. Lo pensaremos juntos. Podemos buscar un pueblo tranquilo en el norte. O en las islas. Sería fácil, un traslado a Canarias.

—Y allí, ¿qué? ¿Una doble vida?

—No. Una vida de verdad y una máscara para protegerla.

Adela se imaginó una costa arenosa con palmeras y casas blancas. Se imaginó una brisa tibia que le agitaba el pelo. Una ventana que daba al mar. Nadie tenía por qué saber lo que ocurría de puertas adentro.

¿Y por qué no? Sabía que, si bajaba la guardia, podía llegar a amar a aquel hombre como no había amado a ninguno de los otros. Lo había sabido desde el principio, lo mismo que él.

Una casa blanca en una isla. Una vida de verdad. Protegida, eso sí, por una montaña de mentiras. Pero una vida…

—Lo tengo que pensar —murmuró.

En los labios de don Marcos se dibujó una sonrisa confiada, de niño.

—Piénsalo, Adela —dijo con voz ronca—. Podemos pensarlo juntos. Hay tiempo, tenemos tiempo. No nos vamos a precipitar.

28

Dos gardenias para ti,
con ellas quiero decir
te quiero…

Desde la radio de la sala, los compases de aquel bolero elegante alcanzaban a Adela como los ecos de una fiesta junto al mar. Una voz con acento cubano evocaba la blancura de las flores, su aroma lujoso y nocturno; y la orquesta inundaba la pensión con sus metales vibrantes, la percusión caribeña, el estallido ocasional de los platillos.

Suspiros, el aliento contenido, un murmullo que incluía una confesión… Todo eso adivinaba en la dulzona melodía. Podría haber sido su canción; bailarla con él en algún rincón remoto, en un hotel lleno de extranjeros, con vistas a la playa… ¿Sabría bailar Marcos?

Adela abrió el bolso, sacó el mapa mudo de España que había encontrado en un cajón de su aula del colegio y lo desplegó encima de la cama. Allí estaban todas las provincias con un punto blanco sin nombre en el lugar de la capital, para que las niñas los dijeran en voz alta y practicaran. A la derecha, en un recuadro que tapaba la costa oriental de África, se veían las siete islas Canarias separadas en dos grupos por una barra trazada en vertical sobre el azul del océano. Con los dedos, repasó el contorno de Gran Canaria, el de Lanzarote. Luego cruzó al otro lado de la barra y dibujó el borde de las islas más pequeñas: La Palma, la Gomera, el Hierro. ¿Cuál sería la mejor para vivir?

Seguramente, no habría mucha diferencia entre unas y otras. Era el trópico, o casi. Palmeras, plataneros, arena negra formada por la erosión de la roca volcánica: había visto fotos en los libros de geografía. En Tenerife estaba el Teide, alto y nevado como una montaña japonesa. En Fuerteventura había dunas amarillas. En La Palma, bosques que casi parecían selvas.

Se imaginó la libertad de vivir allí. Pasear por la orilla del Atlántico con él, agacharse a recoger conchas. Verían los barcos en el puerto. Y, por la noche, escucharían abrazados el rumor de las olas. Metidos en la misma cama, como marido y mujer. De espaldas al mundo.

Lo que no acababa de encajarle en aquellas imágenes del paraíso era el rostro de Lucía. Con la edad que tenía, no iba a poder engañarla. No

podía decirle que iban a vivir con don Marcos para ayudarle en su trabajo, o cualquier otra excusa por el estilo. Pero, decirle la verdad… Era demasiado joven para guardar un secreto así y cargar con el peso de una doble vida. La odiaría por ello. Los odiaría a los dos. Con lo feliz que ella se sentía en el Santa Teresa…

Por un momento, fantaseó con la idea de dejarla en Madrid al cuidado de Mercedes. Era una locura, por nada del mundo quería separarse de la niña. El solo hecho de haberlo pensado la llenó de horror.

Cuando la niña nació, se juró que aquella criatura diminuta y vulnerable sería en adelante lo único importante en su vida. Por ella aceptó el tratamiento en la clínica de don Avelino, por ella terminó los estudios… Había trabajado muy duro para asegurarse de que nunca dependerían económicamente de ningún hombre. Y ahora, estaba a punto de tirarlo todo por la borda.

Pero es que Marcos la quería. Por fin.

Sin confesárselo a sí misma, lo había imaginado tantas veces… Solo en ese instante anterior al sueño en el que la conciencia afloja su dominio sobre la imaginación, se permitía pensar en él. El problema era que esos instantes se repetían todos los días…, todas las noches. Y la fantasía había terminado calando en su alma, haciéndole creer que era posible. Era posible. Él también se lo había dicho… Todo era posible.

La puerta se abrió y Adela, sobresaltada, replegó el mapa a toda prisa. Era Lucía. En la sala, los compases del bolero habían dejado paso a una copla aflamencada cantada por un hombre. La voz se alejó cuando la niña cerró la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó, curiosa, y se acercó a mirar—. Un mapa —descubrió, decepcionada—. ¿Te lo estás estudiando?

—No, hija. Ya me lo sé —replicó Adela sonriendo.

Le hizo un gesto para que se sentase a su lado en la cama.

—¿Quién era esa amiga a la que llamaste antes? —quiso saber Lucía—. La que no te quiso coger el teléfono.

Adela alzó las cejas, entre sorprendida y divertida.

—No sabía que me estabas espiando.

—No te espiaba, pero lo oí —replicó su hija con dignidad—. Te dijeron que no estaba, pero tú no te lo creíste. Te oí discutir con la criada. Si es tu amiga, ¿por qué no quiso coger el teléfono?

—A veces, las amigas se distancian con el tiempo. A Carmen, hace muchos años que no la veo. Desde la época de la guerra. Ni siquiera habías nacido.

—¿Carmen conocía a mi padre?

Adela asintió, pensativa.

—Sí, claro. Éramos amigos los tres.

—Ah.

Pareció que Lucía iba a añadir alguna otra pregunta, pero no lo hizo.

—Yo no me voy a distanciar nunca de Olvido, como tú dices. Ni Olvido de mí.

Adela le agarró una mano y se la apretó, cariñosa.

—Me alegra que seáis tan buenas amigas. Es una niña muy maja. ¿Qué tal su carta? ¿Qué te contaba?

—Ah… Muchas cosas del pueblo. ¿Sabes una que te va a gustar? Tano ganó el otro día un torneo de canicas. Ya le dejan jugar sin meterse con él.

—Con el braille no pudimos avanzar tanto como con las canicas, pero si su hermana Alicia le ayuda…, puede que aprenda algo. ¿Ya ha llegado la nueva maestra?

—Sí, se llama Vicenta. Es de un pueblo del Páramo. Dice Olvido que habla muy alto y que castiga con la palmeta, pero que sabe mucho del Catecismo y que lo explica muy bien.

—No sé qué hay que explicar del Catecismo —comentó Adela, burlona—. No está escrito para convencer a nadie. Hay que creérselo y ya está.

—¡Mamá! —le recriminó Lucía, intuyendo que aquella respuesta contenía una blasfemia o, como mínimo, una falta de respeto—. Cada maestra tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. ¡Tú también!

—Me imagino… ¿Y cuáles son mis cosas malas?

—Pues… Nos enseñas pocas canciones, y cantas sin ganas. Tampoco rezábamos tanto contigo como ahora en el Santa Teresa.

—Bueno, es que la escuela de Pardesivil era pública. No era un colegio religioso como el Santa Teresa. ¿Y qué más cuenta Olvido?

—Que a Pedrín y Mari Cruz les ha nacido un hermano. Dice que tiene la cara muy roja y muy fea.

Adela se echó a reír.

—Pobre criatura… Todos los bebés son feúchos al principio. Pero tan ricos…

—¿Yo también era feúcha?

—Tú eras un ángel. Aunque muy llorona.

—También me cuenta que la Colada, la vaca nueva que tienen, se ha puesto enferma. Y no saben de qué es, pero el señor Bernabé cree que se va a morir.

—Vaya, qué faena, con lo que les costó. Estarán muy disgustados.

—Sí. También se ha muerto un hombre que vivía en el monte. Un maquis. Lo mató a balazos un vecino de La Mata porque había entrado a robar en su corral.

Adela soltó la mano de Lucía y, en un gesto mecánico, aferró otra vez el mapa. Lo desplegó sobre la cama, lo alisó pasándole los dedos

por encima. Le temblaban las manos.

—Era uno joven que había sido minero, dice Olvido que se llamaba Manuel —siguió contando Lucía—. Como su hermano también está en el monte y no tenía más familia, no había nadie para pagar los gastos del entierro y al final se encargó don Serafín, el párroco. Algunos vecinos no querían que lo enterrasen en el cementerio. ¡Querían que lo echasen a una zanja! Pero don Serafín dijo que eso era no tener humanidad, y que es Dios el que tiene que juzgar los pecados de ese hombre, no la gente.

—¿Cuándo pasó? ¿Lo dice Olvido?

—El día de la Candelaria. Te has puesto muy blanca, mamá… ¿Lo conocías?

Adela hizo un gesto ambiguo con la cabeza. No se sentía con fuerzas para inventarse una mentira.

—Te has puesto triste por él. Es por sus ideas, ¿a que sí? A ti te gustan las ideas de esa gente del monte. Olvido me lo dijo.

—Olvido no sabe nada de mí. Cuando quieras enterarte de lo que pienso, pregúntame a mí y no a Olvido.

—Vale. Pues te lo estoy preguntando. ¿Te gustan las ideas de esa gente?

Adela cerró los ojos. No tenía ganas de dar explicaciones.

—Me gustaban en otros tiempos. Pero no me gusta que se utilicen como excusa para robar y otras cosas.

—Como hacía ese tal Manuel.

Adela recordó los dedos callosos, indagadores y tímidos de aquel hombre. Su aliento cálido y apremiante. Tan joven… Era solo un muchacho.

—No debería estar muerto —dijo, con la voz rota.

—Ya decía Olvido en la carta que te disgustarías.

Adela abrió los ojos y se encaró con la niña.

—¿Por qué decía eso? ¿Quién se lo ha dicho a ella? Su madre o su padre, está claro… Menuda gente.

—Pero si acabas de decir que Olvido es maja… Y, además, ¿por qué te parece mal, si es verdad? Te has disgustado.

—No me gusta que siga muriendo gente como antes. Matar a un hombre como si fuese un animal, sin que pueda defenderse…

Lucía alargó la mano y acarició el brazo de su madre.

—Lo siento, mamá. A mí tampoco me gusta.

La sencillez del gesto llenó de lágrimas los ojos de Adela. A toda prisa, sacó un pañuelo bordado del bolsillo para limpiárselas.

—No te preocupes —dijo Lucía—. A nosotras nadie nos va a hacer daño.

—No. Claro que no.

—¿Quieres que te enseñe la carta para que la leas? Olvido tiene

muy buena letra, escribe casi como los mayores.

—Luego. De todas formas, es mejor que no la dejes por ahí. Nuestra habitación es esta, y hay que respetar el espacio de los demás huéspedes.

—Ya, pero Petra no usa para nada su salita y me ha dicho que la puedo utilizar siempre que quiera.

En ese momento, se oyó un golpe tímido en la puerta de la habitación. Era precisamente la hija de la patrona.

—Doña Adela, la llaman por teléfono. De parte de Carmen.

Lucía y ella cruzaron una mirada.

—¡Te ha llamado! ¿Estás nerviosa?

—Un poco. Si quieres esperarme aquí…

—No. Voy a oír la radio un rato con los demás. Luego me cuentas.

Lucía se calzó las zapatillas de felpa y recorrió el pasillo hasta el lugar donde Petra sostenía el auricular. La muchacha se lo pasó sonriendo.

—Ya sabe, para colgarlo póselo aquí.

Adela sostuvo el disco del micrófono delante de su boca y respiró hondo.

—Buenas tardes, Carmen.

El saludo le salió más frío y formal de lo que pretendía. No estaba acostumbrada a utilizar el teléfono para conversaciones personales.

—Adela. Cuánto tiempo. No me imaginaba que volvería a saber de ti.

La voz de Carmen, lejana y metálica, también sonaba gélida, inexpresiva.

—Me enteré por casualidad de que vives en Madrid. Me gustaría mucho verte.

Carmen no contestó de inmediato.

—¿Para qué? —preguntó finalmente.

—Para hablar —contestó Adela, casi desafiante.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que hablan las amigas.

—Ya.

Se oyó un cloqueo sarcástico al otro lado de la línea. Adela lo interpretó como una risa.

—Bueno, no tengo inconveniente. Aunque mi curiosidad por lo que pasó en Sant Sebastià ya no es la que era. Quiero decir que, si vas a darme alguna explicación…

—¿Darte explicaciones? No, Carmen. Voy a pedírtelas.

—No entiendo. Tú fuiste la que huyó. No yo.

El tono se había vuelto aún más glacial. Adela no estaba preparada para tanta hostilidad.

—Hay cosas que me gustaría contarte. Para que entiendas.

—Bien. No tengo ningún problema. ¿Quedamos mañana a las seis en el Embassy? Es un salón de té inglés que hay en La Castellana, no sé si lo conoces.

—No, pero lo buscaré.

—De acuerdo. No te retrases.

Después de colgar, Adela regresó lentamente a su dormitorio. El mapa seguía encima de la colcha. Se sentó en la cama, deshizo los pliegues y lo extendió una vez más ante ella.

Volvió a repasar con los dedos el contorno de las siete islas. No estaban allí, donde el mapa las situaba, sino al otro lado, muy abajo, en el Atlántico. Tan al sur que en ningún mapa de la Península Ibérica podía incluirse la verdadera escala de su distancia. Pero eso, los alumnos casi nunca llegaban a entenderlo. Para casi todos, las Canarias se encontraban en un mar rectangular superpuesto a la costa africana.

Se acordó de Manuel, de su voz ronca, sus manos firmes y curiosas, el aplomo salvaje de su cuerpo, buscándola, explorándola. Y ahora estaba muerto.

Para Manuel nunca habría playas amarillas ni palmeras susurrando en la brisa. No habría otro comienzo.

¿Y para ella?

De pronto, ya no parecía tan fácil. Porque, por muy lejos que huyeran, seguirían existiendo las barreras. La voz hostil de Carmen. La carta de Olvido con la información «casual» sobre el maquis al que habían encontrado muerto. Una tumba de tierra en el cementerio de Santa Colomba. El recuerdo de Enrique… Y todas las cosas que prefería no saber.

29

Traspasar el umbral del Embassy suponía abandonar Madrid para internarse en la atmósfera cosmopolita de un salón de té europeo. Los camareros, fácilmente reconocibles por sus uniformes de chaqueta blanca y pajarita negra, iban y venían sosteniendo en lo alto bandejas redondas cargadas de pilas de sándwiches de pepino, tostadas galesas que olían a queso gratinado y porciones de tarta de limón. Las mesas, protegidas por manteles de hilo, se encontraban muy cerca unas de otras, y la mayoría de ellas estaban ocupadas.

Desde el fondo del local, una mujer sola le hizo una seña discreta. Adela fue hacia ella intentando reconocer en aquel rostro inflado y ojeroso las facciones de su amiga.

En lugar de ponerse en pie, Carmen le tendió la mano por encima de la jarrita con violetas que adornaba la mesa. Se la estrechó brevemente, con sequedad.

—Estás muy cambiada —dijo.

Ni siquiera en su voz se lograba atisbar una sonrisa. Y mucho menos aún en sus ojos. La miraba con gesto adusto, reservado.

—Tú también, Carmen —contestó Adela.

Se desabrochó el abrigo, que un camarero se apresuró a recoger, y se sentó frente a su antigua camarada. En el espejo que había detrás de ella vio el reflejo de su espalda encorvada, y también su propio semblante, crispado y a la defensiva.

—Quién nos iba a decir que nos reencontraríamos en un sitio así —comentó, y dejó que sus ojos resbalasen sobre las otras mesas, la barra elegante con butacas de cuero rojo y la exposición de botellas detrás.

—Un avispero burgués —observó Carmen, burlona—. Aunque no es exactamente lo que parece. Si quieres comprobarlo, pide un té especial.

—Pide tú por las dos. Yo, en estos sitios, nunca sé lo que tengo que hacer.

Un camarero diferente al que se había llevado el abrigo se acercó a tomar la comanda.

—Un té normal, otro especial, los dos para compartir. Y *scones*. Traiga por lo menos cuatro.

El camarero saludó con una rápida inclinación y se retiró. Adela sondeó los ojos de Carmen, que no habían perdido su chispa irónica, a

pesar de que ahora los llevaba maquillados.

—Así que estás viviendo en Madrid —dijo la escritora—. ¿Desde cuándo?

—No llevo ni un mes. Estoy de maestra.

A Adela no le pasó desapercibido el gesto contenido de sorpresa en la cara de Carmen.

—¿De maestra oficial? No me digas que terminaste los estudios.

—Terminé. Después de la guerra. Encontré un médico que se convirtió en mi benefactor… No me mires con esa cara. No se trata de lo que estás pensando. Yo era su paciente, él estudiaba mi caso, probaba sus terapias… y yo ayudaba en la casa. Como sirvienta.

—En esta España que nos han dejado se dan toda clase de monstruosidades sociales, así que tampoco me suena tan raro.

Adela se sintió vagamente irritada por aquella réplica. ¿A qué venía hablar de monstruosidades? Carmen no podía imaginar siquiera de qué le estaba hablando. Los gritos nocturnos en los dormitorios comunes del psiquiátrico. La angustia de la ceguera… Y todo eso, con un bebé en los brazos, una criatura que le podían arrebatar en cualquier momento.

—Me han dicho que estás casada —comentó, para cambiar de tema.

Carmen arqueó levemente las cejas.

—Tú no lo recordarás, a Joaquín…, a lo mejor no llegaste a conocerlo. Pero él y yo ya nos habíamos visto alguna vez antes de la guerra. Nos hacía algunos trabajos de alfabetización para Mujeres Libres.

—No recuerdo. Pero yo no venía a Madrid tanto como tú.

—Ya. El caso es que Joaquín se acordaba de mí. No sabes lo que ha cambiado. En el año cuarenta le dieron aviso de que iban a pasearlo y salió de la ciudad a pie. Y a pie llegó… ¿Adónde crees? Al sur. Se alistó en la Legión. Y allí encontró buena gente, le protegieron, aunque conocían su pasado. Después… él es listo, un hombre de recursos. Y con buenas relaciones. Ahora mismo le va estupendamente.

—Es abogado.

—Sí. Veo que estás muy bien informada. ¿Me has hecho espiar?

—Sí —admitió Adela sin rodeos.

Su sinceridad hizo sonreír a Carmen por primera vez.

—Sigues igual. Nunca te avergüenzas de nada. Qué suerte ser así, siempre te lo envidié.

—Me avergüenzo de muchas cosas.

Carmen suspiró y se recostó en el respaldo mullido con un gesto de dolor, como si le molestase la espalda. El camarero se acercó en ese momento con dos teteras, cuatro tazas y un plato de dorados *scones*. La mermelada de frambuesa la traía en una tarrina de vidrio y la

mantequilla, en un platito ovalado de porcelana, con su cuchillo especial.

—¿Conoces los *scones*? —preguntó Carmen—. Muy británicos. Mira, haz lo que yo. Se abren así, a la mitad, y se untan con la mantequilla y la mermelada. Después, los vuelves a cerrar. ¿Ves? Así. Y ahora prueba: una delicia.

Estaban exquisitos, en efecto, crujientes por fuera y esponjosos por dentro, con la dosis justa de dulzura y untuosidad. Adela saboreó el primer bocado con deleite. Carmen, también comiendo, la observaba.

—No has perdido eso —observó.

—¿Qué?

—Las ganas de disfrutar. La capacidad. Ni Enrique ni yo éramos así.

La mención a Enrique hizo que Adela depositase el *scone* en el plato. Fue a servirse el té.

—No te aconsejo esa tetera. Mejor la otra.

Adela hizo caso e inclinó la tetera más pequeña sobre su taza. El líquido cobrizo no humeaba y no olía a té, sino a alcohol.

—¿Es whisky? —preguntó, asombrada.

Carmen asintió.

—Las mujeres no se atreven a pedirlo sin más. Así que aquí, en el Embassy, el whisky se ha convertido en «té especial». Es la nueva España, Adela. Secretos, máscaras, mentiras que se exhiben y verdades que se ocultan.

—¿En tu caso también?

Carmen meneó la cabeza con la vista fija en su taza.

—En mi caso, ni siquiera tengo una vida que ocultar. Soy la mujer de un abogado. Me comporto como la mujer de un abogado. Nadie me hace preguntas y yo evito los problemas. No veo a nadie de antes. Excepto a mi marido, claro. Pero él ya no es tampoco el de antes. Es Joaquín, el exlegionario, el hombre de éxito. Tiene amigos falangistas, muchos. También diplomáticos, intelectuales… Y se mueve con comodidad en estos nuevos ambientes, yo creo que le gustan. Claro que él era más joven que nosotras cuando empezó la guerra. Seguramente, lo que le pasa es que ya no se acuerda.

—Si se recorrió media España a pie para evitar que lo fusilasen…, eso no se olvida. Lo que pasa es que hay que seguir adelante, y cada uno lo hace como puede.

—Es verdad. Tú, por ejemplo, parece que te las arreglas muy bien.

Adela mordisqueó otra vez su bollo inglés. Mientras masticaba, observó pensativa a Carmen. Después se bebió despacio el «té especial» de su taza.

—¿Por qué dices eso? —preguntó—. Yo vivo como siempre he vivido, matándome a trabajar para mantenerme. Por lo que me estás contando, me las arreglo bastante peor que tú. Y, aun así, te parece

raro. Pero claro, es que yo no soy de vuestra clase.

—Me sorprende, lo admito. Y es por lo que dices, sí. A ver, Adela… Justamente nosotros estábamos creando una red donde mujeres como tú podían prosperar, crecer. Pero ese no es el mundo en el que vivimos ahora.

—No. Ya no existen esas redes. Y, sin embargo, ya ves. Soy maestra. No está tan mal.

—Por lo menos, no has tenido que volver a coser.

—Coser me gustaba. A veces pienso que me gustaba más que dar clase. Sería diferente si no tuviésemos que cantar el *Cara al sol* cada día, ni recitar hasta aburrirnos el Catecismo; si hubiera margen para hacer las cosas de otra manera.

—No hay margen para nadie, Adela. En ningún lado. Y lo que tienes que pensar es en la suerte que tenemos de seguir vivas. Estamos aquí de milagro.

—Sobre eso… quería preguntarte. No sé si Enrique también…

—Era eso. ¿Todo esto es por Enrique?

En los ojos de Carmen, Adela captó una mezcla de impaciencia y resentimiento que nunca había visto en ella. Se obligó a erguirse, a echar hacia atrás los hombros y a no bajar la mirada. No había llegado hasta allí para callarse, en el último momento, la pregunta que le quemaba dentro desde hacía nueve años.

—¿Está vivo?

Una sonrisa despectiva animó por un instante los labios sensuales de Carmen, pintados de un pastoso carmín.

—No sé —fue su respuesta—. Las cosas se pusieron muy feas después de tu deserción. No por ti; tú no contabas, nunca contaste mucho, en realidad. Quiero decir…, para la causa.

Había tanto veneno en aquellas palabras que Adela sintió alivio. La sinceridad suponía un respiro en medio de la mascarada en la que se había convertido su vida.

—Yo no deserté —dijo—. La guerra había terminado, todos lo sabíamos. Y, además, es verdad…, yo no contaba. Entonces, menos que nunca.

Carmen la contempló con fijeza, desconcertada por la ausencia de ironía en su tono.

—De todas formas, ahora, ¿qué sentido tiene? —replicó, áspera—. Tú tienes tu vida, yo la mía. ¿A qué viene ahora volver a eso?

—¿No entiendes que necesite saber lo que pasó?

Carmen se echó hacia atrás y dejó caer sobre el respaldo de terciopelo rojo el peso de su espalda. El adorno de pluma y tul del sombrerito osciló sobre su cabeza.

—¿Ahora? —preguntó—. ¿Ahora quieres saberlo? Entonces no quisiste. No quisiste saber nada. Te marchaste para no saber.

—¿Y te parece raro? Claro que no quería saber. Era demasiado duro. Yo le quería, a Enrique. Nunca había querido a ningún hombre como le quería a él. Y tú, sabiéndolo, tuviste que…

—Tuve ¿qué?

—A estas alturas no me irás a negar que os liasteis. En la misión de la frontera. Hasta un ciego se habría dado cuenta.

—Liarnos.

Carmen emitió una carcajada breve, seca. Se sirvió los últimos restos del té especial y lo apuró de un trago.

Se miraron en silencio, arropadas por el coro de las conversaciones intrascendentes que llenaba el local: voces de celofán, de terciopelo, de peltre, de cristal, de violín roto. Todas femeninas.

—Nos enredamos, sí. Enrique paró el coche en una cuneta y nos desvestimos uno a otro. Todo rápido, urgente. Estaba oscurísimo y hacía frío. Fue incómodo. Pero no era placer lo que buscábamos.

A Adela se le formó un nudo en la garganta.

—No quería… No esperaba que me contases los detalles. Solo quiero entender por qué.

—No. No quieres. No quisiste entonces y ahora ya está todo muy lejos. Ya ni me acuerdo.

—¿A qué viene esto, Carmen? ¿Qué te he hecho yo? No te recordaba tan cruel.

Carmen asintió, pensativa.

—Para eso sirvió la guerra. A mí, por lo menos, me sirvió para eso: para descubrir que soy mucho peor de lo que creía.

—No es verdad. Eso es comprar el discurso de los fascistas. Es perder dos veces.

—Sí, tienes razón. Es perder cada día. Despertarte cada mañana y darte de bruces con la derrota. Sí, para mí es eso. Para ti, a lo mejor no; tú saliste indemne. No digo que no sufrieras, me imagino que tendrías tus problemas para escapar del avispero de Barcelona. ¿Adónde fuiste?

En su tono había una curiosidad que no era fingida.

Adela la miró y se tragó las ganas de llorar. Había soñado muchas veces con aquel momento: el momento de desahogarse, de contárselo todo a su amiga, a la única persona capaz de entender lo que le había pasado. Solo Carmen podía llegar a vislumbrar la verdadera dimensión de su tragedia, porque ella la conocía de antes, sabía cómo era, la había visto ilusionarse, reír, indignarse, combatir.

—Teresa Vila me había buscado un contacto en Zaragoza —comenzó en tono apagado—. Desde allí, unos camaradas me organizaron el traslado a Valladolid. Viajé con otras dos compañeras más el conductor que manejaba el camión. Todo el trayecto lo pasamos escondidas debajo de unas mantas mugrientas. Pero alguien

debió de denunciarnos… No tuvimos suerte. Nos detuvieron los nacionales a pocos kilómetros de Valladolid. Yo estaba ya a punto de dar a luz y traté de escapar, pero me cogieron.

Los ojos de Carmen, que hasta entonces habían permanecido clavados en su taza, se alzaron para encontrarse con los suyos. Su mirada estaba llena de preguntas.

—Debí de gritar y patalear mucho —continuó Adela—, porque terminé en el psiquiátrico de Santa María del Prado. Decían que había perdido la cabeza, que no estaba bien. Y yo pensé: mejor aquí que en la cárcel… Así que allí me quedé y allí nació mi hija. El sitio era un infierno, no te lo puedes ni imaginar: los chillidos que no te dejaban dormir por las noches, las pacientes atadas a las sillas, las bofetadas de las monjas… No sé si fue por culpa de ese ambiente o por otra cosa, pero, justo después del parto, me quedé ciega. Estuve ciega más de un año. Al principio nadie me creía: las monjas se empeñaron en que estaba fingiendo y en que todo era un engaño. Hasta que apareció don Avelino, un psiquiatra jubilado que de vez en cuando echaba una mano como voluntario en el hospital y que se tomó mucho interés en mi caso. Total, que ese hombre quería estudiarme y me ayudó. Es el médico del que te hablaba antes. Cuando mejoré, pasé unos años sirviendo en su casa. Incluso me echó una mano para que terminase la carrera de maestra. No era de los nuestros, Carmen, pero se portó bien conmigo. Si no hubiese sido por él, me habrían quitado a la niña.

Carmen se había rellenado la taza vacía con té «normal» y llevaba removiéndolo un buen rato. Cuando Adela terminó de hablar, sacó la cucharilla y la posó con suavidad sobre el platillo de porcelana.

—¿Tienes una hija? —preguntó.

—Sí. Es de Enrique. ¿Por qué crees que me marché? Me cuesta creer que no te dieras cuenta.

Carmen se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo de té. Cuando volvió a depositarla sobre el platillo, la mano le temblaba.

—¿Lo sabía Enrique?

—Yo no se lo dije. No, no creo que sospechase nada. Nunca fue observador.

—Lo era cuando había que hacer una vigilancia o explorar un terreno. Pero, con las mujeres, no. No era observador. —Después de un breve silencio, añadió—: Nunca se dio cuenta de lo que yo sentía.

Adela la miró a los ojos.

—Tú sí —continuó Carmen—. Tú lo sabías.

—Me lo imaginaba. Pero intentaba no pensarlo. Tú sabes cómo era todo entonces. Actuar, actuar y no pensar. Las dos hacíamos lo mismo.

—Estás muy equivocada. Yo pensaba mucho.

Adela la observó con curiosidad.

—¿Y qué pensabas? ¿Tenías remordimientos? Enrique era mi pareja.

¿Pensabas en eso?

—Claro que pensaba en eso. Puedes creerme o no, pero nunca tuve intención de «quitártelo». Lo de aquella noche en el coche no lo busqué yo. Fue algo que pasó, no estaba planeado.

—Eso lo vuelve todavía más duro. Más difícil de entender —murmuró Adela.

—¿Qué hay que entender? Un hombre y una mujer cansados y solos en mitad de la noche. Estábamos muy tensos… Fue una reacción natural.

—Puede que, según las leyes de la biología, fuese muy natural. Pero, en tus libros, la heroína nunca habría traicionado a su mejor amiga con un gesto tan «natural», ¿o sí? Esas cosas no pasaban en La Novela Ideal. Allí todo era nobleza. Sacrificio. Grandes frases. Grandes gestos. Los más puros sentimientos.

Las mejillas de Carmen se colorearon levemente de rosa bajo la fina capa de polvos de arroz. Sonrió, avergonzada.

—Es verdad —murmuró—. Eran historias estúpidas.

—Yo no he dicho eso —replicó Adela, irritada—. Lo que digo es que… Solo quiero saber por qué. Aunque supongo que no hay un porqué. Simplemente, pasó. Y a ninguno de los dos os importaban tanto mis sentimientos como para tenerlos en cuenta.

—Ahí te equivocas. Sí importaban. Cuando llegamos… ni él ni yo sabíamos qué hacer. Tuviste que notarlo.

—Lo noté. Y lo entiendo todavía menos. Enrique… no soportaba que le tocase, no soportaba que me acercase a él. Era como si yo le diese alergia. Tú no te imaginas el daño que me hacía. Y tú, casi igual. Me rehuías. Evitabas quedarte a solas conmigo.

—La culpa… Pobre Enrique.

—¿Pobre Enrique? Si se sentía culpable, podría haber sido sincero. Haberme dado alguna explicación. Podría haber pensado en lo que yo necesitaba. Pero no. Se apartó. Yo parecía una apestada, de pronto.

—No entiendes nada, Adela —suspiró Carmen—. Los apestados éramos nosotros.

Abrió el cierre metálico de su bolso y extrajo de él un par de sobres amarillentos. Los sostuvo encima del bolso, contra su regazo.

—Apestados de verdad —continuó—. Tú no estuviste allí, es imposible que lo entiendas. Pero, a lo mejor, estas cartas te ayudan.

Le tendió los sobres a Adela por encima de los platos y las tazas. Ella reconoció en la dirección la caligrafía rápida y agresiva de Enrique. Entreabrió los labios, estupefacta.

—¿De él? Pero ¿de cuándo…?

—Hará unos cuatro años. No sabía si decírtelo. Metí las cartas en el bolso en el último momento, por si acaso, pero después, en el taxi, decidí que era mejor no dártelas. ¿Para qué? Aunque claro, yo no

sabía lo de tu hija. Léelas, Adela. Son muy duras, pero léelas. Y, después, si tienes estómago, vuelve a llamarme. Podemos quedar otra vez y me dices lo que quieres hacer.

30

Abajo, en el jardín, un trapecio de luz se proyectaba sobre la masa oscura de los rosales trepadores como un tapiz de oro en el que, de cuando en cuando, se recortaban las siluetas de las bailarinas. Pero Adela lo miraba sin verlo, apretando hasta hacerse daño en las yemas las cuartillas envejecidas de Enrique.

Las había leído tantas veces que empezaban a parecerle irreales, como fragmentos de una novela. Y le hacían concebir teorías disparatadas: por ejemplo, que Carmen había falsificado la letra para hacerse pasar por Enrique, que las cartas eran una última mentira para confundirla, o que Enrique se había inventado todo lo que contaba en ellas para justificar su alejamiento.

Le habría gustado poder creerse alguna de aquellas ideas absurdas. El problema era que no podía. Conocía demasiado bien a Enrique. La ficción no era su terreno, todo lo contrario. Siempre había confiado en la acción, en los hechos que hablan por sí mismos. La contundencia descarnada de los hechos. Y, aun así, ni siquiera él, a la hora de la verdad, parecía capaz de conformarse con los hechos. En aquellas cartas se leía entre líneas un empeño desesperado por maquillarlos, transformarlos, difuminarlos en un brillante halo de heroísmo. Lo intentaba, pero no lo conseguía. Su talento para el autoengaño tenía un límite.

¿Y cuáles eran los hechos? Las cartas permitían intuirlos, aunque no los relataban en una secuencia lógica. Se detenían en pormenores sin importancia y no aludían a los porqués.

Esto era lo único que Adela había podido deducir con seguridad: Al parecer, habían recurrido al incendio porque era lo más práctico, la única forma de cumplir la misión y salir vivos. Tampoco habían tenido mucho tiempo para sopesar las alternativas. «El Barbas», a quien debían liquidar antes de que realizase su último traspaso de documentos, no se encontraba solo. El lujoso hotelito para esquiadores donde supuestamente iba a reunirse con su contacto tenía todas las habitaciones llenas. Turistas alemanes, les habían explicado. Debían de ser un grupo de esquiadores profesionales, en opinión de la hija de los dueños, que atendía la recepción. Tan altos, tan atléticos, todos jóvenes… Por supuesto, no llevaban uniforme. Ningún distintivo que permitiese relacionarlos con el partido nazi.

Enrique no entendía al principio a qué venía aquel despliegue. Parecía innecesariamente llamativo. ¿Para qué tanta gente? Carmen y él lo discutieron en el coche, antes de decidir lo del incendio. A Carmen se le ocurrió una explicación ingeniosa: aquellos hombres estaban allí como moneda de cambio. Eran el pago del partido nazi por las listas que «El Barbas» iba a facilitarles. Soldados para las depuraciones que se avecinaban. Profesionales, gente acostumbrada a obedecer órdenes sin detenerse en consideraciones morales ni dejarse arrastrar por las sensiblerías. Justo lo que más se necesitaba para actuar con rapidez y eficacia en aquel momento. En los informes sobre «El Barbas» que les habían pasado, se hablaba de su plan para «extirpar a los elementos impredecibles que podían poner en peligro una transición rápida y completa al Nuevo Régimen». Aquel escogido grupo de muchachos casi imberbes y totalmente inconscientes en su fanática adoración por Hitler eran instrumentos idóneos para lograr el objetivo.

Lo que sabían también era que el intercambio no se había producido todavía, porque «El Barbas» no había salido de su habitación en toda la tarde. Estaba con Frau Lündgrenn, su «amiga». Eso les dijo la recepcionista cuando preguntaron. La chica se llamaba Marta, y no llegaba a los dieciséis años. Era la segunda hija de los dueños. Una lástima que también hubiese muerto en el incendio.

Adela no llegaba a entender bien la secuencia de los acontecimientos, porque Enrique no había escrito aquellas cartas para reconstruirlos. Las dos iban dirigidas a Carmen, que ya los conocía. Por eso, Enrique ofrecía una narración incompleta, trufada de lamentos y justificaciones. A lo mejor podrían haber esperado al día siguiente. Podía haber surgido la oportunidad. Enrique creía que lo previsto era que «El Barbas» entregase los documentos al final de su encuentro con la delegación nazi, probablemente en el transcurso de una cena. Había una cena especial programada, también de eso se enteraron en la recepción. Si hubiesen esperado…

Sin embargo, él mismo se contestaba que no habría sido sensato asumir ese riesgo. La prioridad era que la entrega de los documentos no se efectuase. Había cientos de vidas en juego: todas las de los brigadistas alemanes que aparecían en aquellas listas y que habrían caído en cuanto el cabecilla de los sonrosados esquiadores hubiese puesto el pie en Berlín. Y sí, era una lástima lo de las otras muertes. Aquella cría, Marta; su hermana, a la que habían oído chillar desde el coche, atrapada en una de las habitaciones de arriba. Los padres, el personal de la cocina, el botones. Y, por supuesto, la media docena de falsos esquiadores: el regalo que los nazis tenían preparado para «El Barbas». «A esos no hay que dedicarles ni un pensamiento, Carmen —decía Enrique en la primera carta—. Eran soldados. Y estaban en el

bando equivocado».

Aun así, Carmen había vomitado dos veces en el trayecto de vuelta. Y la segunda vez, cuando Enrique le pidió que regresase al coche, se negó. Como no había forma de convencerla, él terminó metiéndola a rastras en el vehículo. Forcejearon. Para calmarla, la besó. Se abrazaron convulsos, como náufragos, había dicho Carmen. Lo demás, ella ya se lo había contado en el Embassy.

Solo que, ahora, Adela, por fin, entendía. Ni Carmen ni Enrique estaban preparados para convertirse en asesinos. Una cosa era quitar de en medio a traidores como «El Barbas» y otra quemar vivas a veinte personas porque no había otra manera de cumplir la misión, o ellos no la habían visto.

Entendía por fin los silencios de aquellas últimas semanas en Sant Sebastià, la mirada huidiza de Enrique, su expresión acartonada, falsa. Le había exigido a Carmen que no contase nada de lo ocurrido. Y Carmen tenía sus propios motivos para callar. Se tragaron el horror de aquella noche los dos solos, y a Adela la excluyeron. Como si, de esa manera, pudiesen protegerla. ¿De qué? ¿De la verdad? Como si ella no pudiese soportarla, como si fuese una niña…

Del aula de *ballet* le llegaban los compases del piano: música para ensayar, monótona y machacona como un disco rayado, que reproducía con variaciones insignificantes la misma sucesión de notas. Parecido a lo que ocurría en las cartas. Se imaginaba a Enrique en su exilio de Londres, mirando por la ventana hacia una plaza de árboles grandes y frondosos, escuchando las voces de los niños mientras trataba de idear, con la estilográfica en la mano, cómo pasar página, cómo cerrar las heridas. Párrafo a párrafo, si se leía entre líneas, iba quedando claro su propósito al escribir. Quería saber. Preguntaba por Adela. ¿Alguna noticia suya?

Suponía que Carmen habría contestado a las cartas, aunque ella no le había contado nada al respecto. Le habría dicho la verdad: que no sabía nada de Adela, que no había vuelto a verla. Pero en la segunda carta no se limitaba a preguntar. Suplicaba. Le pedía a Carmen que hiciese averiguaciones, que intentase contactar con Jaume Vila, el pintor, o con su hermana. Si alguien conocía el paradero de Adela, tenía que ser Teresa Vila. El propio Jaume suponía que era Teresa quien había ayudado a Adela a escapar. Así se lo había dicho a ambos al final, cuando se abrazaron para despedirse. En aquel momento, Enrique se sentía demasiado desorientado para querer hacer averiguaciones. Pero el tiempo había pasado, los recuerdos del incendio ya no eran heridas, solo viejas cicatrices. Él había encontrado trabajo como reportero de sucesos. El clima de Londres le deprimía, pero apreciaba la libertad del anonimato absoluto, la sensación de poder comenzar de nuevo. Si encontraba a Adela, si ella se animaba a

salir del país… Enrique dejaba aquellas frases sin terminar. Hipótesis suspendidas en el vacío. Todas las respuestas, al final, dependían de ella.

Se oyeron voces infantiles en el jardín y las luces del aula de danza se apagaron. Adela se guardó apresuradamente las cartas en el bolso, metió las muestras de sus alumnas en la carpeta azul y, con ella bajo el brazo, fue a descolgar el abrigo del perchero. Bajó a toda prisa las escaleras. No quería hacer esperar a Lucía.

Las otras madres aguardaban en el vestíbulo a que sus hijas se cambiasen. La mayoría eran mujeres jóvenes y bien vestidas. Entretenían la espera charlando unas con otras. Parecían contentas con sus vidas.

Un par de ellas saludaron a Adela con una sonrisa. Si se quedaba allí el tiempo suficiente, quizá llegara a trabar amistad con algunas. Sería bueno para Lucía… Tenía que enterarse de quiénes eran las niñas con las que se llevaba mejor e intentar acercarse a sus madres.

Lucía salió de las primeras, ya con el abrigo puesto. Justo en el mismo momento, se abrió la puerta de la salita privada de Mercedes y emergió don Marcos. Detrás, con gesto adusto, apareció la propia directora.

—Adela. La estaba esperando —saludó él, aproximándose.

En público siempre tenía buen cuidado de guardar las apariencias. La trataba de usted y lograba que sonase perfectamente natural.

Adela murmuró un saludo. Sentía los ojos de Mercedes fijos sobre los dos, indagadores. Por fortuna, tampoco ella olvidaba que estaban en público, y su principal interés, en aquel momento, consistía en cultivar la buena relación con las madres de sus alumnas.

—Parece que Marcos tiene algo que hacer en la zona de Atocha —comentó, hablando con rápida desenvoltura—. Me ha dicho lo que era, pero no me he enterado bien. Algo de recoger no sé qué. Total, le pilla de camino acompañaros. Mañana nos vemos, ¿eh, Lucía? Isabel, preciosa, no te he dicho lo bien que te queda ese abrigo… ¿Es nuevo?

Las últimas palabras iban dirigidas a otra de las niñas. La madre contestó por ella. Adela y don Marcos dejaron a Mercedes en medio de su ofensiva diplomática y se dirigieron hacia la puerta, seguidos a cierta distancia por Lucía.

Ya en la calle, caminaron hacia la parada del tranvía. La niña iba casi todo el rato a la derecha de su madre, pero cada vez que la acera se estrechaba, pasaba delante.

—No esperaba verte ahí —dijo Adela, cuando por fin se decidió a hablar.

—Pareces enfadada —replicó Marcos, eludiendo contestar a la pregunta implícita en aquella afirmación—. ¿Por qué? ¿Te ha pasado algo?

Lucía saltaba sobre la acera para evitar pisar las rayas. No daba la impresión de que estuviese atendiendo a la conversación.

—Tú sabías lo de la muerte de Manuel, ¿verdad? El otro día, cuando fuimos al Botánico… Cuando me hablaste… Lo sabías.

—Sí. —Durante unos segundos continuaron caminando en silencio—. Quería decírtelo. Para eso te pedí que quedásemos. Pensé que sería mejor… si te lo decía yo. ¿Cómo te has enterado?

—Por una carta de Olvido que recibió Lucía. De todas formas, habría preferido saberlo por ti. ¿Cómo es que al final no me lo contaste?

—Me salió hablar de otras cosas. Cosas que no tenía pensadas. Pero no me arrepiento.

Habían llegado a la Gran Vía. La luz de las farolas se reflejaba en el humo de los tubos de escape de los coches, dejando detrás de cada uno una estela de resplandor anaranjado.

—¿No lo tenías pensado? ¿Fue una improvisación?

—Una improvisación, no. Me había imaginado muchas veces lo que te diría… si alguna vez reunía el valor.

—Sonabas tan seguro…, tan convencido…

—Porque lo estoy. ¿Y tú, Adela? El otro día, me pareció que sí. No quiero presionarte, solo dime… Dime que no me equivoqué del todo.

Adela intentó recordar cómo se había sentido después de la conversación del Botánico. Vio en su mente otra vez el mapa desplegado sobre la cama de la pensión, su dedo índice contorneando los bordes de las islas Canarias, una por una. Parecía que hubiera pasado un siglo desde entonces.

—No he podido pensar en ello como me gustaría —contestó—. Han pasado muchas cosas. He visto a Carmen. Mi amiga de Barcelona, la escritora.

—Ah. —Marcos hizo una pausa, suponiendo que ella agregaría algo más. Al ver que no lo hacía, continuó—. ¿Y fue bien? ¿Cómo la encontraste?

Estaban llegando ya a la parada. Hacía bastante rato que había pasado el último tranvía y se había formado una cola de una docena de personas que aguardaban para coger el siguiente. Los tres se pusieron al final. Lucía miró hacia su madre, y Adela captó la curiosidad pintada en su rostro.

—No sabría decir —contestó—. Tengo algunas cosas que solucionar con ella. Cuando las resuelva, seguiremos con la conversación del Botánico.

—Entonces, soluciona todo eso cuanto antes —contestó el sacerdote casi con aspereza—. Ya hemos esperado mucho, Adela. Y, no sé tú, pero yo estoy harto de esperar. Quiero empezar a vivir.

31

—En ese montón he puesto los ejemplares de *Corazón,* de Amicis —dijo Armando, señalando una pila de unos veinte libros sobre el mostrador—. He escogido los que estaban en mejor estado. A Amicis no le pondrá pegas su directora.

—Es una mujer bastante abierta. Aunque los de Celia, no sé… De todos modos, me los voy a llevar —dijo Adela, cogiendo un ejemplar de *Celia en el mundo* y abriéndolo para echar una ojeada a las ilustraciones.

—¿Los de Cuchifritín los has leído, Lucía? Es el hermano de Celia —preguntó el librero mirando a la niña—. Y luego están los de Matonkikí, también de Elena Fortún. Aunque suelen gustar menos.

—¿Y revistas de *Mis chicas* no tiene? —preguntó Lucía.

—Eso es en los quioscos —le explicó Adela sonriendo.

Antonio, que estaba ayudando a Adela a seleccionar los ejemplares para la biblioteca del Santa Teresa, se volvió a mirar a Lucía con aire misterioso.

—Si te gusta *Mis chicas,* conocerás a Antoñita la fantástica…

—Son mis historietas favoritas de la revista. La última me la dejó una niña del colegio.

—Pues tengo una primicia para ti. Borita, que es la autora, las va a publicar también en forma de libros. Y, además, Antoñita va a tener su propio programa en Radio Madrid.

—¿Usted la conoce? ¿Voy a poder conocerla? —preguntó Lucía juntando las manos en un gesto implorante.

Armando miró al techo escandalizado, mientras Antonio y Adela reprimían una sonrisa.

—A Antoñita no puedes conocerla porque no existe —explicó Antonio—. Pero sí puedes conocer a Borita Casas, que es su creadora y la que le va a poner voz en la radio. Yo conozco a una compañera suya de la emisora, Josefina Carreras. Puedo organizar algo para que nos la presente.

—¡Sería un milagro!

—Pues mira, sin milagros ni nada, da la casualidad de que tengo ahí atrás seis o siete números de *Mis Chicas* que me han llegado con uno de los últimos lotes —intervino Armando—. Si quieres, te enciendo una luz en la trastienda y te entretienes un rato con ellos.

Lucía se mostró encantada con la idea y el librero se la llevó a buscar las revistas. Antonio y Adela se quedaron solos ante el mostrador.

—No parece tan mal trabajo —observó Antonio—. Que te paguen por comprar libros para un colegio.

—Esto es solo una ocurrencia de Mercedes. La mujer se ha tenido que devanar los sesos para encontrarme cosas que hacer, porque he llegado cuando ya tenía la plantilla al completo.

—Un enchufe de alto voltaje. Y, aun así, no estás contenta.

—No es eso. Las clases me gustan, las niñas son muy educadas. Y Mercedes… No tengo nada malo que decir de ella. Pero todo lo que hace por mí no es por ayudarme, en realidad.

—Entonces, ¿por qué es?

—Pues… para ganarse el Cielo, supongo. Para agradar a Jesús… y también para agradar a don Marcos. Ya sabes, el sacerdote.

—Tu amigo.

Desde la trastienda les llegaba la conversación entre Armando y Lucía. El librero le estaba enseñando los fósiles.

—Pero no lo entiendo. ¿Estos caracoles de piedra no los ha hecho nadie? —preguntaba Lucía asombrada—. ¿No son como estatuas pequeñas?

—No. Son animales de verdad que se quedaron enterrados bajo gruesas capas de sedimentos en condiciones propicias para mineralizarse. Es como si se hubieran vuelto de roca.

—¿Qué son sedimentos?

—Buena pregunta…

La conversación llevaba camino de alargarse. Antonio consultó su reloj.

—Si hemos quedado con Carmen a la una, vamos a tener que ir saliendo ya. Armando se puede quedar con la niña, si quieres. Ya ves que se llevan de maravilla.

—No. Carmen me insistió en que quería conocerla. Ya volveremos otro día por aquí. Así terminamos de cerrar lo del pedido del colegio.

—Pues, ese día, yo me llevo un rato a Lucía para que tú puedas hablar con Armando de Fanny.

Adela tardó un momento en recordar quién era Fanny. Se refería a Federica Montseny.

—No estoy segura de querer hablar de eso —murmuró—. ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

—Solo que, cuando estés lista, vengas y se lo digas.

—¿Lista para qué?

Antonio meneó la cabeza con una sonrisa incómoda.

—Si te digo la verdad, yo tampoco sé si quiero saberlo. Mejor vienes un día y lo hablas tranquilamente con él. Que te diga lo que te tenga

que decir, pero sin testigos. Bueno, ¿vamos?

Adela llamó a Lucía, la ayudó a ponerse el abrigo y se despidieron de Armando.

Bajaron por la Cuesta de Moyano. En el Paseo del Prado detuvieron un taxi. Antonio sostuvo la puerta para que madre e hija entrasen en el vehículo, pero a la hora de seguirlas, se quedó allí de pie, indeciso.

—¿Qué, usted viene o no viene? —preguntó el taxista impaciente.

—No sé —contestó el editor mirando a Adela—. ¿Tú crees que es buena idea?

—Sí. Prefiero que estés conmigo.

Antonio consiguió introducir sus largas piernas en el asiento libre. Se sacó del bolsillo la nota que le había dado su secretaria y leyó la dirección en voz alta. El taxi arrancó con un zumbido de motor viejo. Adela tuvo que recordarle al conductor que no había bajado la bandera. El hombre lo hizo de mala gana.

—¿Sabe que los taxímetros ya existían en la antigua Roma? —le dijo Antonio—. Era un mecanismo unido al eje de una carreta que, a medida que iba rodando, iba liberando unas bolas. Al final, el conductor de la carreta contaba las bolas que se habían soltado y calculaba el precio de la carrera.

El taxista buscó la mirada de Antonio a través del retrovisor.

—Qué cosas se aprenden en este oficio —comentó, asombrado—. Más que en la universidad. Cuando se lo cuente a mis compañeros, esto de los romanos, van a creer que les tomo el pelo.

—Pues le doy mi palabra de que es verdad.

Lucía, mientras tanto, iba enfrascada en el ejemplar de *Mis chicas* que le había regalado Armando.

—¿Por qué te gusta tanto esa Antoñita? —preguntó Adela—. A mí me parece remilgada y cursi.

—Me gusta porque habla con las lámparas y con las velas de su cumpleaños. Porque hace viajes a países mágicos… ¡y hasta ayuda a los Reyes Magos!

Adela miró a Antonio por encima de la cabeza de Lucía y él se encogió de hombros.

—A mí me suena un poco a Celia —dijo.

—Sí. Pero con los nuevos valores. Antoñita es muy de ahora —recalcó Adela, no sin cierta mordacidad.

—Alguna vez he pensado en publicar una revista en la línea de *Mis Chicas* —comentó Antonio, mirando pensativo por la ventanilla—. Parecida, pero distinta. Quiero decir, justamente en… el tono. Los valores.

Se detuvo porque no quería añadir nada que pudiese sonar sospechoso de deslealtad al Régimen en presencia del taxista. Él se percató de ello.

—Los valores de ahora ya se los resumo yo: todo para los de siempre y nada para el trabajador. Pero yo no he dicho nada. Si me acusan de algo, lo negaré.

Se volvió y le hizo un rápido guiño a Lucía. La temeridad del hombre sorprendió mucho a Adela. Tanto que casi le pareció sospechosa. Y, a juzgar por la mirada de Antonio, él debía de estar pensando lo mismo… Por precaución, eludieron los temas políticos durante el resto del trayecto y se centraron en el proyecto de revista juvenil femenina que había esbozado Antonio.

—Estoy pensando en una publicación muy variada —continuó el editor—. Con historietas cómicas, relatos, una sección de cartas de las lectoras, otra de consejos prácticos…

—Y una sección de ciencia —sugirió Adela—. No sé por qué, siempre se asocia la ciencia a los hombres, pero en todo el mundo hay cada vez más mujeres científicas. Incluso aquí.

—Es verdad. Como Madame Curie —intervino Lucía—. A mí me gustaría ser científica también, como ella. O médico.

—Pues es verdad, una sección de ciencia no estaría nada mal —opinó Antonio—. Seguro que hay muchas niñas como Lucía que quieren ser científicas, y no encuentran modelos ni referencias.

—Se podría incluir también una biografía de una mujer importante en cada número —propuso Adela con una animación inusual en la voz—. Pintoras, escritoras, filántropas… Pero intentando que el tono no fuese demasiado didáctico. Que a las niñas les resultase divertido.

—Nunca se ha hecho algo así —dijo Antonio, pensativo—. Pero yo creo que tendría buena acogida.

—También podría haber un apartado sobre animales. A los niños nos gustan las curiosidades sobre animales —se le ocurrió a Lucía—. Bueno, y sobre plantas también.

—Una sección de naturaleza. ¡Qué buena idea! Choca esos cinco.

Antonio le ofreció la palma grande y extendida, y Lucía estampó en ella su mano pequeña.

—Pero ¿y la censura? —preguntó Adela—. ¿Tú crees que habría problemas?

—No creo —opinó Antonio—. No pueden ver nada objetable en hablarles a las niñas de animales, de mujeres ilustres, de ciencia… Pienso que se podría hacer, Adela. No solo eso: pienso que podríamos hacerlo bien.

—Me estás incluyendo —observó Adela con una sonrisa.

Antonio también sonrió.

—Por supuesto. No me imagino esa revista sin ti.

—Hemos llegado —anunció el taxista, aparcando junto a una acera estrecha y adornada con árboles todavía jóvenes—. Es esa casa de enfrente. ¿Quieren que les espere?

—No hace falta —dijo Adela.

Antonio pagó la carrera mientras ella y Lucía salían del taxi. Se encontraban en una avenida moderna, flanqueada de chalés y vacía de tráfico. Junto a la verja de hierro del número 25 había un timbre dorado. Adela lo apretó.

Enseguida acudió a abrir una chica de rostro moreno con uniforme y cofia.

—Buenas tardes. La señora los está esperando en el salón de atrás. Vengan conmigo.

Los guio a través del vestíbulo hasta un corredor amplio al que daban varias puertas. Llamó a una de ellas, que era más grande que las demás y acristalada. Al otro lado, la voz de Carmen los invitó a pasar.

La doncella se hizo a un lado, y entraron en una salita con grandes ventanales que daban a un jardín. En él se veía una piscina vacía rodeada de estatuillas que representaban distintas deidades del panteón griego o romano. Detrás, se alzaba una muralla de cipreses muy juntos, como husos oscuros apuntando hacia el cielo.

Carmen se levantó del sofá en el que estaba bordando para ir a su encuentro. Saludó a Adela con una inclinación de cabeza y a Antonio le tendió la mano.

—Así que es usted mi editor —dijo, con una sonrisa—. Qué habrá pensado de mí, con tanto misterio.

—Bueno… Hay muchos escritores que prefieren mantener el anonimato —contestó Antonio en tono afable—. Aunque yo espero hacerle cambiar de idea sobre esa cuestión. Sus novelas se venden bien, tienen mucho éxito. Pero correríamos menos riesgos si evitásemos «maquillar» antiguas historias y publicásemos otras totalmente nuevas.

—Ya. Le he puesto en una situación incómoda, pero es que la idea no fue mía.

Mientras hablaba, Carmen le había tendido la mano a Lucía para estrechársela formalmente y, con un gesto, los había invitado a todos a sentarse. Lucía no tuvo inconveniente en ocupar el lugar vacío en el sofá junto a su anfitriona. Adela eligió una butaca situada frente al sofá, detrás del cual se hallaban las ventanas, y Antonio acercó una silla para instalarse a su lado.

—Me pidieron permiso para usar los libros, pero no me dieron muchos detalles —continuó explicando Carmen—. Yo estoy muy desconectada de… mis amistades de antes… Pero la idea de ayudar un poco «en la distancia» no me pareció mala. Por eso dije que sí.

—¿Quién te lo propuso? —preguntó Adela, con curiosidad.

—María Lafitte, la condesa. Es muy activa en los círculos literarios, todo el mundo la conoce… y es una de esas personas que ayuda a

poner cosas en marcha, a pasar a la acción. Un «catalizador», como habríamos dicho en los viejos tiempos. Sobre todo, cuando se trata de iniciativas de mujeres. Cree de verdad en la causa del feminismo, aunque sea una mujer de derechas.

—Pero, si es de derechas… ¿Qué hace colaborando con…, bueno, con «Fanny»? —preguntó Adela.

—No es la lucha de antes —contestó Carmen—. Es una pequeña red solidaria entre mujeres, sin muchas pretensiones. Al menos, es lo que me explicó a mí. Con «Fanny», como tú la llamas, no he hablado nunca directamente. Tengo entendido que vive en Francia y viene muy poco a Madrid. Su actividad se centra más en Barcelona.

Mientras hablaba, Carmen no dejaba de mirar a Lucía, que balanceaba los pies en el sofá con aire de persona mayor.

—¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? —preguntó.

—Voy a cumplir nueve —dijo la niña, clavándole sus grandes ojos claros.

—Me recuerdas mucho a una persona que conocí —dijo Carmen.

Lucía enrojeció ligeramente. Seguramente había intuido que se refería a su padre, pero no lo dijo.

—¿Puedo ir a ver la piscina? —preguntó.

—Está vacía, pero puedes salir a dar una vuelta si quieres. ¿Ves la puerta de cristal detrás del piano? Solo tienes que empujarla y estarás en el jardín. Le he dicho a Emilia que prepare chocolate con bizcochos. Cuando esté listo irá a buscarte, ¿qué te parece?

Lucía miró a su madre, que hizo un breve gesto de asentimiento.

—De acuerdo —dijo, y rodeando el piano salió por la puerta que le había indicado la dueña de la casa.

A través de la cristalera, Adela la observó acercarse a la piscina y agacharse en el borde, mirando hacia el interior.

—Es una niña preciosa —comentó Carmen.

—Sí. Se parece mucho a Enrique, ¿verdad?

Adela hizo la pregunta buscando la mirada de Carmen. Antonio, por su parte, no sabía hacia dónde mirar.

—Se parece, sí —admitió Carmen—. Pero no sé si es momento…

—Antonio sabe que somos amigas de los tiempos de Barcelona. Si he dado contigo, ha sido gracias a él. No pasa nada por pronunciar el nombre de Enrique, Carmen. No es ningún crimen.

—Claro que no lo es —replicó la anfitriona, forzando una sonrisa—. Y te agradezco que hayas traído a Lucía. Me ha emocionado verla.

La doncella llamó a la puerta y, cuando Carmen le dio permiso, entró con un carrito sobre el que oscilaban una chocolatera de cerámica, cuatro tazas grandes y un plato de bizcochos de soletilla.

—Déjalo ahí, Emilia, ya lo sirvo yo, gracias.

La muchacha se retiró con una breve reverencia. Carmen se levantó

para ir hacia el carrito y llenar las tazas.

—Yo se lo llevaré a Lucía —se ofreció Antonio—. Y me llevo el mío también. Así nos lo tomamos al sol, charlando de nuestras cosas.

Con una taza en cada mano, se dirigió hacia la puerta acristalada, mientras Adela y Carmen lo seguían con la mirada.

Una vez que salió, Carmen sirvió una tercera taza y se la acercó a Adela. Después, volvió a ocupar su asiento en el sofá. Durante unos segundos, ninguna de las dos habló.

—En lo que más se le parece es en los ojos —murmuró finalmente Carmen.

Adela abrió el broche del bolso y sacó las dos cartas. Se las tendió. Carmen alargó la mano para cogerlas.

—A veces pienso que debería haberlas quemado —dijo, casi para sí misma.

—A lo mejor sí.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron.

—Debió de ser horrible —musitó Adela—. Lo siento.

Carmen asintió. En sus labios se dibujó una sonrisa ausente.

—Lo más duro es darte cuenta de que no eres mejor que ellos. Crees que lo eres, pero llega el momento, te toca hacer algo monstruoso y lo haces. Y todo se rompe.

—Puede que nosotros no fuésemos mejores que ellos, pero nuestra causa sí lo era.

—No, Adela. Ninguna causa es mejor que las personas que la defienden.

Carmen se levantó a guardar las dos cartas en el cajón de una cómoda que había a la derecha del sofá. Después de cerrarlo, se quedó unos instantes contemplándose en el espejo que había encima.

—¿Quieres a tu marido, Carmen?

La pregunta de Adela le hizo volverse. Regresó al sofá, cogió la taza de chocolate y la removió un instante con la cuchara.

—Creo que sí —contestó, despacio—. Es un buen hombre. Sin él, no sé qué habría hecho. Pero a mí se me acabó todo aquella noche con Enrique. Se me acabó todo. El amor, la fe en algo mejor, las ganas de luchar… Me quedé sin nada. Murieron veinte personas. Matamos a veinte personas. Dos eran prácticamente unas niñas. ¿Tú crees que después de eso se puede querer algo? Yo estoy viva porque sí. Porque ni siquiera he tenido fuerzas para otra cosa.

—No digas eso. Tú lo tienes todo para querer vivir. Eres inteligente, tienes cultura y la ambición de mejorar las cosas. Para mí eras un modelo. Me cambiaste la vida; yo no habría estudiado, no habría hecho nada si no te hubiera conocido.

—Seguramente, si no me hubieses conocido, te habría ido mucho mejor.

—Eso no es verdad —protestó Adela con un destello de rebelión en los ojos—. A pesar de todo, del sufrimiento, de la angustia…, yo no me arrepiento de lo que hicimos. Ayudamos a mucha gente. No puedes haber olvidado eso.

—Para ti es distinto. Tú no mataste a nadie.

Adela dejó la taza, se levantó de su butaca y fue a sentarse en el sofá junto a Carmen. Le cogió una mano entre las suyas.

—Escúchame. Esas muertes fueron responsabilidad vuestra, pero también mía, también de los demás —dijo Adela—. No tienes que seguir cargando con ellas tú sola. Yo también, a partir de ahora. ¿Me oyes? Estoy aquí para eso.

—Ya. Por si no tenías bastante…

Se sonrieron a través de las lágrimas.

—Carmen, es lo que tenemos. Podemos odiarnos a nosotras mismas el resto de nuestras vidas o podemos hacer algo con ellas.

—¿Todavía crees que podemos hacer algo, aparte de sobrevivir?

—Lo creo, sí.

Ella misma se sorprendió al decirlo. Descubrió en sus palabras una fe que ni siquiera sabía que tenía. Y debieron de sonar muy convincentes, porque la expresión de Carmen se transformó. De pronto, reflejaba esperanza.

—Pero tendría que ser todo en la sombra. La clandestinidad. No sé si me quedan fuerzas para eso —murmuró.

—No, Carmen. Yo no quiero eso. Ya estoy harta de mentiras y de sombras. Eso no.

—Y entonces, ¿qué? Habría que empezar de cero, en otro país… Como Enrique. Y, hablando de eso, si tú quieres… Podríamos contactar con él a través de la redacción de su periódico. Déjame que haga la gestión.

—No sé, Carmen. Él tendrá su vida ahora…

—Supongo. Pero tiene que saber que tiene una hija. Y entre vosotros queda una conversación pendiente. Déjame que lo intente. ¿Me dejas?

A Adela se le llenó de mariposas el estómago. Enrique siempre le había provocado esa clase de vértigo. Como cuando empiezas a bajar en una noria.

—No me importaría hablar con él —dijo—. Sería una manera de cerrar heridas.

O de abrirlas, se dijo a sí misma. Pero, de momento, prefería no atormentarse con esa posibilidad.

32

—A este paso, vamos a terminar recorriendo juntos todos los cafés de la ciudad —dijo don Marcos.

Adela sonrió.

—Es lo que pasa cuando no se tiene otro sitio adonde ir.

Acababan de instalarse en una mesa del café Gijón después de esperar casi un cuarto de hora en la barra a que quedase un sitio libre. La mayoría de los clientes eran hombres. Al fondo había un grupo de seis o siete jóvenes que hablaban alto y reían mucho.

—Aquí se hacen muchas tertulias literarias —explicó el cura—. Y si estuviésemos al día, seguro que reconoceríamos a algunos escritores. Mira, mira a ese que está solo en la mesa de la ventana. Es de los asiduos, se apellida Cela. Lo conozco porque es de mi tierra.

Adela recorrió con los ojos las cortinillas de terciopelo de la pared, los paneles de mármol, los globos luminosos de las lámparas. El humo del tabaco formaba una neblina que se tornaba espesa en la zona de la barra. El tintineo de vasos, tazas y cubiertos se mezclaba con la animación de las voces.

—Qué seguros parecen —dijo—. Qué satisfechos de sí mismos.

A don Marcos le hizo gracia la observación.

—¿Tú crees? Eso es más bien la apariencia. Debajo de toda esa seguridad hay mucha vanidad herida, muchas envidias… y alguna puñalada trapera.

—Puede ser.

Las conversaciones componían una curiosa sinfonía de voces masculinas. Las había engoladas y espontáneas, agresivas, socarronas, didácticas y vociferantes. Resultaba curioso el apremio, la impaciencia con la que se solapaban unas con otras, como si no pudieran esperar para soltar lo que tenían que decir.

Los ojos de Adela regresaron a don Marcos y descansaron en su mirada directa, limpia.

—Habría preferido volver al Botánico —confesó—. Lástima que cierre tan pronto.

—Si prefieres que salgamos a caminar…

—No. Aquí estamos bien.

El camarero se acercó con los cafés y una jarrita de agua con dos vasos, cortesía de la casa. Don Marcos lo observó mientras se alejaba,

y luego buscó los ojos de Adela. Se le veía nervioso.

—Pensé que tardarías más tiempo en decidirte —comenzó—. Quiero decir… Me sorprendió que me llamaras para quedar. Yo he dado por supuesto que es porque has decidido algo, pero a lo mejor no.

Adela cogió un terrón del azucarero y lo sumergió hasta la mitad en el café, sujetándolo con dos dedos. Observó abstraída cómo el líquido marrón ascendía, reblandeciendo el azúcar hasta disolverlo.

—Sí, he decidido —dijo—. Pero no sé por dónde empezar ni cómo explicarlo bien.

El sacerdote sonrió ampliamente. Aquellas palabras le habían sonado alentadoras.

—Bueno, espera un momento —interrumpió—. Antes de que digas nada, tengo que contarte una cosa. Tú sabes que estoy haciendo la tesis, y hace tiempo que solicité una beca para terminar la investigación en Roma. El obispado de León me puso muchas trabas, pero, mira, no sé cómo, al final resulta que me la han dado.

—¿La beca?

—Sí. Si aceptase, tendría que irme a Roma casi enseguida. Me ofrecen alojamiento en una residencia y acceso a la biblioteca Vaticana. No está mal.

Intentaba restarle importancia a la noticia, pero a Adela no le engañaba su tono modesto, ligero.

—Eso es maravilloso, Marcos. ¿Cómo no vas a aceptar? Si es lo que querías…

Algo en la voz de Adela hizo que el rostro del sacerdote se ensombreciera.

—Es lo que quería, sí —dijo, bajando la voz—. Pero hay algo que quiero mucho más. A ti.

Ella no contestó. Deseaba disfrutar un instante en silencio del cosquilleo acariciador de aquella confesión. Quería arroparlo bien en el recuerdo de los mármoles y los terciopelos del café, de las voces, que parecían tan remotas de pronto, del olor del tabaco. Así nunca se le borraría de la memoria.

—No dices nada —murmuró el sacerdote—. ¿Es porque tú no quieres lo mismo?

Adela le sostuvo la mirada.

—No. No es por eso.

En el rostro de don Marcos vio el incendio de impaciencia y esperanza que prendían sus palabras. Sintió lástima. Por él, por ella misma, por la injusticia irreparable de todo aquello. Al menos, no se quedaría con el resquemor de no haber sido clara. Aquel hombre merecía sinceridad.

—Yo quiero lo mismo, Marcos. Lo quiero con todo mi ser. Con la piel, con el alma. Pero no lo quiero a cualquier precio.

A él se le crispó la sonrisa.

—No te entiendo…

—No quiero hacerme pasar por el ama del cura, por su prima o su hermana o qué sé yo. No quiero una doble vida. No quiero que Lucía crezca en medio de indirectas, rumores y falsas verdades. Y tampoco lo quiero para ti… ni para mí.

—Ya sé que no es la situación ideal. No soy un ingenuo. Me hago cargo de lo duro que resultaría. Sobre todo, para ti. Pero tendríamos nuestra vida juntos y eso lo compensaría todo. Yo sé lo que te estoy pidiendo, Adela, y sé los sacrificios que implica. Pero ¿te has parado a pensar en lo que sería llegar a casa y tenernos uno a otro? A lo mejor es que yo no he sabido hacerte entender lo que puedo darte. Lo que quiero darte. Que es todo, Adela. Todo lo que puede sentir e imaginar y desear un hombre. Yo quiero poner mi vida en tus manos. Quiero pertenecerte. Sobre todo, quiero hacerte feliz.

—Ya lo sé —contestó Adela con suavidad—. Pero, tal y como son las cosas, eso no es posible. Tú no puedes hacerme feliz, Marcos. Ni yo a ti.

—¿Por qué no? —preguntó él con la voz terca y herida de un adolescente.

Adela se odió a sí misma en ese momento. Odió su lucidez, su sensatez, su incapacidad para engañarse y creerse la protagonista de un sueño.

—Porque no podemos vivir una mentira, ni tú ni yo —se obligó a explicar—. No estamos hechos para eso. Nadie está hecho para la mentira, es una violencia insoportable. Y luego están las renuncias. Lo de la beca, que es lo que siempre has querido… ¿Cómo vas a renunciar a eso?

—Deja que decida yo a lo que puedo o no puedo renunciar —replicó don Marcos en tono áspero.

Se llevó la taza a los labios y probó un sorbo de café. La taza temblaba. Ayudándose con la otra mano, la depositó nuevamente sobre el plato.

—El padre de mi hija está vivo —soltó Adela por fin.

Don Marcos esbozó una sonrisa desganada. Desvió la mirada hacia la barra, donde un cliente anciano bromeaba con los camareros a cuenta de una propina.

—¿Está en la cárcel? —preguntó.

—No. Consiguió salir. Vive en Londres.

—Te lo ha contado esa mujer, Carmen.

—Sí. Tiene algunas cartas suyas.

Los ojos de don Marcos regresaron al rostro de Adela.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó en tono neutro.

—Carmen cree que debo contarle lo de la niña. Veremos.

—¿Te has planteado irte con él?

—No me he planteado nada. Han pasado nueve años. Todo ha cambiado. Él tendrá ya su vida.

—O no. ¿A qué se dedica, en Londres?

—Trabaja en un periódico. Siempre fue un superviviente. Se las estará arreglando bien.

—Entiendo —dijo don Marcos con lentitud.

Callaron de nuevo. Resultaba extraño mirarse en silencio en medio de aquel festival de voces ansiosas por imponerse a las demás y quedar por encima. En cierto modo, el ruido ayudaba a soportar el dolor de mirarse así por última vez. Era casi un alivio.

—Si te vas a Londres, no tendrás que llevar una doble vida —murmuró él finalmente—. Podrás trabajar. Y, para Lucía, todo serán ventajas.

Dijo todo aquello sin ironía ni amargura. No estaba pensando en sí mismo, sino en Adela.

—De todas formas, ya había tomado mi decisión antes de saber lo de Enrique —quiso aclarar Adela.

Eso pareció dolerle.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible que hayas necesitado tan poco tiempo? Ni siquiera te lo has planteado en serio. Ni siquiera eso.

—Te equivocas. Me lo he planteado. Lo he soñado. El otro día, Lucía me pilló con un mapa extendido sobre la cama. Estaba mirando las Canarias.

Don Marcos alargó la mano y la puso sobre el dorso de la de Adela. La retuvo así, firme, pero sin apretar.

—Estás asustada. Es normal, yo también lo estoy. Te da miedo, pero no puedes dejar que el miedo nos destroce la vida a los dos. Tú no hiciste la revolución para eso.

—Yo no hice la revolución para terminar como amante clandestina de nadie. La hice porque quería ser libre.

—Ya. Pero no salió bien. Y no creo que ahora mismo te puedas considerar muy libre.

—Ahora, no. Pero todavía no estoy muerta.

—Serás más libre conmigo que con nadie.

Adela se soltó con suavidad de aquellos dedos toscos, de campesino; pero, antes de apartar la mano del todo, les dedicó una fugaz caricia.

—El amor no es suficiente, Marcos. No se puede ser libre solo en una habitación de una casa, a cierta hora, cuando el resto del mundo no está mirando. Eso no es libertad.

—Lo que tú entiendes por libertad no lo vas a encontrar en este país. Ni siquiera estoy muy seguro de que exista.

—No. No me estás entendiendo. La libertad no es una cosa que te dan o te quitan los demás. Es algo interior.

—¿Quieres decir que, conmigo, no te sentirías libre?

—No. Porque tendría que renunciar a ser yo misma para el resto de mi vida.

—Lo entiendo. Pero, si lo que yo propongo no es la manera, vamos a buscar otra. Tiene que haber otra forma. A distancia. Como sea. Yo puedo esperarte. Si hace falta, puedo esperar años.

—Yo no entiendo así la vida, Marcos. Para mí, la vida es ahora.

Él la miró con una mezcla de rencor y decepción.

—Hace un par de meses no habrías hablado así —murmuró.

—Es verdad. Hace un par de meses no habría hablado de vivir de una manera o de otra. Me daba todo igual. Casi todo. Pero en estos dos meses han pasado muchas cosas. Conocí a un hombre que vivía como un salvaje, y recuperé ese lado mío que casi había olvidado. Los sentidos, el cuerpo. No me mires así, ya sé que, a lo mejor, no debería contarte esto. Pero quiero que entiendas que yo, hasta entonces, estaba dormida, que te enamoraste de una sonámbula.

—Y el minero te despertó.

—No seas despectivo. El minero se llamaba Manuel y está muerto. Era el hombre más pobre del mundo, no tenía nada, nada. Y me dio lo poquísimo que le quedaba: el deseo.

—Eso no vale nada. Es solo instinto.

—No. No es solo instinto. Es fe en el instante. En la otra persona. Exponerse, atreverse a ser totalmente vulnerable…

—Hablas como los personajes de esas novelas que escribe tu amiga.

Adela sonrió.

—Lo peor no es que hable como ellos. Lo peor es que lo creo. En muchas cosas he dejado de creer, pero en esa no.

—Muy bien. De todas formas, ese hombre está muerto, como tú misma has dicho. Si encontrártelo te ha hecho despertar, como el príncipe a la Bella Durmiente, me parece estupendo. Pero, ahora que estás despierta… ¿por qué te niegas a sentir? ¿Por qué te empeñas en volver a dormirte?

—Volver a dormirme sería encerrarme en esto que hay entre nosotros dos y darle la espalda al mundo. Y eso es justo lo que no quiero hacer.

Don Marcos cerró los ojos y se sujetó la frente con ambas manos. Permaneció así un rato.

—No tiene por qué ser todo o nada —musitó—. Déjame una puerta abierta.

—¿Qué es dejar una puerta abierta?

—Nos podemos escribir. Y yo vendré a Madrid siempre que pueda. Si no quieres secretos, sin secretos. Nos veremos como hasta ahora, como amigos. Con Lucía delante, con Mercedes.

—No sé, Marcos. Creo que dolería demasiado.

Sus miradas volvieron a encontrarse.
—¿A ti te dolería? —preguntó el cura.
—A mí ya me está doliendo.
Él sondeó su expresión, pensativo.
—Sí. Es verdad —murmuró—. A ti también te duele.
—Con el tiempo, irá doliendo menos.
—Entonces, esto es un hasta nunca…
—No, Marcos. Solo hasta que deje de doler.

33

Londres. Cuando Adela intentaba imaginarse aquella ciudad, en su mente se dibujaba únicamente su nombre sonoro y cosmopolita, con una elegante *L* mayúscula trazada a mano, la *o* ligada a la *n* y en equilibrio con ella a través de una inclinación de cursiva sobria, la *d* con un realce de tinta en la curva. Londres: un lugar que solo existía en el mundo de lo escrito. Pero, ahora, Enrique le estaba hablando desde aquella palabra, y a pesar de la deformación metálica que la línea telefónica imprimía en su voz, la había reconocido instantáneamente, la habría identificado entre cientos de voces en cualquier lugar del mundo.

—El clima es horrible, no te voy a decir lo contrario —decía la voz. Su tono era el de siempre, desenfadado, alegre—. Y los coches lo vuelven peor, porque no te puedes imaginar la cantidad de coches que circulan por el centro, nada que ver con Madrid. Total, que se mezcla la niebla del Támesis con el humo de los tubos de escape y es irrespirable. En serio. Muere gente por eso. Lo llaman *smog*, de *smoke*, que significa humo, y *fog*, que significa niebla.

Enrique. Siempre tan didáctico, lo llevaba en la sangre. Podían pasar muchas cosas cuando estabas con él; lo único seguro era que siempre acabarías aprendiendo algo.

—Pero debe de ser bonito —dijo Adela, por decir algo.

Mientras hablaba, su mirada se desvió hacia el ventanal que daba a la piscina vacía. Sentadas en la escalerilla del borde, Carmen y Lucía se encontraban enfrascadas en una interesante conversación. Desde lejos, parecía que Carmen le estaba mostrando a la niña algo que tenía en la mano. ¿Qué sería? A lo mejor, un insecto.

—Bonito… No sé si es la palabra —estaba diciendo Enrique—. Es trepidante, caótico, maloliente, sofisticado… y caro, eso también. Vivir aquí es caro.

Aquella facilidad para encontrar los adjetivos exactos, como si el repertorio entero del diccionario aguardara perfectamente organizado en su cerebro. Era otra de sus cualidades. Podía describirlo todo. Y escucharlo otra vez era como volver del exilio. Volver a casa.

—De todas formas, tú te las arreglas para vivir, ¿no? Eso me ha dicho Carmen.

—Me las arreglo bien. He alquilado un apartamento pequeño en

Bloomsbury. El edificio se cae a pedazos, pero da a un parque muy tranquilo. Casi demasiado tranquilo. La niña podrá salir a jugar. Le gustará.

En ningún momento le había preguntado si se planteaba dejar España y reunirse con él. Lo daba por hecho. Las razones, para Adela, estaban claras. Creía que debía responsabilizarse de Lucía, ahora que sabía de su existencia. Y se sentía en deuda con ella. Quería ser justo, ese había sido siempre para él el motor principal: la justicia, el deber.

Aunque también cabía la posibilidad de que, a pesar de los años, una parte de lo que existía entre ellos no se hubiese derrumbado. A Enrique no le gustaba la palabra «amor», la consideraba demasiado burguesa. Pero solía admitir, a regañadientes, que existen cadenas que no esclavizan y vínculos que desarman la lógica del poder. Ese tipo de declaraciones era lo más parecido a un «te quiero» que había salido de sus labios.

—Por el inglés no tienes que preocuparte, es una lengua económica, eficaz. Se aprende enseguida. Lo más complicado para los españoles es la pronunciación, pero, viviendo aquí, en tres meses se os acostumbrará el oído. Tú eres muy musical, lo aprenderás sin enterarte. Y los niños tienen más facilidad para aprender que los adultos.

—Enrique… Ni siquiera has hablado con ella todavía y ya estás organizando que vayamos a verte…

—¿Que vengáis a verme? No. Que vengáis a quedaros. No digas nada. La familia es una institución apestosamente retrógrada, pero todavía no se ha inventado algo que la sustituya, y es la única forma sensata de educar ciudadanos fuertes, seguros y libres. Además, seguro que Lucía es maravillosa. Como la madre.

—Nosotras ya formamos una familia. Y, hasta ahora, nos ha ido bien.

No quería que sus palabras sonasen orgullosas, y menos aún resentidas, pero necesitaba que Enrique entendiese, y, como siempre sucedía con él, no se lo estaba poniendo fácil.

—Ya me ha contado algo Carmen —contestó Enrique. Su tono se había suavizado. Quizá era consciente de que intentaba ir demasiado rápido—. Estoy muy orgulloso de vosotras. El teléfono no sirve para decir algunas cosas, Adela, pero yo… Saber que estás bien… Saber lo de la niña… Sé que te las has arreglado hasta ahora, y que puedes seguir apañándotelas sin mí. Pero soy yo el que no quiere apañarse sin vosotras. Nos merecemos algo mejor. Los tres… ¿No crees?

—No sé qué nos merecemos nosotros dos —contestó Adela—. Lucía se merece lo mejor. Pero yo no tengo tan claro que haya sitios mejores y sitios peores.

Al otro lado de la línea resonó una carcajada.

—¿Que no? Estás viviendo en medio de una pesadilla fascista. ¿Y me estás diciendo que no crees que haya algo mejor? Esos hijos de puta te han lavado el cerebro.

Adela cerró los ojos, apretó los párpados un instante hasta hacerse daño. Había renunciado a muchas cosas, pero otras no las podía desaprender. Cada vez que oía mencionar a las putas en un insulto, algo se le rebelaba dentro. El desprecio hacia todas las mujeres que latía en aquella fórmula… Y los hombres de izquierdas la utilizaban con tanta alegría como los de derechas. La revolución, por lo visto, no entraba en esas menudencias.

—¿Sabes lo que pasa, Enrique? —preguntó, sin disimular su irritación—. Que no es una pesadilla. Es la realidad.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que hay que conformarse?

—No. Que huir no sirve de nada. No va a hacer que las cosas cambien.

—Oye, no sé qué intentas insinuar, pero yo no he cambiado. La lucha continúa, aunque sea de otra manera. Hay que tener perspectiva, plantearse las cosas a largo plazo. Y desde aquí es más fácil que desde allí.

—Para ti, Enrique. Pero no todo el mundo es igual.

Se hizo un silencio incómodo, que Enrique rompió con brusquedad al cabo de unos pocos segundos.

—Tienes miedo —afirmó, casi burlón—. Has cambiado. Tú nunca fuiste cobarde.

—No. No tengo miedo —contestó ella con calma—. Pero no quiero ir. No quiero ir a Londres.

—He estado mirando el precio de los billetes. Los niños tienen descuento —continuó Enrique, como si no la hubiese oído—. Yo te los enviaré, por eso no tienes que preocuparte. Y el marido de Carmen puede echar una mano con el asunto de los pasaportes.

—Enrique. No vamos a ir. Es muy generoso por tu parte ofrecernos tu casa, empezar otra vez, pero sería falso. Han pasado demasiadas cosas.

—¿Y qué? Han pasado muchas cosas, sí. Pero eso no borra lo que había entre tú y yo. Eso no lo has olvidado. Es imposible que lo hayas olvidado.

—No lo he olvidado. Es un recuerdo. Lo mismo que para ti. No se puede construir una vida en común a base de recuerdos.

—¿Por qué no? —preguntó Enrique, impaciente.

Adela lo conocía bien. Sabía que, a pesar de su negativa, él daba por sentado que, al final, las cosas se terminarían haciendo a su manera. Así solía ser entre ellos.

No se daba cuenta de que habían pasado nueve años.

—Se puede —rectificó—. Seguramente se puede construir una vida

a base de recuerdos. Pero yo no quiero, Enrique. No quiero construir una vida contigo. Ahora ya no.

Aguardó a que él asimilara sus palabras, a que dijera algo, pero la respuesta tardó en llegar.

—Y yo que todo este tiempo he seguido esperándote —dijo por fin, herido—. No significa que no haya tenido mis historias, pero tú estabas ahí siempre, en la memoria y también en el futuro que imaginaba. Sabía que era improbable que volviese a saber de ti, aunque estaba seguro de que te las habrías arreglado para sobrevivir. Pensaba que iba a ser muy difícil encontrarte. Muy difícil. Pero de lo que nunca dudé fue de que, si te encontraba, volveríamos a estar juntos. Estaba equivocado, ¿no? Prefieres seguir adelante sin mí.

—No te puedes imaginar lo que sentí cuando supe que estabas vivo. No tienes ni idea de lo que significa para mí. Yo te quiero mucho, Enrique. Eso no cambiará nunca. Y quiero que conozcas a la niña, que ejerzas de padre. Nunca voy a ser un obstáculo para eso. Al contrario.

—«Te quiero mucho». En el código de las novelitas que tanto os gustaban a ti y a Carmen, es lo contrario de «te quiero». No me digas que no.

—No eran novelitas. Eran historias para gente sencilla, como yo. Aprendí mucho de ellas.

—Ya veo. Te oigo hablar y me parece estar escuchando a una de las heroínas de La Novela Ideal.

El sarcasmo de la observación resultaba evidente. Lo asombroso, para Adela, era que no alcanzase a herirla.

—¿Quieres hablar con la niña? —le preguntó.

De nuevo se hizo un breve silencio.

—Sí —murmuró él, al cabo—. ¿Le has dicho que soy su padre?

—Se lo he dicho.

—No sé muy bien qué voy a contarle.

La arrogancia había desaparecido de su voz. Solo quedaba inseguridad.

—Ella sí sabrá qué decir, no te preocupes. Es hija tuya… Las palabras se le dan bien. ¡Lucía!

Repitió el nombre lo bastante alto como para que Carmen y la niña la oyesen desde el otro lado de la cristalera. Y lo consiguió, porque ambas levantaron la cabeza al mismo tiempo y miraron hacia el interior de la salita. Con un gesto, Adela le indicó a la niña que entrara.

Lucía se dirigió brincando hacia la puerta de cristal. Un segundo después, estaba junto al teléfono. Adela le pasó el auricular y ella se lo llevó a la oreja con gesto teatral, como una actriz en una película.

—Hola. ¿Eres Enrique? Soy Lucía.

Adela no se quedó a escuchar el resto de la conversación. Apretó la

mano de la niña mientras se miraban sonriendo, y luego salió a reunirse con Carmen, que seguía junto a la piscina.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó ella.

—Que vayamos a Londres. Que nos espera.

—Y tú…

—Le he dicho que no.

Carmen no le preguntó por qué. Ni siquiera parecía sorprendida por su respuesta.

—¿Tú nunca te lo has planteado, empezar en otra parte? —quiso saber Adela.

—¿El exilio? Sí. Muchas veces. Pero siempre me digo lo mismo: que sería como perder otra vez. Como reconocer que este país ya no es el nuestro.

—Es que a lo mejor no lo es.

—Eso es lo que ellos quieren hacernos creer —murmuró Carmen—. Que no pintamos nada aquí, que nos han borrado. Y te juro que a veces lo consiguen.

Adela captó en su mirada el relámpago de rebeldía que solía iluminar su rostro en otros tiempos. Algo se le removió dentro.

—Pero seguimos aquí —dijo, con un leve temblor en la voz.

Carmen sonrió.

—Sí. Por mucho que les fastidie, seguimos aquí. Eso no pueden evitarlo.

—Ni siquiera sé si existe ese «ellos». Uno por uno, no son más que gente. Gente como nosotros. Unos mejores y otros peores.

—Ya. Eso es lo más duro de todo —murmuró Carmen—. No saber contra quién levantarse. Porque no se puede luchar contra todo a la vez.

Adela miró hacia la ventana. Más allá de los reflejos del sol invernal, distinguía la silueta en penumbra de Lucía, de pie junto al teléfono, escuchando. Carmen siguió la dirección de su mirada.

—He pensado en lo de la revista infantil —dijo—. Me gustaría participar. Tengo algunas ideas, no sé si Antonio querrá oírlas.

—Querrá. Es como nosotras, él no se va a dejar echar de este país. Está empeñado en hacer.

—Bueno, hacer… Si nos dejan.

—No va a ser como en la época de La Novela Ideal —dijo Adela.

En su tono no había melancolía.

—No —coincidió Carmen—. Va a ser diferente.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron.

—Va a ser mejor —afirmó Adela.

—Estás loca —dijo Carmen.

Las dos se echaron a reír.

34

La escalinata central del Círculo de Bellas Artes parecía diseñada para subirla arrastrando la cola de un vestido de gala o exhibiendo un abrigo de piel. Sin embargo, entre el medio centenar de personas que acudieron a la presentación de *Piedra, papel, tijera* no había ninguna mujer vestida así. La más elegante de las invitadas era María Lafitte, la condesa, que llevaba un sencillo traje de chaqueta gris con dos vueltas de perlas al cuello. Mercedes también destacaba con su falda marrón de vuelo, al estilo de Dior, pero ni siquiera para ellas lo importante, ese día, era la ropa.

Casi todos los presentes habían acudido por curiosidad. Una nueva publicación siempre es motivo de fiesta, y más cuando surge en una ciudad todavía convaleciente después de años de sufrimiento.

Enfriaba un poco los ánimos el hecho de que se tratase de una revista para niños. Y es que todo el mundo tenía claro que las grandes plumas del momento, las que proclamaban a voces sus dogmas estéticos en las tertulias del café Gijón, no iban a perder el tiempo escribiendo para semejante público. Por eso, ninguno de ellos había acudido, a pesar de que Antonio se había tomado la molestia de hacerles llegar algunas invitaciones personalizadas.

A Adela y a Carmen, su ausencia les daba igual. No necesitaban a aquellos señores ingeniosos, insolentes, brillantes y pagados de sí mismos para llenar las páginas de su revista. Buscaban voces menos engoladas, más transparentes. Voces que supieran entender a quiénes se dirigían y que le tuvieran respeto al lector, a pesar de su corta edad.

Una de aquellas voces era la de la joven poeta amiga de Mercedes. Se llamaba Gloria, y en su timbre grave y ronco latía un humor soterrado que parecía a punto de estallar en cualquier momento. A Adela le encantaba su estilo cuando escribía para niños. Se notaba que ella misma era capaz de pensar como una niña cuando escribía, jugando y divirtiéndose con las palabras.

Cuando se acercó a saludarla, estaba charlando con Mercedes. Cada una tenía una copa de champán en la mano. Los aperitivos del cóctel se los habían encargado al Embassy, y resultaban demasiado ingleses para una celebración como aquella. Gloria lo estaba comentando con un sándwich de pepino en la mano.

—Bocadillo de pepino…, ¡qué fino!… Y no se toma con vino…

Hola, Adela. Aquí, inventando rimas para contar la fiesta en la revista.

—No le hagas caso —intervino Mercedes riéndose—. Está todo muy bien, habéis echado la casa por la ventana.

—Han sido los socios del marido de Carmen —comentó Adela—. Y Antonio, claro. La verdad es que se ha volcado todo el mundo.

—Pues yo lo que echo en falta es a los niños. ¿Por qué a nadie se le ha ocurrido invitarlos? —preguntó Gloria—. Si son los protagonistas…

—A Lucía le habría gustado mucho venir, la verdad —admitió Adela —. Pero, ella sola…

—Pues mira, Adela, lo que podemos hacer es organizar una presentación de la revista en el colegio más adelante. Las niñas lo disfrutarán muchísimo y, si os parece, podemos invitar también a las madres. Es una manera de hacer publicidad.

—No sé, Mercedes. Tendremos que pensarlo.

En ese momento se acercó Carmen con Joaquín, su marido. Se trataba de un hombre alto y rubio, de aspecto atlético, que en absoluto encajaba con la idea que Adela tenía de los abogados.

—Bueno, Adela, ¡qué éxito! —comentó, mirándola con ojos chispeantes—. Yo no había visto tanta gente comiendo y bebiendo por la cultura infantil en mi vida.

—Esto es como el despotismo ilustrado de la infancia —comentó Gloria—. Todo para los niños, pero sin los niños.

—No, no es verdad —protestó Carmen de buen humor—. Lo que pasa es que, hoy, los niños somos nosotros.

Se acercaron otros tres o cuatro colaboradores de la editorial, que habían llegado juntos. Adela podía ver los reflejos del grupo en el espejo gigante del rellano. Aprovechando la acumulación de gente, Mercedes le puso una mano en el brazo y se la llevó a un lado.

—Perdona que te robe un momento, pero es que luego, a lo mejor, estás muy ocupada y no tengo ocasión de dártelo. Marcos me ha escrito desde Roma y me ha enviado una cosa para ti.

Se alejaron de la escalera y entraron en un salón destartalado. Olía a alfombras enmohecidas, pero la araña de cristal del techo era deslumbrante.

Mercedes abrió el bolso y sacó una hoja de periódico plegada en cuatro. Se la tendió a Adela, que la abrió rápidamente. Estaba en italiano.

—Marcos me insiste en que es muy importante que lo leas. Si no entiendes alguna palabra, me preguntas a mí. Es un cuento que ha salido publicado en *L'Unità* de Milán. El autor se llama Gianni Rodari. Yo ya lo he leído: muy fantástico, muy loco… Marcos dice que te va a encantar. Dice que no hay que perderle la pista a este escritor, y que ese es el camino que os puede interesar a vosotras. Literatura para cambiar el mundo, pero con mucha imaginación y muy poca moralina.

Son sus palabras.

—Sí. Me suena totalmente a Marcos… A don Marcos.

Adela dobló cuidadosamente el papel y se lo guardó en el bolso.

—Lo que no he acabado de entender es por qué no te lo manda directamente a ti —dijo Mercedes.

En sus ojos había una pregunta.

—Don Marcos y yo hemos decidido no escribirnos —explicó Adela, sosteniéndole la mirada—. Él tiene que concentrarse en su beca y yo, en nuestra revista.

—Ya. Entiendo.

En un impulso, Mercedes le apretó un instante la mano a Adela.

—Eres una buena persona —dijo—. Marcos nunca cuenta nada, pero Alberto lo conoce muy bien. Él sabe… intuye más bien… Adela. Habría sido un desastre.

—Puede que no —murmuró Adela—. Pero habría sido una mentira. Igual que lo de seguir en el colegio. Nunca te estaré lo bastante agradecida por la oportunidad que me has dado, Mercedes, pero tú sabes tan bien como yo que no era mi sitio.

—Podría haber llegado a serlo si le hubieras dado una oportunidad.

—Dejando de ser yo.

—No. Cambiando. Para mejor.

Mercedes precisó aquello con total seriedad, pero a Adela le sonó cómico.

—Mejor… como tú —no pudo menos de decir.

La broma no hizo gracia a la directora del Santa Teresa, que frunció ligeramente el ceño.

—Yo no me creo mejor que nadie. Intento mejorar cada día. Y no le exijo a mi personal nada distinto de lo que me exijo a mí. Pero es verdad, Adela: yo no tengo por qué darte consejos. Tú has decidido otro camino y lo respeto. Escribir y publicar para niños puede ser una cosa muy bonita.

—Es más que bonito, Mercedes. Es una segunda oportunidad. Nosotros, nuestra generación está atada de pies y manos por el peso del pasado, por todo lo que nos ha tocado vivir. Pero ellos no. Ellos sí pueden empezar de cero… Si no les echamos encima la carga de nuestras obsesiones.

A Mercedes no le pasó desapercibido el reproche implícito en aquellas palabras.

—Una solo puede enseñar lo que es. Yo enseño lo que soy yo, tú quieres enseñar otra cosa distinta con tu revista. Queriendo o sin querer, vamos a transmitir lo que cada una cree que sabe.

—Que es bastante distinto —puntualizó Adela.

—Puede. De todas formas, si piensas así, no acabo de entender por qué has dejado a Lucía en el colegio. Y que conste que para mí es una

alegría, porque esa niña sabe hacerse querer. Pero, si tienes tan claro que tú no encajas en el Santa Teresa, ¿por qué crees que tu hija sí?

—Porque es lo que ella quiere. No he perdido media vida luchando por la libertad para comportarme ahora como una tirana en mi propia casa. Que tenga nueve años no la convierte en una esclava. Tiene claro que le gusta el Santa Teresa. Pues que siga allí. A partir del mes que viene, ya no tendré problema para pagar las mensualidades. Y te agradezco mucho…

—No tienes nada que agradecer.

Mercedes iba a añadir algo, pero se oyó un timbre anunciando el comienzo de la conferencia de Antonio, y un río de pasos invadiendo el salón contiguo, que había sido acondicionado como auditorio.

Ellas también salieron. Adela debía ocupar un asiento en la mesa del estrado junto con los otros socios fundadores de la revista infantil, y Gloria le había guardado un sitio a Mercedes en la tercera fila.

El discurso de Antonio fue entusiasta y sobrio, pero gustó sobre todo por su brevedad. Todo el mundo sabía que aquella parte de la celebración era un puro trámite para justificar los sándwiches, los pastelitos de queso y las botellas de champán del Embassy.

Cuando estallaron los aplausos finales, se abrieron de nuevo las puertas del salón y entraron los camareros con la segunda parte del cóctel. Adela intentó abrirse camino hasta Carmen, que había quedado atrapada en un grupo formado por varios colegas del bufete de su marido con sus esposas.

En el trayecto, la interceptó la figura imponente de María Lafitte, la condesa.

—Solo tengo algo muy rápido que preguntarle —dijo en voz baja y con tono misterioso—. La tarjeta de mi amiga… ¿Qué ha pasado con ella, la ha perdido?

—No, no la he perdido —contestó Adela—. Pero no voy a utilizarla.

La condesa la miró perpleja.

—Ah, pues me habían dicho… Fanny estaba segura de que podía contar con usted. Bueno, usted sabrá.

María Lafitte se alejó muy digna y Adela la siguió con la mirada. Carmen se le acercó por detrás.

—¿Qué te ha dicho? Pareces enfadada.

—Me ha preguntado si iba a usar la tarjeta que me dio Fanny. Ya sabes, Federica —añadió, bajando la voz.

—¿Y lo vas a hacer?

—Si lo fuera a hacer, no se lo contaría a esa mujer. No sé nada sobre ella y no entiendo muy bien el papel que juega en todo esto. De todas formas, no, no lo voy a hacer.

—Nada de lucha clandestina —suspiró Carmen—. Estamos demasiado mayores para eso.

—Yo creo que nos hemos ganado una vida sin mentiras.

Carmen la observó con la sonrisa atrevida de los primeros tiempos, justo después de conocerse.

—Lo dices como si fuera posible.

Adela se dejó acariciar por aquella luz casi olvidada. La luz de su amiga.

—No sé si es posible o no —contestó, sonriendo también—. Lo que sé seguro es que por eso sí vale la pena luchar.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin las contribuciones de muchas personas que compartieron conmigo sus recuerdos de los años de la posguerra. La mayoría son los padres y las madres de mis amigos y allegados, niños de la posguerra que conservan intactos los detalles sensoriales de aquellos primeros años tan duros.

Gracias a mi amigo Jordi Vila y a sus padres, en cuyos recuerdos me basé para construir las escenas de Sant Sebastiá (transformando libremente sus generosas descripciones y anécdotas). Gracias a mi amigo Rafael Álvarez por hacer de mediador y facilitador en mi tarea de recoger testimonios. A mis queridos exprofesores de la facultad de Ciencias Biológicas de León, Juan Nieto y Ángel Penas, que me brindaron su mirada analítica de científicos para reconstruir aspectos tan diversos como las explicaciones en clase del aparato circulatorio o las partidas de canicas. Gracias también a Fernando Nieto por sus recuerdos sobre la vida cotidiana. A mi amigo Antonio Encina, que me grabó las impresiones de un paseo a la orilla del Curueño. A mi amigo Manuel Garrido, que me brindó mil posibilidades y caminos que recorrer (como hace siempre), y me inspiró la locura de coronar mi historia con un guiño a Rodari. A mi amigo Adolfo Álvarez Barthe, que compartió conmigo su mirada de pintor y me regaló asombrosos detalles sobre la presencia de Pertegaz en Madrid, entre otras muchas ideas. A mis suegros, Paco Pelegrín y Amalia Martínez, por sus recuerdos del Madrid cotidiano en la posguerra. A mi querida Olga, que me contó las vivencias de su madre en la asociación Mujeres Libres y su experiencia directa de la represión franquista durante la posguerra. A mi amiga Nines, sin quien no habría podido imaginar el capítulo del Embassy. A Héctor Escobar, que supo ejercer de librero de cabecera para guiarme en mis investigaciones. A mi amiga Teresa Suárez y su madre Noli González por sus fascinantes recuerdos de los viajes en tren. A mi amiga Beatriz por prestarme valiosas revistas de la época y los aún más valiosos recuerdos de su familia política (gracias, Miguel). A mi amiga Antonia Santolaya por sus conversaciones inspiradoras. A Julien Borloz por hacerme más llevadero este proceso de inmersión en una época hostil con su acompañamiento psicológico. A mi prima Ana Alonso Acevedo por compartir los recuerdos familiares relacionados con los maquis y las experiencias de su madre

como maestra rural en la posguerra.

Sobre todo, gracias a mi madre por las largas conversaciones telefónicas durante la pandemia que aliviaron nuestras soledades y me permitieron indagar hasta en los pormenores más insignificantes de la vida cotidiana de la posguerra. También a mi padre por los sobrecogedores diarios de su adolescencia de seminarista, que en parte inspiraron el personaje de don Marcos. Ojalá estuviera aquí para poder leer este libro. A mi hermana Julia por estar y confiar siempre. A mi agente, Sandra Bruna, por creer en Adela antes incluso que yo misma, y por hacer posible lo que parece imposible. A mi editora, Rosa Pérez Alcalde, por el entusiasmo, la profesionalidad y, sobre todo, la sintonía.

Para terminar, gracias infinitas a mi marido, Javier Pelegrín, y a mi hijo Alejandro. Sin su apoyo cotidiano, su fe inquebrantable en nosotros, su paciencia inagotable, su amor sin límites y su alegría mágica, ninguna empresa literaria tendría sentido para mí.



Los colores del tiempo, el salto a la novela adulta de Ana Alonso

Ana Alonso nació en 1970 en Tarrasa, aunque ha vivido gran parte de su vida en León. Es licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad de León y amplió estudios en París y Escocia.

Ha traducido a autores clásicos como Nathaniel Hawthorne, Robert Louise Stevenson y Henry James. Es autora de nueve poemarios, de la novela Los cabellos de Santa Cristina, así como de varios libros infantiles, y co-autora, junto a Javier Pelegrín, de diversos títulos, como El secreto de If o los ocho libros de la saga de fantasía y ciencia-ficción La llave del tiempo.

Su currículo está plagado de premios y menciones, como el accésit del Premio Adonais (2003) o el Premio de Poesía Hiperión (2005) con el poemario Atlas, por el que también recibió el Premio Ojo Crítico en 2006. A estos hay que sumarles el Premio Internacional de Poesía Antonio Machado en Baeza (2007) y el Premio Alfons el Magnànim de Valencia de poesía en castellano (2008).

Índice

Los colores del tiempo
Ana Alonso

Título original: *Los colores del tiempo*

Diseño de la cubierta: Lidia Vilamajó
Fotografía de la cubierta: © Nina Pak / Trevillion Images

Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-670-6416-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es